

AUTORA BEST SELLER DE THE NEW YORK TIMES
CON EL VAGÓN DE LOS HUÉRFANOS

PAM JENOFF



LAS CHICAS
DESAPARECIDAS
DE PARÍS

HarperCollins
Narrativa histórica

PAM JENOFF

Las chicas desaparecidas de París

Traducción de Isabel Murillo Fort

HarperCollins

Sinopsis

Las chicas perdidas de París es una emotiva historia de amistad y traición durante la Segunda Guerra Mundial, inspirada en hechos reales, de la autora best seller internacional Pam Jenoff.

1940: Con el mundo en guerra, Eleanor Trigg lidera un misterioso grupo de agentes secretas femeninas en Londres. Doce de estas mujeres son enviadas para ayudar a la Resistencia francesa.

Nunca regresaron a casa.

1946: Al pasar por la Estación Central, en Nueva York, Grace Healey encuentra una maleta abandonada escondida debajo de un banco. La maleta contiene una docena de fotografías, cada una de una mujer diferente.

En busca de las mujeres reales de las fotos, Grace se siente cada vez más atraída por su misterioso destino. Y a medida que profundiza en los secretos del pasado, descubre una historia de amistad, valentía impensable y, en última instancia, de la más despreciable de las traiciones.

Título Original: *The Lost Girls of Paris*

Traductor: Murillo Fort, Isabel

©2019, Jenoff, Pam

©2019, HarperCollins

Colección: Narrativa Histórica

ISBN: 9788491394242

Generado con: QualityEbook v0.87

PAM JENOFF

LAS CHICAS
DESAPARECIDAS
DE PARÍS

Para mi familia

En tiempos de guerra, la verdad es tan preciosa que siempre debería estar protegida por un guardaespaldas de las mentiras.

Winston Churchill

Uno

Grace

Nueva York, 1946

De no haber sido por el segundo error más grande que Grace Healey cometió en su vida, jamás habría encontrado la maleta.

A las nueve y veinte de la mañana de un martes, Grace debería estar viajando rumbo sur, en dirección al centro, a bordo del primero de dos autobuses, desplazándose desde la pensión donde vivía, en Hell's Kitchen, hacia la oficina del Lower East Side donde trabajaba. Y, efectivamente, estaba de camino al trabajo. Pero ni mucho menos cerca del barrio que ahora asimilaba como su hogar. Corría por Madison Avenue, intentando acorrallar sus rizos en un moño bajo. Se quitó rápidamente el abrigo, a pesar del frío reinante, para poder despojarse de la chaqueta de lana de color verde menta. No quería que Frankie se diese cuenta de que iba vestida exactamente igual que el día anterior y pensase lo impensable: que no había pasado por casa.

Grace se detuvo para examinar su imagen reflejada en el escaparate de una tienda de todo a cinco centavos. Le habría gustado que estuviera abierta para poder comprarse unos polvos y así camuflar las marcas del cuello, y pedir también una muestra de perfume para disimular el hedor de coñac del día anterior, que se combinaba con el aroma, delicioso aunque incorrecto, de la loción para después del afeitado de Mark, un olor que le provocaba vértigo y vergüenza cada vez que lo aspiraba. En la esquina había un borrachín, sentado en el suelo y gimoteando en sueños. Viendo su palidez grisácea y carente de vida, Grace experimentó un sentimiento de solidaridad. De un callejón emergía el ruido metálico

de un cubo de basura, que parecía seguir el ritmo del sonido sordo que latía en su cabeza. Era como si Nueva York entera estuviera demacrada y de resaca. O a lo mejor le parecía eso porque ella sí que lo estaba.

Las ráfagas del gélido viento de febrero cruzaban Madison y agitaban con furia las banderas que ondeaban en lo alto de los rascacielos. Un periódico viejo y arrugado bailaba alrededor de la alcantarilla. Al oír que las campanas de Saint Agnes daban las nueve y media, Grace apretó el paso y al acelerar, percibió la humedad de la piel en contacto con la ropa. La Grand Central Terminal se alzaba imponente delante de ella. Un poco más allá, en cuanto llegara a la calle 42, giraría a la izquierda y en Lexington cogería un autobús directo hacia el centro.

Pero al acercarse a la intersección con la calle 43, vio que la circulación estaba interrumpida. Había tres coches de policía atravesados, acordonando Madison e impidiendo el paso hacia el sur. Un accidente de coche, se imaginó Grace de entrada en cuanto vio el Studebaker negro cruzado en la calle y el humo que salía de su capó. Las calles de Midtown estaban últimamente más llenas de coches que nunca, compitiendo por hacerse un hueco entre autobuses, taxis y camiones de reparto. No daba la impresión de que hubiera más vehículos implicados. En la esquina había una sola ambulancia. Pero los médicos no corrían de un lado a otro con urgencia, sino que permanecían apoyados en el vehículo, fumando.

Grace se acercó a un policía, cuya cara fofa asomaba por encima del cuello alto de su uniforme azul marino con botones dorados.

—Disculpe. ¿Va a estar la calle cortada mucho tiempo? Llego tarde al trabajo.

El hombre la miró con desdén desde debajo de la visera de su gorra, como si acumulara odio hacia todas las mujeres que habían trabajado responsablemente en las fábricas ocupando el puesto de los hombres que se habían alistado y viajado al extranjero durante la guerra, como si la idea de que una mujer trabajara le resultase aún ridícula.

—No puede pasar por aquí —replicó el policía, cortándola—. Ni podrá hacerlo en un buen rato.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Grace, pero el policía le dio la espalda.

Se adelantó un poco y estiró el cuello para intentar ver qué pasaba.

—Una mujer, la ha atropellado un coche y ha muerto —dijo el hombre tocado con una gorra de lana que estaba a su lado.

Al ver el parabrisas hecho añicos del Studebaker, Grace sintió náuseas de repente.

—Qué lástima —logró por fin decir.

—Yo no lo he visto —continuó el hombre—. Pero dicen que ha muerto al instante. Al menos no ha sufrido.

«Al menos». Una frase que Grace había escuchado muy a menudo después de la muerte de Tom. Al menos, ella aún era joven. Al menos, no había niños de por medio. Como si eso lo hiciera más fácil de soportar. A veces pensaba que los niños no habrían sido una carga, sino algo de él que habría estado con ella para siempre.

—Nunca se sabe dónde terminará todo —reflexionó el hombre de la gorra, a su lado.

Grace no replicó. También la muerte de Tom había sido inesperada, el *jeep* había volcado en el recorrido entre la base del ejército y la estación de tren, en Georgia, cuando se dirigía a Nueva York para visitarla antes de ser enviado al frente. Lo consideraron víctima de la guerra, pero en realidad fue un accidente que podría haberse producido en cualquier parte.

De pronto se iluminó el *flash* de la cámara de un reportero y Grace parpadeó. Se protegió los ojos y, a ciegas, se abrió paso entre la multitud que se había congregado, en busca de aire que respirar en un ambiente cargado de humo de tabaco, sudor y perfume.

Lejos ya de la barricada formada por la policía, miró por encima del hombro. La calle 43 estaba también bloqueada en dirección oeste y era imposible cruzarla. Volver a enfilear Madison y rodear la estación por el otro lado le llevaría al menos media hora, con lo que llegaría más tarde al trabajo si cabe. Maldijo de nuevo la noche anterior. Si no fuera por Mark, no estaría ahora allí, sin otra alternativa que pasar por Grand Central, un lugar que había jurado no volver a pisar jamás.

Grace se giró hacia el edificio. Grand Central se cernía sobre ella, una sombra gigantesca que oscurecía el asfalto. Los peatones entraban y salían sin cesar por sus puertas. Se imaginó el interior de la estación, el vestíbulo donde la luz se filtraba a través de las ventanas de cristal tintado, el gran reloj bajo el cual se citaban amigos y amantes. No era el lugar lo que no soportaba ver, sino la gente. Las chicas con el carmín recién aplicado, pasándose la lengua por los dientes para asegurarse de que no hubieran quedado manchados, aferradas expectantes a sus bolsitos. Los niños repeinados, ligeramente nerviosos ante la idea de ver a un padre al que no conseguían recordar porque se había marchado cuando ellos apenas daban sus primeros pasos. Los soldados con el uniforme arrugado por el viaje saltando al andén con ramos de margaritas marchitas. Un reencuentro que nunca sería el de ella.

Mejor haría dejándolo correr y volviendo a casa. Le apetecía darse un baño, regalarse tal vez una siesta. Pero había que ir a trabajar. Frankie tenía entrevistas con una familia francesa a las diez y la necesitaba para dictarle las notas. Y después llegarían los Rosenberg, a recoger la documentación para el piso. Normalmente, eso era lo que más le gustaba de su trabajo, perderse en los problemas de los demás. Pero hoy, la responsabilidad pesaba sobre ella como nunca.

No, tenía que seguir adelante y aquella era su única alternativa. Enderezó la espalda y echó a andar hacia Grand Central.

Cruzó la puerta de la estación. Era la primera vez que estaba allí desde la tarde en que llegó de Connecticut con su mejor vestido drapeado, con el cabello perfectamente peinado con unos rollos Victoria y la cabeza coronada con un elegante casquete. Tom no había llegado en el tren de las tres procedente de Filadelfia, donde debería haber hecho transbordo, e imaginó que habría perdido el enlace. Pero cuando tampoco llegó en el siguiente tren, empezó a inquietarse. Se acercó al tablón de mensajes que había justo al lado del puesto de información, en el centro de la estación, donde la gente colgaba notas, por si acaso Tom había llegado con antelación y no se habían cruzado. No tenía manera de ponerse en contacto con él y no le quedaba otra alternativa que esperar. Comió un perrito caliente que le echó a perder el carmín y le dejó un regusto amargo,

leyó los titulares del periódico en el quiosco una segunda vez, luego una tercera. Los trenes llegaban y se vaciaban, vertiendo en el andén soldados que podrían haber sido Tom pero que no lo eran. Cuando llegó el último tren de la noche, a las ocho y media, estaba loca de preocupación. Tom jamás se habría marchado dejándola allí plantada. ¿Qué había pasado? Al final, un teniente de pelo castaño rojizo que reconoció de la ceremonia de reclutamiento de Tom, se acercó a ella con expresión grave, y lo supo. Seguía sintiendo aún el contacto de aquellas manos desconocidas cogiéndola en volandas cuando a ella se le doblaron las rodillas.

La estación estaba igual que aquella noche, un torrente interminable de gente que iba a lo suyo, a trabajar y de viaje, impertérrita ante el papel tan enorme que había jugado en su cabeza durante todos aquellos meses. «Limítate a cruzar», se dijo, consciente de que la salida del lado opuesto de la estación la llamaba como un rayo de esperanza. No tenía ninguna necesidad de detenerse y recordar.

Notó un extraño tirón en la pierna, como si hubiera quedado apresada por los dedos de un niño. Grace se paró y bajó la vista. Una carrera en las medias. ¿Se la habrían hecho las manos de Mark? La carrera aumentaba de tamaño a cada paso que daba y a la altura de la pantorrilla estaba a punto de abrirse un agujero. De pronto sintió la necesidad de arrancárselas.

Grace echó a correr hacia la escalera que conducía a los baños del nivel inferior. Al pasar por delante de un banco, tropezó y estuvo a punto de caer de bruces al suelo. Se le torció el pie y la punzada de dolor le atravesó el tobillo. Avanzó cojeando hasta el banco, dando por sentado que no había arreglado correctamente el tacón y se había salido de nuevo. Pero el zapato seguía intacto. No, lo que le había hecho tropezar era un objeto que asomaba por debajo del banco. Una maleta marrón, que alguien había empujado descuidadamente hacia abajo. Miró a su alrededor con fastidio, preguntándose quién podía haber sido tan irresponsable como para dejar aquello allí, de esa manera, pero no había nadie cerca y la gente seguía pasando por delante sin fijarse en nada. A lo mejor, el propietario de la maleta había ido al baño o a comprar un periódico.

La empujó un poco para que nadie más tropezara con ella y continuó su camino.

Delante de la puerta de los servicios de mujeres, Grace vio a un hombre sentado en el suelo con un uniforme harapiento. Por un segundo fugaz, se alegró de que Tom no hubiera vivido para luchar en la guerra y volver destruido a casa por culpa de todo lo que había visto. Siempre guardaría de él aquella imagen rubia, perfecta y fuerte. Tom nunca volvería a casa destrozado como tantos otros ni tendría que esforzarse por poner buena cara y disimular que estaba roto por dentro. Grace buscó en el bolsillo la última moneda que le quedaba e intentó no pensar en el café que tanto le apetecía y del que ahora tendría que prescindir. Depositó la moneda en la mano arrugada del hombre. No podía ignorarlo.

Entró en los servicios de señoras y se encerró en un cubículo para quitarse las medias. Salió y se acercó al espejo para arreglarse un poco el pelo, negro como el azabache, y aplicarse de nuevo su lápiz de labios Coty, saboreando en su textura cerosa todo lo que había sucedido la noche anterior. Delante del lavabo contiguo, una mujer más joven que ella se alisaba el abrigo y, con el gesto, dejaba patente un vientre abultado. Había embarazos por todas partes, el fruto de felices reencuentros con chicos que habían vuelto a casa de la guerra. Grace notó que la mujer se fijaba en su aspecto desaliñado. Con conocimiento de causa.

Sabiendo que cada instante que pasaba significaba llegar más tarde al trabajo, Grace salió corriendo de los servicios. Dispuesta a cruzar el vestíbulo de la estación, se fijó en la maleta con la que había tropezado hacía apenas unos minutos. Seguía debajo del banco. Se acercó despacio a ella, mirando a su alrededor por si aparecía alguien con intención de recogerla.

Viendo que nadie lo hacía, se arrodilló para examinarla. Era una maleta de lo más normal, de forma redondeada, igual que los miles de maletas que los viajeros transportaban a diario por la estación, con un asa gastada, de nácar, lo que la hacía más bonita que la mayoría. La única diferencia era que nadie la transportaba sino que seguía debajo de aquel banco. Abandonada. ¿La habría perdido alguien? Se detuvo un instante, cautelosa, recordando de pronto una historia de la guerra sobre una bolsa que en realidad era una

bomba. Pero aquello había acabado, el peligro de invasión o de cualquier otro tipo de ataque que acechaba hasta hacía poco tiempo en cada esquina se había esfumado.

Estudió la maleta en busca de alguna señal que identificara a su propietario. En el lateral había un nombre escrito con tiza. Recordó con inquietud a algunos de los clientes de Frankie, supervivientes a quienes los alemanes habían obligado a escribir el nombre en sus maletas con la falsa promesa de poder recoger más adelante sus pertenencias. Aquella tenía escrita una sola palabra: *Trigg*.

Grace consideró sus opciones: decírselo a un maletero o marcharse y olvidarse del asunto. Llegaba tarde al trabajo, pero la curiosidad pudo con ella. Era posible que en el interior hubiera alguna identificación. Manipuló el cierre. Se abrió sin el más mínimo problema, con solo tocarlo. Levantó la tapa unos centímetros. Miró por encima del hombro con la sensación de que en cualquier minuto la sorprendería alguien. Y, a continuación, observó el interior de la maleta. Todo estaba perfectamente dispuesto. Un cepillo para el pelo con mango plateado y una pastilla de jabón de lavanda Yardley aún por abrir ocupaban una de las esquinas superiores, había ropa de mujer doblada con pulcritud. En la parte posterior vio dos zapatitos de bebé, pero a primera vista no le pareció que hubiera más ropa de niño.

De repente, estar husmeando en aquella maleta le pareció una invasión imperdonable de la intimidad (y lo era, por supuesto). Grace retiró rápidamente la mano. Y al hacerlo, se cortó el dedo índice con alguna cosa.

—¡Ay! —gritó sin poder evitarlo.

Apareció un hilillo de sangre, con burbujas rojas, de dos o tres centímetros de longitud. Se llevó el dedo a la boca y chupó la herida para detener la hemorragia. Palpó la maleta con la mano ilesa. Necesitaba saber qué le había cortado, tal vez una navaja de afeitar o un cuchillo. Debajo de la ropa encontró un sobre abultado. Se había cortado el dedo con el papel. «Déjalo correr», oyó que le decía una voz interior. Pero, sin poder evitarlo, abrió el sobre.

Dentro encontró un paquete de fotografías, cuidadosamente envueltas con una tira de encaje. Grace las sacó y, al hacerlo, una

gota de sangre del dedo se derramó sobre el encaje manchándolo sin poder remediarlo. Había una docena de fotografías en total, retratos individuales de distintas chicas. Eran tan diferentes entre sí que no le pareció que estuvieran emparentadas. Algunas llevaban uniforme militar, otras blusas inmaculadamente planchadas o americana. Ninguna debía de tener más de veinticinco años.

Tener en la mano las fotografías de aquellas desconocidas le parecía demasiado íntimo, terriblemente incorrecto. Pensó en guardarlas, en olvidarse de lo que había visto. Pero los ojos de la chica de la fotografía de encima eran oscuros y parecía que estuvieran llamándola. ¿Quién sería?

Justo en aquel momento empezaron a sonar sirenas fuera de la estación y le embargó la sensación de que estaban destinadas a ella, de que era la policía que venía a arrestarla por haber abierto una maleta que no era suya. Con prisas, Grace corrió a envolver de nuevo las fotografías con la tira de encaje y a guardarlo todo otra vez en la maleta. Pero el encaje se resistía y parecía imposible poder volver a meter aquel paquete en su interior. Las sirenas sonaban con más fuerza. No tenía tiempo. Furtivamente, se guardó las fotos en el bolso y empujó con el pie la maleta debajo del banco, para que no quedara a la vista.

Y, acto seguido, echó a andar hacia la salida, con la herida del dedo doliéndole cada vez más.

—Ya lo sabía —murmuró para sus adentros—. Entrar en esta estación no podía acarrear nada bueno.

Dos

Eleanor

Londres, 1943

El Director estaba furioso.

Aporreó la larga mesa de reuniones con una mano que parecía una garra, con tanta fuerza que las tazas tintinearón y el té que contenían se derramó por los bordes e inundó los platillos. El parloteo normal de la reunión de la mañana se interrumpió de inmediato. Estaba colorado.

—Han capturado a dos agentes más —vociferó, sin tomarse la molestia de bajar la voz.

Una de las mecanógrafas que pasaba en aquel momento por el pasillo se detuvo, observó la escena con los ojos abiertos de par en par y siguió rápidamente su camino. Eleanor se levantó para ir a cerrar la puerta, agitando la mano para disipar la nube de humo de tabaco que se había formado por encima de ellos.

—Así es, señor —tartamudeó el capitán Michaels, el agregado militar de la Royal Air Force—. Los agentes desplegados por las cercanías de Marsella fueron arrestados a las pocas horas de su llegada. No hemos tenido noticias de ellos y suponemos que los han matado.

—¿Cuáles? —preguntó el Director.

Gregory Winslow, director del Ejecutivo de Operaciones Especiales, era un antiguo coronel del ejército altamente condecorado durante la Gran Guerra. A pesar de rondar ya los sesenta, seguía siendo una figura imponente y en los cuarteles generales todo el mundo lo conocía simplemente como «el Director».

El capitán Michaels se quedó desconcertado ante la pregunta. Para los hombres que gestionaban la operación desde la distancia, los agentes que realizaban el trabajo de campo eran piezas de ajedrez anónimas.

Pero no para Eleanor, que estaba sentada a su lado.

—James, Harry. Canadiense de nacimiento y graduado por el Magdalen College, Oxford. Peterson, Ewan, antiguo miembro de la Royal Air Force.

Eleanor conocía de memoria los detalles de todos los hombres que se desplegaban sobre el terreno.

—Estamos ante el segundo conjunto de arrestos en lo que llevamos de mes —dijo el Director, mordisqueando el extremo de una pipa que ni siquiera había encendido.

—El tercero —le corrigió Eleanor en voz baja, sin ganas de hacerlo enfadar aún más pero no dispuesta a mentir.

Hacía casi tres años que Churchill había autorizado la creación del Ejecutivo de Operaciones Especiales, o SOE¹, con la orden de «incendiar Europa» mediante el sabotaje y la subversión. Desde entonces, la organización había desplegado cerca de trescientos agentes en Europa para provocar alteraciones en fábricas de munición y líneas de ferrocarril. En su mayoría, los agentes habían sido destinados a Francia, como parte de la unidad conocida como «Sección F», con el objetivo de debilitar la infraestructura y armar a los partisanos franceses en preparación de la rumoreada invasión aliada del otro lado del Canal.

Pero más allá de las paredes de sus cuarteles generales, en Baker Street, prácticamente nadie consideraba que el SOE fuera un éxito. El MI6 y otras agencias tradicionales del gobierno creían que el SOE saboteara sus operaciones y lo consideraban una organización de aficionados que no hacía otra cosa que perjudicar su forma de hacer, más clandestina y profesional. El éxito de las actividades del SOE era difícil de cuantificar, bien porque eran confidenciales, bien porque su efecto no se haría notar del todo hasta que se produjera la invasión. Y, últimamente, las cosas habían empezado a ir mal y cada vez había más agentes arrestados. ¿Estaría el problema en el tamaño de las operaciones, haciéndolas

víctimas de su propio éxito? ¿O se trataba de algo totalmente distinto?

El Director se giró hacia Eleanor, una presa recién descubierta que de pronto había captado la atención del león.

—¿Qué demonios está pasando, Trigg? ¿Están mal preparados? ¿Están cometiendo errores?

Eleanor se quedó sorprendida. Había entrado a trabajar como secretaria en el SOE cuando la organización llevaba poco tiempo en funcionamiento. Conseguir que la contrataran había sido una batalla cuesta arriba: no solo era mujer, sino que además era polaca y judía. Muy pocos pensaban que pudiera tener un lugar allí. A menudo se preguntaba cómo se lo había montado para llegar desde su pequeño pueblo, cerca de Pinsk, hasta los pasillos del poder en Londres. Pero había logrado convencer al Director de que le diera una oportunidad, y con sus habilidades y sus conocimientos, con su meticulosa atención al detalle y su memoria enciclopédica, se había acabado ganando su confianza. Y a pesar de que su título profesional y su salario seguían siendo los mismos, se había convertido prácticamente en una asesora. El Director insistía en que en las reuniones no se sentara junto con las demás secretarías, en la periferia, sino en la mesa, a su derecha. (Lo hacía en parte, sospechaba Eleanor, para compensar la sordera que padecía en aquel lado, algo que el Director no reconocía ante nadie más. Cuando terminaban las reuniones, Eleanor siempre le hacía un resumen en privado para asegurarse de que el Director no se hubiera perdido nada).

Pero aquella era la primera vez que le pedía su opinión delante de los demás.

—Con todos mis respetos, señor, considero que no se trata de un tema de formación ni de ejecución.

De pronto, Eleanor se dio cuenta de que todos los ojos estaban puestos en ella. Se sentía orgullosa de pasar inadvertida en la agencia, de llamar la atención lo menos posible. Pero ahora, su tapadera, por decirlo de algún modo, acababa de salir a la luz y los hombres la observaban con un escepticismo en absoluto disimulado.

—Y, entonces, ¿de qué se trata? —preguntó el Director, con su habitual falta de paciencia escaseando cada vez más.

—Se trata de que son hombres. —Eleanor eligió sus palabras con cuidado, sin permitir que le instara a explicarse más apresuradamente, deseosa de hacérselo entender sin que se sintiera ofendido—. En las ciudades y pueblos franceses ya casi no quedan hombres jóvenes. Han sido llamados a filas por las Fuerzas Voluntarias Lealistas, están luchando con la milicia colaboracionista de Vichy o están en la cárcel por negarse a hacerlo. Es imposible que nuestros agentes pasen desapercibidos a estas alturas.

—¿Y entonces qué? ¿Los enviamos a todos a la clandestinidad?

Eleanor negó con la cabeza. Los agentes no podían esconderse. Para obtener información tenían que interactuar con los locales. La información real era la que conseguía la camarera de Lautrec que oía de refilón la conversación de los oficiales cuando ya llevaban unas cuantas copas de vino encima, o la esposa del granjero, que se percataba de los cambios en los trenes que cruzaban sus campos; la información real era el resultado de lo que veían los ciudadanos de a pie. Y los agentes tenían que establecer contacto con la *reseau*, la red de información de la resistencia, para de este modo fortalecer sus iniciativas y debilitar a los alemanes. No, los agentes de la Sección F no podían operar escondidos en sótanos y bodegas.

—¿Entonces qué? —insistió el Director, presionándola.

—Hay otra opción... —Vaciló, y el Director la miró con impaciencia. Eleanor no acostumbraba a quedarse sin palabras, pero lo que estaba a punto de decir era tan audaz que no se atrevía. Respiró hondo—. Enviar mujeres.

—¿Mujeres? No lo entiendo.

La idea se le había ocurrido hacía unas semanas al ver cómo una de las chicas de la sala de radio descodificaba, de forma rápida y sin vacilación, un mensaje que había enviado un agente desde Francia. Un desperdicio de talento, había pensado Eleanor. Aquella chica tendría que estar transmitiendo desde el terreno. Pero había sido una idea tan estrambótica que Eleanor había necesitado un tiempo para que acabara de cristalizar en su cabeza. En ningún

momento había sido su intención exponerla en aquella reunión, pero había salido a relucir, una idea a medio formar.

—Sí.

Eleanor había oído historias sobre mujeres agentes, operativos solitarios que trabajaban por su cuenta en el Este, transmitiendo mensajes y ayudando a escapar a prisioneros de guerra. Cosas que habían pasado ya en la Primera Guerra Mundial, y seguramente en mayor grado de lo que la gente se imaginaba. Pero crear un programa formal para entrenar y desplegar mujeres sobre el terreno era un asunto completamente distinto.

—¿Y qué harían? —preguntó el Director.

—El mismo trabajo que los hombres —respondió Eleanor, sintiéndose de pronto molesta por tener que explicar lo que debería ser evidente—. Transportar mensajes. Transmitir por radio. Armar a los partisanos. Volar puentes.

Las mujeres estaban desempeñando papeles de todo tipo en el frente doméstico, no solo trabajando como enfermeras y realizando tareas de vigilancia local. Manejaban artillería antiaérea y pilotaban aviones. ¿Por qué resultaba tan difícil entender que también podían hacer aquello?

—¿Una sección de mujeres? —dijo Michaels, interrumpiéndola y sin apenas poder contener su escepticismo.

Haciéndole caso omiso, Eleanor se giró hacia el Director.

—Piénselo, señor —dijo ganando inercia a medida que la idea empezaba a tomar más forma en su cabeza—. Los hombres jóvenes escasean en Francia, pero hay mujeres por todas partes. Se podrían mezclar perfectamente con las demás en las calles, en las tiendas y en las cafeterías. Pero en cuanto a las mujeres que ya trabajan aquí... —Dudó, pensando en las operadoras de radio que trabajaban incansablemente para el SOE. A cierto nivel, eran perfectas: con habilidades y conocimientos, plenamente comprometidas con la causa. Pero esas cualidades que las hacían ideales las hacían también inútiles para trabajar sobre el terreno. Estaban demasiado arraigadas en su puesto como para poder ser entrenadas y trabajar como operativos, y habían visto y sabían demasiado como para poder ser desplegadas en el extranjero—. Ellas tampoco funcionarían. Habría que reclutar mujeres desde cero.

—¿Y dónde encontrarlas? —preguntó el Director, que al parecer empezaba a comprar la idea.

—En los mismos sitios donde encontramos a los hombres. —Cierto, no tenían cuerpo de oficiales al que poder recurrir—. En el WAC ² o en el FANY³, en las universidades y en las escuelas de comercio, o en las fábricas y en la calle. —No existía un currículo único que se adaptara al concepto de agente ideal, no había una titulación especial para ello. Era más bien la sensación de que una determinada persona iba a ser capaz de desempeñar con éxito aquel trabajo—. El mismo tipo de perfil: inteligente, versátil y que domine el francés —añadió.

—Habría que formarlas —destacó Michaels, expresándolo como si aquello fuera un obstáculo insalvable.

—Igual que a los hombres —contraatacó Eleanor—. Nadie nace sabiendo hacer este trabajo.

—¿Y luego? —preguntó el Director.

—Y luego las desplegaríamos sobre el terreno.

—Señor —interrumpió Michaels—. La Convención de Ginebra prohíbe expresamente las mujeres combatientes.

Los demás hombres reunidos alrededor de la mesa hicieron un gesto de asentimiento, mostrando su acuerdo con aquella cuestión.

—La Convención prohíbe muchas cosas —replicó de inmediato Eleanor. Conocía todos los rincones oscuros del SOE, el modo en que la agencia, apoyándose en la desesperación de la guerra, tomaba atajos y burlaba la ley cuando le convenía—. Podemos hacer que formen parte del FANY a modo de tapadera.

—Sería poner en riesgo la vida de esposas, hijas y madres —insistió Michaels.

—No me gusta —dijo otro de los hombres uniformados desde el extremo opuesto de la mesa.

Eleanor tenía un nudo de nervios en el estómago. El Director no era precisamente un líder con voluntad de hierro. Si todos los demás cerraban filas en torno a Michaels, lo más probable era que acabara rechazando la propuesta.

—¿Y les gusta perder media docena de hombres en manos de los alemanes cada quince días? —disparó Eleanor, incrédula ante su propia osadía.

—Lo probaremos —dijo el Director con una determinación inusual en él, impidiendo cualquier otro debate. Se giró hacia Eleanor—. Monte una oficina en Norgeby House, aquí en esta misma calle, y dígame que necesita para ello.

—¿Yo? —preguntó Eleanor sorprendida.

—La idea ha sido suya, Trigg. Y usted será la encargada de dirigir este asunto.

Pensando en las bajas que acababan de comentar hacía tan solo unos minutos, Eleanor se estremeció al recibir el encargo del Director.

—Señor —intervino Michaels—. No creo que la señorita Trigg esté cualificada. Sin ánimo de ofender —añadió ladeando la cabeza en dirección a ella.

Los demás hombres se quedaron mirándola con expresión dubitativa.

—No me ofendo.

Eleanor se había curtido hacía tiempo en lo que desprecio de los hombres se refería.

—Señor —intervino entonces el oficial del ejército del otro extremo de la mesa—. A mí también me parece que la señorita Trigg no es la persona más adecuada. Con sus antecedentes...

Las cabezas de los sentados a la mesa se movieron en gesto de asentimiento y sus miradas escépticas se vieron acompañadas por un murmullo. Eleanor sabía que todos la estaban estudiando, cuestionándose su lealtad a la causa. «No es una de los nuestros —parecía decir la expresión de aquellos hombres—, y no es de confianza». A pesar de todo lo que había hecho por el SOE, seguían viéndola como un enemigo. Distinta, extranjera. Y no porque no lo hubiera intentado. Había trabajado para encajar en el grupo, para silenciar cualquier rastro de su acento. Y había solicitado la nacionalidad británica. Se la habían denegado ya una vez, basándose en determinados argumentos que ni siquiera el Director, con todo su poder y toda su influencia, había conseguido verificar. La había presentado una segunda vez hacía unos meses, con una nota de recomendación firmada por él, confiando en que este detalle lograra marcar la diferencia. Hasta la fecha, seguía sin recibir respuesta.

Eleanor tosió para aclararse la garganta antes de tomar de nuevo la palabra, dispuesta a anunciar que no quería ser considerada para el puesto. Pero el Director habló antes que ella.

—Eleanor, monte la oficina —le ordenó—. Empiece a reclutar y entrenar a las chicas sin más dilación.

Y levantó la mano para anunciar que no quería más discusiones.

—Sí, señor —dijo Eleanor manteniendo la cabeza bien alta, dispuesta a no apartar la mirada de todos los ojos que se habían clavado ahora en ella.

Terminada la reunión, Eleanor esperó a que todos se hubieran marchado para abordar al Director.

—Señor, no creo que...

—Tonterías, Trigg. Todos sabemos que es usted el hombre ideal para el puesto, si me perdona la expresión. Incluso esos militares, por mucho que no quieran reconocerlo o no entiendan muy bien por qué.

—Pero, señor, aun en el caso de que esto fuera cierto, soy una persona de fuera. No tengo el potencial necesario para...

—Es usted una persona de fuera, y esa es precisamente una de las cosas que la hace perfecta para el puesto. —Bajó la voz—. Estoy cansado de que la política lo embarre todo. Usted no permitirá que las lealtades personales u otras preocupaciones influyan en su opinión.

Eleanor asintió, consciente de que era cierto. No tenía esposo ni hijos, no tenía distracciones externas. La misión era lo único importante para ella, y siempre había sido así.

—¿Está seguro de que no podría ir yo? —preguntó, conociendo de antemano la respuesta.

A pesar de que se sentía elogiada porque el Director la hubiera elegido como encargada de dirigir la operación de las mujeres, aquella opción ocupaba el segundo puesto con respecto a realizar labores de agente sobre el terreno.

—Sin la documentación, sería inverosímil. —Y tenía razón, claro está. En Londres podía esconder sus orígenes. Pero conseguir la documentación necesaria para ser enviada al extranjero, y especialmente en aquel momento, con la petición de nacionalidad

pendiente, era a todas luces imposible—. Y, de todas maneras, esto es mucho más importante. Ahora es usted jefa de un departamento. Tiene que reclutar a las chicas. Entrenarlas. Convertirse en una persona de su confianza.

—¿Yo?

Eleanor sabía que las demás mujeres que trabajaban en el SOE la consideraban fría y distante, que no era el tipo de chica a la que invitarían a comer o a tomar el té, y mucho menos en la que depositarían su confianza.

—Eleanor —prosiguió el Director hablando en voz baja y en tono serio, taladrándola con la mirada—. Somos muy pocos los que estamos donde esperábamos estar al comienzo de la guerra.

Eso, reflexionó Eleanor, era una verdad mucho más grande de lo que el Director podía imaginarse. Pensó en lo que aquel hombre estaba pidiéndole. Era una oportunidad para ponerse al timón de la situación, de intentar solventar todos los errores que se había visto obligada a ver desde la barrera durante todos aquellos meses en los que se había sentido impotente para hacer cualquier cosa. Aunque no era lo mismo que estar trabajando sobre el terreno, sí sería una oportunidad para hacer mucho más de lo que ahora estaba haciendo.

—Necesitamos que se encargue de encontrar a estas chicas y de desplegarlas allí —continuó el Director, como si todo estuviera ya arreglado y ella hubiera dicho que sí.

Eleanor estaba inmersa en un conflicto interno. La perspectiva de aceptar aquella responsabilidad era atractiva. Pero, por otro lado, la enormidad de la tarea se extendía ante ella como una baraja de cartas dispuesta sobre la mesa. Los hombres se estaban enfrentando ya a muchas cosas y, por mucho que su corazón le dijera que las mujeres eran la respuesta, prepararlas para desempeñar aquella tarea sería un trabajo digno de Hércules. Era demasiado, una implicación —y también una exposición— que no sabía si podía permitirse.

Pero entonces miró las fotografías que colgaban en la pared de los agentes del SOE caídos en acción, jóvenes que lo habían dado todo por la guerra. Se imaginó el servicio de inteligencia alemán, el Sicherheitsdienst, en sus cuarteles generales en Francia, en la

Avenue Foch de París. El SD estaba comandado por el tristemente célebre Sturmbannführer Hans Kriegler, antiguo comandante de campos de concentración que Eleanor sabía por los archivos que era tan astuto como cruel. Había informes que afirmaban que utilizaba a los hijos de los franceses para obligar a sus padres a confesar, que decían que colgaba a los prisioneros de ganchos de carnicero para sonsacarles toda la información antes de dejarlos morir allí. Y, sin duda, en aquellos momentos, estaba ya planificando la caída de más agentes.

Eleanor sabía que no tenía más opción que aceptar el trabajo.

—De acuerdo. Pero necesitareé tener el control absoluto —dijo, pensando que siempre era importante adelantarse a la hora de establecer los términos del acuerdo.

—Lo tendrá.

—Y depender directamente de usted. —En otras circunstancias, los sectores especiales dependerían de alguno de los adjuntos del Director. Eleanor miró por el rabillo del ojo a Michaels, que se había quedado deambulando por el pasillo. Sabía que ni a él ni a los demás hombres les gustaría que tuviera una relación tan estrecha con el Director, más de la que ya tenía—. De usted —repitió con énfasis, dejando que las palabras calaran en su superior.

—No habrá intromisiones burocráticas —le prometió el Director—. Dependerá solo de mí.

Eleanor captó entonces la desesperación que escondía su voz, lo mucho que la necesitaba para sacar adelante aquel trabajo.

Tres

Marie

Londres, 1944

El último lugar donde Marie habría esperado ser reclutada como agente secreto (si acaso algún día se había imaginado que eso fuera a suceder) era en un cuarto de baño.

Tan solo una hora antes, Marie estaba sentada a una mesa junto a la ventana en Town House, una cafetería tranquila de York Street que solía frecuentar, saboreando unos minutos de calma después de una interminable jornada tecleando a máquina en la lóbrega Oficina de Guerra del edificio anexo, donde trabajaba como mecanógrafa. Al pensar en el fin de semana, para cuya llegada solo faltaban dos días, sonrió, imaginándose a Tess, de cinco años, y aquel dientecillo torcido que a buen seguro ya le estaría asomando un poco más. Es lo que tenía ver a su hija solo el fin de semana: Marie tenía la sensación de que en los días que transcurrían desde una visita a la otra, pasaban años. Deseaba salir al campo con Tess, jugar junto al arroyo y buscar piedras. Pero alguien tenía que estar allí, ganando unas cuantas libras para impedir que su vieja casa adosada de Maida Vale no acabara embargada o en estado de abandono; eso si las bombas no terminaban antes con ella.

Se oyó un estruendo a lo lejos y los platos que había en la mesa traquetearon. Marie se sobresaltó y buscó instintivamente la máscara de gas que ya nadie llevaba encima desde que terminara el Blitz. Levantó la vista hacia el cristal de la ventana de la cafetería. En la calle, mojada por la lluvia, un niño de ocho o nueve años intentaba arrancar fragmentos de carbón de la acera. Se le encogió el estómago. ¿Dónde estaría su madre?

Recordó el día, hacía ya más de dos años, en que decidió enviar a Tess lejos de la ciudad. Al principio, la idea de vivir separada de su hija le resultaba impensable. Pero luego una bomba impactó contra el edificio de pisos de enfrente y acabó con la vida de siete niños. Podría haber sido Tess. A la mañana siguiente, Marie puso en marcha los preparativos.

Al menos ahora sabía que Tess estaba bien con tía Hazel. La mujer era en realidad prima suya, y un poco arisca, eso sí, pero le tenía cariño a la niña. Y a Tess le encantaba la vieja vicaría de Anglia Oriental, con sus interminables armarios y sus mohosos pasadizos subterráneos. Podía corretear todo lo que le apeteciera por las marismas cuando el tiempo lo permitía y ayudar a Hazel con su trabajo en la oficina de correos cuando no. Marie no había podido hacerse a la idea de poner a su niña en un tren y mandarla al campo, a un frío convento o a Dios sabe dónde, dejarla en manos de desconocidos. Era una escena que había visto en King's Cross casi cada viernes durante todo el año anterior, cuando cogía el tren hacia el norte para ir a visitar a Tess: madres reprimiendo las lágrimas mientras ajustaban los abrigo y las bufandas de los pequeños, hermanos menores que no querían deshacer el abrazo que los unía a sus hermanos mayores, niños cargados con maletas enormes y llorando a moco tendido, intentando saltar por las ventanillas del vagón. Aquellas escenas hacían casi insoportable el viaje de dos horas que la separaba del abrazo de Tess. Se quedaba allí hasta el domingo, hasta que Hazel le recordaba que o cogía el último tren o la sorprendería el toque de queda. Sabía que su hija estaba sana y salva con la familia. Pero eso no hacía más soportable el hecho de que fuera solo miércoles.

¿Debería haber traído ya de vuelta a Tess a la ciudad? Era la pregunta que, viendo el goteo de niños que iba volviendo a Londres, acosaba constantemente a Marie durante aquellos últimos meses. El Blitz había acabado, y ahora que la población ya no pasaba las noches en las estaciones de metro, se había restablecido una especie de normalidad. Pero la guerra no estaba ganada ni de lejos, y Marie intuía que algo mucho peor estaba todavía por llegar.

Olvidando por un rato sus dudas, Marie sacó un libro del bolso. Era poesía de Baudelaire, un autor que adoraba porque sus versos

elegantes la transportaban de nuevo a tiempos felices, a cuando era niña y veraneaba en las costas de Bretaña con su madre.

—Disculpe —dijo un hombre al cabo de unos instantes. Marie levantó la vista, fastidiada por la interrupción. Era un cuarentón, delgado y del montón, vestido con una chaqueta deportiva de *tweed* y con gafas. Se había levantado de una mesa donde había dejado abandonado un plato con un bollito aún por empezar—. Me ha llamado la atención lo que está leyendo.

Se preguntó si querría flirtear con ella. Las intrusiones estaban a la orden del día, con todos aquellos soldados estadounidenses en la ciudad que salían de los *pubs* al mediodía y caminaban de tres en tres por las calles, con unas risotadas escandalosas que quebrantaban la tranquilidad.

Pero el hombre tenía acento británico y su expresión templada no era en absoluto indecorosa. Marie levantó el libro para que pudiera verlo.

—¿Le importaría leerme un poco? —preguntó el hombre—. Me temo que no hablo francés.

—La verdad es que no creo que... —empezó a objetar Marie, sorprendida por una petición tan extraña.

—Por favor —dijo el hombre interrumpiéndola y en un tono casi implorante—. Está haciendo una buena obra.

Se preguntó por qué significaría tanto para aquel hombre. Tal vez había perdido a alguien en Francia o era un veterano que había combatido allí.

—De acuerdo —accedió.

Unas cuantas líneas no harían daño a nadie. Empezó a leer del poema *N'importe où hors du monde*, de los *Pequeños poemas en prosa*. Lo hizo con voz cohibida de entrada, pero poco a poco fue ganando confianza.

Después de unas cuantas frases, Marie se interrumpió.

—¿Qué tal?

Esperaba que le dijera que siguiera leyendo. Pero no lo hizo.

—¿Ha estudiado francés?

Marie negó con la cabeza.

—No, pero lo hablo. Mi madre era francesa y de pequeña pasaba los veranos allí.

La verdad era que aquellos veranos habían sido una forma de escapar de su padre, un borracho eternamente enfadado incapaz de encontrar trabajo ni de mantenerse en un puesto cuando lo encontraba, resentido por la educación de su madre y el dinero de su familia, y frustrado porque Marie no era un niño. Esa era la razón por la cual Marie y su madre se marchaban a pasar el verano lejos, en Francia. Y era también la razón por la cual, con solo dieciocho años, Marie había huido de la casa solariega en Herefordshire, donde se había criado, para instalarse en Londres. Y por la que había adoptado el apellido de su madre. Sabía que si se quedaba en la casa que había temido durante toda su infancia, con el carácter cada vez peor de su padre, no habría salido de aquello con vida.

—Tiene un acento extraordinario —dijo el hombre—. Casi perfecto.

¿Cómo podía saberlo si acababa de decir que no hablaba francés?, se preguntó Marie.

—¿Trabaja? —preguntó el hombre.

—Sí —respondió ella secamente. El cambio de tema había sido abrupto y la pregunta excesivamente personal. Se levantó con rapidez y buscó unas monedas en el bolso—. Lo siento, pero tengo que irme.

El hombre extendió el brazo y cuando ella volvió a mirarlo, vio que tenía una tarjeta de visita en la mano.

—No era mi intención ser grosero. Pero estaba preguntándome si le interesaría un trabajo. —Marie aceptó la tarjeta. *Número 64 de Baker Street* era lo único que podía leerse en ella. Ningún nombre de persona ni de empresa—. Pregunte por Eleanor Trigg.

—¿Y por qué tendría que hacerlo? —cuestionó Marie, perpleja—. Tengo trabajo.

El hombre meneó levemente la cabeza.

—Este es diferente. Es un trabajo importante y me parece que sería usted muy adecuada... además de que estaría bien pagada. Me temo que no puedo decir nada más.

—¿Cuándo tendría que ir? —preguntó Marie, aun estando segura de que no iría nunca.

—Ahora mismo. —Marie esperaba que le diera cita para otro día—. ¿Así que va a ir?

Marie dejó unas monedas en la mesa y salió de la cafetería, ansiosa por alejarse de aquel hombre y de su intromisión. Abrió el paraguas y se ajustó bien al cuello la bufanda de color granate para protegerse del frío. Dobló la esquina y se paró a mirar por encima del hombro para asegurarse de que aquel hombre no la había seguido. Echó entonces un vistazo a la tarjeta, sencilla, blanca con letras negras. Oficial.

Podría haberle dicho a aquel hombre que no, cayó entonces en la cuenta. Podría tirar la tarjeta y seguir su camino tranquilamente. Pero sentía curiosidad. ¿Qué tipo de trabajo sería y para quién? A lo mejor se trataba de algo más interesante que pasarse el día entero tecleando. Además, el hombre había mencionado que estaba bien pagado y ella necesitaba dinero.

Diez minutos más tarde, Marie estaba en la entrada de Baker Street. Se detuvo junto al buzón de color rojo que había en la esquina. La famosa casa de Sherlock Holmes estaba supuestamente en Baker Street, recordó. Siempre se lo había imaginado como un lugar misterioso, envuelto en niebla. Pero la manzana era igual que cualquier otra, edificios anodinos de oficinas con tiendas en la planta baja. Siguiendo la calle, descubrió las típicas casas de ladrillo, viviendas reconvertidas en sedes de negocios. Caminó hasta llegar al número 64, y entonces dudó. *Oficina de Investigación de los Servicios Interdepartamentales*, rezaba el cartel de la puerta. ¿De qué diablos iba todo aquello?

Antes de que le diera tiempo a llamar, la puerta se abrió y una mano que no parecía estar unida a ninguna persona, señaló hacia la izquierda.

—Orchard Court, Portman Square. Doble la esquina y continúe calle abajo.

—Disculpe —dijo Marie enseñando la tarjeta, por mucho que diera la impresión de que no había nadie que pudiera verla—. Me llamo Marie Roux. Me han dicho que viniera aquí y preguntara por Eleanor Trigg.

La puerta se cerró.

—Curioso y rarífico —murmuró pensando en el libro favorito de Tess, la versión ilustrada de *Alicia en el País de las Maravillas* que le leía en voz alta cuando iba a verla.

Al doblar la esquina, había más casas adosadas. Siguió caminando hasta Portman Square y encontró el edificio con el nombre de Orchard Court. Llamó a la puerta. No hubo respuesta. Todo aquello empezaba a parecerle una broma de mal gusto. Dio media vuelta, dispuesta a poner rumbo a casa y olvidarse de aquella locura.

A sus espaldas, la puerta se abrió con un chirrido. Se giró en redondo y se encontró con un mayordomo con el cabello blanco.

—¿Sí?

El hombre la miró con frialdad, como si fuera un vendedor puerta a puerta ofreciendo un producto poco apetecible. Estaba demasiado nerviosa para hablar, de modo que le mostró la tarjeta.

El mayordomo le indicó que entrara.

—Pase —dijo, ahora con impaciencia, como si estuvieran esperándola y llegara tarde. La condujo por un vestíbulo cuyos techos altos y lámparas de araña transmitían la impresión de que en su día había sido la entrada a una casa lujosa. Abrió una puerta que quedaba a la derecha y volvió a cerrarla enseguida—. Espere aquí —le ordenó.

Marie se quedó allí de pie, incómoda, con la completa sensación de que su lugar no estaba allí. Oyó pasos en la planta de arriba y al volverse vio a un hombre joven y atractivo con cabello rubio que bajaba por una escalera de forma curva. Al verla, se detuvo.

—¿Así que forma usted parte del Racket⁴? —preguntó.

—No tengo ni idea de qué me habla.

El hombre sonrió.

—¿Entonces solo pasaba por aquí? —No esperó a que respondiera—. El Racket, así es como llamamos a todo esto —dijo abarcando con un gesto el vestíbulo.

El mayordomo reapareció tosiendo para indicar su presencia. Su expresión seria transmitió a Marie la innegable sensación de que no deberían estar conversando. Sin decir nada más, el hombre rubio

dobló la esquina y cruzó otra de las innumerables puertas que parecía haber en aquel lugar.

El mayordomo la guio por el pasillo y abrió una puerta que daba acceso a un cuarto de baño con baldosas en ónix y blanco. Se giró sorprendida; no había pedido ir al baño.

—Espere aquí.

El mayordomo cerró la puerta sin darle a Marie tiempo para protestar, dejándola sola. Se quedó allí, inquieta, inhalando el olor a moho disfrazado de producto de limpieza. ¡Pedirle que esperara en un cuarto de baño! Tenía que irse de allí, aunque no sabía muy bien cómo hacerlo. Se sentó en el borde de la bañera con patas y cruzó pulcramente las piernas a la altura de los tobillos. Pasaron cinco minutos, luego diez.

La puerta se abrió finalmente, con un clic, y entró una mujer. Debía de ser diez años mayor que Marie, tal vez veinte. Lucía una expresión seria. Tenía el pelo oscuro, y de entrada le dio a Marie la impresión de que lo llevaba corto, pero cuando se acercó más se dio cuenta de que lo recogía en un tenso moño bajo. Ni rastro de maquillaje ni de joyas, y su camisa blanca almidonada estaba perfectamente planchada, parecía casi militar.

—Soy Eleanor Trigg, directora de reclutamiento. Siento que tengamos que reunirnos aquí —dijo con voz entrecortada—. Vamos escasos de espacio.

La explicación parecía extraña, teniendo en cuenta el tamaño de la casa y el número de puertas que Marie había visto. Pero entonces recordó al hombre al que el mayordomo aparentemente había reprendido con la mirada por estar hablando con ella. A lo mejor, los que corrían por allí no podían verse entre ellos.

Eleanor evaluó a Marie como quien evaluaría un jarrón o una joya, con mirada fría e implacable.

—¿Ha tomado ya una decisión? —preguntó, como si estuvieran al final de una larga conversación y no se hubieran conocido hacía tan solo treinta segundos.

—¿Una decisión? —repitió Marie perpleja.

—Sí. Tiene que decidir si quiere poner en riesgo su vida y yo tengo que decidir si le permito hacerlo.

La cabeza empezó a darle vueltas.

—Perdón..., pero me parece que no la entiendo.

—No sabe quiénes somos, ¿verdad? —Marie hizo un gesto negativo—. ¿Entonces, qué hace aquí?

—Un hombre en una cafetería me ha dado una tarjeta y... — Marie titubeó escuchando la ridiculez de la situación en su propia voz. Ni siquiera se había molestado en averiguar cómo se llamaba aquel hombre—. Tengo que irme —dijo levantándose.

La mujer le posó con firmeza una mano en el hombro.

—No necesariamente. El hecho de que no sepa por qué ha venido no significa que no daba estar aquí. A menudo encontramos un objetivo en la vida cuando menos lo esperamos... o no. —Su estilo era brusco, poco femenino e indudablemente serio—. No le eche la culpa al hombre que la ha enviado aquí. No estaba autorizado a decir más. Nuestro trabajo es altamente confidencial. Muchos de los que trabajan en los niveles más altos de Whitehall no tienen ni idea de lo que hacemos.

—¿Y qué hacen exactamente? —se aventuró a preguntar Marie.

—Somos una filial del Ejecutivo de Operaciones Especiales.

—Oh —dijo Marie, aunque la respuesta no le hubiese aclarado nada.

—Operaciones secretas.

—¿Como los «rompecódigos» de Bletchey? —replicó, recordando que había conocido a una chica que dejó el equipo de mecanógrafas para dedicarse a eso.

—Algo parecido. Aunque nuestro trabajo es un poco más físico. Sobre el terreno.

—¿En Europa?

Eleanor asintió. Marie entendió entonces de qué se trataba: pretendía enviarla allí, a la guerra.

—¿Quieren que sea espía?

—Aquí no se formulan preguntas —le espetó Eleanor.

Entonces no era lugar para ella, reflexionó Marie. Siempre había sido curiosa, demasiado curiosa, decía su madre, porque no paraba de formular preguntas que no servían más que para avinagrar el carácter de su padre, que empeoró más si cabe cuando Marie entró en la adolescencia.

—No somos espías —continuó Eleanor, como si la sugerencia le hubiese resultado ofensiva—. El espionaje es asunto del MI6. Aquí, en el SOE, nuestra misión principal es el sabotaje, la destrucción de cosas como vías de tren, líneas de telégrafo, maquinaria de fábricas y similares, con el objetivo de debilitar a los alemanes. También ayudamos a los partisanos locales a armarse y resistir.

—Nunca había oído hablar de eso.

—Exactamente —dijo Eleanor con un tono que rozaba la satisfacción.

—¿Y qué le lleva a pensar que yo podría formar parte de algo así? Creo que no estoy cualificada para ello.

—Tonterías. Es usted inteligente, capaz. —¿Cómo podía aquella mujer, que acababa de conocerla, saber eso? Era quizás la primera vez en su vida que alguien la describía de aquella manera. Su padre se había asegurado de que se sintiese precisamente todo lo contrario. Y Richard, su esposo desaparecido, la había tratado como si fuera especial durante un momento fugaz, y así había acabado ella. Marie nunca se había considerado ninguna de esas cosas, pero de pronto se descubrió sentada en la bañera con la espalda más erguida—. Habla el idioma. Es justo lo que estamos buscando. ¿Ha tocado alguna vez un instrumento musical? —preguntó Eleanor.

Aunque tenía la impresión de que ya nada podría sorprenderla más, la pregunta le pareció extraña.

—Piano de pequeña. Y arpa en el colegio.

—Eso podría resultarnos útil. Abra la boca —le ordenó Eleanor con un tono de voz repentinamente tenso. Marie estaba segura de haber oído mal. Pero el rostro de Eleanor mantenía su seriedad—. La boca —ordenó de nuevo con insistencia e impaciencia. Marie obedeció a regañadientes. Eleanor le examinó la boca como un dentista. Marie se enfureció ante la intrusión tan descarada de una mujer a la que acababa de conocer—. Ese empaste de atrás tendrá que desaparecer —dijo con determinación Eleanor, apartándose.

—¿Desaparecer? —replicó Marie alarmada, levantando la voz—. Es un empaste perfecto. Apenas tiene un año y me salió muy caro.

—Exactamente. Demasiado caro. La identificaría de inmediato como inglesa. Lo sustituiremos por otro de porcelana, que es lo que utilizan los franceses.

De pronto, Marie lo entendió todo: el interés del hombre por sus habilidades lingüísticas, la preocupación de Eleanor por si el empaste parecía demasiado inglés.

—Pretenden hacerme pasar por francesa.

—Entre otras cosas, sí. Recibirá formación en todas las habilidades necesarias antes de ser enviada a su destino, siempre y cuando supere dicha formación. —Eleanor hablaba como si Marie ya hubiera accedido—. Es lo único que puedo decirle por el momento. El secretismo es de tremenda importancia para nuestras operaciones.

«Enviada a su destino». «Operaciones». A Marie le daba vueltas la cabeza. Le parecía surrealista que en aquella mansión elegante en el centro de la ciudad, a escasos pasos de las tiendas y el bullicio de Oxford Street, se planificara y librara la guerra secreta contra Alemania.

—El coche vendrá a buscarla en una hora para llevarla al centro de formación —dijo Eleanor, como si ya todo estuviera cerrado.

—¿Ahora? ¡Es demasiado pronto! Antes tendría que poner en orden mis asuntos y hacer la maleta.

—Siempre funciona así —replicó Eleanor. Tal vez, reflexionó Marie, no querían dar a la gente la oportunidad de volver a casa y pensárselo mejor—. Le proporcionaremos todo lo que necesite y se lo notificaremos a la Oficina de Guerra.

Marie miró sorprendida a Eleanor. No le había mencionado dónde trabajaba. Y entonces cayó en la cuenta de que aquella gente, quienquiera que fuera, sabía mucho sobre ella. El encuentro en la cafetería no había sido casual.

—¿Cuánto tiempo tendré que estar ausente? —preguntó.

—Eso depende de la misión y de varias circunstancias más. Puede presentar su dimisión en cualquier momento.

«Márchate», parecía decirle una voz que no era la suya. Marie se había metido en algo mucho más grande y más profundo de lo que se había imaginado. Pero sus pies permanecieron clavados en el suelo y su curiosidad siguió incentivada.

—Tengo una hija cerca de Ely, está con mi tía. Tiene cinco años.

—¿Y su marido?

—Muerto en el frente —mintió. El padre de Tess, Richard, era un actor sin trabajo que de vez en cuando hacía papeles de extra en espectáculos del West End y que se había esfumado poco después de que naciera Tess. Marie había ido a vivir a Londres con solo dieciocho años, huyendo de casa de su padre, y había sido víctima de la primera manzana podrida que había caído a sus pies—. Desaparecido en Dunkerque.

La explicación, una mentira macabra, era preferible a la más que probable verdad: que estaba en Buenos Aires, dilapidando lo que quedaba de la herencia de la madre de Marie, después de que ella, al poco tiempo de casarse, depositara ingenuamente todo el dinero en una cuenta corriente conjunta para cubrir los gastos de la casa.

—¿Su hija está bien atendida? —Marie asintió—. Bien. Porque si estuviera preocupada por eso no podría concentrarse debidamente en la formación.

Marie jamás dejaría de preocuparse por Tess. Y al instante comprendió que Eleanor no tenía hijos. Pensó en Tess en el campo, en las visitas de fin de semana que dejarían de existir si aceptaba la propuesta de Eleanor. ¿Qué tipo de madre haría una cosa así? Lo más responsable sería quedarse en Londres, darle las gracias a Eleanor y regresar a la vida normal y corriente que había dejado atrás por culpa de la guerra. Era el padre y la madre de Tess. Si no volvía, Tess no tendría a nadie más que a su anciana tía Hazel, que seguramente no podría seguir cuidando de ella mucho tiempo más.

—El trabajo se paga a diez libras por semana —añadió Eleanor.

Aquello era cinco veces más de lo que ganaba como mecanógrafa. Había encontrado el mejor trabajo posible en Londres, pero no era suficiente. Incluso combinándolo con un segundo trabajo, de esos que le impedirían poder ir a ver a Tess los fines de semana, nunca llegaría a lo que Eleanor estaba ofreciéndole. Hizo los cálculos. Con ese dinero tendría suficiente para mantener la casa incluso después de enviarle semanalmente una cantidad a Hazel para cubrir los cuidados y los gastos de Tess, algo que le

resultaba imposible hacer ahora. Se imaginó un vestido nuevo para su hija, tal vez incluso algunos juguetes para Navidad. Tess no era una niña mimada y nunca se quejaba, pero a Marie le gustaría poder darle esas cosas que ella de pequeña había dado siempre por sentadas. De todas maneras, trabajando en Londres como hasta ahora, tampoco podía estar mucho tiempo con Tess. Y la verdad es que sentía curiosidad por la aventura misteriosa con la que Eleanor estaba tentándola. Sentada en Londres, escribiendo todo el día a máquina, se sentía inútil. Y con aquello podía hacer algo bueno, aportar su granito de arena al esfuerzo de la guerra, siempre y cuando, como Eleanor había dicho, demostrara que era capaz de hacerlo.

—De acuerdo, pues. Estoy lista. Pero tengo que telefonar y comunicarle a la persona que cuida de mi hija que no voy a ir a verla por una temporada.

Eleanor negó firmemente con la cabeza.

—Imposible. Nadie puede saber adónde va, ni siquiera saber que se va. Enviaremos un telegrama informando a su familia de que ha tenido que ausentarse por motivos de trabajo.

—No puedo irme sin decirles nada.

—Pues eso es justo lo que tiene que hacer. —Eleanor se quedó mirándola fijamente. A pesar de que su expresión no cambió, Marie vio un destello de duda en sus ojos—. Si no está preparada para hacerlo, puede marcharse y no pasa nada.

—Tengo que hablar con mi hija. No iré a menos que antes pueda oír su voz.

—De acuerdo —concedió Eleanor—. Pero no puede decirle dónde va. En la habitación contigua hay un teléfono que puede utilizar. Que la conversación sea breve. No más de cinco minutos. —Eleanor hablaba como si estuviera al cargo de Marie, como si fuera su propietaria. Marie se preguntó si aceptar no habría sido un error—. No mencione nada de su partida —reiteró Eleanor.

Marie empezaba a tener la sensación de que aquello era una especie de examen, tal vez el primero de muchos.

Eleanor echó a andar hacia la puerta e indicó a Marie con un gesto que la siguiera.

—Un momento —dijo Marie—. Hay una cosa más. —Eleanor se giró, con una expresión de fastidio apoderándose muy lentamente de sus facciones—. Tengo que decirle que la familia de mi padre es alemana.

Marie observó la cara de Eleanor, casi esperando que la información que acababa de proporcionarle le hiciera cambiar de idea sobre aceptarla para lo que fuera que estuviera proponiéndole. Pero Eleanor se limitó a asentir a modo de confirmación.

—Lo sé.

—¿Y cómo?

—Acude cada día a la misma cafetería, ¿verdad? —Marie asintió—. Debería dejar de hacer eso, por cierto. Una costumbre espantosa. Variar la rutina es clave. En cualquier caso, el hecho es que acude allí, se sienta, lee libros en francés y uno de los nuestros se fijó en usted y pensó que sería un buen fichaje. La seguimos de vuelta al trabajo, nos enteramos de quién era. La estudiamos bien y nos pareció cualificada, al menos para ser considerada una opción. —Marie estaba pasmada; había pasado todo aquello y ella no se había dado ni cuenta—. Tenemos buscadores por toda Gran Bretaña, reclutadores que buscan chicas con potencial para encajar en este trabajo. Pero al final soy yo quien decide si son adecuadas o no. Todas y cada una de las chicas pasan por mí —dijo, con un tono ciertamente protector.

—¿Y cree que yo podría valer?

—Es posible —respondió Eleanor con cautela—. Posee las credenciales correctas. Pero durante la formación será puesta a prueba para ver si realmente es capaz de utilizarlas como es debido. Poseer las habilidades sobre el papel no sirve de nada si luego no hay agallas para ponerlas en práctica. ¿Tiene usted algún tipo de afinidad política?

—Ninguna. Mi madre no creía en...

—Basta —le espetó Eleanor—. No responda a una pregunta con más información de la necesaria. —Otra prueba—. Jamás tiene que hablar ni de usted ni de su pasado. Durante la formación recibirá una nueva identidad.

Y hasta entonces, pensó Marie, sería simplemente como si ella no existiera.

Eleanor mantuvo abierta la puerta del cuarto de baño. Marie pasó entonces a un despacho lleno de estanterías. En una mesa de madera de caoba vio un teléfono.

—Puede llamar desde aquí.

Eleanor se quedó en la puerta, sin ni siquiera fingir que iba a darle cierta intimidad. Marie marcó el número de la operadora y pidió que le pusieran con la oficina de correos donde trabajaba a diario Hazel, confiando en que no se hubiera ido ya a casa. Preguntó por ella a la mujer que respondió al teléfono.

Al cabo de unos instantes, se escuchó una voz cantarina.

—¡Marie! ¿Pasa algo malo?

—No, todo va bien —dijo Marie rápidamente para tranquilizarla, aunque deseosa de poder contarle la verdad sobre el porqué de su llamada—. Solo llamaba para ver qué tal seguía Tess.

—Voy a buscarla.

Pasó un minuto, luego otro. Rápido, se dijo Marie, preguntándose si Eleanor le arrancaría el teléfono de la mano en cuanto hubieran pasado cinco minutos.

—¡Hola! —chilló la voz de Tess inundándole el corazón a Marie.

—Cariño, ¿qué tal estás?

—Estoy ayudando a tía Hazel a clasificar el correo, mamá.

Marie sonrió, imaginándosela jugando por los casilleros.

—Buena chica.

—Y solo quedan dos días para vernos.

Tess, que aun siendo tan pequeña tenía una increíble percepción del paso del tiempo, sabía que su madre siempre iba a verla los viernes. Pero esta vez no sería así. A Marie se le encogió el corazón.

—Deja que hable un momento con tu tía. Y, Tess, te quiero mucho —añadió.

Pero Tess ya se había ido. Hazel reapareció al aparato.

—¿Está bien? —preguntó Marie.

—Es una niña brillante. No para de contar hasta cien y de hacer sumas. Una lumbrera. Resulta que el otro día hizo... —Hazel se interrumpió, intuyendo que compartir con Marie lo que se había perdido solo empeoraría las cosas. Marie no podía evitar sentirse un poco celosa. Cuando Richard la abandonó y la dejó sola con una

recién nacida, Marie estaba aterrada. Pero en el transcurso de aquellas largas noches consolando y criando a un bebé, Tess y ella habían acabado convirtiéndose en una sola persona. Y luego se había visto obligada a mandarla lejos de Londres. Aquella condenada guerra le estaba haciendo perderse gran parte de la infancia de Tess—. Lo verás por ti misma este fin de semana — añadió con bondad Hazel.

Era como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago.

—Tengo que irme.

—Nos vemos pronto —replicó Hazel.

Con miedo a decir nada más, Marie colgó el teléfono.

Cuatro

Grace

Nueva York, 1946

Cuarenta y cinco minutos después de salir de Grand Central, Grace bajó del autobús urbano en Delancey Street. Las fotografías que había cogido de la maleta le quemaban la piel aun estando en el interior del bolso. Casi esperaba que la policía o cualquier otra persona la siguiera para obligarla a devolverlas.

Pero ahora que había conseguido llegar al bullicioso barrio del Lower East Side, donde trabajaba desde hacía unos meses, la mañana parecía casi normal. En la esquina, Mortie, el vendedor de perritos calientes, la saludó al pasar. Los limpiacristales se alternaban entre comentarse a gritos qué tal les había ido el fin de semana y silbar a las mujeres que pasaban por debajo de ellos. Del interior de Reb Sussel's, la tienda de exquisiteces, emergía un aroma a alguna cosa apetecible y deliciosa que le cosquilleó la nariz.

Grace llegó enseguida a la casa adosada reconvertida en edificio de oficinas de Orchard Street e inició el ascenso que siempre la dejaba sin aliento. Bleeker & Sons, un bufete de abogados para emigrantes, estaba en un cuarto piso de aquel edificio sin ascensor, encima de una sombrerería y de dos plantas ocupadas por un despacho de contables. El nombre, grabado en la puerta de cristal que se abría al fondo del rellano, no era muy acertado, puesto que allí solo estaba Frankie, y siempre había sido así, por lo que ella sabía. Una cola de refugiados, una quincena, serpenteaba por la escalera: pómulos hundidos, abrigos gruesos sobre excesivas capas de ropa, como si les diera miedo

desprenderse de sus pertenencias. La expresión demacrada y de preocupación era un elemento fijo en sus caras y nadie miraba a nadie a los ojos. Grace notó el olor a falta de aseo al pasar por su lado y se avergonzó de inmediato de percibirlo.

—Perdón —dijo, sorteando con cuidado a una mujer que estaba sentada en el suelo con un bebé durmiendo en el regazo.

Entró en la oficina. En el otro extremo de la única estancia, Frankie estaba apoyado en el borde de su desgastada mesa, con el auricular del teléfono sujeto entre el oído y el hombro. Sonrió de oreja a oreja al verla y la saludó con la mano.

—Siento llegar tarde —dijo Grace en cuanto él colgó el teléfono—. Ha habido un accidente justo al lado de Grand Central y he tenido que dar un rodeo.

—He cambiado la cita de la familia Metz a las once —dijo Frankie, sin el más mínimo tono de recriminación.

Cuando se acercó más, vio la huella de un periódico marcada en su mejilla.

—Has pasado otra vez la noche aquí, ¿verdad? —dijo, regañándolo—. Llevas el mismo traje, así que no intentes negarlo.

Al instante se arrepintió de aquella observación. Y esperó que él no se diese cuenta de que también ella iba vestida igual.

Frankie levantó las manos, reconociendo su falta, y se llevó a un dedo a la sien, donde su cabello oscuro estaba salpicado de canas.

—Me declaro culpable. Tenía que hacerlo. Los Weissman necesitaban que les preparara toda la documentación para el certificado de residencia y el tema de la vivienda.

Frankie era inagotable en su labor de ayudar a la gente y era como si su propio bienestar no le importara en absoluto.

—Pues ahora ya está hecho —replicó Grace, intentando no pensar en lo que había estado haciendo ella mientras él trabajaba toda la noche—. Tendrías que dormir un poco.

—No me echas ahora el sermón, señorita —dijo bromeando, y su acento de Brooklyn se acentuó.

—Necesitas descansar. Anda, vete a casa —siguió presionando ella.

—¿Y qué les digo? —replicó él, moviendo la cabeza en dirección a la fila de gente que esperaba en el rellano.

Grace volvió la cabeza y miró por encima del hombro el torrente interminable de gente necesitada que llenaba la escalera. A veces, se sentía superada por la situación. El bufete de Frankie trabajaba básicamente ayudando a los judíos europeos que habían llegado a la ciudad y vivían en los ya abarrotados bloques de apartamentos de Lower East Side; a veces, era más un trabajo social que de abogacía. Frankie aceptaba todos los casos e intentaba encontrar familiares o bienes, o conseguirles permisos de residencia, a menudo por poco más que una promesa de pago en un futuro. Jamás había dejado de pagar el salario de Grace, aunque con frecuencia ella se preguntaba cómo hacía para seguir costeando la luz y el alquiler.

Y luego había que ver cómo lo sufría su salud. Su camisa blanca amarilleaba por el cuello y andaba eternamente cubierto de una fina capa de sudor que le daba un resplandor singular. Soltero de toda la vida («¿Quién iba a quererme a mí?», había bromeado en más de una ocasión) que rondaba los cincuenta, era como una sombra desaliñada que deambula a las tantas de la madrugada, aun siendo las diez de la mañana, siempre despeinado. Pero sus ojos castaños tenían una calidez que hacía imposible reprenderlo y su sonrisa fácil siempre provocaba la de ella.

—Necesitas desayunar, como mínimo —dijo Grace—. Puedo bajar a comprarte una rosquilla.

Frankie hizo un gesto de desdén ante la sugerencia.

—Mira, lo que sí podrías hacer es buscarme el número de teléfono de los servicios sociales de Queens —replicó—. Quiero refrescarme un poco antes de la primera reunión.

—Si te pones enfermo no servirás de nada a nuestros clientes —le regañó Grace.

Pero Frankie se limitó a sonreír y se dirigió hacia la puerta para ir al lavabo. De camino, alborotó el pelo de un niño sentado en el descansillo.

—Enseguida vuelvo, ¿eh, Sammy? —dijo.

Grace cogió el cenicero que estaba en una esquina de la mesa y lo vació, luego pasó un paño por la superficie del escritorio para

limpiar el polvo acumulado. Frankie y ella, en cierto sentido, se habían encontrado mutuamente. Después de alquilar la minúscula habitación con baño compartido en la calle 54, cerca del West River, pronto se había quedado sin el poco dinero que tenía y había empezado a buscar trabajo armada única y exclusivamente con un título de mecanografía del instituto. Cuando había acudido allí como respuesta a un anuncio publicado por uno de los contables del edificio, había entrado por error en el bufete de abogados. Frankie le comentó que él también estaba buscando una colaboradora (si era o no verdad era algo que nunca sabría) y había empezado a trabajar con él al día siguiente.

En realidad no necesitaba a nadie más trabajando allí con él, comprendió rápidamente Grace. La oficina era diminuta, demasiado pequeña para dos personas. A pesar de que tenía los papeles aparentemente apilados en montones desordenados, Frankie era capaz de localizar una hoja concreta en cuestión de segundos. El ritmo de trabajo era frenético, pero podía hacerlo perfectamente solo; de hecho, llevaba años haciéndolo solo. No, no la necesitaba. Pero Frankie había intuido que ella necesitaba trabajar y había creado el puesto. Lo adoraba, aunque fuera solo por eso.

Frankie reapareció en la oficina.

—¿Lista? —preguntó. Grace movió la cabeza en un gesto afirmativo, por mucho que lo que más deseara en aquel momento fuera irse a su casa, darse un baño y dormir o, al menos, tomarse un café. Pero Frankie estaba ya de camino a su mesa seguido por el niño del descansillo—. Sammy, te presento a mi amiga Grace. Grace, te presento a Sam Altshuler.

Grace miró hacia la puerta, detrás del chico, donde aguardaba la gente. Esperaba que el niño estuviera acompañado por toda su familia, o al menos por algún adulto.

—¿Madre? ¿Padre? —dijo en voz baja por encima de la cabeza del niño, para que no pudiera verla.

Frankie hizo un gesto negativo con la cabeza, muy serio.

—Siéntate, hijo —le dijo con amabilidad al niño, que no debía de tener más de diez años—. ¿Cómo podemos ayudarte?

Sammy los miró con unos ojos con largas pestañas, sin saber muy bien si debía o no confiar en ellos. Grace vio que llevaba una

libretita en la mano derecha.

—¿Te gusta escribir? —le preguntó.

—Dibujar —respondió Sammy con un acento de la Europa del Este muy marcado.

Abrió la libreta para enseñarles un pequeño dibujo que acababa de hacer de la cola de gente que esperaba en la escalera.

—Es precioso —dijo Grace, fijándose en que los detalles y las expresiones de la cara de la gente eran asombrosamente buenos.

—¿Cómo podemos ayudarte? —preguntó Frankie.

—Necesito un lugar donde vivir.

Hablaba el inglés chapucero pero funcional de un niño inteligente que había aprendido solo.

—¿Tienes algún familiar aquí en Nueva York? —preguntó Frankie.

—Mi primo, comparte un apartamento con algunos colegas en el Bronx. Pero cuesta dos dólares a la semana si quiero ir a vivir con ellos.

Grace se preguntó dónde habría estado viviendo Sammy hasta ahora.

—¿Y tus padres? —no pudo evitar preguntar.

—Me separaron de mi padre en Westerbork. —Westerbork era un campo de tránsito localizado en Holanda, recordó Grace que les había comentado una familia a la que habían ayudado hacía unas semanas—. Mi madre me tuvo escondido con ella todo el tiempo que pudo en los... —Hizo una pausa, buscando la palabra— en los barracones de las mujeres, pero también se la llevaron. Nunca los volví a ver.

Grace se estremeció por dentro, intentando imaginarse a un niño tratando de sobrevivir solo en aquellas circunstancias.

—A lo mejor sobrevivieron —sugirió.

Vio un destello en los ojos de Frankie, por encima de la cabeza del niño, una advertencia silenciosa. La expresión de Sammy se mantuvo inalterable.

—Se los llevaron al este —dijo sin alterarse—. La gente que se llevan allí ya no vuelve.

¿Cómo sería vivir como un niño sin esperanza?, se preguntó Grace. Se obligó a concentrarse en las cuestiones prácticas de la

situación.

—Ya sabes que en Nueva York hay sitios donde pueden vivir los niños.

—No quiero una casa para niños —replicó Sammy con pánico en la voz—. No quiero un orfanato.

—Grace, ¿puedo hablar un momento contigo? —Frankie la llevó a un rincón, lejos de Sammy—. Este niño pasó dos años en Dachau. —A Grace se le revolvió el estómago al imaginar las cosas espantosas que los jóvenes ojos de Sammy debían de haber visto—. Y luego estuvo en un campo de refugiados durante seis meses —continuó diciendo Frankie—, antes de conseguir llegar aquí sirviéndose de la documentación de otro niño que había muerto. No irá a ninguna otra institución donde puedan volver a hacerle daño.

—Pero necesita tutores, una educación... —protestó Grace.

—Lo que necesita —replicó Frankie con amabilidad— es un lugar seguro donde vivir.

El mínimo para sobrevivir, pensó con tristeza Grace. Muchísimo menos que la familia amorosa que cualquier niño debería tener. Si ella viviera en un apartamento de verdad, podría haberse llevado a Sammy consigo.

Frankie se volvió hacia el chico.

—Sammy, vamos a iniciar el proceso para que tus padres sean declarados fallecidos y de este modo puedas recibir pagos de la seguridad social.

Frankie habló con un tono de voz prosaico. No es que no le importara, y Grace lo sabía; simplemente estaba ayudando a un cliente, por muy joven que fuera, a conseguir lo que necesitaba.

—¿Y cuánto tiempo tardará eso? —preguntó Sammy.

Frankie frunció el ceño.

—No es un proceso rápido. —Buscó su cartera y extrajo de ella un billete de cincuenta dólares. Grace sofocó un grito. Era una cantidad considerable para el bufete y Frankie no podía permitírselo—. Esto debería bastarte para poder vivir una temporada con tu primo. Guárdalo contigo y no se lo confíes a nadie. Ven a verme en dos semanas, o antes si las cosas no te van bien con tu primo, ¿entendido?

Sammy miró dubitativo el dinero.

—No sé cuándo podré devolvérselo —dijo, con una voz mucho más solemne de la que le correspondía por edad.

—¿Qué te parece si lo haces con ese dibujo? —sugirió Frankie—. Me sentiré suficientemente pagado.

El niño arrancó la página de la libreta y aceptó el dinero.

Viendo la espalda del niño al cruzar la puerta, a Grace se le encogió el corazón. Había leído y oído las historias en las noticias, que al principio fueron un simple goteo para acabar convirtiéndose en una avalancha, sobre las matanzas y demás atrocidades que se habían cometido en Europa mientras la gente en Estados Unidos seguía yendo al cine y quejándose de la escasez de medias de nailon. Hasta que no empezó a trabajar con Frankie no empezó a ver la cara del sufrimiento y a entenderlo todo realmente. Intentaba mantener las distancias con los clientes. Sabía que si les daba acceso a su corazón, por mínimo que fuera, su dolor la rompería. Pero cuando conocías a alguien como Sammy, era inevitable.

Frankie se acercó y la rodeó por los hombros.

—Es duro, lo sé.

Grace se giró hacia él.

—¿Cómo lo haces? Para seguir adelante, me refiero.

Frankie llevaba años ayudando a la gente a reconstruir su vida después de aquel desastre.

—Tienes que entregarte al trabajo. Hablando del cual, tenemos a los Beckerman esperando.

Las horas siguientes fueron un continuo de entrevistas. Algunas en inglés, otras traducidas por ella haciendo uso de todo el francés aprendido en el instituto que era buenamente capaz de recordar, y otras con Frankie hablando en el alemán fluido que decía que había aprendido de su abuela. Grace tomaba con ahínco las notas que Frankie le dictaba sobre todo lo que había que hacer para cada cliente. Pero entre reunión y reunión, la cabeza de Grace volvía a la maleta que había encontrado en la estación por la mañana. ¿Por qué la habrían abandonado? Se preguntó si la mujer (Grace daba por sentado que, por la ropa y los artículos de aseo que contenía, la maleta pertenecía a una mujer) la habría olvidado allí sin querer, o si sabría que no iba a regresar. A lo mejor estaba allí para que alguien la encontrara.

—¿Por qué no hacemos una pausa para comer? —dijo Frankie cuando era casi la una del mediodía.

Grace sabía que lo que quería decir era que ella tendría que ir a comer, mientras él seguía trabajando o, como mucho, comía lo que ella pudiera traerle luego. Pero no se lo discutió. Tampoco ella había comido nada, recordó mientras bajaba por la escalera.

Diez minutos más tarde, Grace salió a la azotea del edificio, donde le gustaba comer si el tiempo lo permitía. Tenía una visión panorámica del Midtown Manhattan extendiéndose hacia el este, hasta llegar al río. La ciudad empezaba a parecer un solar gigantesco en obras, con enormes grúas construyendo rascacielos de cristal y acero por todo Midtown hasta los bloques de apartamentos que crecían en el extremo del East Village. Vio un grupo de chicas que salían de Zarin's Fabrics para disfrutar de su hora de la comida, con piernas largas y elegantes a pesar de los años de escasez y racionamiento. Algunas incluso fumaban. Grace no quería hacerlo, aunque le gustaría ser un poco como ellas. Se las veía seguras del lugar que ocupaban en el mundo, mientras que ella se sentía como una extranjera cuyo visado estaba a punto de expirar en cualquier momento.

Grace limpió el hollín del alféizar de una ventana y se encaramó. Recordó las fotos que guardaba en el bolso. Durante la mañana, había pensado unas cuantas veces si todo habrían sido imaginaciones suyas. Pero cuando había abierto el bolso para sacar unas monedas para la comida, las había encontrado allí, perfectamente envueltas en la cinta de encaje. Le habría gustado subirlas con ella y echarles otro vistazo mientras comía, pero en la azotea solía soplar el viento y no quería que se le volaran.

Grace desenvolvió el perrito caliente que acababa de comprar en la calle, echando de menos el bocadillo vegetal con huevo que solía traer de casa. Le gustaba que su mundo tuviera cierto orden, la rutina era un consuelo. Ahora era como si todo se hubiera puesto patas arriba. Con el infortunio de la noche anterior había sacado una pieza del lugar que le correspondía (una pieza muy grande, eso lo reconocía, pero una pieza, y nada más), aunque tenía la sensación de que todo estaba terriblemente desordenado.

Miró la ciudad y sus ojos se clavaron en los alrededores de un rascacielos, a orillas del East River. A pesar de que desde allí no podía verlo, el elegante hotel donde había pasado la noche anterior ocupaba un lugar inmenso en su cabeza. Todo había empezado de forma inocente. De vuelta a casa al salir del trabajo, consciente de que no tenía nada en la nevera compartida de la cocina de la pensión, se había parado a cenar en Arnold's, un local de la calle 53 por delante del cual había pasado decenas de veces. Su intención era pedir alguna cosa para llevar, pollo asado con patatas. Pero la madera de caoba, la iluminación tenue y la música ambiental la habían atraído irresistiblemente. No le apetecía sentarse en su minúscula habitación y cenar sola una vez más.

—Tomaré un menú, por favor —dijo Grace al entrar.

El *maître* levantó la vista y Grace se encaminó hacia la barra intentando ignorar las miradas de los hombres, sorprendidos al ver una mujer dispuesta a cenar sola.

Y entonces lo vio, un hombre al final de la barra vestido con un elegante traje gris, de espaldas a ella. Era ancho de hombros y llevaba el pelo castaño y rizado bien corto, dominado mediante gomina. Se removió en su interior un interés que hacía mucho tiempo que había caído en el olvido. Él se giró y se levantó, con la cara iluminada al reconocerla.

—¿Grace?

—Mark...

Necesitó un segundo para ubicarlo tan fuera de contexto. Mark Dorff había sido el compañero de habitación de Tom en Yale.

Mucho más que eso, cayó en la cuenta cuando sus recuerdos empezaron a emerger, había sido su mejor amigo. A pesar de ser dos años mayor que Tom, Mark había sido una presencia constante entre el mar de chicos con americanas de lana azul marino que llenaban los actos y los bailes de antiguos alumnos. Incluso había asistido a su boda. Pero era la primera vez que hablaban de verdad, solo ellos dos.

—No tenía ni idea de que vivías en Nueva York —dijo Mark.

—Y no vivo aquí. No del todo. —Intentó dar con las palabras adecuadas—. Estoy pasando aquí una temporada. ¿Y tú?

—Vivo en Washington. He estado unos días aquí por trabajo, pero vuelvo a casa mañana a primera hora. Me alegro mucho de verte, Gracie. —A Grace nunca le había gustado el apodo que le había puesto su familia y que Tom había acogido como suyo. Era diminutivo, concebido para mantenerla en su lugar. Pero en aquel momento, oírlo la envolvió de una sensación de calidez que la llevó a darse cuenta de lo mucho que lo había echado de menos durante los meses que llevaba sola en la ciudad—. ¿Qué tal estás?

Allí estaba. La pregunta que más temía Grace desde la muerte de Tom. La gente siempre la pronunciaba como si se esforzara por dar a su voz el nivel de compasión adecuado, formulándola de un modo personal pero no excesivamente. Sin embargo, Mark parecía preocupado, como si de verdad le importara.

—Vaya pregunta más estúpida —añadió al ver que ella no respondía—. Lo siento.

—No pasa nada —dijo ella rápidamente—. Voy apañándome.

La verdad es que empezaba a serle más fácil. Estar en Nueva York y no ver a diario los lugares que podían recordarle a Tom le había permitido dejar todo aquello atrás, al menos por un tiempo. Esa insensibilidad, esa sensación de olvido, formaban parte de lo que la había empujado a mudarse a Nueva York. Pero aun así, se sentía culpable de haberlas encontrado.

—Siento no haber podido asistir al funeral. Estaba aún en el frente.

Mark agachó la cabeza. Grace se percató entonces de que sus facciones no eran perfectas. Ojos de color avellana excesivamente juntos, barbilla afilada. Pero el conjunto era atractivo.

—Mi recuerdo de aquello es muy confuso —reconoció—. Pero las flores... —Destacaban por su tamaño por encima de las demás—. Fue muy amable por tu parte.

—Era lo mínimo que podía hacer. Perder a Tom de aquella manera, fue una auténtica faena. —La expresión de Mark le dio a entender a Grace que la pérdida de su amigo le había afectado profundamente. Mark era distinto a los otros chicos de Yale, recordó entonces, y no solo porque fuera el mejor amigo de Tom. Bastante callado, pero más por secretismo que por timidez—. Estamos pensando en crear un fondo de becas con su nombre.

Viendo que el pasado la envolvía por completo, Grace sintió una necesidad urgente de marcharse de allí.

—Bueno, ha sido un placer volver a verte.

—Espera —dijo Mark tocándole el brazo—. Siéntate un momento. Es agradable hablar con alguien que conoció a Tom.

A Grace no le parecía en absoluto agradable. Pero se sentó, y dejó que el camarero le sirviera una saludable copa de *brandy*. En algún momento, Mark acercó su taburete al de ella sin que el gesto le pareciera a Grace atrevido o inapropiado. A partir de ahí, el resto de la noche y el paso de las horas empezaron a volverse confusos. Hasta más tarde no se dio cuenta de que aquel restaurante era más bien un bar. ¿En qué estaría pensando cuando entró allí? Era viuda desde hacía menos de un año y hablar con desconocidos no era lo correcto.

Pero Mark no era un desconocido. Conocía a Tom, lo conocía de verdad, y sin darse cuenta, se sumergió en sus historias.

—Y entonces me encontré a Tom en el tejado de la residencia y no se acordaba de cómo había llegado hasta allí. Lo único que le preocupaba era llegar tarde a clase —dijo Mark, dando por terminado un relato que pretendía ser divertido.

Pero, en cambio, a Grace empezaron a arderle los ojos.

—¡Oh! —exclamó llevándose la mano a la boca al notar que empezaban a asomarle las lágrimas.

—Lo siento —dijo apresuradamente él.

—No es culpa tuya. Es solo que tú y yo estamos aquí, riéndonos, y...

—Y Tom no está.

Mark lo entendía como nadie lo había entendido hasta la fecha. Extendió el brazo para limpiarle el carmín que se le había corrido hacia la mejilla. Y su mano se quedó allí.

Mark cambió entonces de tema, recordaba Grace. Y empezó a hablar de música o de política, o tal vez de ambas cosas. Solo más tarde caería ella en la cuenta de que no había hablado en absoluto sobre sí mismo.

Obligándose a apartar la mirada del lugar hacia donde estaba el hotel, Grace alejó las imágenes de su cabeza. Ya estaba hecho. Había salido a hurtadillas de la elegante habitación mientras él

seguía durmiendo y había parado un taxi. Nunca más volvería a verlo.

Pensó entonces en su marido, y los recuerdos que solía mantener categóricamente a raya se convirtieron en una distracción bienvenida. Había conocido a Tom un verano, cuando ella aún estudiaba en el instituto y estaba de vacaciones con su familia en Cape Cod. Era el chico perfecto: rubio y encantador, hijo de un senador por el estado de Massachusetts y a punto de entrar en una universidad de la Ivy League, con la exuberancia típica del capitán de un equipo de fútbol americano. Era difícil creer que ella pudiera gustarle. Grace era hija de un contable y la menor de tres chicas. Sus hermanas estaban casadas y vivían a menos de dos kilómetros de donde se habían criado, en Westport, Connecticut. Las atenciones de Tom fueron una forma agradable de alejarse de la vida de ciudad pequeña que siempre le había parecido tan sofocante, y de un futuro de interminables partidas de *bridge* y reuniones del Rotary Club que parecía inevitable si se quedaba allí.

Tom y ella se casaron en cuanto ella se graduó en el instituto y alquilaron una casa en New Haven mientras él seguía en la universidad. Su plan era trasladarse a Boston en cuanto Tom terminara sus estudios. Hablaban de una luna de miel tardía, de un crucero a Europa, tal vez a bordo del *Queen Elizabeth II* o de cualquier otro trasatlántico. Pero entonces los japoneses bombardearon Pearl Harbor y Tom insistió en alistarse en la escuela de oficiales después de su graduación. Estaba de instrucción en Fort Benning y a punto de ser destinado al frente.

—Tengo un permiso de fin de semana —le dijo aquella última noche por teléfono, organizando cosas como siempre hacía—. Me da tiempo de sobra para ir a Connecticut, pero mejor será que nos veamos en Manhattan y pasemos allí el fin de semana, así luego vienes a despedirme al puerto de Nueva York.

Fue la última vez que oyó su voz. El *jeep* en el que viajaba tuvo un accidente, iba a excesiva velocidad y se salió de una curva de camino a la estación de tren, un suceso estúpido que podía haberse evitado. Grace miraba a menudo, pensativa, los lazos amarillos y las flores que lucían otras mujeres. No eran solo el adorno distintivo de

las viudas de guerra, sino el orgullo y el propósito, la sensación de que tanto dolor y tanta pérdida habían servido para algo.

Grace había regresado brevemente a Westport después del funeral de Tom. Marcia, una amiga de la infancia que quería ayudarla, se había ofrecido amablemente a recibirla en la casa que tenían en los Hamptons. Y se había sentido tremendamente aliviada al alejarse de las miradas compasivas de su familia y de la claustrofóbica ciudad de su juventud. Pero el sonido del silencio de la costa fuera de temporada era ensordecedor, y por eso había decidido marcharse a Manhattan. A su familia, sin embargo, le había dicho que se quedaría una temporada con Marcia para recuperarse, sabiendo que jamás estarían de acuerdo con que viviese sola en la ciudad. Marcia la había apoyado en sus planes y le enviaba todas las cartas que le hacía llegar la familia. De eso hacía casi un año, y Grace no había vuelto aún a casa.

Grace acabó de comer y volvió a la oficina. La heterogénea cola de clientes se había dispersado ahora que las citas de la mañana habían tocado a su fin. Frankie no estaba por ningún lado, pero le había dejado una montaña de correspondencia para mecanografiar, cartas a diversos organismos de la ciudad en nombre de sus clientes. Grace cogió la primera y la examinó, introdujo una hoja de papel en la máquina de escribir y se concentró en el repetitivo clac clac.

Cuando hubo terminado, se dispuso a coger la hoja siguiente, pero se detuvo. Abrió el bolso y extrajo el sobre que contenía las fotos. Las sacó y las extendió sobre la mesa formando un abanico. Doce chicas, todas jóvenes y guapas. Bien podían haber formado parte de alguna hermandad universitaria. Pero la mayoría llevaba uniforme y debajo de su sonrisa, la mandíbula mostraba una expresión grave y sus miradas eran solemnes. Las fotografías estaban perfectamente envueltas en encaje. Estaban, sin embargo, gastadas por el tacto, era como si tuvieran la forma de la palma de una mano. Al cogerlas por debajo, Grace percibió en sus dedos la energía que irradiaban.

Le dio la vuelta a una y encontró un nombre escrito en el dorso. *Marie. Madeleine*, podía leerse en otra, y *Jean y Josie*. Y más, como

si fueran las asistentes a una fiesta de verano. ¿Quiénes eran aquellas chicas?

Levantó la vista. Frankie acababa de entrar y estaba ya al teléfono, gesticulando apasionadamente mientras hablaba con quienquiera que estuviese al otro lado de la línea, a punto de estallar de enfado. Podía enseñarle las fotos, pedirle consejo. Él sabría qué hacer. ¿Pero cómo explicarle el modo en que había encontrado la maleta y que había fisgoneado en su interior y se había llevado algo que no era suyo?

Grace acarició la primera fotografía que había visto, la de aquella belleza joven y de pelo oscuro llamada Josie. «Deja de mirarla», parecía decirle una voz en su interior. Examinando las fotografías, se sintió de repente embargada por una sensación de inquietud. ¿En qué se había convertido, dedicándose a robar fotos y a acostarse con desconocidos? Aquello no era asunto suyo. Tenía que devolverlas a la maleta.

Frankie se estaba acercando y Grace recogió apresuradamente las fotos para guardarlas de nuevo en el bolso. ¿Las habría visto? Contuvo la respiración, a la espera de que Frankie le preguntara al respecto, pero no lo hizo.

—Tengo documentación que presentar en los juzgados —dijo.

—Ya me encargo yo —dijo Grace rápidamente.

—¿Estás segura?

—Me irá bien estirar un poco las piernas —replicó—. Pasaré por allí de camino a casa.

—De acuerdo, pero tendrás que marcharte temprano para llegar allí antes de las cuatro y media. Ya sabes que la gente de los despachos suele cerrar pronto.

Grace asintió; aquello formaba parte del plan. Si se marchaba temprano le daría tiempo a volver a pasar por Grand Central y librarse lo antes posible de las fotos.

Casi dos horas después, Grace salía de la estación de metro de Grand Central y echaba a andar hacia el lugar que había jurado que nunca volvería a pisar y que iba a visitar por segunda vez en el mismo día. Subió a la escalera mecánica para acceder al nivel del vestíbulo principal. La estación había adquirido los colores de última

hora de la tarde y la gente se movía más lentamente, cansada y con ganas de llegar a casa.

Sacó el sobre del bolso mientras se acercaba al banco. El corazón le latía aceleradamente. Metería las fotografías en la maleta, de prisa, y luego se alejaría de allí antes de que nadie la viera y pudiera hacerle preguntas. Y todo aquel lío habría acabado.

Llegó al banco y miró por encima del hombro para asegurarse que nadie la miraba. Se puso en cuclillas y miró debajo del banco.

La maleta en la que había encontrado las fotos había desaparecido.

Cinco

Marie

Escocia, 1944

Marie estaba soñando con una mañana en la que Tess y ella estaban preparando bollitos, calientes y mantecosos. Los colocó con cuidado en una cesta forrada con papel para que Tess los sacara al jardín y poder comerlos al aire libre. Marie cogió un bollito, y justo cuando iba a llevárselo a la boca, un sonido repentino le paralizó la mano y se quedó a medio camino.

Los golpes en la puerta despertaron a Marie de su sueño.

—¿Qué pasa?

Sin que le diera tiempo a incorporarse, la puerta se abrió y recibió el contenido de un cubo de agua helada. La piel de su cuerpo chilló en el instante en que la gélida humedad traspasó las sábanas y el camisón.

Se encendió la luz, hiriente.

—*En Français!* —la reprendió una voz femenina.

Marie se sentó en la cama intentando orientarse. Escocia, recordó. Era casi medianoche cuando el taxi que había cogido en la estación la había dejado delante de una mansión envuelta en niebla. El guardia de la entrada la había acompañado hasta una habitación con varias camas y se había marchado sin darle instrucciones.

Puso los pies en el suelo. Una mujer vestida de gris se cernía sobre ella, y parecía furiosa.

—Tiene que responder en francés, incluso cuando esté dormida. No basta con dominar el idioma. Tiene que pensar en francés, soñar en francés. Y estar lista y vestida para pasar revista en cinco minutos.

Dio media vuelta y cruzó la puerta, dejando a Marie helada y tiritando.

Marie se levantó tambaleándose y miró la cama vacía que había al lado de la suya. En total había seis camas, dispuestas en dos filas, pegadas a paredes de color beige completamente desprovistas de decoración. Con excepción de la suya, todas estaban perfectamente hechas. Había más chicas. Recordaba haber oído su respiración en la oscuridad mientras intentaba ponerse el camisón que le habían dado sin hacer ruido, para no despertarlas. Pero las chicas ya no estaban, se habían levantado y habían salido fuera, como al parecer tenía que ser. ¿Por qué nadie la había despertado?

Rápidamente, colgó el camisón empapado en el radiador. En un baúl, a los pies de la cama, había dos conjuntos de ropa exactamente iguales, pantalones y camisas de algodón de color verde oliva y un par de botas con suela de goma. Se vistió y se cubrió con la chaqueta de color similar que le habían dado al llegar y salió del dormitorio al húmedo y mohoso pasillo de Arisaig House, la mansión de piedra gris convertida en campamento de instrucción del Ejecutivo de Operaciones Especiales. A pesar de que ni siquiera había amanecido, el vestíbulo estaba atestado de agentes, en su mayoría hombres, pero también unas pocas mujeres, que seguramente se dirigirían a distintas clases y tareas.

En el exterior, el aire que soplaba antes del amanecer en las Tierras Altas escocesas en pleno mes de febrero era cortante, y a pesar de que llevaba ropa seca, Marie seguía temblando por la humedad. Recordó con cariño la bufanda que le habían confiscado al llegar, considerada «excesivamente inglesa» por la recepcionista. La niebla se había disipado y pudo ver entonces que la mansión estaba situada en lo alto de un risco, rodeada por antiguos bosques, desnudos de hojas, pendientes de despertarse del letargo del invierno. La parte posterior de la finca descendía suavemente hacia unas aguas tranquilas y oscuras que contrastaban con las colinas que se alzaban junto a la orilla más alejada. En un día despejado, el lugar debía de parecer más una casa de campo que un centro de instrucción secreto.

Marie miró a su alrededor con incertidumbre y enseguida vislumbró un pequeño grupo de mujeres en el césped de delante de la casa. Ninguna dijo nada cuando se sumó a ellas.

De pronto, el suelo retumbó bajo sus pies. Se encogió de miedo y se preparó para el impacto, sintiéndose transportada de inmediato a los bombardeos que había sufrido Londres hacía pocos años y que los obligaba a correr a todos al metro o a los refugios en plena noche. Pero el suelo se tranquilizó.

—No es más que un simulacro —dijo en voz baja una de las chicas—. Los chicos están entrenando con explosivos.

La explicación, que pretendía ser tranquilizadora, no lo fue; estaban entrenando con explosivos de verdad, lo que hacía que la misión que tenía por delante fuera totalmente real.

El grupo de mujeres empezó a correr sin decir nada, enfilando un camino a orillas del agua. En la cabecera, una chica menuda que no podía tener más de veinte años lideraba el grupo y marcaba el paso con piernas cortas y flacas. Si Marie hubiera pensado alguna vez en cómo sería un agente secreto, una chica como aquella no habría dado la talla. Pero era sorprendentemente rápida, y mientras las demás la seguían en una formación que parecía calladamente acordada, a Marie le costaba mantener el ritmo.

La sesión continuó por un sendero que ascendía una colina, tal vez una montaña. Marie no vislumbraba la cima, y cuando la cuesta se volvió más empinada, empezó a pasar dificultades para controlar la respiración. Viendo el camino que tenía por delante, las dudas que la habían embargado al firmar no hicieron más que aumentar; nunca nadie la había considerado especialmente fuerte o válida para hacer cosas significativas, ni siquiera ella misma. ¿Qué le habría llevado a pensar que sería capaz ahora de hacerlas?

Para distraerse del esfuerzo, se dedicó a examinar el conjunto de cabezas bamboleantes que tenía por delante. Había cinco mujeres, todas vestidas con pantalones de color caqui y botas, igual que ella. Corrían con una facilidad que sugería que llevaban ya un tiempo haciéndolo y estaban mucho más en forma que ella.

Llegaron a una explanada pedregosa.

—Descanso —ordenó la chica de delante.

Pararon. Algunas aprovecharon para beber un poco de las cantimploras que llevaban con ellas. Marie había visto una botella metálica para el agua entre las prendas que le habían facilitado, pero con las prisas no había pensado en cogerla.

—¡En marcha! —gritó la chica de la cabecera cuando no había transcurrido siquiera un minuto.

Las chicas recogieron las cantimploras y el grupo se puso a correr de nuevo. Solo el sonido de sus pasos rompía el silencio. Llegaron a la cumbre horas después, o eso le pareció a Marie. La niebla había empezado a levantarse y los gorriones se daban los buenos días. Marie contempló el cielo rosáceo que empezaba a abrirse por encima de Arisaig House y las centellantes aguas del lago, abajo. Nunca había estado en las Tierras Altas escocesas hasta que llegó allí en tren el día anterior. En otras circunstancias, el paisaje le habría parecido idílico.

Las chicas empezaron a descender la colina sin detenerse. Con la bajada, correr resultaba menos exigente físicamente, pero el sendero sinuoso y lleno de piedras parecía incluso más complicado ahora. De pronto, Marie pisó incorrectamente una piedra y se torció el tobillo. La punzada de dolor le ascendió por la pantorrilla y no pudo silenciar un grito. Se tambaleó, esforzándose por no caer. Su primer entrenamiento estaba siendo un fracaso. «Continúa», se dijo. Apretó los dientes y se obligó a seguir adelante. Pero el dolor iba a peor a cada paso que daba. Empezó a quedarse paulatinamente más rezagada y vio que la distancia se estaba haciendo tan grande, que las demás acabarían dándose cuenta. Mantener aquel ritmo era imposible.

La chica que lideraba el grupo pareció intuirlo. Ralentizó el paso y se quedó detrás. Marie esperaba que la chica la regañara por ser tan lenta y tan débil. Pero lo que hizo fue rodearla por los hombros con el brazo. Y aunque no era tan alta como Marie, consiguió levantarla hasta que el pie lesionado apenas rozaba el suelo.

—Vamos —dijo—. Imagínate que estamos bailando en uno de esos clubes tan elegantes de Londres.

La idea era tan descabellada y estaba tan alejada de lo que estaban haciendo, que Marie no pudo evitar sonreír a pesar del dolor. Con una fuerza que parecía sobrehumana, las chicas

siguieron adelante, con la más menuda cargando con Marie y avanzando hasta la cabecera del grupo. El terreno irregular perjudicaba su tobillo lesionado a cada paso que daba. Entonces, se acercó otra de las chicas y se colocó al otro lado de Marie para ayudarla. Marie hizo un esfuerzo para no ser un peso muerto. Y, como una sola persona, la transportaron colina abajo.

Cuando llegaron al césped de delante de Arisaig House, la chica de la cabecera soltó a Marie con tanta brusquedad, que a punto estuvo de caer al suelo. La otra mujer que la había ayudado se apartó también.

—Gracias —dijo Marie, llegando al murete de piedra que rodeaba el perímetro de la propiedad con la intención de apoyarse—. No creo que esté roto —dijo, probando si el pie era capaz de soportar el peso de su cuerpo y esbozando una mueca de dolor. Se sentó en una valla—. A lo mejor, con un poco de hielo... ¿Hay enfermería?

La chica hizo un gesto negativo.

—No hay tiempo. La sesión de hoy nos ha llevado más tiempo porque hemos tenido que ayudarte y ya llegamos tarde al desayuno. —No se tomó la molestia de disimular el tono de fastidio de su voz—. Y aquí no puedes perderte ninguna comida, porque entre una y otra no hay nada que llevarse a la boca. La comida está prohibida en los barracones, de modo que o comes ahora o a pasar hambre. —Tenía acento del norte, le pareció a Marie. De Manchester, tal vez, o de Leeds—. Soy Josephine, por cierto. Me llaman Josie.

Josie tenía la cabeza cubierta de rizos oscuros, peinados en una tosca media melena, y la piel de un tono más oscuro que las demás, del color del caramelo caliente.

—Yo soy Marie.

Josie le tendió la mano para ayudarla a incorporarse y señaló el pelo aún mojado de Marie.

—Veo que has recibido la ducha Poirot. —Marie ladeó la cabeza, sin entender nada—. Que te ha empapado por no levantarte. —Los ojos oscuros de Josie brillaban de alegría. Marie se preguntó si las chicas la habrían dejado dormir a propósito para que la mojaran, una especie de novatada—. Madame Poirot es

nuestra instructora en todo lo que tiene que ver con el francés. Una mezcla de directora y sargento de instrucción.

Marie siguió a las demás y entraron en la mansión. El comedor era un salón de baile gigantesco reconvertido para ese uso, con mesas largas de madera que ocupaban el espacio en toda su longitud. Tenía un aspecto de civismo que contrastaba tremendamente con la caminata en el ambiente frío y oscuro que acababan de realizar. Las mesas estaban puestas con servilletas de tela y una vajilla más que decente. Los camareros servían café con jarras de plata. Y varios agentes, hombres y mujeres, estaban ya sentados. Los hombres estaban aparte, y Marie se preguntó si sería por normativa o por preferencia.

Encontró un sitio libre en la mesa de las mujeres, al lado de Josie. Bebió un buen trago de agua, casi derramándola de la sed que tenía después de correr. Luego cogió un trozo de *baguette*. La comida era francesa pero austera, nada de extras, como si pretendieran aclimatar a los agentes a lo que se encontrarían cuando estuvieran desplegados sobre el terreno.

—¿Cuántas somos? —preguntó Marie. Como recién llegada le parecía una audacia incluirse en esa cifra—. Mujeres, me refiero.

—Aquí no formulamos preguntas —dijo Josie, unas palabras que le recordaron a Marie el tono de regañina empleado por Eleanor cuando la reclutó. Pero acabó respondiendo—. Unas cuarenta, incluyendo las que ya están desplegadas... y las que han desaparecido.

Marie giró bruscamente la cabeza.

—¿Desaparecido?

—Desaparecidas en combate, supuestamente muertas.

—¿Y qué les pasó?

—Nadie lo sabe.

—Pero si somos operadoras de radio, por el amor de Dios. ¿Tan peligroso es eso?

Josie echó la cabeza hacia atrás y rio tan fuerte que los hombres de la mesa de al lado levantaron la vista de sus platos.

—¿Desde dónde piensas que vas a transmitir? ¿Desde los estudios de la BBC? Vas a transmitir desde la Francia ocupada y los

alemanes harán lo que sea para impedírtelo. —Su expresión se volvió seria—. Seis semanas.

—¿Qué?

—Esa es la esperanza media de vida de una operadora de radio en Francia. Seis semanas.

Un escalofrío le recorrió la espalda. A pesar de saber que el trabajo que había aceptado comportaba cierto peligro, no había entendido lo mortal que podía llegar a ser. De haber comprendido las elevadas probabilidades de no volver a ver a Tess, jamás habría dicho que sí. Necesitaba marcharse de allí ahora mismo.

Delante de Marie había sentada una chica rubia de más o menos su edad. Le dio unos golpecitos de ánimos en el brazo.

—Me llamo Brya. No te preocupes por eso ahora, cariño.

—En francés —la regañó madame Poirot desde la puerta. Incluso entre ellas, tenían que mantener la farsa que representarían cuando estuviesen sobre el terreno—. Las buenas costumbres empiezan aquí.

Josie imitó esta última frase articulando las palabras en silencio.

El sonido de un silbato, agudo y súbito, hizo saltar a Marie en su asiento. Al girarse, descubrió a un fornido coronel en el umbral de la puerta del comedor.

—Desayuno cancelado. ¡Todo el mundo de vuelta a los barracones para una inspección!

Las chicas se levantaron de la mesa entre un murmullo nervioso.

Marie engulló el último bocado de su *baguette* y siguió rápidamente a las demás hacia el pasillo y el tramo de escaleras que conducía al dormitorio. Escondió bajo la almohada el camisón que había dejado colgado en el radiador para que se secase. El coronel irrumpió sin llamar, seguido por su ayudante de campo.

Josie le lanzó una mirada extraña. Era por el colgante, comprendió enseguida Mary. Una pieza diminuta en forma de mariposa y una cadena de oro. Hazel se lo había regalado cuando Tess nació. Marie lo había escondido, una violación flagrante de la orden de entregar todas las pertenencias personales al inicio de la instrucción. Por la mañana, con las prisas de secarse y vestirse, se le había olvidado quitárselo.

Josie extendió el brazo para alcanzar la nuca de Marie y desabrochó discretamente el colgante para guardárselo en su propio bolsillo. Marie hizo un ademán de protesta. Si le encontraban el colgante a Josie se lo confiscarían y también se metería en líos.

El gesto llamó la atención del coronel. Se acercó, abrió el baúl a los pies de la cama de Marie y examinó sus pertenencias. Sacó la ropa que había doblado pulcramente en el fondo. Sacó el vestido y miró el cuello, donde Marie había zurcido un agujerito. Tiró del hilo.

—Este tipo de puntada no es francesa. La delataría al instante.

—No tenía intenciones de ponérmelo aquí —replicó Marie antes de caer en la cuenta que responder era un error.

—Pues que la sorprendieran con él guardado sería igual de malo —dijo el coronel, enojado por su respuesta—. Y estas medias... —El coronel cogió las medias que llevaba puestas a su llegada, la noche anterior.

Marie estaba perpleja. Las medias eran francesas, con costura en la parte posterior. ¿Qué podían tener de malo?

—¡Son francesas! —gritó, incapaz de contenerse.

—Eran francesas —le corrigió el coronel con desdén—. Nadie puede adquirir este tipo de medias en Francia hoy en día, ni siquiera de nailon. Las chicas se pintan las piernas con yodo.

Marie estaba rabiosa. No llevaba allí ni un día. ¿Cómo pretendían que estuviera al corriente de todas esas cosas?

El ayudante de campo se acercó y cogió un lápiz, que ni siquiera era de ella, de la mesita de noche que había junto a la cama de Marie.

—Esto es un lápiz inglés y los alemanes lo saben. Utilizarlo la delataría de inmediato. Sería arrestada y con toda probabilidad, fusilada.

—¿Dónde? —dijo de repente Josie, interrumpiéndolo. Todos los ojos se giraron hacia ella. «Aquí no formulamos preguntas», acababa de decirle hacía unos minutos, durante el desayuno. Pero daba la impresión de que estaba haciéndolo expresamente, para apartar el foco de atención de Marie—. ¿Dónde me fusilarían? ¡Si ni siquiera sabemos aún dónde van a mandarnos!

Marie se quedó admirada ante la valentía de Josie.

El coronel se acercó a Josie y se plantó a su lado, mirándola furibundo.

—Tal vez sea usted una princesa, pero aquí no lo es. Es simplemente una chica incapaz de desempeñar su trabajo. —Josie le sostuvo la mirada, inalterable. Transcurrieron unos segundos—. Curso de formación de radio en cinco minutos. ¡Todas! —gritó antes de girar sobre sí mismo y marcharse, seguido por el ayudante de campo.

—Gracias —dijo Marie en cuanto las demás chicas salieron de la habitación para ir al curso.

—Ten. —Josie le devolvió el collar. Abrió entonces su cajón de ropa, revolvió en su interior y sacó un par de medias de lana—. En Francia utilizan estas, así que no te encerrarán por ello. Pero son el último par que me queda. No las rompas.

—Ha dicho que eres una princesa —dijo Marie ordenando las pertenencias que habían quedado de cualquier manera por la inspección—. ¿Es cierto?

Se recordó al instante que no debía hacer preguntas. Que no tenían que hablar sobre su vida.

—Mi padre era líder de una tribu sufí.

Marie nunca se habría imaginado que Josie fuera india, pero eso explicaba su tez oscura y sus ojos negros como el carbón.

—¿Y qué demonios haces luchando por Gran Bretaña? —preguntó Marie.

—Tenemos muchos chicos luchando. Hay un escuadrón de pilotos de Spitfire integrado en su totalidad por sijes e hindúes, pero nunca lo oirás comentar. Supuestamente no tendría que estar aquí —le confió, bajando la voz—. Pero no por mi padre. Mira, resulta que no cumplo los dieciocho hasta el mes que viene.

Josie era más joven incluso de lo que se imaginaba.

—¿Y qué opinan tus padres?

—Fallecieron los dos, murieron en un incendio cuando yo tenía doce años. Ahora solo quedamos mi hermano gemelo, Arush, y yo. No nos gustan los orfanatos, así que vivimos solos. —Marie se estremeció por dentro; era la pesadilla que temía al dejar allí a Tess, una niña sin padres. Y Tess ni siquiera tendría un hermano—. Arush está desaparecido en combate desde lo de las Ardenas. Y yo estaba

trabajando en una fábrica cuando me enteré de que andaban buscando chicas, así que me presenté y los convencí de que me aceptaran. Tengo la esperanza de que si voy por allí podré averiguar qué le pasó. —Los ojos de Josie tenían una mirada decidida y Marie se dijo que aquella chica que parecía tan dura seguía confiando en la posibilidad de que su hermano apareciera con vida—. ¿Y tú? ¿Qué tiara llevas en la cabeza cuando no te dedicas a luchar contra los alemanes?

—Ninguna —respondió Marie—. Tengo una hija.

—¿Casada, entonces?

—Sí... —empezó a decir. La mentira que había inventado para Richard era casi un acto reflejo. Pero se interrumpió—. Es decir, no. Me abandonó cuando nació mi hija.

—Cabrón.

Se echaron a reír.

—No se lo comentas a nadie, por favor —dijo Marie.

—Descuida. —La expresión de Josie se volvió seria—. Y ya que estamos compartiendo secretos, te diré que mi madre era judía. Un detalle que tampoco le importa a nadie.

—A los alemanes sí que les importará si lo descubren —intervino Brya, que acababa de asomar la cabeza por la puerta y las había oído—. Daos prisa o llegaremos tarde al curso de radio.

—La verdad es que no sé por qué estoy aquí —confesó Marie cuando volvieron a quedarse las dos solas.

Se había apuntado principalmente por el dinero. ¿Pero para qué serviría si aquella aventura le costaba la vida?

—Ninguna lo sabe —replicó Josie, aunque a Marie le costaba creerlo. Josie parecía una chica muy fuerte y decidida—. Todas estamos asustadas y solas. Ya lo has dicho en voz alta una vez. Ahora, guárdatelo en lo más profundo de ti y no vuelvas a mencionarlo. Y, de todos modos, la razón por la que estás aquí es tu hija —añadió Josie echando a andar hacia la puerta—. Luchas por ella y por el mundo en el que vivirá. —Marie lo comprendió. No se trataba solo de una cuestión de dinero, sino que deseaba contribuir a crear un mundo más justo para Tess, y eso era importante—. En tus momentos de duda, imagínate a tu hija como una mujer hecha y derecha. Piensa entonces en lo que le explicarás sobre el papel que

tú jugaste en esta guerra. O, como decía mi madre: «Crea una historia de la que puedas sentirte orgullosa».

Josie tenía razón, se dio cuenta Marie. Durante toda su vida le habían hecho creer, primero su padre y luego Richard, que, por el hecho de ser chica, no valía para nada. Su madre, aun queriéndola mucho, había sido una mujer impotente que había hecho poco por corregir esa impresión. Ahora, ella tenía ante sí la oportunidad de crear una historia para su hija. Si es que lograba crearla. De pronto Tess, la única cosa que la retenía allí, estaba impulsándola para seguir adelante.

Seis

Eleanor

Escocia, 1944

Eleanor estaba en la puerta del dormitorio de las chicas, escuchando el ritmo de su respiración.

Viajar al norte, a Arisaig House, no entraba en sus planes. El viaje desde Londres no era fácil: dos cambios de tren antes del largo trayecto nocturno que llegaba a las Tierras Altas escocesas al amanecer. Confiaba en que el sol saliera y despejara las nubes, pero, por el momento, las montañas permanecían envueltas en la oscuridad.

A su llegada, entró en Arisaig House sin previo aviso, con solo mostrar su identificación a la recepcionista. Había momentos para dejarse ver y momentos para permanecer fuera de la vista de todo el mundo. Esos últimos, ya decidiría cuándo serían. Porque ahora necesitaba comprobar por sí misma qué tal iba la formación de aquel grupo, independientemente de que las chicas estuvieran ya preparadas o no.

Era una fría mañana de marzo. Las chicas habían terminado la clase de radio y se disponían a empezar la de armas y combate. Eleanor se situó detrás de un árbol para observar cómo un oficial joven les hacía una demostración del forcejeo que debían poner en práctica para escapar de alguien que las atacara e intentara asfixiarlas. El entrenamiento del combate cuerpo a cuerpo había sido una de las mociones que más le había costado sacar adelante a Eleanor, puesto que en Norgeby House no creían que fuera conveniente para las mujeres, argumentando que era imposible que se encontraran en una situación en que aquello fuera necesario.

Pero Eleanor se había mostrado firme, se había saltado a todo el mundo y había presentado el caso directamente al Director: las mujeres estaban exactamente en la misma posición que los hombres y, en consecuencia, tenían que estar preparadas para defenderse.

El instructor les indicó los puntos vulnerables: cuello, entrepierna, plexo solar. Dio entonces una orden, que Eleanor no alcanzó a oír, y las chicas se colocaron por parejas, sin ningún tipo de arma en las manos. Josie, la menuda chica sij que habían reclutado en el norte, extendió los brazos y sujetó a Marie como queriendo asfixiarla. Marie forcejeó, intuyendo claramente los límites de sus fuerzas. Arreó un golpe débil al plexo solar. Pero no era solo a Marie a la que le estaba costando; prácticamente todas las demás chicas se sentían fuera de lugar ante el carácter tan físico de aquel entrenamiento.

Las dudas que habían llevado a Eleanor a viajar hasta el norte para comprobar personalmente qué tal lo estaban haciendo las chicas, se redoblaron. Hacía tres meses que habían desplegado a las primeras agentes en Europa. Había ya más de dos docenas sobre el terreno, repartidas por el norte de Francia y Holanda. Y desde el principio, las cosas no habían salido muy bien. Una había sido arrestada nada más llegar. A otra chica se le había caído la radio al río y había tenido que esperar semanas hasta poder recibir una de sustitución y empezar a transmitir. Y otras, a pesar de los meses de formación, habían sido incapaces de encajar y hacerse pasar por francesas, o de mantener sus falsas identidades, y habían tenido que ser retiradas.

Eleanor había luchado por aquella unidad femenina, había planteado la idea y la había defendido. Había insistido en que las mujeres recibieran exactamente la misma formación que los hombres, y con la misma rigurosidad y dureza. Pero viendo ahora lo que les estaba costando, se preguntó si tal vez los demás tendrían razón. ¿Y si simplemente no tenían lo que se necesitaba para el trabajo?

Un movimiento a sus espaldas interrumpió las divagaciones de Eleanor. Al girarse descubrió al coronel McGinty, el oficial de más rango en Arisaig House, de pie detrás de ella.

—Señorita Trigg —dijo. Habían coincidido solo una vez, cuando el coronel viajó a Londres para asistir a una reunión informativa—. Mi ayudante me ha dicho que estaba usted aquí.

Bravo por las llegadas discretas. Desde que había asumido la responsabilidad de la unidad de las mujeres, la reputación y la notoriedad de Eleanor dentro del SOE habían crecido hasta el punto de que operar con discreción era cada vez más complicado.

—Preferiría que las chicas no lo supieran, al menos por el momento. Y me gustaría repasar todos sus expedientes cuando acabe de ver esta clase.

El coronel asintió.

—Por supuesto. Ordenaré que lo preparen todo.

—¿Qué tal van?

El coronel hizo un mohín.

—Bastante bien, imagino, para ser mujeres.

«No tan bien como deberían», pensó Eleanor, conteniendo la necesidad de replicar a gritos. Aquellas mujeres tenían que estar preparadas. El trabajo que desempeñarían, entregar mensajes y establecer contacto con locales que pudieran ofrecer refugios seguros para armas o agentes, era tan peligroso como el de los hombres. Iba a enviarlas a la Francia ocupada, y a varias de ellas a la zona de París, el avispero controlado por Hans Kriegler y su famosa agencia de inteligencia, el SD, cuyo principal objetivo era localizar y detener agentes como las chicas. Necesitarían hasta su última gota de ingenio, fuerza y habilidad para evitar ser capturadas y sobrevivir.

—Coronel —dijo por fin—. Los alemanes no las tratarán con más delicadeza que a los hombres por el simple hecho de ser mujeres. —Habló despacio para contener su frustración—. Tienen que estar preparadas.

Necesitaban desplegar a aquel grupo de chicas sobre el terreno lo más pronto posible. Pero enviarlas antes de que estuvieran debidamente preparadas era equivalente a una sentencia de muerte.

—Estoy de acuerdo, señorita Trigg.

—Redoble su formación si es necesario.

—Estamos utilizando hasta el último minuto del día. Pero, igual que sucede con los hombres, las hay que no sirven.

—Pues mándelas de vuelta a casa —dijo Eleanor cortante.

—Entonces, señora, nos quedaríamos sin ninguna.

Esas últimas palabras fueron una pulla, un reflejo de los sentimientos de los oficiales de Norgeby House, que pensaban que las mujeres nunca estarían a la altura de aquella empresa. El coronel hizo un leve saludo y se marchó.

¿Sería eso cierto?, se preguntó Eleanor, siguiendo a las chicas desde donde habían practicado la defensa personal hacia el campo de tiro. Era imposible que no hubiera ninguna adecuada para el puesto.

Estaban trabajando con otro instructor. Les estaba enseñando a recargar un subfusil Sten, un arma ligera y fácil de camuflar que podrían utilizar sobre el terreno. Las mujeres, destinadas como mensajeras y operadoras de radio, no recibirían armas por defecto, pero Eleanor había insistido en que aprendieran a utilizar los distintos tipos de armas que pudieran encontrarse. Eleanor siguió el entrenamiento desde lejos. Se fijó en que las manos de Josie actuaban con seguridad y rapidez para cargar la munición, y que luego se entretenía enseñándole a Marie cómo hacerlo. Aunque más joven, daba la sensación de que se había erigido en su protectora. Marie era torpe con el subfusil y se le cayó la munición al suelo un par de veces antes de conseguir colocarla en su lugar. Eleanor observó a la chica. Sus dudas se acrecentaban.

Unos minutos más tarde, a las once y media, sonó la campana. Las chicas se agruparon, dejaron el campo de tiro y echaron a andar hacia un establo situado en un rincón de la finca. «Que las chicas estén ocupadas», era el lema durante la formación. Sin tiempo para preocuparse o para pensar en lo que les esperaba, sin tiempo para meterse en líos.

Eleanor las siguió a cierta distancia para que no se percataran de su presencia. El establo reconvertido, que seguía salpicado por briznas de heno en el suelo y olía débilmente a estiércol, era una avanzadilla donde se exponían los productos de lo que se conocía como «la tienda de juguetes» de Churchill, la fábrica de Londres donde se diseñaba todo tipo de artilugios para los agentes. Allí, las

chicas aprendían sobre polveras de maquillaje que escondían brújulas y estuches de carmín que en realidad eran cámaras; objetos que les serían entregados antes de ser desplegadas sobre el terreno.

—¡No toque nada! —exclamó el profesor Digglesby, que supervisaba la tienda de juguetes, regañando a una de las chicas que se había acercado a la mesa donde se almacenaban los explosivos. A diferencia de otros instructores, el profesor no era militar, sino un académico jubilado del Magdalen College de Oxford, con cabello blanco y gafas de cristales gruesos—. Hoy vamos a aprender detalles sobre los señuelos —empezó a decir.

De pronto, un grito llenó el establo.

—¡Aaaah! —chilló una chica llamada Anette, echando a correr hacia la puerta.

Eleanor se apartó para no ser vista y se acercó a la ventana para comprobar qué había causado tal conmoción. Las chicas se habían dispersado, intentando alejarse lo máximo posible de una de las mesas, encima de la cual había una rata, curiosamente impávida.

Pero Marie no se apartó. Se acercó con cuidado, como si no quisiera asustar a la rata. Cogió una escoba que había en un rincón y la levantó por encima de la cabeza, como si fuera a darle un escobazo.

—¡Espere! —dijo el profesor Digglesby corriendo hacia allá.

Cogió la rata, pero no se movía. Marie extendió la mano.

—Está muerta.

—No, no está muerta —dijo el profesor corrigiéndola y levantando la rata para que todas pudieran verla—. Es un señuelo.

Pasó la falsa rata a las chicas para que pudieran inspeccionarla.

—¡Pero parece de verdad! —exclamó Brya.

—Eso es justo lo que pensarán los alemanes —replicó el profesor Digglesby, cogiendo de nuevo el señuelo y dándole la vuelta para enseñarles un compartimento que tenía en el vientre y donde podía guardarse una pequeña cantidad de explosivos—. Hasta que se acerquen. —Las guio hacia el exterior, caminaron

unos metros y depositó la rata en el suelo—. Apártense —les advirtió al incorporarse de nuevo al grupo.

Entonces pulsó el botón de un detonador que tenía en la mano y la rata explotó. Corrió entre las chicas un murmullo de sorpresa.

El profesor Digglesby volvió a entrar en el taller y salió con algo que parecían excrementos.

—Instalamos detonadores en los lugares más inverosímiles —dijo. Las chicas chillaron de asco—. Esto también es falso —murmuró de buen humor.

—¡La hostia! —exclamó Josie.

Algunas de las chicas rieron. El profesor Digglesby la miró con desaprobación, pero Eleanor no pudo contener una sonrisa.

Entonces, el profesor se puso serio.

—Los señuelos pueden parecer divertidos —dijo—. Pero están diseñados para salvarnos la vida... y acabar con la del enemigo.

Cuando el profesor Digglesby volvió a entrar en el establo con las chicas para explicarles más cosas sobre explosivos ocultos, Eleanor se dirigió a la casa, preguntó por la sala de archivos y ordenó que le sirvieran una taza de té. Pasó el resto de la jornada sentada a una mesa estrecha, pegada a un archivador, en la tercera planta de Arisaig House, repasando los expedientes de todas las chicas.

Cada una tenía su expediente, notas meticulosas que se remontaban a la fecha del reclutamiento y detallaban uno a uno los días de formación. Eleanor los leyó todos, memorizando los pormenores. «Las chicas», se las llamaba, como si fuesen un colectivo, aunque en realidad eran muy distintas. Las había que llevaban en Arisaig House solo unas pocas semanas y otras que estaban a punto de licenciarse para acudir a la escuela de finalización de formación de Beaulieu, una mansión en Hampshire, el último paso antes del despliegue. Cada una había tenido sus propios motivos para alistarse. Brya era hija de rusos, y lo había hecho impulsada por el odio a los alemanes a causa de todo lo que le habían hecho a su familia en Minsk. Maureen, una chica de clase trabajadora de Manchester, se había alistado para ocupar el puesto de su marido justo después de su funeral.

Josie, pese a ser la más joven, era la mejor del grupo, tal vez la mejor SOE que había pasado por allí. Sus habilidades tenían su origen en la necesidad de sobrevivir en las calles. Sus manos, que sin duda alguna habían robado comida, eran seguras y rápidas, y corría y se escondía con la velocidad de quien ha tenido que huir de la policía en más de una ocasión, para no ser arrestada o, tal vez, para evitar ser enviada a un orfanato. Era además tremendamente inteligente, con un instinto con el que se nace, no de los que se cultivan. La tenacidad en sus maneras le recordaba a Eleanor lugares oscuros de su propio pasado.

Eleanor tenía solo quince años cuando tuvo lugar la masacre en su pueblo, en las afueras de Pinsk. Había permanecido escondida en una letrina exterior mientras los rusos saqueaban el pueblo, violaban a esposas y madres, y mataban a hijos ante los ojos de sus padres. Después de aquello, decidió dormir siempre con un cuchillo bajo la almohada, que afilaba en la oscuridad, cuando nadie la veía. Impotente, había sido testigo de cómo su madre se prostituía con un oficial ruso que se había quedado por el pueblo. Lo había hecho para dar de comer a Eleanor y a su bellísima hermana pequeña, Tatiana, que tenía la piel de alabastro y los ojos azules como los huevos del petirrojo. Pero el muy cabrón no tenía suficiente con eso. De modo que cuando Eleanor se despertó una noche y lo encontró en la cama de su hermana, no dudó ni un instante. Se había estado preparando para aquel momento y sabía qué tenía que hacer.

Luego, en el pueblo, contaron la historia de que el capitán ruso se había esfumado. Nadie podía imaginarse que yacía enterrado a unos pasos de la casa, asesinado por la chica que huyó con su madre y su hermana en plena noche.

Pero sus esfuerzos por salvar a Tatiana llegaron tarde. Tatiana murió poco después de su llegada a Inglaterra, debilitada por la brutal violación del ruso. De haber sabido Eleanor lo que estaba pasando, y de haberlo podido detener antes, era muy posible que su hermana siguiera aún con vida.

Después de aquello, Eleanor y su madre nunca volvieron a hablar de Tatiana. Les iba bien así. Eleanor sospechaba que si su madre se permitía pensar en la hija que había perdido, le habría echado la culpa a Eleanor, que no era ni la mitad de bonita ni buena

que ella, por haberle plantado cara al ruso. Cada uno llevaba el dolor a su manera, reflexionó Eleanor. Para su madre se había traducido en huir de la vida que conocía en su propio país, en cambiarse el apellido para que sonara más inglés y en evitar el barrio judío de Golders Green e instalarse en una dirección de Hampstead, más moderada. Para Eleanor, que se había sentido literalmente en fuga constante desde que abandonaron su viejo país, el SOE había sido un lugar donde reencontrarse consigo misma. Pero había sido en la unidad de mujeres donde realmente había descubierto el trabajo de su vida.

Eleanor analizó todos los expedientes en profundidad. Los documentos mostraban de forma gráfica los progresos de cada chica; evidentemente, estaban experimentando una creciente seguridad en puntería, en transmisiones de radio y demás habilidades que iban a necesitar. ¿Pero bastaría con eso? En cada caso, recaía sobre Eleanor la responsabilidad de asegurarse de que cada chica tuviera todo lo necesario. Los cuarteles generales podían tomar la decisión de desplegarlas muy pronto, debido a la urgencia, argumentando que ya recibirían ayuda sobre el terreno. Pero Eleanor no estaba dispuesta a enviar ni a una sola chica antes de que estuviera debidamente preparada. Y si eso significaba tirar por tierra toda la operación, la tiraría.

Más tarde, se presentó en la puerta un ayudante.

—Señora, es la hora de la cena, por si quiere bajar.

—Haga que me envíen una bandeja, por favor.

El siguiente expediente era el de Marie. Era competente en las habilidades básicas, según los comentarios del instructor. Pero la describían como carente de foco y de resolución. Y eso era algo que no podía enseñarse y que los castigos tampoco ayudaban a superar. Recordó a Marie peleándose con las armas y con la lucha cuerpo a cuerpo. ¿Habría sido un error reclutarla? La chica le había parecido débil, una chica de alta sociedad incapaz de durar una semana en aquellas extrañas circunstancias. Pero era una madre soltera que estaba criando a su hija en Londres, o al menos lo había estado haciendo antes de la guerra. Y para eso se necesitaban agallas. Mañana la pondría a prueba, decidió Eleanor, y luego

tomaría la decisión de quedársela o de mandarla a hacer la maleta de una vez por todas.

Eran casi las once, y hacía mucho rato que había sonado la campana anunciando la hora de apagar las luces, cuando a Eleanor se le empezó a nublar la vista de tanto leer y se vio obligada a parar. Dejó los expedientes y salió de la sala de archivos para bajar a los barracones.

A oscuras, prestó atención a la respiración de las chicas, un ritmo que sonaba casi al unísono. Vislumbró la forma de Marie y de Josie en camas contiguas, con las cabezas inclinadas la una hacia la otra como si estuvieran conspirando incluso dormidas, como si aún estuvieran charlando. Dos chicas de orígenes muy distintos, unidas aquí en una especie de equipo. Y que volverían a dispersarse rápidamente. Cuando estuvieran sobre el terreno, no encontrarían las fuerzas en sus compañeras, sino que tendrían que confiar solo en sí mismas. Se preguntó cómo se tomarían la noticia mañana, cómo sobreviviría la una sin la otra.

El ayudante que le había subido la cena se le acercó por detrás.

—Señora, tiene una llamada telefónica de Londres.

Eleanor entró en el despacho que el hombre le indicaba y se llevó el auricular al oído.

—Trigg al habla.

La voz del Director sonó al otro lado de la línea.

—¿Qué tal están las chicas? —preguntó sin más preámbulos—. ¿Listas?

No era muy propio de él estar en los cuarteles generales a aquellas horas y su voz tenía un inconfundible tono de urgencia.

Eleanor pensó cómo responder a la pregunta. Era su programa, y si algo salía mal, le echarían la culpa a ella. Se imaginaba a los hombres diciendo que ya sabían desde el principio que aquello saldría mal. Pero más importante que su reputación o que su orgullo, eran las chicas. Su preparación real era lo único que las salvaría y que les llevaría a alcanzar los objetivos que se habían fijado.

Ignoró todas sus dudas.

—Lo estarán.

—Bien. Tienen que estarlo. La misión del puente es decisiva. — El estómago de Eleanor dio un vuelco. El SOE había llevado a cabo docenas de misiones arriesgadas, pero volar un puente en las afueras de París era con diferencia la más peligrosa, y también la más crítica. Y una de aquellas chicas sería un elemento central—. Me alegro de que esté allí para darle la noticia en persona. ¿Se lo comunicará mañana mismo a la chica?

—Sí.

Por supuesto, a la chica no se lo explicaría todo; simplemente le diría que se iba. El resto llegaría más tarde, cuando tuviera que saberlo.

Y al pensar otra vez en las chicas dormidas, las dudas la asaltaron de nuevo.

—No sé si está preparada todavía —confesó.

—Tiene que estarlo —dijo el coronel, sabiendo que no podían esperar más tiempo.

Se oyó un clic al otro lado de la línea y Eleanor colgó el auricular. Regresó de puntillas al dormitorio de las chicas.

Josie dormía hecha un ovillo, como una niña, con el pulgar cerca de la boca en una costumbre que a buen seguro había abandonado años atrás. Se sintió invadida por una oleada de proteccionismo al recordar a su hermana, fallecida hacía ya tantos años. En su mano estaba proteger a aquellas chicas como no había podido proteger a su hermana. Necesitaba que hicieran un trabajo, potencialmente letal, y necesitaba también que regresaran a casa, sanas y salvas. Eran las dos únicas cosas importantes. ¿Sería capaz de conseguir que ambas se hicieran realidad?

Josie esbozó una débil sonrisa y Eleanor se preguntó si estaría soñando. Una joven con los sueños de una joven. Eleanor permitiría que siguiera así, al menos unas horas más.

Salió de puntillas de la habitación y cerró con cuidado la puerta a sus espaldas.

Siete

Marie

Escocia, 1944

Marie seguía odiando correr.

Llevaba casi seis semanas en Arisaig House y cada mañana lo mismo: ocho kilómetros cuesta arriba y cuesta abajo, luego rodear el lago y después subir la terrible pendiente hasta lo que las chicas conocían como «La punta». Tenía los talones agrietados y ensangrentados y las ampollas de los pies, provocadas por la humedad de las caminatas, estaban constantemente al borde de la infección. Solo de pensar en volver a hacerlo, le dolían todos los huesos.

Aunque, reflexionó mientras iba a desayunar después de echarse un poco de agua a la cara para refrescarse, ya no iba nunca al final del grupo. Con las semanas que llevaba allí, había ganado una velocidad y una energía que jamás se habría imaginado poseer. Le gustaba seguir el ritmo de Josie para así poder hablar mientras corrían. Nada con mucho detalle, la verdad, solo alguna que otra palabra suelta. Josie, que había pasado los veranos de su infancia en las montañas de Cumbria, le señalaba a lo lejos puntos del paisaje escocés o le contaba historias de la guerra que había oído relatar.

Durante las semanas de la formación, Marie había acabado conociendo bien a Josie. No solo hablaban durante las clases y las comidas, sino que pasaban largas noches en vela charlando. Josie había compartido con ella historias de su infancia en las calles de Leeds junto a su hermano, sobre cómo eludían a los sinvergüenzas que querían aprovecharse de unos niños indefensos. Marie también

le había contado cosas de su pasado, de cómo Richard la había dejado sin un penique. Pero se sentía tonta quejándose de aquello después de saber por todo lo que había pasado Josie siendo una niña. Su infancia, aunque cruel, había sido inequívocamente privilegiada, nada que ver con la experiencia de golfillo callejero de Josie. En otras circunstancias, jamás se habrían conocido. Pero se habían hecho rápidamente amigas.

En el comedor ocuparon sus lugares habituales en la mesa de las mujeres, Josie a la cabecera, Marie y Brya a cada lado. Marie desdobló con cuidado la servilleta, la extendió sobre su falda y empezó a comer enseguida, sin importarle que madame Poirot estuviera, como siempre, observándolas. Las comidas formaban parte integral de las lecciones. Los franceses mojaban el pan en la salsa, según había aprendido al poco de su llegada. Y nunca pedían mantequilla, porque ya no tenían. Allí examinaban a las chicas incluso durante las comidas. El menor error podía servir como pretexto para echarse. Marie recordó una noche poco después de su llegada a Arisaig House, cuando les sirvieron en la cena un vino de calidad excelente.

—No lo bebas —le había dicho Josie en voz baja. Marie se había quedado con la mano paralizada, a punto de coger la copa—. Es una trampa.

Durante un segundo había pensado que Josie se refería a que la bebida estaba envenenada. Marie había levantado la copa y se la había acercado a la nariz, intentando captar el olor a sulfuro que le habían enseñado a detectar, pero no olió nada raro. Luego, había mirado a su alrededor y había visto que a muchas chicas les estaban sirviendo una segunda copa, a algunas incluso una tercera. Las chicas se estaban poniendo coloradas y charlaban como si nada les importara. Marie comprendió entonces que la prueba era para ver si después de beber en exceso podían volverse imprudentes.

—Vaya prisa que tienes —observó Josie mientras desayunaban—. ¿Alguna cita?

—Muy graciosa. Tengo que repasar códigos.

Josie asintió, la entendía. Marie había suspendido el examen de la última unidad de teoría que habían dado en clase de radio. Y no

habría una tercera oportunidad. Si no lo superaba hoy y demostraba que era capaz de transmitir, la mandarían a hacer la maleta.

¿Y qué había de malo si la mandaban a casa?, se preguntó Marie mientras seguía comiendo. En ningún momento había pedido vivir una vida tan rara y complicada como aquella, y una parte importante de sí misma prefería suspender y volver a casa para estar con Tess.

Desde que había llegado a Arisaig House, se había entrenado con intensidad de la mañana a la noche. Pasaba la mayor parte del tiempo delante de una radio, aprendiendo a ser operadora de telegrafía sin hilos. Pero había aprendido otras cosas también, cosas que nunca se habría imaginado: cómo preparar un buzón muerto y un buzón vivo, y cuál era la diferencia entre ambos (el primero era una localización previamente acordada donde un agente podía dejar un mensaje a otro; el segundo, un encuentro personal y secreto), o cómo identificar un punto de encuentro adecuado, que tenía que ser siempre un lugar donde una mujer pudiera estar por innumerables razones.

Pero aunque lo de correr se le daba cada vez mejor, no sucedía lo mismo con el resto de la formación. A pesar de todo lo que había aprendido, nunca bastaba. Era incapaz de preparar una carga de explosivos sin que le temblaran los dedos y era una inútil en la lucha y el tiro. Aunque lo más preocupante, quizás, era que no sabía mentir ni mantener una tapadera. Si era incapaz de hacerlo en un interrogatorio falso, donde los medios de coerción eran limitados, ¿cómo pretendía hacerlo sobre el terreno? Su único punto fuerte era el francés, que había sido mejor que el de todas las demás chicas desde el primer momento. En todos los demás frentes, era un fracaso.

De pronto, empezó a sentirse nostálgica. Alistarse había sido un error. Pero ahora no podía quitarse el uniforme y devolverlo, prometer que no diría nada y marcharse a casa con Tess. Aquellas dudas, sin embargo, no eran nuevas; la acosaban durante las largas horas de clase y por las noches, mientras estudiaba y mientras dormía. No las compartía con nadie, evidentemente. Las demás chicas no tenían dudas, o si las tenían se las guardaban. Eran decididas, determinadas, estaban regidas por un objetivo, y ella

tenía que ser así también si esperaba seguir allí. No podía permitirse revelar sus miedos.

—La jefa está aquí —anunció de repente Josie—. Algo debe de pasar.

Marie siguió la mirada de Josie hacia una balconada interior que dominaba el salón y donde había una mujer alta observándolas. Eleanor. Marie no había vuelto a ver a la mujer que la reclutó desde aquella noche hacía ya más de seis semanas. Aunque durante aquellas largas y solitarias semanas de formación había pensado a menudo en ella. ¿Qué habría llevado a Eleanor a decidir que ella era capaz de hacer aquel maldito trabajo, o que quería hacerlo?

Marie se levantó y saludó con la mano a Eleanor, como si hubiera visto a una vieja amiga. Pero Eleanor la miró con frialdad, sin dar señales de reconocerla. ¿Recordaría Eleanor aquel encuentro en el cuarto de baño, o era simplemente una más de las muchas chicas sin cara que había reclutado? Marie notó que las mejillas le ardían, como si le hubieran arreado un bofetón. Pero entonces lo entendió: no tenía que reconocer su pasado ni a nadie que hubiera formado parte de él. Otra prueba fallada. Volvió a sentarse.

—¿La conociste? —le preguntó a Josie.

Josie asintió.

—Sí, me reclutó ella. Estaba en Leeds, para una conferencia, me dijo.

—También a mí —añadió Brya—. Cuando trabajaba de secretaria en Essex.

Por lo visto, todas habían sido seleccionadas personalmente por Eleanor.

—Eleanor es quien ha diseñado nuestra formación —dijo Josie en voz baja—. Y la que decide adónde vamos a ir y cuál será nuestra misión.

Eso significaba que tenía mucho poder, pensó Marie. Al recordar lo fría y desdeñosa que le había parecido Eleanor durante su encuentro en Londres, se preguntó si su presencia sería o no un buen presagio para ella.

—Me gusta —dijo Marie, porque aunque Eleanor tenía una frialdad innegable, poseía una fuerza que era de admirar.

—A mí no —dijo Brya—. Es muy fría y se cree mucho mejor que nosotras. ¿Por qué no se pone ella un uniforme y se va a Francia, a ver si de verdad lo hace tan bien?

—Lo intentó —dijo en voz baja Josie—. Solicitó ir una docena de veces, o eso me han dicho al menos. —Josie tenía una red interminable de contactos y fuentes de información. Hacía amistad con todo el mundo, desde el personal de cocina hasta los instructores, y esas relaciones le proporcionaban información muy valiosa—. Pero la respuesta siempre ha sido la misma. Tiene que quedarse en los cuarteles generales porque su valor real está aquí, preparándonos a nosotras.

Mientras observaba a Eleanor en la balconada, mirando el comedor con incomodidad, Marie se preguntó si estar en su puesto no sería muy solitario y si a veces no desearía ser una de ellas.

Las chicas acabaron rápidamente de desayunar y un cuarto de hora más tarde entraron en la sala de conferencias. Había una docena de mesas dispuestas en filas de tres por cuatro, y encima de cada una de ellas había una radio. El instructor les había presentado el examen: tenían que decodificar un mensaje complejo y luego enviarlo. Eleanor estaba en un rincón, vio Marie, observándolas con atención.

Marie tomó asiento delante de una de las radios y se puso los auriculares. Era un artilugio extraño, parecido a una radio normal a través de la cual escucharías música o la BBC, solo que estaba metido en el interior de una maleta y tenía más botones y diales. En la parte superior había una pequeña unidad para realizar las transmisiones y en la parte inferior otra, para recibir. El enchufe para la toma de corriente estaba a la derecha y había un kit de repuesto, un compartimento con piezas de recambio a la izquierda. En el compartimento había también cuatro cristales, que podían insertarse en una ranura de la radio para transmitir en distintas frecuencias.

Mientras las demás se ponían a trabajar en el mensaje escrito en la pizarra, Marie miró el papel que el instructor le había dejado para realizar el examen de la anterior unidad. Era el texto de un poema de Shakespeare:

Desde este día hasta el fin del mundo,

*Aquí seremos recordados;
Somos pocos, felizmente pocos, somos una banda de
hermanos;
Porque el que hoy derrame su sangre conmigo,
Será mi hermano, por vil que sea,
Esta jornada ennoblecerá su condición:
Y los caballeros que ahora están en la cama en Inglaterra
Se considerarán malditos por no haber estado aquí,
Y verán su virilidad reducida a nada cuando hable alguno
De los que con nosotros combatieron el día de San Crispín.*

En primer lugar, había que poner el mensaje en clave mediante una serie de códigos. Los códigos estaban en el interior de un saquito, impresos cada uno de ellos en un pequeño cuadrado de seda, de dos centímetros por lado. Cada cuadrado contenía lo que se conocía como una «clave calculada», un código impreso una sola vez que cambiaba cada letra para convertirla en otra (por ejemplo, en esta clave, la «a» se convertía en «m» y la «o» en «w») hasta que el mensaje no tenía ningún sentido a simple vista. Los códigos se utilizaban para componer el mensaje y luego se destruían. Marie cambió las letras del mensaje con los códigos que le habían dado y escribió el mensaje en clave. Encendió luego un fósforo y quemó los cuadraditos de seda, tal y como le habían enseñado.

A continuación, comenzó a teclear el mensaje utilizando la clave telegráfica. Marie había dedicado aquellas semanas a aprender a teclear las letras en código morse y había pasado tanto tiempo practicando que incluso empezaba a soñar con aquello. Pero le costaba aún teclear con rapidez y sin cometer errores, como tendría que hacer inevitablemente cuando estuviera sobre el terreno.

No obstante, hacer funcionar la radio era algo más que simple codificación y morse. Durante su primera semana de formación, el instructor de telegrafía sin hilos, un joven lugarteniente que había sido transferido al SOE desde Bletchley Park, habló en privado con ella.

—Tenemos que registrar su patrón de tecleo y darle sus controles de seguridad.

—No entiendo.

—Mire, las radios son intercambiables, es decir, cualquiera que disponga de las bobinas y los cristales para establecer la frecuencia, puede realizar una transmisión. Cualquiera que capturara una de estas radios podría utilizarla para transmitir. Y lo único que permite a los cuarteles generales saber que realmente es usted quien está transmitiendo son sus controles de seguridad y su patrón de tecleo.

El instructor continuó.

—Vayamos primero con lo del patrón de tecleo. Teclee un mensaje hablando sobre el tiempo.

—¿Sin cifrar?

—Sí, simplemente teclee.

Aunque le pareció una petición extraña, Marie obedeció sin más preguntas y escribió una frase explicando que el tiempo allí cambiaba muy rápidamente, que podía haber una tormenta y cinco minutos después, salir el sol. Levantó la vista.

—Continúe. La verdad es que puede ser sobre cualquier cosa, excepto algo personal. Tiene que ser un mensaje de varias líneas para que podamos entender su patrón de tecleo.

Perpleja, Marie hizo lo que se le decía.

—Ya está —dijo cuando hubo llenado la página de tonterías, con una historia sobre una tormenta de nieve inesperada que la pasada primavera había dejado cubiertos de blanco los narcisos en flor.

La transmisión se imprimió en el teletipo de la sala. El instructor la retiró y la examinó.

—Ya lo tenemos, este es su patrón de tecleo, fuerte en la primera parte de cada palabra y con una pausa larga entre frases.

—¿Y eso lo sabe a partir de una única transmisión?

—Sí, aunque tenemos también archivadas las distintas transmisiones que ha hecho durante la formación para comparar. — A pesar de que tenía sentido, Marie no se había planteado hasta aquel momento que pudieran tener un expediente con toda su información—. Pero la verdad es que no cambia de sesión a sesión. El patrón de tecleo es como su caligrafía o su firma, un estilo que identifica su transmisión como única y exclusivamente suya. La fuerza con que pulsa la tecla de transmisión, el tiempo y el espacio

entre letras. Cada agente de radio tiene su propio patrón. Es una de las formas que tenemos de saber que se trata de usted.

—Y si algo va mal, ¿podría variar mi patrón de tecleo a modo de señal de alerta?

—No. Comunicar como lo haría otra persona es muy complicado. Piénselo: nadie escoge conscientemente su caligrafía. Es algo que sale solo. Si realmente quisiese escribir de forma muy distinta, tendría que cambiar su mano dominante. Y con el patrón de tecleo sucede lo mismo: es subconsciente y no se puede cambiar. Si algo fuese mal, hay otras maneras de hacérselo saber. Para eso están los controles de seguridad.

El instructor le había explicado entonces que cada agente tenía un control de seguridad, una singularidad incorporada a sus escritos que el lector de sus mensajes tendría que ver para entender que era ella. En el caso de Marie, siempre sería cometer un «error» y teclear una «p» como letra número treinta y cinco de sus mensajes. Había además un segundo control de seguridad, que en su caso consistiría en sustituir con una «k» la letra «c» cada dos veces que apareciera una «c» en el mensaje.

—El primer control de seguridad es lo que se conoce como el «control falso» —le explicó el instructor—. Los alemanes saben que tenemos controles e intentarán sonsacarle el suyo. En caso de ser interrogada, puede facilitarles el control de seguridad falso. —Marie se estremeció solo de pensarlo—. Pero lo que realmente verifica el mensaje es el segundo control, el de verdad. Ese no debe darlo bajo ninguna circunstancia.

Marie acabó el examen de la parte que tenía pendiente y se aseguró de haber incluido tanto el control falso como el verdadero. Miró a sus espaldas. Eleanor seguía allí y le dio la sensación de que la estaba observando concretamente a ella. Intentó olvidar su nerviosismo y empezó con la tarea de la pizarra, cobrando velocidad a medida que trabajaba en el mensaje con un nuevo código escrito en un cuadradito de seda. Unos minutos más tarde, Marie acabó de teclear el mensaje. Levantó la cabeza satisfecha.

Pero Eleanor arrancó la transmisión del teletipo y se acercó a ella con muy mala cara.

—¡No, no! —dijo frustrada. Marie se quedó perpleja. Había tecleado el mensaje correctamente—. No basta con aporrear el transmisor como si fuera un piano. Tiene usted que comunicar a través de la radio y «hablar» con naturalidad para que su patrón de tecleo sea evidente.

Marie quería protestar, decir que eso era justo lo que había hecho, o si no, pedirle a Eleanor que se explicara mejor. Pero antes de tener oportunidad de abrir la boca, Eleanor se acercó y arrancó la llave telegráfica del transmisor de radio.

—¿Pero qué demonios pasa? —gritó Marie.

Eleanor no respondió, sino que cogió un destornillador y siguió desmantelando el aparato, arrancando pieza tras pieza con tanta fuerza, que los tornillos y las tuercas empezaron a caer estrepitosamente por el suelo y a rodar hasta desaparecer debajo de las mesas. Las chicas observaban la escena en pasmado silencio. Incluso el instructor estaba sorprendido.

—¡Oh! —gritó Marie, intentando salvar las piezas, dándose cuenta en aquel momento de que sentía algún tipo de conexión física con aquella máquina, la que había estado operando desde su llegada.

—No basta con saber hacer funcionar el transmisor —dijo desdeñosamente Eleanor—. Hay que ser capaz también de repararlo, de construirlo desde cero. Dispone de diez minutos para ensamblarlo de nuevo.

Eleanor se apartó. La rabia de Marie iba en aumento. Aquello era más que una venganza por haber respondido mal antes; Eleanor quería que fracasara.

Marie se quedó mirando las piezas del aparato de telegrafía sin hilos. Intentó recordar el manual que había estudiado al principio de la formación y visualizar mentalmente el interior del aparato. Pero era imposible.

Josie se acercó.

—Empieza por aquí —dijo enderezando una pieza de la base de la máquina que había quedado de lado y sujetándola para que Marie pudiera volver a colocar la placa que constituía la base. Mientras, las demás chicas se levantaron para ayudar a recopilar las

piezas que habían caído por todas partes, arrodillándose en el suelo para recuperar tornillos—. Ten —dijo Josie.

Le pasó un pulsador que se atornillaba al transmisor. Con deditos ágiles y veloces, consiguió apretar un tornillo que a Marie se le estaba resistiendo y le señaló un lugar donde no había insertado bien otro.

La máquina acabó montada por fin. ¿Pero transmitiría? Marie pulsó la llave telegráfica y esperó. Se escuchó un clic, el aparato estaba registrando el código que acababa de entrar. La radio funcionaba de nuevo.

Marie levantó la vista, deseosa de ver la reacción de Eleanor. Pero Eleanor ya se había ido.

—¿Por qué te odia tanto? —susurró Josie cuando las demás volvieron a sus asientos.

Marie no respondió. Se puso rígida. Y sin molestarse en pedir permiso, salió de la sala y empezó a abrir puertas hasta que encontró a Eleanor sentada en un despacho, repasando el contenido de una carpeta.

—¿Por qué es tan dura conmigo? ¿Me odia? —dijo Marie repitiendo la pregunta de Josie—. ¿Ha venido aquí solo para largarme?

Eleanor levantó la cabeza.

—No es nada personal. O se tiene lo que hay que tener o no se tiene.

—Y usted piensa que yo no lo tengo.

—Lo que yo piense carece de importancia. He leído su expediente. —Hasta aquel momento, Marie no se había planteado lo que su expediente podía decir sobre ella—. Está derrotándose usted sola.

—Mi francés es el mejor de todos, incluso entre los hombres.

—Pero no basta con eso para ser tan buena como los hombres. No creen que podamos hacer esto y, por lo tanto, tenemos que ser las mejores.

Marie insistió.

—Cada día tecleo más rápido, y mis controles...

—No estoy hablando de habilidades técnicas —dijo Eleanor interrumpiéndola—. Se trata del alma. Su radio, por ejemplo. No es

solo una máquina, sino una extensión de su persona.

Eleanor cogió una bolsa que tenía a sus pies y que Marie no había visto hasta aquel momento y se la entregó. Las cosas que llevaba Marie encima la noche de su llegada, su ropa de calle e incluso el collar de Tess. Sus pertenencias, lo que había guardado en el baúl a los pies de su cama, lo habían sacado de allí y guardado en aquella bolsa.

—Está todo aquí —dijo Eleanor—. Puede cambiarse y ponerse su ropa. En una hora estará esperándola un coche que la llevará de vuelta a Londres.

—¿Está echándome? —preguntó Marie con incredulidad, sintiéndose más decepcionada de lo que se habría imaginado.

—No, estoy brindándole la oportunidad de irse.

Marie sabía que podía haberse marchado en cualquier momento, que aquello no era lo mismo que alistarse en el ejército. Pero Eleanor estaba ahora abriéndole la puerta, por decirlo de algún modo. Invitándola a marcharse.

Se preguntó si aquello sería otra prueba. Pero Eleanor estaba muy seria. Estaba brindándole realmente una oportunidad. ¿Debía aprovecharla? De hacerlo, al día siguiente estaría de nuevo en Londres, estaría con Tess el fin de semana.

Pero la curiosidad podía aún más que todo eso.

—¿Podría formularle una pregunta?

Eleanor asintió.

—Una —respondió a regañadientes.

—Si me quedo, ¿qué es lo que haría allí? —dijo, porque a pesar de tanta formación, la misión que habría que desempeñar sobre el terreno seguía siendo muy difícil de ver.

—La respuesta corta es que tendría que operar una radio, enviar mensajes a nuestra red en Londres acerca de las operaciones que se libran sobre el terreno y recibir mensajes relacionadas con entregas mediante paracaídas tanto de personal como de suministros. —Marie asintió; todo eso ya lo sabía por la formación que estaba recibiendo—. Estamos intentando complicarles las cosas a los alemanes lo máximo posible, ralentizar su producción de municiones e interceptar las comunicaciones ferroviarias. Hacer cualquier cosa para facilitar la vida a nuestras

tropas cuando llegue el momento de la invasión. Estas transmisiones tienen una importancia vital para mantener la línea de comunicación abierta entre Londres y las redes distribuidas por Europa, para que puedan seguir operando. Pero podría haber docenas de misiones distintas, además de esa. Por eso debemos prepararlas para cualquier cosa.

Marie se dispuso a coger la bolsa, pero se detuvo.

—He recompuesto la radio. Las demás chicas me han ayudado —añadió rápidamente.

—Eso está bien. —La expresión de Eleanor se suavizó algo—. Y también hizo un buen trabajo con lo de la rata, durante el curso de explosivos. —Marie no sabía que Eleanor había estado observándolas—. Las demás se quedaron paralizadas. Usted no.

Marie se encogió de hombros.

—En nuestra casa de Londres teníamos muchas.

Eleanor la miró sin alterarse.

—Imaginaba que su marido se habría ocupado de ellas.

—Lo hacía, si acaso... —Marie vaciló—. Mi marido no está. Se marchó cuando nació nuestra hija.

Eleanor no pareció sorprenderse y Marie se preguntó si se habría enterado de la verdad durante el proceso de reclutamiento y lo sabía desde entonces. No creía que Josie se lo hubiera contado.

—Tendría que decir que lo siento, pero si realmente es tan sinvergüenza como para hacer eso, imagino que estará mejor sin él.

Aquel razonamiento se le había pasado a Marie por la cabeza en más de una ocasión. Había tenido momentos de soledad, noches en las que la acosaban las dudas sobre qué había hecho ella para provocar su marcha, en las que se había planteado cómo sobrevivir. Pero en los momentos de silencio de la noche, con Tess pegada a su pecho, había adquirido confianza y la certidumbre de que en la vida solo podía confiar en sí misma.

—Supongo que sí. Siento no haberlo comunicado debidamente.

—Por lo que se ve —dijo secamente Eleanor—, es usted capaz de mantener una tapadera. Todos tenemos nuestros secretos —añadió—, pero no debería haberme mentado. Saberlo todo sobre ustedes es mi único recurso para mantenerlas sanas y salvas. Aunque supongo que da igual. Se marcha, ¿lo recuerda? —Le pasó

la bolsa con la ropa—. Vaya a cambiarse y entregue todo lo que se le ha dado antes de que llegue el coche.

Volvió a cabeza hacia el expediente que estaba estudiando y Marie comprendió que la conversación había tocado a su fin.

Cuando Marie regresó a los barracones, la clase de telegrafía sin hilos había acabado y las chicas estaban de descanso. Pero Josie la estaba esperando, doblando ropa sobre la cama recién hecha.

—¿Qué tal estás? —le preguntó, con solo una pizca de compasión en su tono de voz.

Marie se encogió de hombros, sin saber muy bien qué decir.

—Eleanor me ha dicho que puedo marcharme si quiero.

—¿Y qué harás?

Marie se sentó a los pies de la cama, alicaída.

—Irme, imagino. La verdad es que nunca he sabido muy bien qué hacía aquí.

—Nunca tuviste un buen motivo para estar aquí —la corrigió Josie, sin sentimentalismo y sin dejar de doblar ropa. Sus palabras, un eco de lo que Eleanor había dicho, le dolieron—. Y tiene que haber un por qué. Mírame a mí, por ejemplo. Nunca he tenido un lugar al que pueda llamar hogar. Estar aquí ya es bastante. Pero eso es lo que ellos quieren... que nos marchemos. No Eleanor, claro está, sino los tíos. Quieren que demostremos que tenían razón, que las mujeres no tenemos las condiciones necesarias para hacer esto.

—A lo mejor tienen razón —replicó Marie. Josie no dijo nada, pero sacó una pequeña maleta de debajo de su cama—. ¿Qué haces? —le preguntó alarmada.

Josie era la mejor de todas ellas y le parecía imposible que la hubieran invitado a abandonar la escuela del SOE. Pero vio que Josie empezaba a colocar en la maleta la ropa que acababa de doblar.

—Van a necesitar me pronto —dijo Josie—. Pero no voy a pasar por la última escuela, sino que me desplegarán directamente sobre el terreno.

Marie se quedó pasmada.

—No —fue lo único que pudo decir.

—Me temo que sí. Me marchó mañana a primera hora. No creo que sea malo. Al fin y al cabo, vinimos aquí para eso.

Marie asintió. Ya se habían marchado otras. Pero Josie había sido la base fundamental de todas las chicas. ¿Qué harían ahora sin ella?

—Oye, que no me muero, ¿eh? —añadió Josie con una débil sonrisa.

—Es muy pronto.

Demasiado pronto. Aunque Josie no podía revelar nada sobre su misión, Marie entendió que lo que había llevado a Eleanor a viajar hasta allí desde Londres tenía que ser algo grave.

Marie buscó algo en el pequeño baúl que tenía a los pies de su cama.

—Ten —le dijo a Josie. Le entregó el bizcocho que, a base de sobornos, había conseguido que le preparara una de las cocineras—. Lo tenía guardado para tu cumpleaños. —En dos días, Josie cumpliría los dieciocho. Pero ya no estaría allí para celebrarlo—. Es de canela, como el que me contaste que tu hermano te compraba siempre para tu cumpleaños.

Josie se pasó varios segundos sin decir nada. Sus ojos se humedecieron y una solitaria lágrima resbaló por su mejilla. Marie se preguntó si su gesto habría sido un error.

—Jamás pensé que después de su marcha alguien volvería a acordarse de mi cumpleaños. —Josie sonrió débilmente—. Gracias.

Partió el bizcocho en dos y le dio uno de los trozos a Marie.

—¿Lo ves? No puedes irte —dijo Josie limpiándose las migas de la boca—. Tienes que quedarte aquí para cuidar de las más jóvenes.

Hizo un gesto para abarcar las camas vacías. Marie no dijo nada, pero las palabras medio en broma de Josie llevaban algo de verdad. Había tres chicas más novatas que ella; habían llegado para sustituir a tres de las agentes ya desplegadas.

—Llegará una chica nueva para ocupar mi lugar.

La idea era casi insoportable. Pero Josie tenía razón; quien llegara a continuación necesitaría ayuda para aprender a moverse en aquel lugar tan complicado, igual que Josie y las demás habían ayudado a Marie a su llegada.

—Ahora, las chicas te necesitan más que nunca. Y no es solo por el tiempo que llevas ya aquí —añadió Josie—. Has crecido muchísimo desde el día que llegaste, cuando eras incapaz de subir corriendo hasta La Punta y de esconder tu contrabando inglés. —Sonrieron las dos al recordarlo—. Puedes hacerlo —dijo con firmeza Josie—. Eres más fuerte de lo que te imaginabas. Anda, que tenemos que ir a clase de explosivos. Me muero de ganas de ver el artilugio que decide hacer estallar hoy el profesor Digglesby.

Josie salió de los barracones. No se quedó esperando ni le preguntó a Marie si iba o no con ella. En aquel momento, era como si ya no estuviera allí.

Marie se sentó en la cama y miró hacia la ventana, hacia las aguas oscuras del lago. Detrás de las colinas, barridas por el viento, el cielo parecía un mar gris. Pensó que si no se movía, nada cambiaría. Josie no sería enviada a su destino y ella no tendría que enfrentarse a la terrible decisión sobre marcharse o no. Allí habían creado una especie de mundo aparte en el que, a pesar de la dureza de la formación, era casi posible olvidarse de los peligros y el dolor del exterior. Pero ahora, aquel mundo tocaba a su fin.

Miró las pertenencias del interior de la bolsa, reliquias de otra época. En su mano estaba recuperar su vida, con la que llevaba semanas soñando. Pero ahora, deslizando la mirada por aquellos barracones, comprendió que formaba parte de algo más grande. Los días de formación y de lucha con las chicas habían tejido a su alrededor una especie de tela de la que no podía separarse.

Retiró la mano de la bolsa.

—Todavía no —musitó.

Cerró la bolsa y salió para sumarse una vez más a sus compañeras.

Ocho

Grace

Nueva York, 1946

La maleta había desaparecido.

Grace se quedó paralizada en el vestíbulo de Grand Central, dejando que la multitud de viajeros del final de la jornada circulara a su alrededor mientras miraba fijamente el espacio de debajo del banco que había ocupado la maleta por la mañana. Por un momento pensó que se lo había imaginado. Pero las fotografías que había sacado de su interior estaban allí, en su mano. No, alguien se la había llevado o la había trasladado a otro lugar durante las horas que ella había pasado en el trabajo.

Que la maleta ya no estuviera debajo del banco no tendría que haber sido una sorpresa. Perteneecía a otra persona y habían pasado varias horas. Era natural que alguien hubiera ido a buscarla. Pero ahora que ya no estaba, el misterio de la maleta y las fotografías resultaba más intrigante todavía. Grace miró las fotos que tenía en la mano y se sintió mal por habérselas llevado.

—Perdón —dijo Grace a un maletero que pasaba en aquel momento por su lado.

El chico se detuvo y se llevó la mano a la gorra roja a modo de saludo.

—¿Señora?

—Estoy buscando una maleta.

—Si está en consigna, puedo ir a buscársela. —Extendió una mano abierta—. ¿Me deja el resguardo?

—No, no me he explicado bien. La maleta no es mía. Esta mañana había una maleta debajo de este banco. Ahí —dijo,

señalando el lugar—. Estoy intentando averiguar dónde ha ido a parar. Marrón, con unas letras escritas en el lateral.

El maletero se quedó perplejo.

—Pero si la maleta no es suya, ¿por qué anda buscándola?

«Buena pregunta», se dijo Grace. Se planteó mencionar lo de las fotografías, pero decidió que era mejor no hacerlo.

—Estoy intentando encontrar a su propietario —respondió finalmente.

—Sin el resguardo no puedo ayudarla. A lo mejor podría preguntar en objetos perdidos —replicó el maletero.

El departamento de objetos perdidos estaba en el nivel inferior de la estación, en un tranquilo y húmedo rincón que parecía pertenecer a un mundo que no tenía nada que ver con el bullicio de arriba. Un anciano con patillas blancas, visera y chaleco, estaba sentado detrás del mostrador, leyendo un periódico.

—Estoy buscando una maleta, marrón y con una inscripción escrita con tiza en el lateral.

El empleado trasladó a la comisura de la boca el cigarrillo sin encender que estaba mordisqueando.

—Perdida hoy —dijo Grace, sabiendo que en cierto sentido era verdad.

El hombre se metió en un cuarto y Grace oyó que movía cosas de un lado a otro. Salió haciendo un gesto de negación.

—No hay nada.

—¿Está seguro?

Miró por encima de la espalda del hombre, estirando el cuello para intentar ver las montañas de bolsas y otros objetos perdidos que había al otro lado de la pared.

—Sí. —Sacó un libro de anotaciones de debajo del mostrador y lo abrió—. Todo lo que nos devuelven queda registrado aquí. Y hoy no ha habido ninguna maleta.

¿Entonces por qué se había tomado la molestia de ir a mirar en el cuarto?

—¿Es normal que se pierdan cosas tan voluminosas como una maleta?

—Le sorprendería la de cosas que se deja la gente olvidadas —respondió el hombre—. Bolsas, cajas. Un par de bicicletas. Incluso

perros.

—¿Y todo viene a parar aquí?

—Todo menos los perros. Esos van a la perrera municipal. Si quiere, puede dejarme su nombre y sus datos. Si aparece alguien con su maleta, me pondré en contacto con usted —añadió.

—Grace Flemming —dijo utilizando su apellido de soltera de forma refleja.

Se calló, avergonzada de pronto. ¿Estaba ya borrando a Tom de su vida, como si su matrimonio nunca se hubiera producido?

Rápidamente, escribió la dirección de la pensión en el registro donde le indicó el empleado. Se alejó del mostrador y subió por la escalera. Al llegar al nivel principal, cruzó el vestíbulo en dirección al banco y se detuvo para observar el lugar donde antes estaba la maleta. Era posible que su propietaria hubiera vuelto a buscarla. La asoló el sentimiento de culpa al imaginarse a la mujer abriendo la maleta y descubriendo que las fotografías no estaban allí.

Se incorporó, inquieta, con las fotografías huérfanas en la mano. Pensó en la posibilidad de entregarlas en el departamento de objetos perdidos. Al fin y al cabo, no eran asunto suyo. Y así habría dado por zanjado el tema. Pero seguían pesándole en la mano. Ella era la única responsable de haber separado aquellas fotografías de su maleta. La propietaria estaría ahora preguntándose qué habría sido de ellas. E incluso podía ser que estuviera destrozada por la pérdida. No, Grace se había llevado las fotos y su responsabilidad era devolverlas.

¿Pero cómo? La maleta había desaparecido y Grace no tenía ni idea de quién era su propietaria o quién podía reclamarla. O casi ni idea, se corrigió, recordando el nombre escrito con tiza en el lateral: *Trigg*. Recordó también la marca de agua que había en las fotografías. Abrió a escondidas el sobre, como si alguien pudiera estar observándola. Allí estaba la marca de agua: *O'Neill's, Londres*. La maleta venía de Inglaterra o, al menos, las fotografías venían de allí. Tal vez debería entregarlas en el consulado británico.

Pero el reloj de la estación indicaba que eran las cinco y media y la avalancha de hora punta empezaba a clarear. El consulado ya estaría cerrado. Grace se sintió de pronto agotada. Quería volver a

casa, a su habitación en la pensión —que hacía casi dos días que no pisaba—, darse un baño caliente y olvidarse de todo aquello.

Le rugía el estómago. Salió de la estación con intención de entrar en la cafetería que había enfrente. Ruth's, se llamaba, por mucho que costara leerlo porque las letras «th» del letrero iluminado de encima de la puerta estaban fundidas. Tenía que dejar de comer fuera, comprar cuatro cosas para prepararse comidas sencillas en la cocina de la pensión y así empezar a ahorrar un poco de dinero. No se había criado precisamente en un entorno de frugalidad, pero era una habilidad que había empezado a cultivar durante los meses que llevaba viviendo en la ciudad, para poder estirar al máximo lo poco que le quedaba.

Tomó asiento en un taburete junto a la barra, prácticamente vacía.

—Un sándwich de queso caliente y una Pepsi, por favor —le dijo a la camarera de pelo amarillo después de contar mentalmente la calderilla que llevaba en el bolso y llegar a la conclusión de que tenía suficiente.

Mientras la camarera llenaba el vaso en la máquina de refrescos, la mirada de Grace se desplazó hacia la televisión colocada en lo alto de la pared. En la pantalla aparecía una imagen de Grand Central. Estaban hablando sobre la mujer que había sido atropellada por un coche aquella mañana y que había fallecido en el acto.

—Suba el volumen —dijo, olvidándose de ser educada debido a la urgencia por oír la noticia.

El locutor continuó hablando:

«El accidente ha tenido lugar a las nueve y diez de la mañana...»

Apenas unos minutos antes de que ella llegara a la zona.

Y entonces apareció en pantalla la imagen de una mujer, cabello oscuro recogido en la nuca, cara seria.

—La víctima —estaba diciendo el locutor— ha sido identificada como la ciudadana británica Eleanor Trigg.

Grace se quedó helada al recordar que era el nombre escrito con tiza en la maleta. La mujer cuyas fotografías tenía en su bolso era la víctima de aquel accidente.

Nueve

Marie

Inglaterra, 1944

Marie estaba sentada en su habitación, en los barracones del aeródromo de Tangmere, intentando no empapar de sudor la lana de su traje de viaje que a buen seguro tendría que llevar unos cuantos días. Mientras esperaba, sola, repasó una vez más la documentación: identificación y cartilla de racionamiento, permiso de desplazamiento y de trabajo. Todos los documentos eran falsos... y todos tenían que ser perfectos.

No era la primera vez que Marie se preparaba para la partida. Tres noches antes, mientras esperaba, había empezado a caer una niebla baja y amenazadora y supuso que aquella noche no habría vuelo. Pero había seguido igualmente todo el proceso, había cogido la bolsa y había salido obedientemente hacia el coche. Había llegado hasta el avión y esperado allí hasta ser informada de que la misión había quedado cancelada.

Marie estaba ahora esperando en su habitación una vez más, confiando en que la lluvia que había intuido en el aire que soplaba por la noche no fuera suficiente como para impedir el vuelo. Había pasado casi un mes desde el día en que Eleanor, en el transcurso de su visita a Arisaig House, le brindó la posibilidad de abandonar y volver a casa. A menudo se preguntaba si habría tomado la decisión correcta. Cada noche, antes de acostarse, se decía que al día siguiente preguntaría si la oferta seguía todavía vigente. Pero la frescura de las mañanas en las Tierras Altas escocesas, el rocío que se alzaba por encima de las colinas cuando las chicas corrían con la espalda erguida alrededor del lago, tenía algo especial que se le

había metido en el alma. Allí era donde quería estar, y no había marcha atrás.

Lo que la retuvo allí fue algo más que la belleza de la campiña escocesa, que inevitablemente tendría que dejar atrás. Tampoco fue el dinero. Después de que Josie se marchara para llevar a cabo su misión, algo dentro de Marie había cambiado. Se concentró por completo en la formación. Se esforzó por aprender mejor los códigos de radio y teclearlos a toda velocidad. «Es posible incluso que tengáis que transmitir encerradas en un lavabo, y con tanta rapidez que nadie sospeche que la ausencia ha sido algo más que un simple viaje al baño», les había explicado un día el instructor. Había estado en una misión de tres días al aire libre y sin comida, durante la cual se había visto obligada a poner trampas para cazar y a buscar alimento entre las hierbas para subsistir. Notaba que las demás chicas la observaban y seguían su liderazgo. Era como si hubiera crecido para ocupar el lugar que había dejado vacío Josie. Desempeñar aquel papel y salir adelante con éxito la tenían tan absorta, que se había olvidado incluso de tener miedo.

Y entonces, hacía ya una semana, habían reclamado su presencia en el despacho de Arisaig House, justo antes de salir a correr por la mañana, y le habían ordenado que hiciera la maleta. La partida fue tan repentina que ni siquiera tuvo tiempo para despedirse de nadie. No recibió más explicaciones, solo un coche negro con un chófer que tampoco había dicho palabra. A medida que empezó a alejarse de la escarpada costa, empezó también a preguntarse si la estarían mandando de vuelta a casa. Pero el viaje terminó en un aeródromo militar en medio de la campiña de West Sussex, donde atendería los asuntos de última hora. Descubrió que había un montón de papeleo que preparar, lo cual le resultó curioso, teniendo en cuenta que se trataba de un trabajo y de una misión teóricamente inexistentes en todos los sentidos.

La mañana después de su llegada a la base aérea, llamaron a la puerta. Eleanor. Marie no había vuelto a verla desde su visita a Arisaig House. Eleanor, había acabado entendiendo, era mucho más que la funcionaria de reclutamiento que había afirmado ser en su primer encuentro. De hecho, dirigía todo lo del SOE que tuviera que ver con las mujeres.

Eleanor le había dicho que la siguiera y la había conducido hasta un despacho privado situado en un edificio no muy alejado de los barracones del aeródromo donde Marie se alojaba. Había sacado una botella de vino. A Marie le había parecido extraño beber alcohol en pleno día.

Pero Eleanor no tenía intención de beber vino, sino que retiró el periódico que envolvía la botella y leyó por encima la primera página.

—¡Ah, veo que en Lyon están cambiando las cartillas de racionamiento!

Lo que le interesaba a Eleanor eran las noticias, no la bebida que envolvían. Eleanor continuó:

—Hay que estar al corriente de las noticias. Es peor disponer de inteligencia desfasada que no disponer de ninguna y, además, es de esas cosas que delatan a cualquiera el doble de rápido. Y tampoco debería pasar nunca por alto la importancia de la inteligencia de código abierto. —Marie ladeó la cabeza—. Es decir, de información que está disponible públicamente, la que se obtiene a partir de los periódicos, de lo que comenta la gente del lugar. El método de recopilación de información de desecho, lo llaman. Pequeños retazos de información recopilados a partir de las fuentes más mundanas. Cosas que puede usted observar con sus propios ojos, como los movimientos de trenes y soldados. Por ejemplo, si ve unos cuantos alemanes cambiando sus francos, es que están a punto de movilizarse.

Eleanor levantó la vista del periódico.

—Es usted Renee Demare, una dependienta de Épernay, una ciudad situada al sur de Reims —anunció sin más preámbulos.

Marie comprendió que estaba dándole su tapadera. El corazón se le aceleró, tanto de emoción como de miedo.

—¿Así que al final voy a ir?

—El plan siempre fue ese. Pero tenía que estar segura —replicó simplemente Eleanor.

—¿Sobre mí?

Eleanor asintió. Marie deseaba preguntarle si ya se sentía segura, pero incluso ahora temía la respuesta.

—Así que su identidad... —dijo Eleanor.

La emoción de Marie se estaba viendo rápidamente superada por el nerviosismo. Conocer su nueva identidad era el último paso antes de ser desplegada sobre el terreno. Marie se sorprendió cuando en la formación le explicaron que funcionaba así. A su entender, tenía mucho más sentido conocer la historia con antelación para de ese modo ir asimilándola como una segunda piel. Pero no querían que los agentes hablasen sobre su nueva identidad durante la formación en la escuela del SOE, no querían que conocieran detalles sobre los demás que a la larga podían ser inconvenientes.

—Tiene que decir que su familia murió durante uno de los primeros bombardeos —le explicó Eleanor—. Y que por eso se ha trasladado a vivir a un apartamento que era propiedad de su difunta tía.

—Pero si se les ocurre comprobarlo en los archivos de Épernay...

—Imposible. La *mairie* ha sido destruida por un incendio. —El lugar había sido elegido deliberadamente porque en el ayuntamiento no quedaba ningún tipo de documentación. Todo estaba perfectamente detallado y pensado—. Si es capturada, deberá mantener esa identidad. En caso de que le resultara imposible, revelará única y exclusivamente su nombre y su rango, nada más. Tendrá que resistir cuarenta y ocho horas. Esto dará tiempo a los demás para recuperarse de los daños.

—¿Y después?

—Y después acabarán con usted. La región a la que va ir está controlada en parte por un oficial alemán de alto rango llamado Hans Kriegler, que lidera el Sicherheitsdienst o SD, la inteligencia alemana. Son crueles y están totalmente comprometidos a capturar hasta al último de nuestros agentes. No espere ser tratada de manera distinta por ser mujer. Si la capturan, la torturarán, y en cuanto se hayan enterado de todo lo que creen que usted sabe, probablemente la matarán. Debería suicidarse usted antes, llegados a esos extremos. —Eleanor la miró fijamente, sin parpadear. Marie se esforzó por no dejar que su rostro transmitiera ninguna emoción. A pesar de estar alertada sobre el peligro, oírlo directamente nunca

era fácil. Eleanor siguió hablando—: El Lysander la transportará a su destino.

—¿Y el entrenamiento para lo del paracaídas? —preguntó Marie, que había oído decir que a las chicas las desplegaban con ese medio.

Eleanor negó con la cabeza.

—No hay tiempo. Tiene que estar sobre el terreno lo antes posible. —Josie también se había marchado precipitadamente, recordó Marie. ¿A qué vendría aquella necesidad tan repentina?—. Funcionará como operadora de radio con la red de Vesper. El de Vesper es uno de nuestros círculos más importantes porque cubre París, además de gran parte del territorio que los aliados tendrán que atravesar después de la invasión. La red está llevando a cabo una campaña de sabotaje muy agresiva y necesita con frecuencia establecer comunicaciones por radio. Se trata, además, de una de las regiones más ocupadas de Francia. Tendrá que evitar ser detectada tanto por la SD como por la policía. —Eleanor hablaba con intensidad y sus pupilas se encogieron cuando la miró fijamente—. ¿Entendido?

Marie movió la cabeza en un gesto afirmativo, asimilándolo todo. Pero notaba una sensación extraña en el estómago. Estaba conociendo más detalles sobre su misión. Y, en cierto sentido, había sido más fácil saber menos.

—Trabajaré para Vesper directamente —dijo Eleanor—. Combatí en Marsella, ha sobrevivido a muchas batallas. Es un comandante excelente. Y espera lo mejor de usted.

—Como todo el mundo —dijo Marie percatándose demasiado tarde de su error.

Nunca había bromeado con Eleanor y esperaba que se pusiera furiosa con aquel exceso de confianza. Pero la mujer sonrió.

—Supongo que debería tomármelo como un cumplido.

Marie vio entonces que Eleanor no se mostraba maleducada ni malévola con ella. Había sido dura con las chicas porque no podían permitirse que un accidente les costara la vida o acabara con la vida de otros.

Una llamada a la puerta despertó a Marie del recuerdo de la conversación que había mantenido con Eleanor hacía unos días.

—¿Sí?

Se levantó de la cama y la puerta se abrió mínimamente antes de que le diera tiempo a llegar.

—El coche fúnebre está aquí —dijo una voz masculina.

Marie se estremeció, pues ese era el vehículo que la llevaría hasta el avión. El hombre entró en la habitación y cogió la maleta que contenía su radio sin hilos, que había traído de Escocia con ella.

Eleanor la esperaba en la oscuridad, delante de los barracones. A Marie le sorprendió ver la punta de un cigarrillo encendido brillando en su mano. Eleanor no dijo nada, pero echó a andar hacia el Vauxhall negro. Marie la siguió y entregó sus bolsas al chófer. Eleanor y ella subieron a la parte posterior del coche.

—Han cambiado el toque de queda en París a las nueve y media —dijo Eleanor, mientras circulaban a oscuras por la base militar.

El aire nocturno le provocó a Marie un cosquilleo en la nariz y estornudó. Buscó un pañuelo en el bolsillo. Y su mano encontró algo desconocido: un resguardo de la modista y una entrada de cine, ambos impresos en francés. Pequeñas cosas diseñadas para generar sensación de autenticidad.

—Tenga.

Eleanor le pasó un bolso. En su interior había una polvera, un lápiz de labios y una cartera. Marie comprendió al instante que no se trataba de simples artículos personales, sino de dispositivos similares a los que había visto en el taller del profesor Digglesby durante el periodo de formación en Arisaig House, herramientas que podría utilizar para sobrevivir en cuanto se hubiera desplegado sobre el terreno.

Pasaron el control de un centinela de la RAF, que las observó a la luz de una linterna, y se detuvieron al llegar a la pista. Marie bajó del coche y se acercó al maletero, donde el chófer estaba descargando ya el equipaje. Cogió la caja que contenía su radio, pero Eleanor extendió el brazo para impedirsele.

—No entiendo por qué...

—La radio pesa demasiado para el Lysander. Llegará por separado.

—Pero...

Marie estaba consternada. Durante los últimos meses, se había acostumbrado a que la radio estuviera siempre a su lado, se sentía unida a ella. Era como una armadura y sin ella estaría expuesta a todo. Soltó la radio a regañadientes y levantó la vista hacia la pista, donde la aguardaba el diminuto Lysander. ¿Cómo era posible que un avión no pudiera cargar con una radio sin hilos de trece kilos y sí transportarla sana y salva hasta Francia?

—Será lanzada a tierra desde otro avión —le prometió Eleanor.

—¿Y cómo la localizaré? —preguntó Marie dubitativa.

—Se la llevarán —respondió Eleanor tranquilizándola—. No se preocupe. Son muy buenos.

A saber quién sería esa gente, pensó Marie. Lo único que conocía era un nombre en clave: Vesper. Nada más.

Se detuvieron junto a la pista. La humedad de la hierba se filtraba a través de las medias de nailon empapando los tobillos de Marie. El olor dulce y embriagador de las flores de los cerezos silvestres inundaba el ambiente. Eleanor verificó los puños de la camisa de Marie para ver si estaban bien doblados. Estaba aparentemente tan tranquila como siempre, sin transmitir emociones. Pero cuando le repasó el cuello de la camisa, Marie se dio cuenta de que le temblaba levemente la mano y que su labio superior estaba cubierto por un débil brillo de sudor, pequeños signos de nerviosismo. Decidió entonces que habría preferido no haber visto aquellos detalles, puesto que la espantaron más que cualquier otra cosa que hubiera visto hasta aquel momento.

Eleanor la acompañó hasta el avión. Vio en el lateral del aparato unas palabras escritas con tiza, *secuencia de salida*, seguidas por unos nombres que no reconoció.

—¿Qué es esto? —preguntó Marie.

—La prioridad de personas a recoger si se encuentran en el lugar de aterrizaje. Solo caben tres y el avión no puede estar más de un minuto parado.

Marie se quedó interiormente blanca como el papel. Ella llegaba, pero había muchos intentando escapar de allí. Se preguntó cuándo sería su vuelo de vuelta a casa para reencontrarse con Tess. Tenía que creer que acabaría produciéndose, sino no estaría allí.

—Tenga. —Eleanor le entregó un fajo de billetes, francos, sujetos con una goma—. La mitad de su paga es en efectivo para que pueda gastarla sobre el terreno en cosas que necesite. El resto se le pagará en libras esterlinas a su regreso. Y una cosa más.

Eleanor extendió la mano, con la palma abierta hacia arriba. Marie sabía que estaba pidiéndole el colgante de la mariposa, el recuerdo de Tess que seguía llevando en secreto.

Marie se lo quitó a regañadientes. Y dudó unos instantes. Era el único fragmento de su antigua vida que había conservado durante aquellos meses solitarios de formación. Y ahora se lo quitaban. Sabía, sin embargo, que no tenía otra alternativa; había llegado el momento de desprenderse de él.

—Se lo guardaré a buen recaudo —dijo Eleanor con un tono de voz solemne, como si estuviera hablando de algo mucho más grandioso. Marie dejó resbalar el colgante entre sus dedos—. Y a cambio le daré esto. —Eleanor sacó del bolsillo un collar con un colgante de plata en forma de pájaro. Marie se quedó sorprendida. Pero no era un regalo. Eleanor le dio la vuelta y abrió el colgante. El interior contenía una cápsula de cianuro—. El amigo final —declaró Eleanor—. Tiene que masticarla rápidamente porque los alemanes conocen el olor e intentarán que la escupa.

Marie se estremeció. Se había entrenado para aquello, por supuesto. Si la capturaban y le resultaba imposible no confesar, tenía que acabar con su vida. Aunque no se imaginaba haciéndolo. Miró por última vez a Eleanor.

—Gracias.

Eleanor enderezó la espalda y un leve movimiento de barbilla fue su única respuesta.

—Deme las gracias haciendo su trabajo.

Le cogió la mano a Marie y la mantuvo presionada un instante excesivamente prolongado. Y a continuación dio media vuelta y se alejó.

Marie se aproximó con cautela al avión. Jamás en su vida había volado y aquel pequeño aparato, un artilugio metálico con cubierta de cristal, le parecía extraño e intimidante.

En la cabina había un hombre que le indicó con gestos impacientes que subiera a bordo. Esperaba encontrarse con un

piloto militar, pero el hombre tenía el pelo largo cayéndole en rizos sobre el cuello de una cazadora de cuero marrón, al típico estilo estadounidense. Llevaba barba de varios días y bigote. ¿Y aquel hombre iba a ser el encargado de transportarla hasta Francia? Cruzó la portezuela del avión y miró por encima del hombro en busca de Eleanor. Pero ya no estaba en la pista.

Marie se sentó en el estrecho asiento de detrás del piloto y busco el cinturón de seguridad, sin encontrarlo. Apenas llevaba un segundo sentada, cuando el personal de tierra cerró la puerta por fuera.

—Cambio de planes —anunció sin más preámbulos el piloto con un marcado acento irlandés.

Marie notó que se le erizaba la piel.

—¿Qué pasa?

—Harás un aterrizaje a ciegas.

El hombre se concentró en los controles del aparato, docenas de artilugios de calibración y diales. A través del parabrisas delantero, Marie vio que la hélice del morro del avión empezaba a girar. El aeroplano empezó a moverse por el suelo irregular, zarandeándola de un lado a otro.

—¿A ciegas? —repitió Marie antes de caer en la cuenta de lo que aquello significaba. Quería decir que estaría sola, sin que el habitual comité de recepción acudiera a recogerla para ayudarla a ponerse en contacto con su círculo—. Pero si me habían dicho que vendrían a buscarme.

El piloto se encogió de hombros.

—Las cosas sobre el terreno nunca son como se habían planificado. Algo debe de haber pasado y no pueden venir a buscarte sin correr peligro.

Marie se preguntó rápidamente cómo era posible, de ser así, que ella pudiera llegar sin correr también peligro. Durante unos segundos, deseó pedirle al piloto que diera marcha atrás y cancelase la misión. Pero el avión estaba cobrando velocidad y el motor rugía de modo ensordecedor. Contuvo la necesidad de gritar cuando el suelo desapareció bajo sus pies. Y al sentir por primera vez en su vida aquella extraña sensación, se olvidó de casi todos sus miedos. Miró por la ventanilla, esperando poder ver a Eleanor.

Pero el Vauxhall y ella se habían ido. La distancia entre Marie e Inglaterra fue incrementándose a cada segundo que pasaba. Ya no había vuelta atrás.

El estómago le dio un vuelco cuando el aeroplano trazó un ángulo cerrado y por primera vez se planteó que podía ser de las que se marean en los aviones. Respiró de forma continua, como le habían enseñado en el entrenamiento, y miró hacia las casas de allá abajo, invisibles como consecuencia del corte de luz. Se imaginó que si su vista alcanzara lo suficiente y mirara hacia el norte, podría llegar a ver la vieja vicaría de Anglia Oriental, donde Tess debía de estar durmiendo bajo un grueso edredón en la habitación de la buhardilla, con su tejado inclinado.

Ni Marie ni el piloto dijeron nada más, puesto que era imposible hacerse oír por encima del traqueteo constante del motor, un sonido que le estaba provocando un castañeteo de dientes insufrible. El ambiente en el interior de la cabina se volvió más frío, gélido casi. Abajo, la tierra era una sábana negra perfecta. Y de pronto apareció una cinta plateada, resplandeciente como la luz de un faro: las aguas del Canal iluminadas por la luna con un brillo que ni siquiera las reglas impuestas por el corte obligatorio de luz podían atenuar.

El avión perdió altura de pronto y se inclinó bruscamente hacia la izquierda. Marie se sujetó con fuerza al asiento para no salir rodando por la inesperada sacudida. Jamás se había imaginado que volar fuera tan duro. Intentó disimular los nervios, pero no pudo evitar que un sudor frío le cubriera la piel.

—¿Pasa algo?! —preguntó a gritos.

Intentó vislumbrar el rostro del piloto, detectar algún indicio de pánico.

El hombre hizo un gesto negativo con la cabeza, sin levantar la vista de los controles.

—Aquí dentro se nota todo, pequeña. Es lo que tiene el Lysander: es pequeño y lento y cualquier alemán podría dispararle con un tirachinas. —Dio unos golpecitos cariñosos al panel de control—. Pero soy capaz de hacerlo aterrizar tanto sobre el culo de un mosquito como sobre una extensión de quinientos metros de mierda.

Marie se encogió ante un vocabulario tan vulgar, pero el hombre ni siquiera se disculpó.

Cuando se aproximaron a la costa francesa, el piloto redujo la presión sobre el acelerador. El avión descendió y quedó envuelto por una niebla espesa. El hombre miró por la ventanilla, intentando ver mejor el suelo. Marie siempre había imaginado que existía una manera más adecuada de orientarse.

—A lo mejor tenemos que dar la vuelta —dijo el piloto.

—¿Y no podemos esperar a que despeje? —preguntó Marie, aliviada y decepcionada al mismo tiempo.

El piloto hizo un gesto de negación.

—Tenemos que asegurarnos de estar de nuevo en espacio aliado antes de que se haga de día. Si detectan nuestra presencia sobre suelo francés, será imposible alcanzar la altura o la velocidad suficiente para escapar del fuego enemigo. —A Marie empezó a picarle el cuerpo de puro miedo. Podía acabar muriendo antes de aterrizar. El piloto examinó el terreno con expresión preocupada—. Aunque creo que estamos en el lugar correcto, o cerca. Voy a hacer un intento.

—Todo esto me inspira poca confianza —replicó Marie sin pensárselo.

El piloto se volvió y la miró con ironía.

—Agárrate fuerte.

El avión descendió de pronto, y luego inclinó el morro hacia delante en un ángulo agudo, de forma tan inesperada y brusca que Marie pensó que iban a estrellarse. La tierra se aproximaba a una velocidad alarmante. Se aferró a su asiento, cerró los ojos y se preparó para lo peor.

Al acercarse más al suelo, se apuntaló en el asiento tal y como le habían enseñado durante la formación. Pero el piloto niveló el aeroplano en el último momento y lo hizo aterrizar con delicadeza y destreza. El aparato empezó a deslizarse sobre el terreno irregular, y de no haber sido porque miró por la ventanilla y vio el suelo, Marie no se habría creído que ya habían aterrizado.

Los frenos chirriaron y el avión se detuvo. Era evidente que alguien tendría que haber oído aquel aterrizaje, que era

teóricamente secreto. Pero el ambiente estaba en calma. El piloto abrió la portezuela y escudriñó la oscuridad.

—No hay nadie para el regreso. —Marie recordó la explicación que le había dado Eleanor sobre los nombres escritos con tiza en el lateral del avión y se preguntó si aquello sería mala señal. El piloto siguió hablando—: Tienes que caminar hacia el este hasta dar con la estación de tren. No hagas ruido, avanza rápido y mantente en todo momento bajo los árboles. Detrás de la estación tendrías que encontrar una bicicleta de color azul sujeta con una cadena, con una cesta delantera para la compra. En el interior del manillar encontrarás más instrucciones.

—¿Tendría? —repitió Marie, preguntándose cómo sabía aquel hombre todo eso—. Y si no está allí, ¿qué?

—Es el círculo de Vesper —replicó el hombre con seguridad—. Todo estará en orden.

De ser eso verdad, le habría gustado decir a Marie, alguien habría estado allí presente para recibirla. Pero no dijo nada, intuyendo que no sería adecuado.

Marie dudó, temiendo la idea de tener que andar sola por terreno desconocido. El piloto la observaba con expectación y comprendió que no le quedaba otro remedio que bajar del avión.

—Iría contigo si pudiera —dijo el hombre disculpándose—. Pero el Lysander...

—Lo entiendo.

Cada minuto que el avión pasaba en tierra incrementaba las probabilidades de ser detectado.

—Buena suerte... —dijo el piloto, pero se interrumpió.

Desconocían sus nombres. Era la primera regla que Marie había aprendido, jamás revelar la identidad para no poner a nadie en un compromiso. ¿Sería aquello una especie de prueba?

—Renee —dijo finalmente, ensayando el nuevo nombre que le había adjudicado Eleanor.

El piloto parpadeó dos veces, como si no estuviera convencido. Su primer intento de subterfugio había sido un fracaso.

—Yo soy William. Me llaman Will —dijo, y por la sinceridad de su voz, Marie intuyó que se trataba de su nombre real. A lo mejor los pilotos se regían por otras normas... o a lo mejor es que él tenía

menos que perder. El hombre señaló hacia los árboles—. Mejor ponte en marcha cuanto antes.

—Sí, por supuesto.

Saltó del avión y, mientras echaba a andar, notó la mirada del piloto aún sobre ella. Cuando se volvió, la puerta ya estaba cerrada. El motor del Lysander subió de revoluciones y el aparato empezó a cobrar velocidad. Había estado en tierra un total de tres minutos.

Marie cruzó el campo, negro como la boca del lobo, en busca del cobijo de los árboles. El aroma dulce de los narcisos se alzó desde el terreno húmedo para recibirla, y por unos instantes fue como si hubiera llegado a su infancia y estuviera jugando en la campiña francesa como una niña. Pero tenía que desplazarse con rapidez, le había dicho el piloto. Miró en todas direcciones, intentando recordar hacia dónde le había señalado que estaba el este. Buscó la linterna. Pero entonces, recordando su formación, se lo pensó mejor. Sacó entonces del bolso la polvera equipada con una brújula e intentó interpretarla a la luz de la luna. Pero era imposible. Buscó de nuevo en el bolso, encontró el mechero, lo encendió y lo sujetó por encima de la brújula el tiempo suficiente para vislumbrar la señal que indicaba el norte.

Orientándose hacia el este, empezó a caminar entre los árboles. Tropezó con una piedra y el dolor del tobillo la transportó de nuevo hasta aquella primera mañana en Arisaig House, cuando cayó al suelo. Ojalá estuviera Josie ahora allí para ayudarla como hizo aquel día. Marie se enderezó y siguió andando.

—¡Alto! —le ordenó una voz en francés.

Marie se quedó paralizada, segura de que iban a arrestarla. Era imposible saber si se trataba de los alemanes o de la policía francesa, que congeniaba con los alemanes, de hecho. Era malo, fuera como fuera. Se preguntó si tendría que recurrir ya a la cápsula de cianuro. Nunca se habría imaginado que fuera a necesitarla tan pronto.

Se volvió y entre las sombras apareció un hombre alto e imponente. Se quedó inmóvil al ver que la apuntaba con un arma.

—¡Tonta! —gruñó el hombre en inglés—. Nunca tendrías que haber obedecido mi orden. O sales corriendo o plantas cara, pero obedecer, jamás, por el amor de Dios.

Sin que le diera tiempo a replicar, el hombre la agarró por el codo y tiró de ella hacia el bosque. Marie, instintivamente, tiró con fuerza, incapaz de soportar el contacto con aquel desconocido.

—¡Vamos! —le exigió, como si estuviera dando órdenes a un caballo terco—. O si quieres puedes quedarte aquí y dejar que te encuentre la *milice*.

Marie dudó unos instantes. No le habían dado información de que fueran a ir a recogerla. De hecho, el piloto había dicho que no habría nadie. ¿Sería aquel hombre uno de ellos o estaría metida en algún tipo de trampa?

Pero el hombre siguió instándola a seguirlo y a Marie no le quedó otro remedio que acatar. Echaron a andar por el bosque iluminado por la luz de la luna sin cruzar palabra; Marie sin perder de vista la figura masculina perfilada por las sombras.

Llegaron a un claro, cerca de lo que parecía el perímetro de una granja. Había un pequeño cobertizo desprovisto de ventanas.

—Esto es para ti —dijo el hombre. Marie se quedó mirándolo, sin entender nada—. Esta noche te quedarás aquí.

—Me han dado órdenes de ir a la estación de tren y recoger allí una bicicleta. ¿Y dónde está Vesper? Me dijeron que trabajaría con él.

—¡Silencio! —le ordenó el hombre, cada vez más enfadado. Tenía el ceño fruncido y unos ojos tremendamente azules—. Jamás vuelvas a pronunciar ese nombre, ni el de nadie más, en voz alta.

Haciéndole caso omiso, Marie continuó:

—Tengo que hablar con él. Y tengo que localizar mi radio.

—Lo que tienes que hacer es seguir las órdenes y quedarte aquí. —El hombre levantó la mano, prohibiendo más preguntas—. Vendrán mañana por la mañana a buscarte.

El hombre abrió el candado y la puerta y la hizo entrar en el cobertizo. No había luz y el ambiente estaba cargado y era sofocante. Cuando Marie entró, el hedor a estiércol le atacó las fosas nasales. No había ni cama ni aseo.

Sin decir nada más, el hombre salió del cobertizo y cerró la puerta. Marie oyó que echaba la llave, encerrándola allí dentro.

—¿Y me quedo aquí encerrada? —gritó a través de la puerta, sin poder creerse lo que estaba pasando. Se dio cuenta entonces de

que no sabía ni siquiera su nombre. Aquel hombre podía ser cualquiera. Había puesto su vida en manos de desconocidos. ¿Cómo podía haber llegado a ser tan ingenua?—. Si piensas que voy a dejarme encerrar por cualquier mensajero, estás tremendamente equivocado. ¡Exijo hablar con Vesper de inmediato! —insistió, ignorando la advertencia de no utilizar nombres.

—Es por tu propio bien, por si aparece alguien. Sé discreta y no permitas que te vea nadie. Y, por el amor de Dios, ¡cállate ya de una vez!

Marie oyó los pasos amortiguándose al otro lado de la puerta y luego solo quedó el silencio.

Se apartó de la puerta y notó algo correteando por el suelo. ¿Un ratón?, se preguntó, pensando en el señuelo que había estado a punto de destruir semanas antes, durante la formación, y en lo mucho que Josie y ella se habían reído después recordando el suceso. Se dejó caer en el suelo, pensando que jamás en toda su vida se había sentido tan sola.

Diez

Grace

Nueva York, 1946

Grace se despertó y durante un segundo todo fue como cualquier otro día. Los rayos de sol se filtraban a través de la única ventana de su minúscula habitación en un cuarto piso sin ascensor, proyectando sombras en el techo inclinado. La pensión estaba en el extremo de Hell's Kitchen, una manzana más cerca del río Hudson de lo que habría sido conveniente para una mujer respetable, pero no era un lugar peligroso. Grace había conseguido un contrato barato porque el anciano que la había ocupado previamente había muerto allí justo la semana anterior. Había limpiado bien el cuarto antes de trasladarse, intentando sin éxito eliminar el olor a humo de pipa que impregnaba las paredes y la sensación de que alguien seguía casi viviendo allí. Y aparte de eso, no había hecho nada más para que aquello pareciera un hogar, porque eso significaría reconocer que se quedaría definitivamente en aquel lugar, y la dura verdad era que no quería volver a casa.

Se puso de costado y vio el sobre que contenía las fotos en la mesita de noche, junto a su estrecha cama, al lado de la solitaria fotografía de Tom con su uniforme el día de la graduación, después del periodo de instrucción. De pronto, rememoró los sucesos de la noche anterior: la noticia sobre la mujer (Eleanor Trigg, ahora tenía al menos un nombre) que había fallecido atropellada y la conclusión de que la maleta que había encontrado era de ella. Grace se preguntó si aquella serie de acontecimientos estrambóticos habría sido un sueño. Pero las fotografías seguían en la mesita, como un niño expectante, recordándole que todo era real.

Después de oír la noticia en la televisión de la cafetería, se había quedado tan sorprendida que había abandonado el local sin tan siquiera esperar el sándwich de queso. Había parado un taxi, sin pensar en lo que le costaría. Y mientras el taxi serpenteaba peligrosamente entre el tráfico de la ciudad, había intentado darle sentido a todo lo que había pasado. ¿Cómo era posible que la mujer cuya maleta había estado figoneando fuera la misma que había muerto en aquel accidente delante de la estación?

Aunque, la verdad, no debería sorprenderla, reflexionó. El hecho de que Eleanor Trigg hubiera muerto explicaba por qué nadie había vuelto a por la maleta y se había quedado allí abandonada. ¿Pero por qué la habría dejado en medio de Grand Central? Y que la mujer fuera inglesa no hacía más que sumarle otro elemento al misterio.

Pero más sorprendente si cabe era el hecho de que la maleta hubiera desaparecido después. Era posible, de todos modos, que alguien la hubiera robado al ver que llevaba tanto tiempo desatendida y que hubiera decidido hacerla pasar por suya. Pero la intuición le decía a Grace que allí había algo más que un simple robo, y que quienquiera que se hubiera llevado la maleta sabía alguna cosa sobre Eleanor Trigg y las chicas de las fotografías.

«Ya basta». Fue casi como si escuchara la voz de su madre regañándola. Grace siempre había tenido una imaginación hiperactiva, alimentada por Nancy Drew y otras novelas de misterio que le gustaba leer de jovencita. A su padre, un entusiasta de la ciencia ficción, siempre le habían hecho gracia las historias descabelladas de Grace. Pero en este caso habría dicho que la explicación más simple era también la más probable: que Eleanor Trigg podía estar viajando con un pariente o cualquier otro acompañante y que esa persona era quien se había llevado la maleta después del accidente.

Grace se sentó en la cama. Las fotografías seguían en la mesita de noche y parecía que estuvieran llamándola. Las había cogido del interior de la maleta y ahora tenía que hacer algo con ellas. Se lavó, se vistió y bajó rápidamente la escalera de la pensión. En la pared del vestíbulo había un teléfono y a Harriet, la casera, no le importaba que los inquilinos lo utilizaran de vez en cuando.

Llevada por un impulso, Grace descolgó el auricular y pidió a la operadora que le pusiera con la comisaría más próxima a Grand Central. Si Eleanor viajaba con alguien, tal vez la policía podría ponerla en contacto con esa persona para devolverle las fotografías.

La línea se quedó unos segundos en silencio hasta que se oyó la voz de un hombre al otro extremo.

—Comisaría, dígame —habló como si estuviera masticando.

—Me gustaría hablar con alguien sobre la mujer que fue atropellada por un coche ayer, cerca de Grand Central —dijo Grace sin levantar mucho la voz, para que la casera, que ocupaba la habitación que daba al vestíbulo, no pudiera oírla.

—El caso lo está llevando MacDougal —replicó el policía—. ¡MacDougal! —vociferó, con tanta fuerza que Grace tuvo que apartarse el auricular del oído.

—¿Qué quería? —dijo una voz diferente, con un acento muy marcado de Brooklyn.

—Es sobre la mujer que fue atropellada delante de la estación, Eleanor Trigg. ¿Sabe si viajaba con alguien?

—Qué va, aún estamos buscando algún pariente —respondió MacDougal—. ¿Es usted familiar?

Grace ignoró la pregunta y continuó con las suyas.

—¿Sabe si alguien ha recogido sus pertenencias? ¿Una maleta?

—No llevaba ninguna maleta. Oiga, ¿quién es usted? Tenemos una investigación abierta y si va a empezar a formular preguntas, la verdad es que voy a tener que tomar nota de su nombre...

Grace devolvió el auricular a su lugar y colgó. La policía no tenía la maleta de Eleanor y tampoco había un familiar al que pudiera devolver las fotos. El consulado británico, como ya se había planteado la noche anterior, era la mejor opción. Sin embargo, una parada en el consulado de camino al trabajo le llevaría su tiempo y tenía que darse prisa si no quería volver a llegar tarde.

Una hora después, Grace se acercaba al consulado británico, un bullicioso edificio de oficinas de la Tercera Avenida, incómodamente cerca del hotel donde había estado con Mark hacía dos noches. En la esquina, un chico con pantalones desgastados y gorra vendía periódicos. Le hizo pensar al instante en Sammy;

confiaba en que se las estuviera apañando bien en casa de su primo. Cogió un ejemplar del *Post* y pagó al chico. En los titulares podía leerse: «Truman alerta de la amenaza soviética en el Este». Hacía menos de un año, todo el mundo temía aún a Hitler. Pero ahora Stalin estaba propagando el comunismo en países tan debilitados por la guerra que les era imposible resistirse a su invasión, dividiendo de este modo a Europa.

Grace hojeó el periódico. En la página nueve, en la mitad inferior, encontró una imagen de Eleanor Trigg, la misma que había aparecido en las noticias la noche anterior. Había una segunda fotografía, una imagen granulosa y anodina de la calle de los hechos, aunque, por suerte, sin que apareciera en ella la macabra escena. Grace leyó por encima el artículo, pero no descubrió nada que ya no supiera.

Aunque aquel asunto no era en absoluto su problema, se recordó una vez más. Se alisó la falda y entró en el consulado, ansiosa por librarse de las fotos e irse a trabajar.

El vestíbulo del consulado británico no tenía nada de especial, unas cuantas sillas de respaldo rígido y una mesita con una planta que debía de haber muerto semanas atrás. Un solo hombre, con traje y bombín, ocupaba una de las sillas, y daba la impresión de que preferiría estar en cualquier otro lugar antes que aquel. La recepcionista, una mujer mayor con el pelo gris recogido en un moño y gafas de lectura instaladas en la punta de la nariz, tecleaba en una Remington.

—¿Sí? —dijo la mujer sin levantar la vista de la máquina de escribir.

Grace comprendió lo que debía de parecer: una mujer desconocida que se presentaba sin cita previa. Allí no era nadie.

Pero a lo largo de los meses de trabajo con Frankie, ayudando a los inmigrantes a abrirse paso entre la burocracia del gobierno, había aprendido mucho y sabía cómo obtener lo que quería de los agotados funcionarios. Se armó de valor y le enseñó el sobre.

—He encontrado estas fotografías y creo que pertenecen a una ciudadana británica.

«Perteneían», pensó para sus adentros.

—¿Y qué es lo que quiere que hagamos con ellas exactamente? —La mujer, con un acento inglés frío y brusco, no esperó la respuesta ni se molestó en disimular su impaciencia—. A Nueva York llegan a diario miles de ciudadanos británicos. Y son poquísimos los que pasan por el consulado a informar.

—Bueno, la verdad es que estoy segura de que esta ciudadana no se pasará por aquí —replicó Grace, más cortante de lo que pretendía. Le mostró el periódico—. Las fotografías eran propiedad de Eleanor Trigg, la mujer que fue atropellada ayer delante de Grand Central. Era británica. Estaba pensando si tal vez tenía algún familiar o conocido que pudiera querer estas fotos.

—No puedo comentar los asuntos personales de los ciudadanos británicos —dijo de manera oficiosa la funcionaria—. Si desea dejarlas aquí, podemos guardarlas por si alguien las reclama.

Le tendió la mano con impaciencia. Grace se quedó dudando. Era el momento: podía dejar las fotografías allí y zanjar el tema. Pero estaba empezando a sentir una conexión con aquellas fotos, un sentimiento de propiedad. No podía abandonarlas en manos de alguien a quien le importaban un comino. Retiró la mano.

—Preferiría hablar con alguien más. Tal vez con el cónsul.

—Sir Meacham no está.

«Y tampoco la recibiría en caso de estar», dio a entender el tono de la recepcionista.

—¿Puedo pedir entonces una cita? —dijo, aun sabiendo, incluso antes de terminar la frase, que la propuesta sería rechazada.

—El cónsul es un hombre muy ocupado. No se implica en cuestiones de este tipo. Si prefiere no dejar aquí las fotos, puede facilitarme sus datos de contacto por si acaso alguien pregunta por ellas.

Grace cogió el lápiz que le ofrecía la recepcionista y apuntó la dirección y el teléfono de la pensión. Cuando llegó a la salida, fue casi como si hubiese oído el sonido de la bola de papel al caer en la papelera.

Bueno, aquello no había funcionado, pensó Grace, dirigiéndose a la puerta del consulado. Observó de nuevo el sobre de las fotografías en busca de más pistas. Y entonces miró el reloj del edificio de la acera de enfrente. Las nueve y media. Volvía a llegar

tarde al trabajo. A lo mejor haría bien contándole a Frankie lo sucedido y tal vez le diera una idea de cómo proceder.

Cuando iba a bajar la escalera de acceso a la calle, se cruzó con un hombre mayor, con bigote engominado y traje de raya diplomática, que entraba en el edificio.

—Disculpe —dijo Grace con un impulso—. ¿Es usted sir Meacham?

El hombre se quedó desconcertado, como si no supiera ni quién era.

—Así es —respondió finalmente, cambiando la expresión de la perplejidad al fastidio—. ¿Qué quiere usted?

—Si dispone de un momento, solo quería formularle un par de preguntas.

—Lo siento, pero no tengo tiempo. Llego tarde a una reunión. Si pide cita en el mostrador de recepción, estoy seguro de que el vicedónsul podrá...

No esperó a que terminara la frase.

—Es sobre Eleanor Trigg.

El hombre carraspeó y casi le da un ataque de tos. Era evidente que había oído hablar del asunto.

—Supongo que ha visto la noticia. Muy triste. ¿Era usted amiga suya?

—No exactamente. Pero tengo una cosa que era de ella.

El cónsul le indicó con un gesto que entrara en el edificio.

—Dispongo de dos minutos —dijo entrando al vestíbulo por delante de ella.

La recepcionista, al ver a Grace con el cónsul, abrió sorprendida los ojos de par en par. El cónsul la guio hasta un cuarto con acceso directo desde el vestíbulo, bien amueblado, con sillones de cuero marrón, mesitas de roble oscuro y cortinajes de terciopelo rojo con abrazaderas doradas. Un bar o un club, cerrado en aquel momento.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó sir Meacham, sin disimular su fastidio por la interrupción.

—Eleanor Trigg era ciudadana británica, ¿verdad?

—Así es. Anoche recibimos una llamada de la policía. Por su pasaporte supieron que era británica. Estamos intentando localizar a

su familia para que se haga cargo del cuerpo.

A Grace no le gustó en absoluto que hiciera aquel comentario en un tono tan frío e impersonal.

—¿La conocía?

—No, personalmente no. Pero había oído hablar de ella. Casualmente estuve destinado a Whitehall durante la guerra. Trabajaba para nuestro gobierno, en un puesto de oficina para una de las secciones del SOE, el Ejecutivo de Operaciones Especiales.

Grace no había oído hablar nunca sobre ese Ejecutivo de Operaciones Especiales y pensó que le gustaría preguntar al cónsul al respecto. Pero el hombre no paraba de mirar con impaciencia el reloj de péndulo del rincón. Se estaba quedando sin tiempo.

—Encontré unas fotos —dijo Grace, mostrándose expresamente vaga en lo referente a explicar el cómo. Las sacó del sobre y se las mostró al cónsul como si tuviera en la mano una baraja de cartas—. Esta mañana las traje al consulado porque creo que pertenecían a la señorita Trigg. ¿Sabe usted quiénes son estas mujeres?

El cónsul se puso unas gafas de lectura para examinar las fotografías. Luego apartó la vista.

—No las he visto nunca. A ninguna de ellas. A lo mejor eran amigas, incluso parientes, podría ser.

—Algunas llevan uniforme —señaló Grace.

El cónsul agitó la mano en un gesto desdeñoso.

—Lo más probable es que fueran miembros del FANY, del cuerpo femenino de enfermería. —Grace meneó la cabeza con preocupación. La firmeza de la mandíbula de aquellas chicas, su expresión seria, sugería algo más. El cónsul levantó la vista—. ¿Qué es lo que quiere exactamente de mí?

Grace titubeó. Se había desplazado hasta allí con la única intención de entregar las fotos. Pero ahora quería respuestas.

—Siento curiosidad por saber quiénes son estas chicas... y qué relación tenían con Eleanor Trigg.

—Pues no tengo ni idea —replicó con firmeza sir Meacham.

—Podría preguntar en Londres e intentar averiguarlo —sugirió Grace.

—No podría, de hecho —replicó con frialdad el cónsul—. Cuando clausuraron el SOE, todos los archivos fueron remitidos al Departamento de Guerra de su país, en Washington. Y estoy seguro —añadió— de que están precintados. —Se levantó—. Me temo que tendría que ir marchándome.

Grace se levantó también.

—¿Y qué estaba haciendo en Nueva York?

—No tengo ni la menor idea —respondió sir Meacham—. Como le he dicho, la señorita Trigg ya no tenía nada que ver con el gobierno británico. Su paradero era única y exclusivamente asunto suyo. Se trata de un tema privado. Y estoy seguro de que no es de su incumbencia.

—¿Y si no encuentran a nadie? —preguntó Grace—. Que se haga responsable del cuerpo de Eleanor, me refiero.

—Pues imagino que la ciudad le dará sepultura en una fosa común. El consulado no dispone de fondos para estas cosas.

«Una mujer que ha estado al servicio de su país, por mucho que fuera solo una secretaria, se merecería algo mejor», le habría gustado decir a Grace. Recogió las fotos y las guardó de nuevo en el sobre. El cónsul extendió la mano.

—Y ahora, si quiere entregarme las fotografías, estoy seguro de que podremos incorporarlas a sus efectos personales —dijo.

Grace se dispuso a entregárselas, obedeciendo casi como un acto reflejo. Pero no lo hizo.

—¿Cómo?

Sir Meacham enarcó las cejas, dos líneas blancas que sobresalieron por encima de sus gafas.

—¿Disculpe?

—Si no hay ningún pariente, cómo pretende incorporarlas.

El cónsul refunfuñó, dejando patente que no estaba acostumbrado a que cuestionaran sus palabras de aquella manera.

—Las conservaremos e investigaremos. —Grace sabía por su tono que no harían nada—. No son asunto suyo —dijo dispuesto a coger el sobre.

Grace dudó. En parte quería acabar con el asunto, entregarlas y marcharse. Pero tenía también la sensación de que no podía abandonarlas allí. De que tenía que hacer algo más.

—Pensándolo mejor —dijo sin alterarse—. Me quedaré con ellas.

Y se levantó para irse.

—La verdad es que no creo... —empezó a decir el cónsul—. Parecía usted tan ansiosa por devolverlas. Es por eso por lo que ha venido al consulado, ¿no? No quiero que sean una carga para usted.

—De verdad, no pasa nada. —Grace consiguió esbozar una sonrisa—. Las encontré yo y, por lo tanto, son mías.

—De hecho —replicó el cónsul en tono gélido—. Son de Eleanor.

Se miraron fijamente unos segundos, sin que ninguno de los dos apartara la vista. Hasta que Grace dio media vuelta y se marchó del consulado.

Una vez fuera, se paró una vez más a reflexionar sobre las fotografías. Al final no las había dejado y seguía sin tener idea de qué hacer con ellas. Pero ya lo pensaría más tarde. Ahora, lo más urgente era ir a trabajar.

Sin soltar las fotos, pisó la acera y se mezcló con la corriente de peatones que circulaba por la Tercera Avenida.

—¡Grace!

Oyó una voz masculina llamándola. Se detuvo, segura de haberse confundido. Allí no la conocía nadie. Durante un segundo se preguntó si sería sir Meacham, que había salido tras ella para insistir en que le entregara las fotos. Pero el acento era estadounidense, no inglés. Y volvió a oírlo, esta vez con más insistencia.

—¡Grace, espera!

Se giró hacia la voz y, al hacerlo, un hombre de negocios que caminaba a toda velocidad chocó contra ella y las fotos cayeron al suelo. Se agachó para recogerlas.

—No era mi intención asustarte. —La voz masculina le resultaba familiar—. Espera, deja que te ayude.

Grace levantó la vista, pasmada al ver al hombre que estaba segura de que no volvería a ver jamás en la vida. Mark.

Los recuerdos la asaltaron como un vendaval: el crujido de las sábanas blancas del hotel enredadas entre sus piernas, la

sensación de estar flotando por encima de la cama. Las manos de un hombre, que no eran las de Tom, sobre su cuerpo.

Pero allí estaba. Mark la ayudó a incorporarse y el tejido rasposo de la manga de su abrigo gris le rozó el brazo. Grace se quedó mirándolo. Daba la impresión de que sonreía con la totalidad de sus facciones y que sus ojos de color avellana estaban bailando. Por debajo del ala ancha de su sombrero asomaba un único rizo de cabello oscuro. Le dio un beso en la mejilla, como si fueran viejos amigos, y el aroma de su colonia la transportó de nuevo hacia aquella noche y hacia todos los lugares en los nunca tendría que haber estado.

Al recordar las fotografías, Grace corrió a recogerlas de la acera.

—Deja que te ayude —volvió a ofrecerse Mark.

¿No se sentiría también incómodo él después de haberse acostado con la esposa de su mejor amigo, ya fallecido?, se preguntó Grace, apartándolo con un gesto.

—Ya me las arreglo yo —dijo.

No quería que viese a las chicas y empezase a formular preguntas, pero Mark echó a correr hacia la cuneta y se hizo hábilmente con una de las fotografías antes de que se escurriera por la alcantarilla.

Grace se enderezó cuando consiguió reunir todas las fotos.

—¿Qué haces aquí? —le espetó, consciente de que tenía las mejillas encendidas.

La otra noche le había dicho que se iba de la ciudad. Pero seguía allí.

—Ha habido un retraso en los negocios —dijo, sin dar más explicaciones.

Se quedaron el uno frente al otro durante unos incómodos segundos, ella con la mirada clavada en el punto donde el cuello de su abrigo entraba en contacto con su piel recién afeitada. No había nada más que decir.

—Tengo que irme.

Se alejó un paso de él, un movimiento más difícil de lo que se había imaginado.

—Espera. —Le tocó el brazo y el leve contacto le recordó excesivamente a Grace la noche que habían compartido—. Confiaba en poder hacer planes para volver a vernos. Pero cuando me desperté...

—¡Calla! —dijo ella, regañándolo y mirando por encima del hombro. Lo que había pasado ya era malo de por sí como para que además todo el mundo se enterara.

—Perdón. Bueno, el hecho es que ya que hemos tropezado el uno con el otro, ¿podríamos volver a vernos?

Terminó la frase con una entonación que la convertía en una pregunta.

«¿Para qué? —se preguntó Grace—. ¿Para pasar otra noche juntos?». Era evidente que no podía haber nada más entre ellos.

—No creo que pueda...

—Permíteme al menos que te invite a desayunar —siguió presionando él.

—Tengo que ir a trabajar —replicó, y guardó el sobre en el bolso.

—¿Trabajas?

La nota de sorpresa en su voz no hizo más que incrementar su enfado. ¿Por qué no tendría que trabajar? No era algo tan excepcional, aunque con los hombres volviendo de Europa muchas mujeres habían dejado de trabajar, bien por decisión propia, bien porque se habían visto obligadas a dejar su trabajo. Pero se dio cuenta de que Mark no había dicho aquello porque la infravalorara. Sino más bien porque durante la noche que habían pasado juntos, apenas habían hablado de ellos. Lo cual era un consuelo; habían hablado sobre la guerra, sobre Tom. Todo lo relacionado con su persona y las realidades de su mundo se habían mantenido aparte y a buen recaudo. Mark no la conocía en absoluto.

Y así seguiría siendo.

—Trabajo —confirmó—. Y llego tarde. Pero gracias de todos modos por tu ofrecimiento.

—¿Un café, entonces? —insistió él.

—De verdad que no puedo —dijo ella intentando alejarse.

—¡Gracie! —gritó Mark.

Grace se giró.

—¿No has oído que he dicho que no?

Pero era porque tenía algo en la mano, una de las fotografías que había quedado olvidada en el suelo.

—Se te ha caído esto. Una chica muy guapa —comentó Mark mirando la fotografía.

—Lo siento. Ha sido muy grosero por mi parte —dijo Grace suavizando el tono.

Cogió la fotografía y la guardó.

—Sí que lo ha sido —coincidió Mark, y los dos se echaron a reír—. ¿De verdad que no tienes tiempo ni para un café? —preguntó con expresión suplicante.

Un café no le iría nada mal, pensó Grace. Y Mark no había sido otra cosa que amable con ella. Pero la reunión con el cónsul la había retrasado. Pensó en hasta qué punto se enfadaría Frankie, y decidió que podía alargarlo un poquitín más.

—Dispongo de quince minutos —dijo.

Mark sonrió de oreja a oreja.

—Lo acepto, si no me concedes más tiempo.

Entraron en Woolworths, en la manzana siguiente. Encontraron dos sitios al final de la barra de formica.

—Aquí mismo, ni siquiera es necesario sentarnos en una mesa de verdad —dijo Mark bromeando.

Grace le hizo caso omiso y se encaramó a un taburete. En la pared de detrás de la barra, vistosos carteles los animaban a beber Coca-Cola y fumar cigarrillos Chesterfield.

—Dos cafés, por favor —le dijo Mark a la camarera. Se dirigió entonces a Grace—. ¿Quieres comer algo? —Grace respondió con un gesto negativo. Aunque podría haber aprovechado para desayunar, no quería prolongar su estancia allí—. ¿Cuánto tiempo llevas en Nueva York? —preguntó Mark en cuanto les hubieran servido dos tazas de café humeante.

—Casi un año.

Grace intuía que el aniversario se acercaba por la similitud del tiempo que hacía aquel día.

—Desde que murió Tom —dedujo él.

Grace intentó darle un sorbo al café, pero el líquido ardiente le escaldó los labios y dejó la taza.

—Más o menos. Vine aquí para pasar con él el fin de semana y entonces recibí la noticia.

—¿Y te quedaste?

Grace asintió.

—También más o menos.

Técnicamente no había sido así: había regresado a Boston para el funeral y luego a casa de su familia en Westport. Pero las miradas de preocupación le habían resultado asfixiantes y los murmullos de compasión le provocaban ansias de gritar. Menos de una semana después, se marchó a los Hamptons con la intención de pasar una temporada en casa de Marcia.

—Has dicho que te has tenido que quedar en Nueva York por un retraso en tu trabajo, ¿no? —preguntó entonces, intentando cambiar de tema.

—Sí, soy abogado. La audiencia que empezamos continúa y he tenido que prolongar mi estancia en The James.

Grace se ruborizó al recordar la elegante *suite*.

—Y esas fotografías... —continuó Mark, antes de que ella pudiera preguntarle sobre el tipo de abogado que era y en qué consistía su trabajo. Mark señaló el bolso, donde había guardado el sobre una vez más—. ¿Tienen que ver con tu trabajo?

Grace dudó unos instantes. Se moría de ganas de hablar con alguien sobre las fotografías, de recibir ayuda para comprender cómo proceder. Y los ojos de color avellana de Mark, la curiosidad y la preocupación que reflejaba su cara, le hizo sentir que podía confiar en él. Respiró hondo.

—¿Te enteraste de que ayer atropellaron a una mujer delante de Grand Central? —dijo sin levantar la voz.

Mark hizo un gesto afirmativo.

—Lo acabo de leer en el periódico.

—Pues resulta que lo vi.

—¿Viste el atropello?

—No exactamente. Pero llegué allí justo después, a la vez que la policía y la ambulancia.

—Debió de ser espantoso.

—Lo fue. Pero hay más. —Grace empezó a contarle a Mark que había decidido cruzar por Grand Central y había encontrado

casualmente la maleta. Mark apoyó el codo en la barra y la mano en la barbilla, escuchándola con interés—. Y cuando buscaba en su interior algún tipo de identificación, me encontré con esto —añadió, intentando que el hecho de haber fisgoneado en la maleta tuviera algún propósito. Sacó las fotos del sobre y se las enseñó—. Quise devolverlas, pero la maleta ya no estaba. Y entonces descubrí que la propietaria era la mujer que había muerto atropellada. Era inglesa. Al principio simplemente quería encontrar la manera de devolver las fotografías a su propietaria. Por eso he ido al consulado británico.

—Pero veo que no has dejado las fotos en el consulado. ¿Por qué?

Grace titubeó.

—No lo sé. Quería asegurarme de que caían en buenas manos, supongo. Pero he hablado con el cónsul. No sabía quiénes eran las chicas, pero sí me ha comentado que Eleanor trabajó para el gobierno británico durante la guerra. En una organización llamada Ejecutivo de Operaciones Especiales.

—He oído hablar del tema. El SOE, creo que se llama.

—Eso ha dicho, sí.

—Era una agencia británica que estuvo enviado agentes a Europa durante la guerra para llevar a cabo misiones secretas, sabotajes y cosas de ese estilo. ¿Y qué trabajo desarrollaba Eleanor para el SOE?

—Alguna tarea administrativa, según el cónsul. La verdad es que no sabía más del tema, excepto que los archivos de la agencia fueron enviados al Departamento de Guerra de Washington acabada la guerra. Pero nada de esto sirve para decirme quiénes son esas chicas... ni me acerca a poder devolver las fotografías.

—¿Y ahora qué piensas hacer? —preguntó Mark.

—No lo sé —confesó Grace—. A lo mejor publicar un anuncio en el *Times*. —Como si tuviera dinero para hacerlo. Había visto que era lo que hizo Frankie cuando una de sus clientas buscaba a su esposo, de quien se había visto separada durante la guerra—. Pero ahora tengo que ir a trabajar. Llego tardísimo. Y seguro que tú también tienes cosas que hacer.

—Tengo que estar de vuelta en Washington esta tarde —reconoció Mark dejando unas monedas en la barra y siguiéndola

hacia la puerta de la cafetería—. Mi caso ya se ha cerrado.

—Oh —dijo ella con una inesperada sensación de decepción.

Una vez fuera, se quedaron los dos unos segundos sin decir nada, como si no estuvieran preparados para separarse.

—Has mencionado que el cónsul te ha dicho que los archivos están en el Departamento de Guerra —dijo de repente Mark—. Creo que tengo un contacto que trabaja allí. Podría investigar un poco, si quieres.

—No —dijo Grace en tono cortante—. Gracias, de todos modos. Es muy amable por tu parte. Pero es mi problema y creo que ya te he robado bastante tiempo.

—O —continuó él con una sonrisa—, también podrías venir tú e investigar personalmente.

—¿Yo? —Grace se quedó mirándolo sorprendida. Estar sola en Nueva York después de haber perdido a Tom había sido una auténtica aventura. Pero viajar hasta Washington le parecía ridículo—. No puedo.

—¿Por qué no? —dijo él desafiándola—. En el consulado te has encontrado con un callejón sin salida. Aquí ya no puedes averiguar nada más. Y, por lo tanto, tendrás que quedarte con las fotos. ¿Por qué no probar y ver qué somos capaces de descubrir?

«Somos». Grace se sintió abochornada.

—¿Por qué lo haces?

—Quizás porque a mí también me ha picado la curiosidad. O quizás porque no estoy preparado para decirte adiós para siempre —le espetó.

Grace se quedó sorprendida. Las veces que había visto anteriormente a Mark, siempre le había resultado una persona agradable, sobre todo porque era amigo de Tom y eso ya era suficiente. Y eso, junto con la soledad y una cantidad generosa de alcohol, la había empujado a acostarse con él la otra noche. Pero ahora estaba sugiriendo que para él había sido algo más que lo que ella pretendía que fuera.

Grace apartó la mano.

—No me conoces tan bien como crees.

—Pues eso es, precisamente, lo que me gustaría poder cambiar. Vamos, un solo día en Washington. ¿Quieres saber más

cosas sobre Eleanor y las chicas o no?

—Sí, claro que quiero.

Sus ojos, intensos y lisonjeros, se clavaron en los de ella. Grace deseaba alejarse de él, de las chicas, de todo aquello. Pero incluso más que eso, deseaba saber.

—¿Cuándo?

—Hoy.

—Tengo trabajo.

—Pues entonces mañana. Tómate un día libre, o ponte enferma. Será solo un día. ¿Y qué es eso a cambio de todas las respuestas que quieres? —Sin esperar a que contestara, siguió hablando—: Mira, soluciona el tema hoy mismo con tu jefe. Yo tengo que volver en el tren de las dos, pero hay un tren mañana a primera hora, a las siete. Coge ese. Estaré esperándote en el andén en Union Station y espero que estés allí. —Se llevó la mano al sombrero a modo de saludo—. Hasta mañana.

Habló como si ella hubiera accedido, como si el reencuentro con él fuera ya cosa hecha.

Las dudas de Grace aumentaron al verlo marcharse. No tendría que importarle tanto que se fuera. De hecho, tendría que alegrarse porque así dejaba atrás el error que había cometido la otra noche y podía seguir con su vida normal. Volver a verlo sería un error y encontrarse con él en Washington un error todavía más grande.

Razón por la cual tenía que decir que sí.

Once

Marie

Francia, 1944

El silencio previo al amanecer quedó interrumpido por un sonido de alguien o algo que rascaba fuera del cobertizo. Marie se sentó, aterrorizada y exhausta. Había pasado la noche sin tumbarse del todo, recostada en la tosca pared de madera. Le dolían los huesos del suelo frío y duro, y el trasero de su vestido estaba mojado, pues la humedad de la tierra había traspasado el tejido.

Se oyó otra vez el ruido, un sonido que le recordó el crujido que hacía aquel ciervo que aparecía por el jardín cada verano que su madre y ella, siendo una niña, pasaron en Concarneau. Pero aquello no era un ciervo; los pasos eran más pesados y el sonido era el de las ramitas que iban aplastando. Marie se levantó, imaginándose un alemán al otro lado de la puerta. Intentó recordar lo que le habían contado durante su formación sobre lo que debía hacer en estos casos. Le picaba todo.

Pero entonces percibió el sonido de una llave al introducirse en la cerradura y la puerta se abrió acto seguido. Era el hombre alto y furioso que la había dejado allí por la noche. Marie se alisó la falda, incómoda al ser consciente de cómo apestaba el cobertizo después de que hubiera intentado utilizar discretamente un rincón para hacer sus necesidades. No era su intención, pero con la puerta cerrada a cal y canto y sin servicios, no le había quedado más remedio.

El hombre no dijo nada, sino que le indicó con un gesto que lo siguiera. Marie obedeció, recogiendo en un moño su cabello teñido de color rubio apagado mientras salía del cobertizo. Tenía la boca seca y el estómago le rugía de hambre. En el exterior, el cielo

lucía un tono rosáceo en el horizonte y el ambiente era húmedo. Debían de haber transcurrido muy pocas horas desde que aquel hombre la encerrara en el cobertizo y se fuera. Pero el tiempo de espera y preocupación por si al final volvía a por ella y sobre lo qué haría en caso de que no lo hiciera, se le había hecho interminable.

El cobertizo estaba en el fondo de un barranco, escondido entre los chopos.

—¿Te has apañado bien? —le preguntó el hombre en inglés mientras trepaban colina arriba, con un tono de voz tan bajo que Marie apenas alcanzó a oírlo.

—Sí. Aunque no gracias a ti —añadió, demasiado fuerte, explotando con todo el enfado que llevaba acumulado.

El hombre se giró.

—¡Sin gritar! —le ordenó, con voz grave y seria, agarrándola con tanta fuerza por la muñeca que a Marie le dolió.

—¡No me toques!

Marie intentó zafarse, pero la tenía apresada con mano de hierro. El hombre estaba furioso.

—No pienso permitir que me arresten porque tú no sepas mantener la boca cerrada.

Se quedaron unos segundos mirándose, sin hablar.

El hombre echó a andar de nuevo, guiándola por un bosque en una dirección que parecía distinta al recorrido que habían seguido por la noche, aunque Marie tampoco podría afirmarlo con rotundidad. Mientras caminaban, estudió a su acompañante mirándolo por el rabillo del ojo. Llevaba el pelo muy corto y tenía la mandíbula cuadrada. A pesar de llevar los pantalones y la camisa típicos de un campesino francés, su postura erguida y su forma de andar sugerían que era un militar, o que lo había sido en su día.

Los árboles se abrieron para dar paso a un claro y a lo lejos apareció una pequeña estación de tren, poco mayor que la cabaña donde se había visto obligada a pasar la noche. El hombre miró en ambas direcciones, una mirada experta, de quien lleva mucho tiempo procurando no ser visto ni seguido. La cogió de nuevo por el brazo. Marie lo retiró con brusquedad.

—No vuelvas a tocarme.

Las manos indeseadas de los desconocidos siempre la transportaban a su infancia, cuando el doloroso agarrón de su padre iba irremediabilmente seguido de un bofetón o un golpe.

Esperó otra reprimenda del mensajero. Pero el hombre se limitó a responder con un leve gesto de asentimiento.

—En ese caso, no te separes de mí. —Cruzó el claro para llegar a la parte posterior del edificio de la estación, donde había aparcada una bicicleta—. Sube —dijo señalándole el tubo superior del cuadro.

Marie dudó unos instantes. El sol asomaba ya por encima de los árboles. Pedalear a la luz del día por la campiña francesa le parecía una tontería que a buen seguro llamaría la atención. Pero negarse a hacerlo significaría enfadar aún más al hombre, y en aquel país de momento no conocía otra cosa que no fuera él y aquel penoso cobertizo. El hombre estabilizó la bicicleta para que ella pudiera montarse y a continuación se instaló en el sillín, rodeándola con sus potentes antebrazos para poder alcanzar el manillar. Marie se removió, incómoda por sentirse tan cerca de un hombre al que no conocía y que empezó a pedalear y a avanzar por un estrecho e irregular camino de tierra.

Llegaron al final del claro y el camino dio paso a un sendero forestal flanqueado a ambos lados por un murete de piedra. Por debajo de ellos se extendía un valle, un manto de exuberante verde y de campos de cultivo perfectamente demarcados, salpicados por casitas de tejado rojo y algún que otro *château*. El aroma de la *chevreuille* húmeda impregnaba el ambiente. Estaban en la región de la Île-de-France, imaginó Marie al ver las suaves colinas y pensar en la ruta que había seguido el Lysander la noche anterior, en algún punto al noroeste de París, en el corazón del territorio ocupado por los nazis.

Pasaron por delante de una granja, donde una chica estaba tendiendo la ropa. Marie se encogió de miedo. Hasta aquel momento, la oscuridad la había protegido, pero ahora estaban a la vista de todo el mundo. Pensó que algún detalle acabaría delatándola. Sin embargo, la chica se limitó a sonreír, tomándolos por una pareja que había salido a dar un paseo matutino en bicicleta.

Unos minutos más tarde, el hombre se desvió del camino principal tan bruscamente que Marie estuvo a punto de caer de la bicicleta. Se agarró con fuerza al manillar hasta que el hombre se paró delante de un *château*.

—¿Qué hacemos aquí? —se aventuró a preguntar.

—Es una de nuestras guaridas —respondió el hombre. Marie se sorprendió al ver aquella mansión señorial con tejado de pendiente pronunciada y ventanas en la buhardilla. Se esperaba cuevas y bosques, o como mucho un cobertizo como en el que había pasado la noche—. La casa está abandonada. Y los alemanes se habrían hecho con ella de no ser por esto —prosiguió, señalando un objeto atrapado entre dos de los adoquines del suelo que tenía delante. Artillería, reconoció Marie gracias a la formación que había recibido. Una bomba lanzada por los alemanes antes de la ocupación que no había detonado—. Hay media docena más repartidas por el jardín.

En el interior, la mansión estaba intacta, con tejidos lujosos y porcelana en perfecto estado, con el mobiliario sin cubrir. En el comedor, a la izquierda, Marie vio que estaba puesta la mesa, como si se esperara la llegada de invitados en cualquier momento. Quienquiera que viviese allí, se había ido precipitadamente, pensó, recordando *l'exode*, la huida de millones de ciudadanos del norte de Francia que se había producido cuatro años atrás ante el avance del ejército alemán. La fina capa de polvo que lo bañaba todo era la única indicación de que la casa estaba vacía.

Se oyó un sonido en la planta de arriba, el débil tintineo de una risa. El hombre subió los peldaños de la amplia escalera de dos en dos, sin esperarla, y Marie se apresuró a seguirlo. Él abrió la puerta que daba acceso a lo que en su día fuera un despacho. Un puñado de muchachos de su edad estaba reunido en torno a una mesa de madera de roble dispuesta como mesa de comedor. Los cortinajes tupidos estaban cerrados y había varias velas encendidas. Las estanterías, que llegaban hasta el techo, estaban abarrotadas de libros.

En un sillón, junto a la ventana, estaba Will, el piloto que la había transportado hasta allí la noche anterior. Se sorprendió al verlo y se preguntó qué le habría impedido abandonar Francia después de que el Lysander consiguiera despegar. Era la única cara

conocida en toda la estancia y se acercó a él. Pero cuando llegó a su lado se dio cuenta de que estaba dormitando, con los ojos cerrados.

Se quedó en un extremo de la habitación, dubitativa. El grupo debía de cobijarse en la planta superior de la mansión abandonada para pasar desapercibido. Aunque todos reían y bromeaban como si estuvieran en una cafetería de París. En el ambiente flotaba el cálido y delicioso aroma a café y huevos. Al recordar el cobertizo frío y oscuro donde había pasado varias horas, Marie se puso rabiosa. Lanzó una mirada furibunda al mensajero, que estaba en aquel momento junto a la ventana, en el lado opuesto del cuarto. Podría haberla llevado hasta allí la noche anterior. Pero no lo había hecho. Tal vez fuera también una especie de prueba.

Uno de los chicos se percató entonces de su presencia.

—Ven, acércate —dijo con un acento que reconoció como galés. Llevaba un bigote tupido, poco adecuado para hacerse pasar por francés—. No esperes invitación. Coge un poco de beicon antes de que vuele. —Marie pensó que había oído mal. En Gran Bretaña no había beicon desde antes de la guerra. Pero allí sí lo había, grueso y crujiente en una bandeja casi vacía, llamándola a gritos. El chico le ofreció la bandeja—. Adelante. Esto no se come todos los días. Uno de los muchachos ha conseguido un buen trozo en el mercado negro, cerca de Chartres, y se tiene que acabar. No tenemos donde guardarlo y no podemos correr el riesgo de llevarlo encima.

Marie se acercó. En la mesa había una curiosa combinación de comida que no habría casado en absoluto en otras circunstancias: judías estofadas («Demasiado inglés», habría criticado Eleanor) y un poco de pan, queso y fruta.

Le rugía el estómago, recordándole que no había comido nada desde el día anterior. Cogió el beicon que el chico le ofrecía. Buscó con la mirada un tenedor y, al no encontrarlo, se metió el trozo entero en la boca con toda la pulcritud que le fue posible.

El chico del bigote le sirvió café.

—Me llamo Albert —dijo, tendiéndole la mano.

Y ella se la estrechó, sin preocuparle tener los dedos llenos de grasa.

Pero Albert le cogió la mano y le estampó un beso. Marie se ruborizó.

—*Bonjour* —dijo, preguntándose si el chico estaría flirteando con ella y sin saber muy bien cómo responder a aquello—. *Enchanté*.

El chico enarcó las cejas y Marie se preguntó si habría hecho algo incorrecto.

—Tienes un acento perfecto. ¿Eres francesa?

—A medias, por parte de madre —dijo Marie—. Me crie en Inglaterra, pero de pequeña pasaba siempre los veranos en Bretaña.

—Eso nos será muy útil. La mayoría hablamos un francés espantoso.

—Habla por ti —dijo en tono burlón el chico pelirrojo sentado al lado de Albert, que no se había presentado.

—¿Vas a ser mensajera, entonces? —preguntó Albert, ignorando a su compañero.

—*Non!* —exclamó Marie, alarmada. La idea de trabajar como mensajera por la campaña francesa, arriesgándose continuamente a ser arrestada, la inquietó—. Operadora de radio.

—Ah, pianista. —El término sonaba extraño. Pero entonces recordó que en una ocasión, durante la formación, alguien se había referido al aparato de telegrafía sin hilos como «el piano»—. Aunque con tu dominio del idioma, tenerte encerrada es una verdadera lástima —se lamentó—. Supongo, de todos modos, que Vesper sabe lo que se hace.

—Hablando de Vesper, estaba preguntándome si podríais indicarme dónde está —dijo Marie. Albert levantó de nuevo las cejas—. Me gustaría hablar con él sobre el mensajero que vino a recibirme anoche y me ha traído hasta aquí esta mañana —añadió sin levantar la voz para que el mensajero en cuestión no pudiera oírla.

—¿Mensajero? —Albert echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada tan potente que la conversación alrededor de la mesa cesó de repente—. ¿Mensajero? —Ladeó la cabeza en dirección al hombre que seguía junto a la ventana—. ¡Oh, cariño, si ese es Vesper!

Los demás se sumaron a las risas al comprender el error. El hombre que la había dejado en el cobertizo y la había conducido luego hasta allí no era un simple mensajero, al parecer, sino Vesper, el legendario líder del círculo del que le había hablado Eleanor. Marie miró entonces al mensajero, que ahora sabía que era Vesper, segura de que se había enterado de toda la conversación. Turbada por la metedura de pata, supo que estaba colorada como un tomate. ¿Pero cómo iba a saberlo si no se lo había dicho?

—¡Silencio! —dijo de pronto Vesper, levantando una mano.

Las risas habían cesado y Marie escuchó un sonido agudo e intenso en el exterior del *château*. Sirenas. Los agentes cruzaron miradas y sus expresiones se volvieron de sombría preocupación. Solo Albert parecía tranquilo y agitó la mano con desdén.

—Cuando Kriegler y sus compinches vengan a por nosotros —dijo manteniendo la calma—, no anunciarán su presencia con sirenas.

Algunos de los chicos, aunque inquietos, rieron ante la ocurrencia.

Las sirenas aumentaron de volumen. Pasó un segundo, luego otro. Y, finalmente, cuando el coche de policía pasó de largo el *château* persiguiendo a otra presa, empezaron a apaciguarse.

—He oído que hubo un arresto en Picardía —dijo uno de los hombres cuando las sirenas se perdieron a lo lejos—. Dos agentes sorprendidos en su guarida.

Marie se estremeció. Picardía era una región del norte, no muy lejos de donde estaban. Se preguntó si el arresto habría tenido lugar en una casa tan espléndida como aquella, y si los agentes también estarían riendo y disfrutando de su mutua compañía antes de que se produjera.

Albert agitó la mano restándole importancia.

—No hables de esas cosas.

Lo dijo como si la mala suerte fuera contagiosa y se les pudiera pegar. Pero el otro chico insistió.

—Debieron de bajar la guardia.

Hubo gestos de asentimiento, deseosos todos de diferenciarse y distanciarse de aquellos a quienes les había caído encima la desgracia.

—No estés tan seguro —dijo Vesper hablando secamente. Marie confiaba en que disipara el rumor del arresto, pero no lo hizo. Tenía la frente arrugada por la preocupación, su expresión era seria—. Eran algunos de los mejores agentes que teníamos. —Por el tono de su voz, Marie adivinó que la pérdida había sido algo personal y muy duro para él—. Son cosas que pueden pasarle a cualquiera de nosotros y en cualquier momento. Jamás bajéis la guardia.

Vesper se giró y los demás se sentaron de nuevo a la mesa, callados y serios. Uno de los chicos encendió un pitillo y el olor a quemado, que parecía de mal agüero, llenó el espacio.

De pronto se oyó ruido en la puerta. Albert se levantó de un brinco y la mano de Vesper, que seguía en el otro extremo de la estancia, se deslizó instintivamente hacia la cintura, como si fuera a coger un arma. Marie se quedó paralizada, recordando la advertencia que acababa de hacerles de que el arresto podía llegar en cualquier momento.

Se abrió la puerta y entró una chica, elegantemente vestida y con una Sten bajo el brazo como si fuera un bolso. Era Josie.

El corazón de Marie dio un brinco al ver a su amiga. No esperaba volver a verla nunca más, pero jamás se había imaginado que volvería a coincidir con ella tan pronto. Marie se levantó, conteniéndose al recordar que no podía gritar.

—¡Caray, chica, vaya susto nos has dado! —exclamó Albert—. No te esperábamos hasta dentro de dos días.

—Nos llegó el rumor de que el campo de instrucción de los maquis en el bosque corría peligro —dijo Josie—. Ya no era seguro. Hemos tenido que dispersarnos.

Marie corrió hacia Josie, que había empezado a desmontar el arma sobre una mesita baja que había al lado de la puerta. Olía débilmente a pólvora y Marie se preguntó por qué habría tenido que utilizar el arma.

—Josie.

—Hola —dijo Josie, que levantó la vista y le sonrió con cariño. Le dio un beso a Marie en la mejilla—. Me alegro de que hayas llegado sana y salva —dijo. Arrugó la nariz—. Allí hay un baño, por si quieres refrescarte. —Marie se sintió incómoda y se puso a la

defensiva. Sabía que estaba horrible. ¿Cómo podía estar después de haber pasado la noche en aquel cobertizo apestoso? Pero Josie llevaba más tiempo en el campo e iba bien peinada y con un vestido perfectamente planchado. Llevaba unos zapatos con talón descubierto sin rastro de suciedad o desgaste. Incluso sus uñas eran un óvalo perfecto de color rosa—. Tendrás que arreglarte antes de salir —añadió Josie.

¿Dónde tendría que ir?, se preguntó Marie.

En el cuarto de baño, Marie se arregló el pelo como buenamente pudo y se lavó la cara, viendo con descontento que aquel jabón fuerte de alcanfor le dejaba las mejillas coloradas como un tomate. El viaje y la noche en la cabaña le habían dejado la piel apagada y estaba ojerosa.

Cuando salió del baño, Josie ya había acabado de desmontar el arma y estaba limpiando hábilmente las piezas con un paño blanco. Marie estudió a su amiga.

—¿Estás bien?

—Nunca había estado mejor. —Josie estaba tonificada. Sus mejillas tenían un sano color sonrosado y le brillaban los ojos—. He estado viajando por el campo, armando a los partisanos y enseñándoles a utilizar nuestras armas.

—¿Entonces no estás con la radio?

Josie se desenvolvía estupendamente en las clases de transmisión de Arisaig House y Marie pensó que era una lástima no tenerla trabajando con la radio. Aunque también era buena en todo lo demás. Marie imaginó que su amiga debía de ser un activo muy valioso en el círculo y sus deficiencias le parecían mayores en comparación.

—A veces —respondió Josie—. Pero fuera todo es más fluido. Tenemos que hacer lo que se necesite en cada momento.

Josie parecía mayor que cuando Marie se despidió de ella, más confiada y segura de sí misma que nunca. Aquel trabajo le sentaba a las mil maravillas. Marie no estaba tan segura de que fuera a sucederle lo mismo a ella.

—He visto en la agenda que tienes turno martes y jueves —dijo Josie refiriéndose a los días en que Marie se encargaría de transmitir y enviar mensajes a Londres.

Marie se imaginó a Eleanor esperando recibirlos y confió en que supiera teclearlos de forma adecuada y clara. Se preguntó qué se le pediría transmitir.

—¿Trasmitiré desde aquí?

Josie hizo un gesto negativo.

—Transmitirás desde donde estés. Tendrás que preguntárselo a Vesper. —La mirada de Marie recorrió la estancia hasta el lugar donde seguía Vesper y lo estudió con detalle. Era algunos años mayor que el resto, calculó, con pómulos marcados y ojos azul cobalto. Habría quien lo calificaría de guapo, incluida ella, de no ser porque no le había gustado nada de entrada—. Controla todo lo relativo al operativo de París y la parte norte de Francia, decenas y decenas de agentes, y calculo también que un centenar de contactos locales.

Marie se quedó perpleja. En la formación les habían contado que el trabajo en Francia funcionaba con pequeños grupos de agentes, normalmente tríos, un líder del círculo, un operador de radio y un mensajero. Actuaban por separado para que en el caso de que alguien se viera en una situación comprometida, no afectara al resto. Pero aquí Vesper estaba al cargo de todo. ¿Era realmente seguro que un solo hombre supiera tanto?

Las voces alrededor de la mesa subieron de volumen. Vesper estaba inclinado sobre un mapa con Albert y Will, que se había despertado con la llegada de Josie. Al parecer, los hombres estaban en desacuerdo y estaban subiendo la voz.

—Son primos —dijo Josie, ladeando la cabeza en dirección a Vesper y Will. A Marie le sorprendió que tuvieran un aspecto y una manera de actuar tan distinta. El estilo temerario y despreocupado de Will y su conducta amable contrastaban terriblemente con la seriedad de su primo—. Jamás lo habrías imaginado, lo sé. Y a ese vigílalo —añadió señalando a Will—. Agradable de mirar y un mujeriego, seguro. Tiene chicas por todas partes, dicen, incluso en un burdel en París.

—¡Josie! —exclamó Marie, llevándose la mano a la boca, sorprendida.

Su amiga se encogió de hombros.

—Son meses largos y solitarios sobre el terreno y siempre acaban pasando cosas. Tú límitate a mantener la cabeza en su sitio y no te permitas distracciones.

—Creía que Will había vuelto a Inglaterra.

Josie hizo un gesto negativo.

—Se ve que tuvo problemas mecánicos después del despegue. Se vio obligado a tomar tierra en otro de nuestros campos de aterrizaje. Y hemos tenido que remolcar el aeroplano a uno de nuestros cobertizos para poder repararlo.

Marie se estremeció, agradecida de haber aterrizado sana y salva antes de que el avión se averiara.

La conversación entre los hombres de la mesa siguió subiendo de volumen.

—Tenemos que encontrar otro refugio cerca de Mantes-la-Jolie —dijo Vesper.

Will negó con la cabeza.

—Es demasiado, y demasiado pronto. Después de estos arrestos, no podemos tentar la suerte con los locales. Habrá que cerrar filas y pasar desapercibidos durante un tiempo.

—¡Imposible! —Vesper estaba furioso—. Tenemos órdenes de volar el puente este mes. Tenemos que estar preparados.

—En ese caso, alerta al menos a los locales de lo que va a pasar, para que puedan poner a sus familias en lugar seguro —le presionó Will.

—¿Y correr el riesgo de que se filtren detalles de la operación? —contraatacó Vesper.

Marie se giró hacia Josie.

—¿De qué discuten?

Josie se encogió de hombros.

—Esos dos están siempre así. Mejor no meterse.

Pero Marie se aproximó a ellos, superada por la curiosidad.

—¿Qué pasa? —preguntó sorprendida por su audacia.

Vesper se quedó mirándola, enfadado.

—Nada de preguntas. Cuanto menos sepas, mejor para ti... y para todos.

Pero Will sí respondió.

—Estamos construyendo una red de pisos francos, refugios y buzones entre este punto y Mantes-la-Jolie. Tenemos una operación peligrosa en marcha y los agentes que la llevarán a cabo necesitan lugares donde esconderse en su huida. Pero los locales se muestran cada vez más recelosos a brindarnos su ayuda. En otro pueblo, en Neuilly-sur-Seine, ha habido represiones en masa por ayudar a los partisanos. Siguiendo las órdenes de Kriegler, el líder de la SD alemana, fusilaron a los hombres y encerraron a las mujeres y a los niños en una iglesia a la que luego prendieron fuego. —Marie sofocó un grito—. Mataron a todos los habitantes del pueblo.

—Por eso voy a salir en busca de nuevas localizaciones —le explicó Vesper—. Hay más probabilidades de que los locales nos hagan caso si hablo yo directamente con ellos.

—Pero tu francés... —dijo Albert chasqueando la lengua—. No puedes ir solo.

—Puedo ir contigo —sugirió Marie, arrepintiéndose al instante de su ofrecimiento.

Vesper se quedó sorprendido ante la oferta. Y puso mala cara.

—¡Imposible! —le soltó—. Acabas de llegar. Tienes cero experiencia real. Es demasiado peligroso.

—Su francés es brillante... y el tuyo inexistente —añadió Albert, regañándolo.

Marie se preguntó cómo era posible que el líder del círculo operara en Francia sin hablar el idioma. Vesper no respondió, pero se quedó mirándola, reflexionando. ¿Prefería viajar solo o simplemente no quería ir con ella? Fuera como fuese, era evidente que le diría que no, pensó Marie, con una mezcla de decepción y alivio.

—Solo hasta Mantes-la-Jolie —aceptó finalmente, y Marie se fijó en la cara de sorpresa de todos los reunidos al ver que Vesper había accedido—. Ven.

Vesper la guio hacia la puerta y Marie miró por encima del hombro a Josie. El reencuentro había sido muy breve y a saber cuándo volverían a verse. Deseaba echar a correr hacia ella, despedirse y escuchar las palabras de sabiduría o consejo que pudiera darle. Pero Josie se limitó a levantar la mano para decirle

adiós y Marie comprendió que no le quedaba otra alternativa que irse. Bajó corriendo las escaleras y cruzó la puerta de la mansión para atrapar a Vesper, ralentizando el paso solo cuando pasó por delante de las bombas sin explotar del jardín. Vesper no cogió la bicicleta que habían utilizado antes, sino que echó a andar para atravesar el campo de cultivo que había delante de la casa. Ninguno de los dos dijo nada. Vesper andaba con grandes zancadas y Marie tenía que acelerar para seguirle el ritmo. Notaba la piel desagradablemente húmeda bajo el vestido.

Siguieron caminando un buen rato, sin cruzar palabra. A lo lejos, las campanas de una iglesia dieron las diez.

—Vas lenta —dijo Vesper en tono acusador un instante después, en el momento en que el campo daba paso a un camino forestal.

—¿Y qué esperabas? —replicó ella, con la rabia y el miedo de los últimos días ardiendo en su interior—. Me dejas sola en un cobertizo, helada toda la noche, sin comida ni agua. Estoy agotada.

—Pues yo llevo dos semanas sin dormir una noche entera —dijo él—. Este trabajo es así, siempre en movimiento. Pero tendrás descanso y comida en cuanto te hayamos instalado con tu radio. Me ha sorprendido que quisieras acompañar a un simple mensajero —añadió, cambiando de tema.

Marie se ruborizó.

—No tenía ni idea de que había conocido al famoso Vesper —replicó, intentando restarle importancia a su anterior metedura de pata—. Qué honor.

Se quedó sorprendido, como si nunca nadie bromeara con él.

—Podrías intentar decirlo como si lo pensaras de verdad —dijo con frialdad—. También me llamo Julian, por cierto.

—¿Cómo te las apañas sin hablar francés? —preguntó Marie, antes de escuchar mentalmente la regañina de Eleanor por formular tantas preguntas.

—Como líder del círculo, apenas interactúo con los locales. Si me capturasen sería demasiado peligroso. De modo que trato pasar inadvertido y opero a través de otros hombres.

—Y mujeres —añadió Marie—. ¿O eres de los que opinan que no deberíamos estar aquí?

—Soy de los que opinan que las mujeres pueden ser precisamente lo que esta operación necesita, siempre y cuando sean buenas... y estén comprometidas con lo que tenemos entre manos.

La última parte de la frase la dijo con intención, especialmente dirigida a ella. Y sus palabras parecían incluir una pregunta, que se hacía eco de las dudas que la embargaban a ella. Marie decidió ignorarlo.

—¿Así que dices que vamos a Mantes-la-Jolie?

—A un pueblo de al lado, de hecho, Rosny-sur-Seine. En estos momentos no tenemos ningún piso franco ni refugio en la región, con la excepción de esa mansión, que es demasiado grande y demasiado visible para esconder a un agente a la fuga. Estamos intentando montar algo, pero no podemos llegar al pueblo y preguntar quién está dispuesto a arriesgar su vida escondiendo a agentes a la fuga. De modo que empezamos poco a poco y primero buscamos a alguien del lugar que esté dispuesto a actuar como buzón de nuestros mensajes y más adelante le preguntamos si querría esconder a nuestra gente.

Cuando Marie iba a replicar, se vio interrumpida por un estruendo al otro lado de una curva. Apareció de pronto un enorme camión militar de color marrón, avanzando en dirección a ellos. Marie se puso tensa y se dispuso a cobijarse bajo los árboles. Pero Julian tiró de ella por el brazo y, aterrada como estaba, no protestó por una vez.

—Tranquila —dijo en voz baja—. No somos más que una pareja francesa que ha salido a dar un paseo matutino. —Marie se obligó a seguir caminando con normalidad, con la vista baja. Instantes después, cuando el camión hubo girado por la curva, él la soltó con brusquedad—. ¿Sabes que tu falsa identidad es la de una mujer francesa?

—Sí, por supuesto.

—Pues entonces, compórtate como si lo fueras.

Marie bajó la cabeza.

—Lo siento. Si quieres que vuelva a la casa para que te acompañe otra persona... Tal vez Josie...

—Es demasiado tarde —dijo. Se estaban acercando a un pueblo con un laberinto de casas de piedra caliza y un canal serpenteando por su perímetro lateral—. Ya hemos llegado. —Marie se quedó sorprendida al ver que su destino estaba tan cerca de la mansión; habían caminado muy pocos kilómetros. Julian se detuvo al llegar a un puente de piedra que cruzaba el canal—. En esta región tenemos pocos contactos locales. El pueblo es nuevo para nosotros, pero nos han dicho que debe de haber gente afín a la resistencia y dispuesta a ayudar. Tenemos que encontrar una casa o una cafetería donde podamos dejar mensajes, y donde nuestros agentes puedan acabar escondiéndose para pasar la noche en caso de necesidad.

—Una cafetería no —replicó Marie. Recorrió con la mirada la calle principal que se adentraba en el pueblo, una callejuela adoquinada que terminaba en una pequeña plaza—. Una librería —añadió lentamente, elaborando la idea a la par que hablaba, pensando en la posibilidad de intercambiar mensajes mientras se hojeaban libros o incluso, tal vez, dejándolos dentro de un volumen en particular—. Si es que hay alguna.

—Una librería —repitió Julian, dándole vueltas a la idea—. ¡Es brillante! —La estaba mirando con aprobación y Marie notó que se ruborizaba—. Allí hay una, justo en la plaza. A los alemanes jamás se les ocurriría entrar porque odian los libros. —La sonrisa se esfumó de repente—. Tienes que hacerlo, convencer al librero.

—¿Yo sola? —dijo Marie, pensando que llevaba menos de doce horas en el país.

—Sí. Un hombre que entre en una tienda en pleno día podría suscitar muchas preguntas.

Marie asintió. Comprendió que la gente se preguntaría por qué no estaba en el frente.

—Pero yo te acompañaba solo para traducir. Ya has visto lo mal que lo he hecho intentando mantener la calma cuando nos hemos cruzado con aquel camión.

—¿Estás aquí para hacer el trabajo o no? —replicó él con brusquedad.

Su trabajo, le habría gustado decir a Marie, consistía en operar la radio desde un lugar escondido. Pero en sus primeras veinticuatro

horas sobre el terreno se había convertido primero en traductora y ahora en operativo. Recordó que Eleanor les había dicho que las agentes tenían que estar entrenadas en todos los aspectos del trabajo porque en cualquier momento se les podía solicitar hacer cualquier cosa, y recordó asimismo el comentario de Josie de que debían hacer todo el trabajo que fuera necesario. Aquella era su misión, o parte de ella, al menos.

—Sé que estás nerviosa —dijo Julian suavizando el tono—. El miedo siempre es el primer instinto, y es normal. Es lo que nos mantiene en guardia... y con vida. Pero tienes que entrenarlo, dominarlo. Y ahora ve. Pregúntale al propietario si tiene la *Odisea* de Homero en su idioma original.

—¿Y eso qué indicaría?

—Hay una serie de preguntas bien elaboradas que utilizamos para comprobar si la gente confraterniza con nosotros. A un pescadero le preguntaríamos si es temporada de bacalao o a la florista si es la de tulipanes. Normalmente se trata de algo fuera de temporada o de algo difícil de conseguir. —Soltó el aire con impaciencia—. La verdad es que no tengo tiempo para más explicaciones. Si nos ha ayudado ya en otras ocasiones, el propietario entenderá la pregunta.

Marie echó a andar hacia el pueblo, pasó por delante de una *école* donde los niños jugaban en el patio a la hora del recreo. La librería estaba en el lado norte de la plaza, un establecimiento tranquilo debajo de una casa con balcón y una maceta con amapolas mustias entre persianas abiertas pintadas en azul aciano. *Librairie des Marne*, podía leerse en el rótulo de color amarillo descolorido del exterior. En el interior de la pequeña tienda reinaba el silencio y no había nadie excepto un chico curioseando en la estantería de cómics. El ambiente olía a papel viejo.

Marie esperó a que el chico hubiera pagado y salido, y entonces abordó al librero que estaba detrás del mostrador, al fondo de la tienda. Era un hombre arrugado, calvo por la parte superior de la cabeza y con un anillo de cabello blanco en el resto, y llevaba unas gafas que parecían descansar directamente sobre un frondoso bigote, sin nada de por medio. Se fijó entonces en la decoración con

motivos de la Primera Guerra Mundial que había en la pared. El librero era un veterano de guerra... y tal vez un patriota.

—*Bonjour*. Estoy buscando un libro.

—Oh —dijo el librero sorprendido—. La gente apenas lee hoy en día. La mayoría solo quiere mis libros como combustible.

El librero parecía tan feliz ante la perspectiva de vender un libro de verdad que Marie no quiso decepcionarlo.

—Me gustaría un volumen de la *Ilíada* en el idioma original. —El hombre se giró hacia la estantería que tenía a sus espaldas y empezó a buscar entre los libros—. La *Odisea*, quería decir, perdón —se corrigió apresuradamente.

El librero se volvió despacio hacia ella.

—En realidad no quiere ese libro, ¿verdad?

—No.

El hombre abrió mucho los ojos. Era evidente que conocía la señal.

—¿Puede aceptar un paquete? —le preguntó entonces.

El librero movió la cabeza con vehemencia en sentido negativo.

—*Non*. —Desplazó la mirada hacia la estrecha calle adoquinada hasta posarlos en una cafetería. Detrás del cristal había varios miembros de las SS, desayunando—. Tengo vecinos. Lo siento.

A Marie se le aceleró el corazón. Estaba segura de que los alemanes la habían visto entrar en la tienda.

Dejó de lado sus miedos y volvió a intentarlo.

—*Monsieur*, sería una cosa muy discreta. Simplemente un buzón en uno de los libros. Ni siquiera usted lo notaría.

No mencionó la posibilidad de que en un futuro hubiera agentes que necesitaran esconderse allí, consciente de que sería demasiado pedir.

—*Mademoiselle*, mi hija vive arriba con su hijo, que no tiene ni siquiera un año. De ser por mi esposa y por mí, no me importaría en absoluto. Pero tengo que pensar en mi nieto.

Marie pensó en Tess, en Anglia Oriental. Dejar una hija lejos era una cosa, pero tenía que ser muy distinto e insoportable ponerla en grave peligro. No tenía ningún derecho a pedirle ese favor a aquel pobre hombre. Echó a andar hacia la puerta. Pero entonces se

imaginó a Vesper, expectante a las puertas del pueblo. No podía fallarle.

—Necesitamos tremendamente su ayuda, *monsieur* —dijo, con un tono de desesperación en la voz.

El librero negó de nuevo con la cabeza, salió de detrás del mostrador para acercarse al escaparate y puso el cartel de *Cerrado*.

—*Adieu, mademoiselle*.

Y desapareció a través de la puerta que daba acceso a la trastienda del establecimiento.

Marie se quedó pensando en si haría bien yendo tras él. Pero sabía que no le convencería, así como era consciente de que llamar la atención hacia su persona empeoraría las cosas. Salió a la calle derrotada. Había fracasado.

Abandonó la tienda y desanduvo sus pasos hasta dejar el pueblo atrás y cruzar el puente. Cuando llegó al lugar donde había dejado a Julian, vio que no estaba allí. ¿La habría abandonado? Por un instante se sintió casi aliviada; así no tendría que contarle su fracaso. Pero sin él, no tenía adonde ir.

Vislumbró entonces a Julian escondido entre los árboles. Se acercó a la orilla hasta llegar hasta él.

—¿Qué tal ha ido?

Marie hizo un gesto negativo.

—No ha accedido.

Esperó a que Vesper le echara la bronca.

—No me sorprende —replicó en cambio—. En la región ha habido muchas represalias. A todo el mundo le da miedo colaborar.

—¿A lo mejor en otra tienda? —sugirió Marie.

—Hoy no podemos permitirnos tantear a nadie más. Ya hemos removido el asunto con el librero y si formulamos demasiadas preguntas por el pueblo, la gente empezará a murmurar.

—¿Y entonces qué hacemos?

—Te llevaré hasta el lugar donde te instalarás. Le habría encargado a otro agente que te acompañara al piso franco, pero ya que estamos aquí, te llevaré yo mismo. Podemos reagruparnos y elaborar un nuevo plan. —Marie notó una punzada de decepción. Confiaba en regresar a la mansión y poder volver a ver a Josie—. Vamos.

Marie esperaba que echara a andar hacia el bosque. Pero para su sorpresa vio que se dirigían al pueblo que acababa de visitar.

—Pensaba que habías dicho que no podías ser visto por aquí —dijo reacia a seguirlo.

Julian se volvió.

—¿Siempre preguntas tanto? —La frustración de su tono de voz era inequívoca—. He dicho que no deberían verme por aquí. Y si me sigues en silencio, no me verán. —La guio hacia el pueblo, siguiendo callejuelas secundarias para evitar la plaza—. El piso desde el que transmitirás está también en este pueblo —susurró—. Instalada aquí, tendrías que averiguar a quién más podríamos abordar para pedirle un piso franco.

—¿Y no podría utilizarse mi piso para este fin?

Julian negó con la cabeza.

—Demasiado visible. No sería seguro esconder agentes que huyen allí. —¿Y entonces, cómo iba a ser seguro para ella?, se preguntó Marie—. Hay distintos tipos de pisos francos para fines distintos. Para los mensajes, para los operadores de radio, como refugio de agentes. Cada uno de ellos está concebido para un fin específico y es un mundo aparte del resto.

La guio por un callejón y se paró al llegar a la parte trasera de una casa.

—Es aquí.

Sacó una llave maestra, abrió la puerta y empezó a subir la empinada escalera.

Cuando llegaron hasta arriba del todo, abrió una puerta tan baja que tuvo que agacharse para poder pasar. La estancia era una buhardilla, con el techo inclinado. Había una cama, un lavabo y poca cosa más. Pero era mucho mejor que el cobertizo donde había pasado la noche anterior.

—Imagino que esto es tuyo —dijo Julian ladeando la cabeza hacia el rincón, donde había una caja que Marie conocía muy bien.

—¡Mi radio! —Marie cruzó la habitación con impaciencia. Cogió la caja y la abrió, acariciando con la punta de los dedos el aparato. Fue un alivio ver que el aterrizaje no había provocado daños graves. La bobina de la antena estaba un poco doblada, pero podría enderezarla sin problema. Y la llave telegráfica estaba suelta. La

verdad es que no había quedado bien desde que Eleanor desmanteló el aparato, y el viaje había empeorado su estado. Pero conseguiría repararla—. ¿Tienes pegamento? —preguntó.

—No, pero ordenaré que te lo hagan llegar.

Marie tomó mentalmente nota de buscar savia de pino o alquitrán por si no llegaba el pegamento. Y entendió entonces que cuando Eleanor le desmontó la radio en Arisaig House lo hizo con intención de prepararla para momentos como aquel.

—Tendrás que sacar el cable por la ventana para transmitir — dijo Julian.

Marie miró por la ventana, donde le señaló él un álamo que empezaba a florecer. Y entonces vio una imagen familiar al otro lado de la calle. La librería. El estómago le dio un vuelco. El piso estaba justo encima de la cafetería donde estaban desayunando los hombres de las SS.

—Pero las SS... —empezó a decir—. ¿Cómo quieres que sea seguro este piso?

—Porque jamás esperarían que estuvieses aquí.

—¿Y si lo descubren?

—No lo harán... siempre y cuando seas discreta. ¿Tienes hambre? —preguntó.

—Sí —reconoció.

El poco desayuno que había disfrutado con Albert y los demás era un recuerdo lejano. Julian se acercó al armario y sacó media barra de pan y un poco de queso envuelto en papel. Marie se preguntó si habría abastecido él la despensa o si alguien más tendría la llave.

Dejó la comida en la mesa y fue entonces a por dos vasos de agua. Le tembló la mano al pasárselo a Marie y derramó el agua.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—No es más que agotamiento —respondió él intentando sonreír—. Dormir cada noche en un lugar distinto, estar solo semanas interminables... te acaba pasando factura.

Pero las manos no le temblaban por el simple hecho de estar cansado.

—¿Cuánto tiempo llevas así?

La sonrisa se desvaneció.

—Años, es una lesión nerviosa provocada por la metralla a principios de la guerra. Aunque ha empeorado en los últimos meses. No digas nada, por favor. Si alguien más lo supiera...

—Te juro que no diré nada.

—Gracias.

Comieron en silencio. Hacía frío.

—¿Puedo encender la chimenea? —preguntó Marie, temiendo que se esperara de ella que permaneciera allí helada y a oscuras, como en el cobertizo.

Julian asintió.

—Sí. No es ningún secreto que el apartamento está ocupado.

Mientras ella encendía el fuego, él se recostó en la silla y estiró las piernas, cruzando los pies calzados con botas negras. Era el momento en que lo había visto más relajado desde su primer encuentro.

—¿Y ahora qué pasará? —preguntó.

—Te quedarás aquí y recibirás mensajes que tendrás que transmitir. Te los traerán mensajeros, o Will, el piloto que te trajo. — Julian no mencionó que Will era su primo y Marie se preguntó si omitir ese detalle era intencionado o si, en el mundo tan concentrado de Julian, la información le parecía irrelevante—. Es el oficial de transporte aéreo, pero ayuda a coordinar las transmisiones además de los vuelos. Probablemente no seré yo —añadió—. Mis hombres... y mis mujeres —dijo corrigiéndose esta vez—, están repartidos por el norte de Francia en un territorio que abarca más de trescientos kilómetros. Estoy viajando constantemente para asegurarme de que todo el mundo hace lo necesario.

Marie comprendió la responsabilidad que pesaba sobre sus espaldas.

—Y una cosa más. Ve con cuidado cuando transmitas. El SD es cada vez más consciente de lo que hacemos y anda buscando nuestras transmisiones. —Eleanor le había dicho lo mismo, recordó Marie, justo la noche antes de su partida—. No transmitas durante demasiado tiempo y vigila la presencia de vehículos de detección o cualquier otro indicio de que alguien está controlándote. —Marie asintió. Había oído hablar de los furgones que circulaban por las calles cargados con equipamiento especial para detectar el origen

de las señales de radio. Aunque era difícil imaginar que la policía tuviera esas cosas en un pueblecillo que parecía dormido—. Pero no puedes dejar de transmitir —prosiguió Julian muy serio—. Tienes que pasar los mensajes. La información que enviamos a Londres es crítica. Necesitan saber que les estamos poniendo las cosas difíciles a los alemanes para que no puedan responder cuando se produzca la invasión.

—¿Y eso cuándo será?

Era la pregunta definitiva y formularla le parecía una osadía incluso a ella.

—No lo sé —reconoció Julian, cada vez más frustrado—. Pero se supone que tiene que ser así. Necesitan saberlo, recuérdalo. Y así será más seguro para todos. La invasión se producirá. Eso está claro. Y tenemos que garantizar que sea un éxito. —Su tono no era presuntuoso sino claro e implacable, el tono de quien sabía de qué estaba hablando. Marie se dio cuenta de que aquella intensidad no tenía su origen en la arrogancia o la maldad, sino en tener que cargar con el peso de toda la operación. Vio entonces a Vesper con nuevos ojos y de repente admiró su fortaleza. Se preguntó de nuevo si realmente era muy inteligente hacerlo pasar todo a través de una única persona—. Eso es todo lo que tú, o cualquier otra persona, debe saber.

Se estaban jugando la vida, pensó Marie. Y le daba la impresión de que estaban en su derecho de saber más.

Julian se levantó de la silla.

—Tengo que irme. Tú quédate aquí, compórtate con normalidad y transmite sin retraso los mensajes que te traigan los mensajeros.

Marie se levantó también.

—Espera.

No le gustaba Julian especialmente; le parecía gruñón, maleducado y demasiado intenso. Pero era una de las pocas personas que conocía allí y no le apetecía quedarse sola en aquel piso extraño, rodeada de alemanes.

Pero no podía hacer nada; él iba a continuar con su trabajo y ella a empezar el suyo.

—Adiós, Marie —dijo Julian, y cruzó la puerta, dejándola otra vez sola.

Doce

Grace

Washington, 1946

A la mañana siguiente, Grace estaba viajando rumbo sur, a bordo de un tren con destino a Washington.

El día anterior, después de dejar a Mark, había ido directa al trabajo sin poder sacarse de la cabeza el encuentro que acababa de tener con el cónsul. Al principio, lo único que le interesaba era devolver las fotografías a su maleta. Pero después de enterarse de que la maleta pertenecía a Eleanor y que aquella mujer había trabajado para el gobierno británico, las preguntas se habían multiplicado: ¿quiénes eran las chicas de las fotografías y cómo estaban conectadas con Eleanor?; ¿podían estar esas respuestas en los archivos de Washington? La probabilidad de encontrar alguna cosa era a todas luces remota y sus dudas con respecto a la cita con Mark eran mayores a medida que pasaban las horas.

No le había mencionado a Frankie que necesitaba tomarse un día libre hasta el final de la jornada.

—¿Va todo bien? —le había preguntado cuando por fin se lo había pedido.

El gesto de preocupación le había intensificado las arrugas de la frente. Grace había entendido su reacción; en todo el tiempo que llevaba trabajando para él, jamás había faltado un día.

—Sí, sí, todo bien —respondió ella para tranquilizarlo—. No es más que un tema familiar —añadió con una firmeza que confiaba que sirviera para acallar más preguntas.

—Ya sabes, trabajar, mantenerte ocupado, eso es lo mejor —le aconsejó. La sensación de culpabilidad de Grace se incrementó al

oír aquello. Frankie creía que se tomaba un día libre por algo relacionado con la pérdida de Tom. Y lo que iba a hacer, en cambio, era largarse de la ciudad para intentar aclarar un misterio que no era asunto suyo con un hombre al que no debería volver a ver nunca más—. ¿Vendrás pasado mañana? —dijo Frankie, con un tono que sonó más como una súplica que como una pregunta.

—Espero que sí —dijo ella, que no imaginaba que el viaje le llevase más de lo programado.

—Estupendo. —Frankie sonrió—. Porque me estoy acostumbrando a tenerte pululando por aquí.

Grace sonrió para sus adentros al ver que Frankie reconocía, aunque a regañadientes, que estaba empezando a depender de ella.

—Gracias —replicó. Y le estaba agradecida por mucho más que por concederle el día libre. Le estaba agradecida por haberle creado un puesto de trabajo y mantenerlo. Por su comprensión—. Volveré corriendo, te lo prometo.

El tren, un elegante Congressional Limited azul, avanzaba a toda velocidad por la llanura de Chesapeake. Grace observó el interior del vagón. Los asientos eran de respaldo rígido, pero estaban tapizados en cuero, lo que los hacía confortables. Las resplandecientes ventanas ofrecían una vista espléndida del mar moteado por el sol. Pasó un chico con un carrito vendiendo café y tentempiés. Grace respondió con una señal de negación a su oferta; tenía que vigilar el dinero, puesto que no sabía cuánto le costarían las cosas durante aquel viaje. Sacó entonces el sándwich vegetal con huevo que se había preparado.

Mientras desenvolvía el sándwich, observó por la ventana un barrio residencial de Maryland, con casas amplias estilo rancho de reciente construcción y pulcros caminos de acceso. Las ciudades prefabricadas como aquella brotaban como malas hierbas por todas partes desde que los hombres habían vuelto de la guerra y las parejas empezaban a instalarse en las afueras de las urbes para fundar una familia. Grace se imaginó a las mujeres de aquellas casas, lavando los platos y relajándose después de que los niños se hubieran ido al colegio. Y sintió una combinación a partes iguales de culpabilidad, anhelo y alivio por no ser una de ellas.

Terminado el sándwich, hizo una pelota con el papel vegetal. Sacó las fotografías de las chicas y estudió el misterio que escondían ahora sus ojos. Todas tenían un nombre distinto en el dorso, escrito con la misma estilizada caligrafía. *Josie. Brya*. Se preguntó si sería la escritura de Eleanor o de otra persona.

El tren llegó a Union Station después de las once. Mark la esperaba en el andén, recién afeitado, vestido con camisa blanca inmaculada y americana deportiva, con un elegante sombrero gris en la mano, no en la cabeza. Al verla, pareció incluso sorprenderse. Grace comprendió que se había planteado la posibilidad de que no apareciera, y la recibió con un beso en la mejilla, un gesto a la vez excesivamente familiar aunque no lo suficiente. Aun sin quererlo, Grace saboreó el aroma conocido de su loción para después del afeitado.

—¿Has tenido buen viaje? —le preguntó.

Grace asintió y se apartó de él con esfuerzo.

—Y bien, ¿qué plan tenemos? —preguntó mientras cruzaban el inmenso vestíbulo de mármol de la estación. Grace se quedó maravillada al observar el alto techo abovedado, decorado con un motivo octogonal, en el que cada rosetón de escayola estaba rematado mediante un motivo de hojas en dorado.

—He estado haciendo averiguaciones sobre los archivos del SOE —replicó Mark.

Salieron de la estación. El ambiente era un poco más cálido que en Nueva York. Por encima de un grupo de árboles sin hojas, Grace vislumbró la cúpula del Capitolio. Solo lo había visto anteriormente en una ocasión, de pequeña, en un viaje con la familia. Se detuvo a admirar su majestuosidad.

Mark la guio hacia un taxi y le abrió la puerta.

—Cuéntame —dijo en cuanto él se instaló a su lado.

—¿Recuerdas que dijimos que el SOE era una agencia británica que durante la guerra se dedicó a enviar a su gente a Europa para realizar misiones secretas?

—Sí, lo recuerdo. ¿Para qué los enviaban a Europa? ¿Eran espías?

—No exactamente. Los desplegaron para ayudar a los partisanos franceses, para suministrarles armas, sabotear las

operaciones de los alemanes y cosas de ese estilo. —¿Y qué tendría que ver Eleanor con todo esto?, se preguntó Grace. Pero Mark siguió hablando—: El caso es que he estado investigando un poco. Un antiguo compañero del ejército, Tony, tiene una hermana que trabaja en el Pentágono. Y ha confirmado lo que te dijo el cónsul, que parte de los archivos del SOE fueron transferidos aquí después de la guerra.

—Qué raro.

Mark se encogió de hombros.

—Terminada la guerra pocas cosas tenían sentido. Pero a lo mejor esos archivos contienen alguna cosa sobre Eleanor.

—O sobre las chicas de las fotografías —añadió Grace—. Es posible que también tuvieran algo que ver con el SOE.

De pronto, el caso abarcaba mucho más que solo a Eleanor. Sacó las fotografías del bolso.

Mark se acercó para echar un vistazo.

—¿Puedo?

Le pasó las fotos.

—Si pudiéramos averiguar quiénes son... —Las dudas la acosaban—. ¿Pero cómo haremos para acceder a esos archivos? Lo que es evidente es que no vamos a poder entrar tan tranquilos y...

Resopló y el aliento le levantó el pelo del flequillo. Mark sonrió.

—Me encanta cuando haces eso.

Grace notó que se ruborizaba. Estaba allí por Eleanor y las chicas, se recordó con seriedad. De lo contrario, no se habría desplazado.

—No, la verdad es que los archivos no son públicos —dijo Mark—. Pero Tony me dijo que su hermana podría facilitarnos el acceso.

—¿Crees de verdad que podrá hacerlo?

—Pronto lo sabremos.

El taxi rodeó el gran círculo que se extendía por delante de Union Station, serpenteando entre los vehículos para acceder a una avenida más ancha. A pesar de que hacía ya meses que había terminado la guerra, los vestigios seguían siendo visibles en la ciudad, desde sacos de arena apilados en la base de algún edificio hasta fragmentos de cinta para asegurar las ventanas y no dejar

traspasar la luz. Hombres con traje fumaban en la acera delante de anodinos edificios gubernamentales. Había chicos con abrigo jugando al béisbol delante de la amplia explanada del Mall, turistas paseando de museo en museo, pequeños indicios de que la ciudad había vuelto a la vida.

El taxi enfiló un largo puente sobre el Potomac, en dirección a Virginia. El Pentágono apareció delante de ellos. Grace lo había visto en fotografías en los periódicos, un edificio construido para acomodar el gigantesco Departamento del Ejército que había crecido con la guerra. A medida que fueron acercándose, se quedó impresionada por el tamaño: cada lado tenía la longitud de varias manzanas. En una parte del edificio, asomaba aún una grúa por encima de los andamios. ¿De verdad necesitaban todo aquello ahora que la guerra había acabado?

El taxi accedió al enorme aparcamiento y se detuvo cerca de una puerta que se abría en uno de los lados del Pentágono. Mark pagó al conductor y salió del coche. Sin decidirse a salir aún del taxi, Grace titubeó al levantar la vista hacia la bandera estadounidense que ondeaba por encima del camino de acceso. No tenía nada que hacer allí. Pero Mark rodeó el automóvil y le abrió la puerta.

—¿Quieres saber cosas sobre Eleanor Trigg o no?

Mark rezumaba confianza, tenía una seguridad que le ayudaba a sentirse más segura de sí misma. Salió del coche.

En el interior, Mark se quitó el sombrero y dio su nombre al soldado que atendía el mostrador de recepción. Grace miró a su alrededor, aquella entrada grandiosa y de aspecto tan oficial, y se preguntó si les negarían la entrada.

Pero unos minutos más tarde, apareció una curvilínea mujer de cabello castaño con una falda ceñida. Un par de años más joven que Grace, era increíblemente chic; poseía una elegancia que Grace jamás podría tener por mucho que se lo propusiera. Llevaba el pelo peinado con una media melena lisa, a la última moda. Su boca era la perfección pintada de rojo. Una Ava Gardner con más curvas. Al pasar al lado de Grace para estrecharle la mano a Mark, dejó un débil rastro de jazmín.

—Soy Raquel. Tú debes de ser Mark.

—Me declaro culpable —dijo él bromeando, con el mismo brillo en los ojos que Grace le había visto la noche que coincidieron—. Tony me ha hablado mucho de ti.

—Miente —dijo ella siguiendo la broma.

«Santo cielo», pensó Grace, con una punzada de celos que no tenía ningún derecho a sentir. ¿Estaban flirteando delante de ella?

—Y tú debes de ser Grace —añadió Raquel, diciéndolo como si fuese una ocurrencia tardía. Al menos esperaba también su presencia, lo cual era un alivio. Pero antes de que a Grace le diera tiempo a decir algo, Raquel se dirigió de nuevo a Mark—: Por aquí.

Giró sobre sí misma sirviéndose de un único pie. Y sus tacones empezaron a repiquetear contra el suelo de un pasillo en el cual se abría una fila interminable de puertas idénticas. Se cruzaron con varios hombres uniformados, con el pecho abarrotado de insignias y medallas, todos con cara muy seria. Tom se habría quedado impresionado con todo aquello, pensó Grace con cierta tristeza. De pronto se descubrió echando de menos Nueva York y el caótico confort de la minúscula oficina de Frankie.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Raquel en voz baja cuando los hombres hubieron pasado y se quedaron de nuevo solos en el pasillo—. Brian, el archivista, está comiendo. Tenemos una hora como mucho antes de que vuelva.

Grace dudó. No había caído en la cuenta de que entrarían furtivamente. Pero era demasiado tarde para echarse atrás. Raquel acababa de abrir una puerta y les hizo bajar por una escalera secundaria.

—¿Y no están clasificados esos archivos? —preguntó Mark.

Raquel negó con la cabeza.

—Aunque tampoco son públicos. —El cónsul había mencionado que los archivos estaban precintados, recordó Grace, y se preguntó si aquellos serían los correctos—. Brian dijo que llegaron de Londres sin previo aviso a principios de este año. Y dijo también que no creía que nadie les hubiera echado aún un vistazo.

—¿Por qué los trajeron aquí? —preguntó Grace cuando llegaron a un descansillo y empezaron a bajar por una segunda escalera.

Era una pregunta que había estado incordiándola. ¿Por qué un montón de documentos británicos habría tenido que cruzar el Atlántico?

—No tengo ni idea —respondió Raquel. Cuando llegaron al piso de abajo, los guio hacia un almacén lleno de cajas apiladas que se abría detrás de una puerta protegida con malla metálica—. Las que estáis buscando tendrían que estar por allí. —Raquel hizo un gesto vago hacia el lado derecho de la sala, donde había una docena de cajas en estanterías—. Lo único que os pido es que luego las dejéis tal y como las habéis encontrado.

Raquel dio media vuelta y se fue, dejándolos solos en un cuarto lleno de cajas.

Grace lanzó una mirada inquisitiva a Mark.

—Es imposible repasar todo esto con tan poco tiempo. ¿Por dónde empezamos?

Mark pasó la mano por encima de las cajas, recogiendo polvo.

—Que cada uno se ocupe de una mitad. Se trata de entender cómo están organizadas.

Grace estudió el lateral de las cajas. En cada una había una única letra, escrita a mano y rodeada por un círculo.

—¿Qué supones que significará esto? —Mark se encogió de hombros. Pensó entonces en las fotografías que llevaba en el bolso. Las sacó rápidamente. En la parte inferior de cada imagen había una pequeña anotación—. Recuerdo que el cónsul comentó que Eleanor trabajaba para una sección del SOE.

Y, efectivamente, en la parte inferior de todas las fotografías había una identificación con la frase *Sección F*.

Mark ya se le había adelantado, moviéndose entre cajas y papeles hasta alcanzar una de las estanterías.

—Aquí está.

Grace lo siguió y levantó la vista. Había al menos cinco cajas marcadas con una «F».

—La misma letra que en la caja —dijo Grace—. Me pregunto qué querrá decir.

Mark bajó dos cajas de la estantería y las depositó en el suelo. Cuando se arrodilló para abrir una de ellas, la mirada de Grace, sin poder evitarlo, se desplazó hacia el punto donde el cuello de la

camisa había quedado retirado hacia atrás y dejaba ver un fragmento de piel clara y los rizos de pelo castaño a la altura de la nuca. «Para», se regañó en silencio. Lo que había pasado entre ellos en Nueva York era una locura y cosa del pasado. Mark era amigo de Tom y le estaba haciendo el favor de ayudarla a acceder a aquellos archivos. Eso era todo.

Grace se arrodilló delante de la otra caja, le quitó un poco el polvo y empezó a toser. La abrió. Contenía carpetas, cada una de ellas con un apellido escrito en la etiqueta. Abrió la primera y en su interior encontró una fotografía en blanco y negro similar a las que llevaba encima Eleanor, con la única diferencia de que era de un hombre. En el expediente se detallaban localizaciones y misiones en la Europa ocupada, que supuestamente habría llevado a cabo el agente para el SOE.

—La «F» quiere decir sección francesa—dijo Mark—. Parece ser que toda esta gente estuvo desplegada en Francia durante la guerra.

Grace pasó a la carpeta siguiente, luego a la otra.

—Pero las mías son todas de hombres.

—Y las mías también.

Eso tenía sentido, reflexionó Grace. El tipo de trabajo que Mark había dicho que hacía el SOE tenía que ser cosa de hombres. Y con la excepción de la letra «F» que aparecía tanto en las cajas como en las fotos, no se veía otra conexión con Eleanor. Grace se preguntó por un segundo si aquel viaje hasta Washington no habría sido en balde. Por la noche cogería el tren de regreso a Nueva York y al día siguiente por la mañana iría a trabajar.

—¡Aquí está! —gritó Mark interrumpiendo sus elucubraciones. Grace se incorporó para acercarse y vio que Mark sacaba un grueso fajo de carpetas de una de las cajas—. Regina Angell —leyó en voz alta en la primera carpeta. Pasó a la siguiente—. Tracy Edmonds. Stephanie Turnow.

Grace cogió una de las carpetas y la abrió. En su interior había una fotografía como las que llevaba Eleanor. El nombre debajo de la imagen estaba escrito con la misma caligrafía. Por lo visto, parte de los agentes del SOE habían sido mujeres.

Pero ninguno de los nombres coincidía con los de las fotos, vio Grace después de repasar rápidamente el contenido de la caja. Dejó caer los hombros apesadumbrada.

—Los nombres no cuadran. No son las correctas.

—Me pregunto cuántas chicas trabajarían para el SOE.

—Aquí debe de haber unas treinta —replicó Grace, que continuó hojeando las carpetas—. Más otra docena si es que las chicas que salen en las fotos de Eleanor trabajaban también para el SOE.

Era sorprendente que hubiera tantas agentes femeninas. Cogió una de las carpetas. *Sally Rider*, podía leerse en la etiqueta identificativa. En el interior había una ficha personal o dossier, una página con todo su historial acompañado por una foto y luego anotaciones sobre su formación. El nivel de detalle era impresionante, líneas y líneas de anotaciones sobre las diversas escuelas por las que había pasado la chica, sus resultados en los diversos exámenes y entrenamientos, todo escrito con la misma caligrafía.

Grace examinó el expediente. Nacida en Herefordshire, decía. Contenía una última dirección de contacto conocida, que no era en Inglaterra, sino en los Estados Unidos. Grace sacó lápiz y papel y tomó nota del número de teléfono que constaba en el expediente. Luego había un listado de lugares: París, Lille. El SOE había desplegado a aquellas mujeres para que llevaran a cabo distintas misiones en la Europa ocupada. La última entrada era de Chartres en 1944. Después de eso, nada más.

Cerró la carpeta y empezó a mirar las demás. Todas tenían la misma información básica, ciudad de nacimiento, datos de contacto. Lo más interesante era la lista de desplazamientos: Amiens, Beauvais. Las misiones las habían llevado por todos los rincones de Francia.

Y se fijó también en otro detalle: muchas líneas tachadas.

—Alguien se hartó de escribir cosas sobre ellas —dijo Mark observando el contenido de las carpetas por encima del hombro de Grace.

—A lo mejor los expedientes de las chicas de las fotografías están en otra caja.

Pero Mark hizo un gesto negativo.

—En total hay siete cajas de la Sección F. Los expedientes que hay en las otras son solo de hombres. —Rodeó a Grace para mirar la caja que ella había estado investigando—. ¿Y esto qué es? —Extrajo un sobre fino de papel manila que había quedado atrapado entre dos de los expedientes—. Qué raro —comentó mirando el contenido.

—¿Qué es?

—Transmisiones de telegrafía sin hilos. Documentos internos y también telegramas. Pero no parece que tenga nada que ver con los expedientes personales de esta caja. Imagino que los pusieron aquí por error.

Grace cogió el sobre, preguntándose si esclarecería alguna cosa más sobre las chicas de las fotos. Vio que varios de los documentos compartían el mismo encabezamiento: *Del despacho de la oficial de Reclutamiento y Logística, E. Trigg*.

Eleanor no era solo una secretaria, dirigía cosas.

Se oyó un taconeo aproximándose a la puerta del archivo. Cuando Grace se giró vio que Raquel estaba en el umbral.

—Raquel —dijo Mark—. No te esperábamos tan pronto.

No llevarían más de un cuarto de hora en el archivo.

—He visto a Brian cruzando el aparcamiento —tartamudeó Raquel. El archivista había decidido regresar antes de su pausa para la comida—. Vamos, rápido.

Los condujo hacia una puerta trasera y por un tramo de escaleras distinto. Unos minutos más tarde, estaban en un muelle de carga.

—Os llamaré un taxi. No tendría que haberos dejado entrar. Podría perder el trabajo.

—Gracias —empezó a decir Mark poniéndose de nuevo el sombrero—. Dile a Tony que...

Pero Raquel ya había cerrado la puerta y había desaparecido.

—Siento no haber sido de más utilidad —dijo Mark más tarde, ya sentados los dos en el taxi—. Un viaje a Washington por solo unos minutos en los archivos. Podríamos haber pasado horas allí dentro.

—Tienes razón. Pero al menos tenemos esto.

Buscó en el interior de su abrigo y extrajo la pequeña carpeta con las transmisiones telegráficas.

Mark se quedó mirándola, sorprendido por su audacia.

—Te lo has llevado.

—Digamos que lo he cogido prestado. No era mi intención. Pero me he asustado tanto cuando Raquel ha llegado antes de tiempo, que lo he hecho sin pensar. —Igual que había sucedido en la estación. ¿Acaso no había montado ya bastante lío llevándose cosas que no eran tuyas?—. Lo siento. No tendría que haberlo hecho.

Habían podido acceder a los archivos gracias a su amiga y esperaba que Mark no se enfadara por lo que acababa de hacer. Pero Mark sonrió.

—Vaya cara. Estoy impresionado. ¿Me dejas verlo? —Se acercó a ella en el asiento y Grace le entregó la carpeta. Mark pasó de largo las primeras hojas, que ya había visto antes en el archivo —. El nombre de Eleanor sale por todas partes —destacó—. Por lo visto era la que mandaba, o más o menos.

—Por lo visto no era la oficinista que el cónsul dijo que era —replicó Grace. Se preguntó en qué más estaría equivocado sir Meacham... o en qué otra cosa le habría mentado—. Pero seguimos sin saber nada sobre las chicas de las fotos. Si no había expedientes a su nombre, ¿piensas que serán también agentes?

Mark sacó dos hojas grapadas y las examinó.

—Esto es una lista completa de las agentes mujeres, o es lo que parece.

—¿Y salen las chicas de las fotografías?

Mark asintió y señaló uno de los nombres conocidos, Eileen Nearne, y luego otro, Josie Watkins. Ahora ya tenían apellido, se habían convertido en identidades completas.

—Así que salen en la lista, pero no había expediente personal de ninguna de ellas —reflexionó Grace—. Me pregunto qué querrá decir todo esto.

Vio que había una pequeña anotación en una docena de nombres, los mismos que aparecían en las fotografías: *NN*.

—¿A qué corresponde?

Mark pasó a la segunda hoja, donde aparecía la leyenda.

—*Nacht und Nebel* —leyó—. Noche y Niebla.

—¿Pero qué significa?

—Era un programa alemán, concebido para hacer desaparecer a la gente, en el sentido más literal. —Cerró la carpeta y se volvió hacia Grace con expresión sombría—. Lo siento, Grace —dijo con amabilidad pasándole el brazo por el hombro—. Pero significa que todas las chicas de las fotografías están muertas.

Trece

Eleanor

Londres, 1944

Lo primero que tendría que haber puesto sobre aviso a Eleanor era la falta de errores.

Estaba sola en su despacho de Norgeby House, dando vueltas y más vueltas al tarjetero rotativo, como si fuera una película que había visto miles de veces. Cada una de aquellas fichas de cartulina contenía los datos de una chica, su información y antecedentes, sus puntos fuertes y débiles, el último paradero conocido. No necesitaba leerlas; se las sabía de memoria. No es que se esforzara por aprenderlas de pe a pa. Sino que en cuanto veía un detalle sobre un agente o recibía una noticia desde Francia, todo quedaba grabado indeleblemente en su memoria.

Eleanor se frotó los ojos y miró su despacho, un término generoso para el antiguo armario de las escobas, un espacio sin ventanas. Era el único espacio disponible, había afirmado el empleado cuando ella se había presentado en la administración de los cuarteles generales con una nota del Director solicitando un espacio para su unidad. A pesar de que dudaba de que fuera cierto, Eleanor no podía demostrarlo y había aceptado aquel espacio en el sótano, donde a duras penas cabía una mesa. El ambiente estaba tan cargado con olor a productos de limpieza que había días que amenazaba con tumbarla. Pero el emplazamiento estaba bien, cerca de la sala de radio desde donde se enviaban y se recibían las transmisiones. El eterno sonido de fondo del teletipo se había convertido en una agradable nana, una melodía que estaba destinada a escuchar incluso en sueños.

O que escucharía, si acaso consiguiese dormir. Eleanor estaba viviendo prácticamente en su pequeño despacho de Norgeby House desde hacía meses, desde que empezó enviar a las chicas a sus destinos, y solo pasaba brevemente por su casa cada pocos días para cambiarse de ropa y asegurarse de que su madre seguía bien. Belle Tottenberg, que se había cambiado el apellido a Trigg después de llegar procedente de Pinsk hacía casi veinticinco años con el fin de encajar mejor en los círculos ingleses, nunca había aprobado el «aburrido trabajillo de oficina» de su hija, según sus propias palabras. Si Eleanor tenía que trabajar, decía a menudo, podía haberlo hecho en Harrods o en Selfridges. Eleanor se había planteado en más de una ocasión contarle lo de las chicas que estaba reclutando y lo mucho que le recordaban a Tatiana. Pero aun en el caso de haber podido compartir aquella información, Eleanor sabía que su madre no lo entendería, porque había enterrado su dolor en un torbellino de té y partidas de cartas, porque había dejado atrás los oscuros años que Eleanor parecía incapaz de superar.

Eleanor se quedaba las veinticuatro horas del día en Norgeby House por decisión propia, y echaba breves cabezadas en su mesa en los intermedios que se producían entre el horario programado de emisión de transmisiones y la hora de recepción de mensajes. No tenía por qué quedarse; las transmisiones, que casi siempre entraban por la noche, le llegarían igualmente a ella por la mañana, después de ser clasificadas y decodificadas. Pero a Eleanor le gustaba estudiar los mensajes a medida que iban entrando y reconocer los patrones de tecleo del texto y la forma de transmitir de las chicas. Al recibir los mensajes en tiempo real era casi como si las chicas estuvieran hablando directamente con ella.

Se levantó de la mesa y se dirigió a la sala de la radio. En el pasillo, dos hombres uniformados charlaban en voz baja. Apartaron la vista a su paso. Los oficiales, que habían dejado muy claro su escepticismo con respecto a su puesto de directora del sector femenino, no se mostraban amigables con ella. Cuando cada mañana entraba en la sala para la reunión informativa había dudas, casi un murmullo. Pero mientras no interfirieran en su trabajo y en su búsqueda de chicas, a ella le daba igual.

Eleanor entró en la sala de la radio. El ambiente estaba cargado, olía a humo de tabaco y a café quemado. Media docena de operadoras, todas mujeres más jóvenes que ella, tecleaban mensajes o trabajaban encorvadas sobre papeles para decodificar las señales eléctricas de los agentes, que se recibían en la estación de transmisiones de Grendon Underwood y desde allí se enviaban a Norgeby House por teletipo. Hadas madrinas, así llamaban los agentes destacados sobre el terreno a las mujeres que trabajaban en los cuarteles generales de Londres. Asignada cada una de ellas a un agente concreto, o a tres o a cinco, esperaban fielmente la llegada de la transmisión como el perro espera la llegada a casa de su amo.

Eleanor estudió la pizarra que ocupaba la pared frontal de la sala y miró por encima los nombres escritos con tiza en busca de los de sus chicas. Las transmisiones por radio estaban programadas dos veces por semana a intervalos regulares, intercambios en los que Londres podía enviar información sobre desembarcos de personal o equipamiento y recibir correspondencia del frente. Podían llegar también con mayor frecuencia, cuando eran cuestiones urgentes, o menor, cuando el operador consideraba que no era seguro transmitir. El nombre de Ruth, a la que habían reclutado de entre los rompecódigos de Bletchley Park, estaba en el programa, y también el de Hannah, que había perdido una criatura en el Blitz.

El nombre de Marie estaba también en la pizarra, indicando que para esta noche se esperaba una transmisión por su parte. Hacía una semana que Marie había llegado a ciegas a una pista de aterrizaje situada al norte de París. Había habido una comunicación inicial de otro aparato de telegrafía de un círculo vecino informando de que Marie había llegado. Pero tres días antes, Marie no había llevado a cabo la primera transmisión programada. Unas horas de retraso en una transmisión no era un hecho excepcional. Los alemanes podían haber aislado su señal y, de ser así, la habrían bloqueado. Pero tres días podían significar algo más.

Eleanor notó que su sensación de pánico iba en aumento, pero luego se esforzó en dejarla en un débil sentimiento de preocupación. Desde un principio había aprendido a no establecer vínculos

emocionales con las chicas. Las conocía personalmente a todas, de dónde venían y su historial, sus puntos fuertes y debilidades. Recordó entonces la primera vez que desplegó a una de las chicas sobre el terreno, una joven escocesa llamada Angie que fue desembarcada en Alsacia-Lorena. En aquel momento, se puso en marcha todo lo que habían planificado y preparado, todos sus planes y su trabajo empezaban a dar sus frutos. Y entonces, la realidad de la situación había caído sobre ella: la chica había dejado de estar bajo su control. Eleanor se había puesto nerviosa, había sido casi víctima de un ataque de pánico y estuvo a punto de cancelar todo. La había abrumado un sentimiento tremendo de proteccionismo. Un instinto maternal, podría haberlo llamado, de haber tenido idea de cómo era eso. Había arrasado con todo lo que había tenido que pasar para poder enviar a aquella chica.

El ejercicio de desplegar a las chicas sobre el terreno no se había vuelto más fácil con el paso del tiempo. Se sentía un poco como su propietaria, estaba comprometida con su bienestar. Por otro lado, conocía bien las estadísticas, las enormes probabilidades de que algunas no sobrevivieran. La realidad práctica era que algunas nunca volverían. Pero el sentimentalismo solo servía para impedirle pensar con normalidad.

—¿Señora? —dijo una de las chicas, una operadora pelirroja, siempre muy seria, llamada Jane. Eleanor levantó la vista de la valija diplomática—. Hay una transmisión. De Marie.

Eleanor se levantó de un brinco y corrió hacia la radio de Jane. Al final de la página aparecía el nombre en clave de Marie, Angel, un nombre que nunca había sido del agrado de Eleanor porque consideraba que denotaba muerte. Había querido cambiarlo, pero con tanto trabajo no había tenido ni tiempo.

—¿Tiene la clave calculada?

Jane asintió y le pasó a Eleanor la hoja de papel que contenía el cifrado que Marie habría utilizado para codificar el mensaje desde su emplazamiento.

Y mientras empezaba a decodificar el mensaje, Eleanor se preguntó si sería confuso, como sucedía a menudo con las transmisiones de las chicas, lo cual podía deberse tanto a interferencias climáticas con las señales de radio como a

circunstancias que obligaran a las operadoras a transmitir con prisas. Pero el mensaje era pulcro y limpio. *En el nido del Cardenal. Huevos a salvo*. Eleanor acarició la hoja con la punta de los dedos, oyendo la voz de Marie en el texto reflejado sobre el papel. «El Cardenal» hacía referencia a Vesper y «huevos» significaba que la radio había llegado intacta.

El texto era normal y corriente, ordinario, indistinto. Podría haberlo escrito cualquiera. La pesadez que imprimía Marie en la primera letra, la marca distintiva de su patrón de tecleo, era más leve de lo habitual.

Eleanor examinó el mensaje en busca de los controles de seguridad de Marie, los errores que había aprendido a incluir y que servían para verificar su identidad. Sabía que el control de seguridad falso de Marie consistía en sustituir con una «p» la letra número treinta y cinco, pero el mensaje no tenía la longitud necesaria. Tampoco contenía una segunda «c» que tendría que haber sustituido por una «k», el control verdadero. Eleanor maldijo para sus adentros al instructor que, en su intento de crear controles de seguridad únicos que no se detectaran con facilidad, se había sofisticado hasta el punto de darle a Marie controles de seguridad imposibles de utilizar en todas las transmisiones.

Eleanor estudió una vez más la hoja. Algo no cuadraba. Se dirigió a Jane.

—¿Qué opina?

Jane leyó una vez el mensaje a través de sus gafas con montura de concha, luego otra.

—No estoy segura —dijo muy despacio, aunque por su expresión Eleanor adivinó que también estaba preocupada.

—¿Es ella? —dijo Eleanor presionándola.

Visualizó a Marie aquella noche en Tangmere. Marie parecía nerviosa, como si tuviera dudas, había visto Eleanor. Aunque todas tenían dudas antes de marchar. ¿Y cómo no iban a tenerlas?

—Parece que sí —respondió Jane con un tono de voz más lleno de esperanza que de seguridad—. El mensaje es muy breve. A lo mejor iba con prisas.

—A lo mejor —repitió Eleanor con escasa convicción.

Aparte del patrón de tecleo algo más leve, no había nada más que sustentara su inquietud. Pero la sentía, de todos modos.

—¿Qué quiere hacer? —preguntó Jane volviendo a su mesa.

En el mejor de los casos, disponían de unos pocos minutos para transmitirle una respuesta a Marie. Eleanor necesitaba que Jane le enviase un mensaje a Marie sobre el aterrizaje de armas que estaba programado para el martes siguiente con el fin de que el círculo de Vesper pudiera organizar un comité de recepción, locales que recibirían las municiones y las almacenarían para los partisanos. Pero si Marie se encontraba en situación comprometida, la información caería en manos equivocadas.

«Tengo que enviarle un mensaje personal», se dijo Eleanor. Alguna cosa que solo pudiera saber Marie. Dudó. El tiempo de emisión era un bien escaso y precioso, y mantener a una operadora transmitiendo más rato del absolutamente necesario era muy arriesgado. Pero necesitaba confirmar que Marie era realmente ella y que todo estaba en orden.

—Dígale que conservo la mariposa.

Era una referencia disimulada al colgante de Marie, el que le había confiscado la noche de su partida. Aunque no estaba segura del todo, intuía que aquel colgante significaba mucho para ella. Algo relacionado con su hija, quizás. Sin duda alguna, el mensaje provocaría una respuesta de tipo personal.

Eleanor contuvo la respiración mientras Jane codificaba y enviaba el mensaje. Pasaron dos minutos, luego tres. Se imaginó a Marie recibéndolo y confiaba en que la chica dijera algo para garantizarles que era ella. Entró el mensaje: *Gracias por la información*. Ningún tipo de reconocimiento de aquella referencia personal, nada que confirmara que en realidad era Marie. El corazón de Eleanor dio un vuelco.

Pero el patrón de tecleo era conocido, más fuerte en la primera letra, como el de Marie.

—Esta vez parece ella, ¿verdad? —dijo Jane buscando confirmación.

—Sí —replicó Eleanor.

Durante la formación, se le había repetido a Marie una y otra vez que no hablara sobre sí misma ni sobre sus antecedentes, que

no transmitiera información personal. Tal vez, al replicar de forma genérica al mensaje de Eleanor, estuviera simplemente acatando órdenes.

—¿Qué hacemos?

Jane levantó la vista y miró a Eleanor con incertidumbre, preguntándole sin palabras si debían transmitir o no la información sobre la próxima entrega de armas.

Eleanor dudó. Había entrenado a las chicas, las había apoyado con todo lo que tenían. Y ahora se estaba mostrando extremadamente cautelosa, lo cual no era típico de ella. Tenía que creer que las chicas estaban a la altura de su trabajo y que tomarían las decisiones correctas. De lo contrario, nada de todo aquello funcionaría y el castillo entero se derrumbaría.

Tenía que tomar la decisión. Miró fijamente la radio, como si por allí fuera a ser capaz de escuchar la voz de Marie y saber que era ella. Pensó que, a pesar de las dificultades que había exhibido Marie durante su periodo de formación en Arisaig House, era una chica fuerte e inteligente y que había crecido para saber afrontar los retos que encontraría sobre el terreno. De lo contrario, jamás la habría enviado a un territorio tan peligroso. Ahora tenía que confiar en que Marie no permitiría jamás que a su equipo de telegrafía sin hilos le pasara algo malo. Y detener ahora la transmisión significaría retrasar las operaciones. Era esto o nada.

Levantó la barbilla en un gesto desafiante.

—Envíelo —le ordenó a Jane.

Y abandonó la sala.

Catorce

Marie

Francia, 1944

Marie estaba sola en su buhardilla, esperando a que pasaran las horas para empezar a transmitir e intentando no pensar en el alemán que había al otro lado de la pared.

Había pasado casi una semana desde que Julian la había dejado en Rosny-sur-Seine. No había vuelto a aparecer por allí y Marie se preguntaba dónde habría ido después de marcharse. El minúsculo piso era bastante agradable, con dos ventanitas, una mirando la calle y la segunda hacia la parte posterior, hacia el canal. La luz de última hora de la tarde se filtraba ahora por esta última, creando graciosas formas que bailaban por encima de la raída colcha que cubría la cama.

Había resultado que los alemanes no solo frecuentaban la cafetería de abajo. Sino que además estaban alojados en el mismo edificio, incluso en el piso adyacente, que ocupaba la otra mitad del piso superior, y en los de debajo. Cuando Marie se enteró de eso, en el transcurso de una visita al baño a las tantas de la noche, había pensado que Julian estaba loco. O que tal vez le traía sin cuidado que la pillaran. Pero había acabado entendiendo que era el piso franco perfecto, pues sus enemigos jamás se esperarían un escondite tan próximo a ellos. Y en el fondo, era un placer transmitir, literalmente, delante de las mismas narices de los alemanes.

Marie miró el reloj. Las cinco y cuarto. Casi la hora de transmitir el mensaje que le había entregado antes un mensajero al que no conocía. Lo más duro eran las esperas, una parte que durante la formación nadie le había explicado. Esperaba a diario instrucciones

para transmitir. Por las noches escuchaba la radio, confiando en que la emisión de la BBC pudiera incluir en la sección final de «mensajes personales» algo que indicara la llegada de un agente o anunciara de forma secreta que la invasión estaba a punto de producirse. Había salido del piso solo el martes, para ir al mercado que se instalaba en la plaza, y luego otra vez para ir a la pastelería, pequeños recados para que la gente del pueblo no hiciera comentarios sobre aquella desconocida que vivía encerrada en un apartamento de Rue Anton. Había salido tan poco que, con la excepción de algún encuentro breve con la casera, ni siquiera había tenido necesidad de utilizar su alias ni su identidad secreta. Contemplando por la ventana los prados bañados por la cálida luz de la tarde, pensó con añoranza en Tess y deseó que el tiempo fuera igual de bueno en Anglia Oriental, para que su hija pudiera aprovechar los días cada vez más largos y jugar al aire libre después de cenar. Si al menos le hubieran permitido llevarse una foto de Tess con ella. La imagen de la niña seguía viva en su cabeza, aunque lo más probable era que hubiera cambiado un montón desde la última vez que la vio.

Acercó la silla a la mesita de la esquina, donde tenía instalada la radio, camuflada toscamente como un gramófono, con una tapa que servía para esconder de forma rápida el aparato. Sacó del sobre el papelito que el mensajero le había entregado escrito de la mano de Vesper, una caligrafía que ahora ya conocía. Primero tenía que poner el mensaje en clave. Palpó el forro del zapato para encontrar la clave calculada, un retal de seda con el código. El mensaje no se entendía en absoluto y estaba repleto de términos crípticos y mensajes que solo tenían sentido para Vesper y, era de esperar, para quienquiera que lo recibiera en Norgeby House. Se preguntó si Eleanor estaría allí. Marie leyó varias veces el mensaje en clave que estaba a punto de transmitir para asegurarse de que lo había escrito bien. Quemó entonces el mensaje original, sin codificar, con la vela que tenía en la mesa y tiró el último trocito para no chamuscarse los dedos.

A continuación, buscó en el compartimento de piezas el cristal que le permitiría transmitir en la frecuencia adecuada. Después de insertarlo, empezó a teclear el mensaje que acababa de poner en

clave. La llave telegráfica sonaba bajo sus dedos con complaciente determinación. Tecleaba en la radio con habilidad y destreza. Durante el poco tiempo que llevaba desplegada sobre el terreno, había apreciado su propia mejora; era como cuando aprendes en clase un idioma extranjero y adquieres más fluidez cuando viajas al país. Era capaz de componer un mensaje con rapidez y sin desperdiciar ni una sola palabra.

De pronto, se oyeron risotadas y canciones, lo que la obligó a parar. Se levantó para acercarse a la ventana posterior del piso. El sonido no procedía del exterior, sino de la cafetería. Pero por la ventana vio que el cable que servía de antena y que había colocado con cuidado la noche posterior a su llegada se había desprendido de las ramas donde lo había colgado. Sin la colocación adecuada, tendría problemas para enviar la señal. Abrió la ventana y sacó el brazo.

Pero de pronto se quedó inmóvil. En el balcón de la habitación de abajo había un soldado alemán que la observaba con gran interés.

Marie consiguió esbozar una sonrisa y lo saludó con la mano como si simplemente estuviera colgando la colada.

—*Bonsoir* —dijo intentando parecer alegre.

Retiró el brazo y cerró la ventana con manos temblorosas.

Tendría que dejar de teclear, lo sabía. No le había dado la sensación de que el alemán sospechara nada, pero cabía la posibilidad de que informara de inmediato de lo que acababa de ver. Por otro lado, tenía que enviar aquel mensaje y casi había terminado. Tecleó con furia y paró al darse cuenta de que el sonido del latido de su corazón superaba el de las teclas. Cubrió la radio para camuflarla como un gramófono y confió en que no fuera demasiado tarde.

Oyó pasos en la escalera. Subía alguien. ¿Habrían detectado la transmisión? «Destruye la radio y, si te resulta imposible, destruye al menos los cristales». Rememoró rápidamente las instrucciones que había recibido durante su formación, pero se descubrió incapaz de seguirlas. Permaneció sentada, inmóvil, como un animal hipnotizado por los faros de un coche.

Los pasos subieron de volumen. ¿Echarían la puerta abajo o llamarían, obligándola a abrir? Acercó la mano al colgante que contenía la cápsula de cianuro. «Mastícala rápidamente», le había dicho Eleanor. La imagen de Tess apareció en su cabeza, huérfana con solo cinco años. El sentimiento de culpabilidad que había enterrado durante todos aquellos meses emergió de pronto a la superficie. Era madre de una niña que la necesitaba y que pagaría el precio de sus actos si algo le acababa pasando. Estar allí era una irresponsabilidad.

Los pasos se detuvieron frente a la puerta. Marie contó: «Siete, ocho, nueve». Llamaron.

Miró desesperadamente por encima del hombro, deseosa de que hubiera alguna manera de escapar de allí. Pero esconderse en aquel piso minúsculo era imposible. La llamada se repitió. A regañadientes, se acercó a la puerta y abrió.

Se llevó una sorpresa al encontrarse con Will, el piloto.

—Me has dado un susto de muerte —dijo Marie.

Estaba muy serio.

—Pues acaba pronto de transmitir. Se te oía teclear desde abajo, en la entrada. —Su acento irlandés sonaba más pronunciado, con las erres muy potentes—. No nos harás ningún bien si te pillan. —Pero entonces la mirada de sus ojos castaños se suavizó—. ¿Qué tal estás?

«Aburrida, sola y rodeada de alemanes», le habría gustado responder. Pero le parecía una tontería quejarse de eso.

—¿Qué haces aquí? —dijo, en cambio, cuando su miedo empezó a disiparse—. No tengo programado volver a transmitir hasta el martes.

—No he venido a traerte ningún mensaje.

—¿Y entonces para qué has venido?

—Julian necesita tu ayuda.

Aguzó el oído.

—¿Para hacerle de nuevo de traductora?

Will hizo un gesto negativo.

—Para otra cosa.

Recordando su misión fallida con Julian y el librero, se puso nerviosa.

—¿Qué quiere?

—Ya basta de preguntas —dijo Will—. Vamos.

Marie se puso apresuradamente el abrigo y el sombrero y cogió el bolso. Pero no pudo resistir la tentación de formular una pregunta más.

—Si Julian me necesita, ¿por qué no ha venido personalmente a buscarme?

—Porque no era seguro.

«No era seguro». Empezó a preocuparse al pensar en qué podía haber pasado. Como líder de la Sección F, Julian era uno de los objetivos más visibles del norte de Francia. Los alemanes no se andarían con chiquitas con tal de capturarlo. Los peligros del exterior eran más reales que nunca. De pronto, estar allí encerrada y aburrida no le parecía lo peor del mundo.

Will empezó a bajar la escalera por delante de Marie y la guio hasta un Peugeot aparcado junto a la acera. Le abrió la puerta.

—Entra.

Las tiendas ya estaban cerrando. El librero, que estaba bajando la persiana, levantó la vista pero no la reconoció. La cafetería de debajo del piso empezaba a llenarse y los alemanes se apiñaban junto a la barra y las mesas. Confiaba en que no la vieran.

Will puso el coche en marcha y se alejó del pueblo sin decir palabra. Marie lo estudió por el rabillo del ojo.

—Julian dice que eres el oficial de transporte aéreo.

Will rio entre dientes.

—Un título muy rimbombante para lo que hago.

Pero Marie sabía que hacía un trabajo inmenso. Era el jefe del Escuadrón de la Luna, el pequeño y heterogéneo grupo de pilotos que, junto con la RAF, se encargaba de depositar personas y objetos en la Francia ocupada. Controlaba la llegada de los vuelos y su lugar de aterrizaje, quien iba a bordo y quien se marchaba luego con ellos. Y gestionaba prácticamente todo el correo que se movía entre la Sección F y Londres.

—Mi primo exagera —añadió.

—Me dijo Josie que sois familia.

—Nos criamos como hermanos en la granja de la familia de Julian, en Cornwall —le explicó—. Mi madre era madre soltera.

—«Como yo», pensó Marie, aunque no estaba preparada para contarle tantas cosas de su vida a Will—. Me dejaba largas temporadas con su hermana porque tenía que trabajar. Y murió de gripe cuando yo tenía once años. —Will hablaba con facilidad, nada que ver con la conducta hermética que en teoría debían tener los agentes con formación—. De modo que sí, Julian y yo nos criamos juntos. Y ahora solo nos tenemos el uno al otro.

—¿No tenéis familia en casa?

Will negó con la cabeza.

—Yo siempre he estado solo. Y Julian podría decirse que tiene a todo el mundo o no tiene a nadie. Pero estuvo casado —comentó desviando la atención de su persona. Se puso serio—. Su esposa y sus hijos iban a bordo de un barco de pasajeros, el *Athenia*, que fue torpedeado por los alemanes. No hubo supervivientes.

—Dios mío —dijo Marie.

No tenía ni idea de que Julian estuviera escondiendo ese dolor debajo de su intensidad y su concentración. Le asombraba que siguiera todavía con vida. Pensó en Tess sintiendo una punzada en el corazón. Si a su hija le pasara algo, no viviría para ver salir el sol al día siguiente.

—De modo que ahora solo estamos él y yo, y haría cualquier cosa por Julian. Por mucho que a veces esté rotundamente equivocado.

—¿Te refieres a lo de poner sobre aviso a los locales? —preguntó recordando el desacuerdo que había tenido con Julian la mañana de su llegada.

Asintió.

—Ha salido gente de todos los rincones de Francia dispuesta a ayudarnos. El tintorero, que utiliza sus disolventes para hacer documentos falsos. El propietario de un burdel de Rue Malebranche, en París, que nos esconde cuando nadie lo haría. Y los *maquisards*. Esa gente podría pagar con su vida por hacer lo que está haciendo. Se merecen saber lo que puede ocurrir para así intentar protegerse, tanto a ellos como a sus familias.

Paró delante de la pequeña estación donde Julian y ella habían recogido la bicicleta la mañana de su llegada.

—Vuelves a dejarme —dijo Marie.

Will sonrió.

—Por lo visto, es mi papel en esta vida. —Quizás llegaría el día en que la dejara en su casa. Un pensamiento demasiado atrevido como para pronunciarlo en voz alta—. Tu tren llegará en diez minutos.

—¿Mi tren? —Sintió cierta decepción. Cuando Will le había dicho que Julian la necesitaba, había pensado que lo vería y que irían juntos a alguna parte—. No entiendo nada. ¿Dónde tengo que ir? ¿Y dónde está Julian?

—Se reunirá contigo después —dijo Will.

«¿Después de qué?», se preguntó Marie. Pero sin que le diera tiempo a responder, Will sacó un papel.

—Memoriza esta dirección.

Marie la leyó: *273 Rue Hermel, Montmartre*. Lo miró con incredulidad.

—¿Montmartre?

—Sí. Me ha dicho Julian que te diga que ya va siendo hora de que conozcas París.

Tres horas más tarde, Marie salía de la estación de metro de Clignancourt y pisaba la empinada calle de Montmartre. Lloviznaba y el pavimento húmedo brillaba a la luz de la luna. La cúpula blanca de la basílica del Sacré Coeur se vislumbraba en dirección sur, desafiante y resplandeciente en contraste con el cielo nocturno. De las alcantarillas salían olores desagradables.

Había seguido las instrucciones de Will y había cogido el tren hasta la Gare du Nord y luego había ido desde la estación de tren hasta el barrio del norte de París, un laberinto de callejuelas adoquinadas, estrechas y serpenteantes, flanqueadas por animadas cafeterías y galerías de arte.

Tenía que ir a la dirección que había memorizado, le había dicho Will, y allí preguntar por Andreas. Coger el paquete que el tal Andreas le entregara y luego reunirse con Julian en la Gare Saint-Lazare antes del último tren de las once. «El paquete es tremendamente crítico para la misión», le había dicho. ¿Qué diablos se le habría pasado por la cabeza a Julian para enviarla a ella, una operadora de radio sin experiencia alguna como mensajera que

llevaba en el país una sola semana? «La dirección es una cafetería y habrá una jaula con un canario junto a la ventana. Si no ves el pájaro en la jaula, significará que no es seguro que entres».

La dirección que le había dado Will era la de una casa adosada en una callejuela empinada con una cafetería en la planta baja. *L'ambassadeur*, podía leerse en el rótulo de madera con nudos que sobresalía en la fachada por debajo de un toldo a rayas. Buscó la jaula y no la encontró. Cayó presa del pánico. La jaula vacía significaba que no era seguro entrar, le había dicho Will. Pero no le había dicho qué hacer si ni siquiera estaba la jaula.

Viendo que no le quedaba otra elección, Marie entró en la cafetería. Estaba casi vacía, con la excepción de un grupo de hombres jugando a las cartas al fondo del local. La legendaria cantante Marie Dubas entonaba *Mon Légionnaire* desde un gramófono invisible. Detrás de la barra con fondo de espejo, un hombre con delantal blanco secaba copas. No levantó la vista. ¿Y ahora qué?

Tomó asiento en una de las mesas y dejó los guantes encima del periódico, con los dedos mirando hacia fuera, una señal de la resistencia que había aprendido durante su formación. Unos minutos después se acercó un camarero y le dejó la carta delante. Marie dudó, confusa. Will no había mencionado nada sobre esta parte del plan. Abrió la carta y en el interior encontró una pequeña llave maestra. Miró al camarero. El hombre ladeó levemente la cabeza hacia la parte posterior del restaurante.

Era evidente que quería que fuera hacia allí. ¿Y entonces qué? Guardó la llave en el interior de la mano, se levantó y echó a andar nerviosa, pasando por delante de los hombres que jugaban a las cartas. Uno de ellos levantó la vista y Marie contuvo la respiración, esperando que dijera algo. Pero el hombre simplemente estaba mirándola, evaluándola como siempre parecían hacer los franceses. Sin mirarlo a los ojos, siguió andando por el corto pasillo y pasó de largo la cocina y los baños. Se encontró en un almacén con una escalera estrecha al fondo. No podía más de nervios. ¿Sería todo aquello una trampa? Miró hacia atrás, por encima del hombro, pero no vio al camarero que la había enviado hacia allí.

Se armó de valor y subió la escalera. La puerta del fondo estaba cerrada. Introdujo la llave que le había pasado el camarero. Encajó sin problema en la cerradura, la giró pero no funcionaba. Finalmente lo consiguió y empujó la puerta para abrirla.

Al otro lado había una habitación estrecha, casi totalmente a oscuras, una buhardilla o algún tipo de almacén. Al fondo, un anciano estaba sentado bajo una solitaria luz de oficina, con la cabeza agachada bajo una visera. El humo de un cigarrillo se izaba en vertical por encima de él. ¿Por qué no la habría hecho entrar sin necesidad de llave?

Al acercarse vio que estaba trabajando en algún artilugio, conectando cables meticulosamente. Ignoró su presencia y Marie se preguntó si debería decirle algo. En la formación le habían dicho que no facilitara nunca su identidad falsa a menos que se lo pidieran. Pasó un minuto, luego otro. Finalmente, el hombre levantó la cabeza.

—Súbase la blusa.

—¿Perdón? —replicó Marie indignada.

El hombre sacó un paquete envuelto en papel marrón del tamaño de un sobre y de un par de centímetros de grosor. Sacó entonces un rollo de cinta aislante.

—Tengo que fijarle esto. —Marie levantó los brazos y se subió la blusa. Apartó entonces la cabeza, abochornada por verse en una situación tan poco digna. Pero el hombre era un profesional y trató en todo momento de no tocar más de lo necesario mientras le adhería el paquete al cuerpo—. Sobre todo tenga en cuenta que tendrá que moverse muy lentamente —dijo—. No permita que se moje o no funcionará. Y por lo que más quiera, no tropiece.

—¿Por qué?

—Porque se mataría usted y todo el que estuviera a su alrededor. El paquete contiene TNT.

Marie se quedó helada y recordó de la época de formación en Arisaig House lo fácil que era que se produjera una detonación. Habían corrido rumores acerca de un agente en formación que había tenido un descuido y había perdido un dedo. Julian no iba a pretender que transportara dinamita encima y la sacara así de París.

El hombre le dio una larga calada al cigarrillo, por mucho que fumar no fuera muy adecuado con explosivos de por medio.

—Váyase —dijo despidiéndola.

A lo lejos, un reloj dio las diez. Tenía que marcharse ahora mismo si quería reunirse a tiempo con Julian y salir de la ciudad antes del toque de queda.

Conteniendo la respiración, dio un paso, luego otro, caminando marcha atrás como si estuviera alejándose de un animal peligroso. Empezó a bajar la escalera, con la terrible sensación de que cada paso iba a ser el último que daba. Se obligó a caminar con normalidad por la cafetería y por delante de aquellos hombres. El sudor le bañaba el cuerpo e intentó no pensar en qué pasaría si el TNT se humedecía.

Al salir a la calle, tropezó y estuvo a punto de caer de bruces. Se preparó para la explosión que iba a ser su final. Pero el paquete se mantuvo en su sitio.

Treinta minutos más tarde, llegaba a la entrada de la Gare Saint-Lazare. El recorrido con el peligroso paquete que no se atrevía ni a mover ni a soltar le había llevado más tiempo del previsto. Incluso a aquellas horas de la noche, la estación estaba atestada de gente, familias con niños dormidos y montones de maletas, soldados que se abrían paso entre la muchedumbre dándose importancia. Marie consultó el tablón de horarios y vio que el siguiente tren de regreso salía en quince minutos del andén número ocho. Se dirigió hacia allí.

Examinó con la mirada el gentío en busca de Julian, ansiosa por entregarle el paquete y acabar con el tema. Lo divisó por fin, unos veinte metros por delante de ella, esperándola en el andén. Marie levantó la mano para llamar su atención. La miró a los ojos, pero no sonrió. Su cara seguía siendo muy seria. Y entonces Marie entendió por qué: entre ellos estaba la policía francesa, inspeccionando uno a uno a todos los pasajeros que se acercaban al andén.

Cayó presa del pánico. Detrás de ella había un montón de pasajeros formando una cola desigual para llegar hasta la policía. No podía apartarse de la cola sin llamar la atención. Pero el paquete era voluminoso, imposible de esconder o camuflar si decidían

palparle el vientre. Vio de refilón una papelera y deseó poder dejarlo allí. O quizás en los lavabos. Pero la cola iba avanzando y estaba a punto de llegar al control. No había manera de retirar aquel TNT de su cuerpo. Llegó al control.

—Documentación —le ordenó un policía, y ella se demoró, sabiendo que sería incapaz de desabotonarse el abrigo y acceder al bolso sin revelar la presencia del paquete. Los viajeros que esperaban detrás empezaron a quejarse por el retraso—. ¡Apártese de la cola! —gritó el policía, perdiendo la paciencia.

La remitió a otro agente que estaba llevando a cabo inspecciones más concienzudas.

—¿Los servicios? —preguntó con desesperación, esperando que el segundo agente se negara a responderle—. *Les regles* —dijo señalando hacia la parte inferior de su cuerpo y utilizando el término francés que hacía referencia al periodo menstrual.

Confiaba en que aquella palabra tan clara le sirviera al menos para evitar el cacheo. El agente puso cara de espanto y le señaló rápidamente los servicios de señoras. Una vez dentro, Marie se subió la blusa, consciente de que disponía solo de unos segundos para permanecer allí encerrada sin llamar la atención. Tiró con cuidado del sobre del TNT para separarlo de su cuerpo, reprimiendo las ganas de gritar cuando el adhesivo le arrancó la piel, haciéndola sangrar. Por un instante se planteó la posibilidad de dejar el paquete en el lavabo y no arriesgarse a que la sorprendieran con él. Pero Will había dicho que era crítico para la misión. De modo que lo colocó en el compartimento secreto del fondo del bolso, presionando con cuidado los laterales para que encajara bien.

Salió de los servicios y se reincorporó a la cola del control. Sabía que tenía los ojos de Julian clavados en ella. Minutos después, le tocó el turno. El agente de policía se dispuso a cachearla y Marie se esforzó por no recular. Resistirse solo serviría para empeorar las cosas. Notó las manos de aquel hombre en su cuerpo, en lugares donde nunca deberían haber estado, y empezó a recordar pesadillas de su infancia, peores que las patadas y los bofetones, que creyó haber enterrado para siempre. Apretó los dientes, obligándose a no sentir aquel contacto frío e invasivo que le

estaba robando su persona. Pero daba igual, se dijo, mientras con ello consiguiera que no abriera el bolso.

Julian observaba la agresión desde el otro lado del control. Bullía de rabia y tenía los puños cerrados con fuerza. Vio que palpaba la pistola. Marie le suplicó con la mirada que permaneciese inmóvil y no reaccionara. De hacerlo, acabaría con la misión y serían los dos arrestados o cualquier cosa peor.

Después de lo que le pareció una eternidad, el policía retiró sus manos mugrientas de su cuerpo. Abrió el bolso e inspeccionó el compartimento principal. Buscaba concienzudamente, con determinación. Seguro que no tardaría en encontrar el paquete escondido.

—¡Cariño! —exclamó Julian, adelantándose sin darle tiempo al policía de impedirlo y colocándose entre el agente y Marie—. Mi esposa está embarazada —dijo, rompiendo la regla que se había impuesto de no utilizar su penoso francés.

Consiguió pronunciar cuatro palabras, pero con un acento espantoso. Marie se quedó helada. Hacía apenas un segundo le había dicho al agente que tenía el periodo; Julian no lo había oído y su relato entraba en directa contradicción con el de ella. El policía se daría enseguida cuenta de la mentira.

—Me encuentro mal —dijo Marie interrumpiéndolo y doblándose de dolor.

El policía se apartó.

—¡Márchense! —ordenó.

Julian le enseñó su documentación mientras guiaba a Marie hacia el otro lado de la reja.

—Sigue andando —murmuró Julian, y así lo hizo ella, sin volver la vista atrás, aterrada pensando que en cualquier momento volverían a pararlos.

Ya a bordo del tren, Julian la ayudó a instalarse en su asiento y la rodeó con el brazo, en un gesto protector. El corazón de Marie latía con tanta fuerza que se preguntó si Julian lo notaría a través de la parte posterior del vestido. Contuvo la respiración, esperando que el policía entrara en cualquier momento en el vagón dispuesto a arrestarlos. El tren siguió sin moverse una eternidad, mientras Marie rezaba para que se pusiera de una vez por todas en marcha. Por fin,

empezó a serpentear con dolorosa lentitud para salir. Y los dos permanecieron inmóviles hasta que la estación quedó atrás.

En el tren no había luces y cuando París se fue quedando atrás, la oscuridad del campo envolvió el vagón. Marie miró a Julian, cuyo rostro tan solo era visible gracias a la luz de la luna. Él estaba mirándola. Sus ojos transmitían una combinación de preocupación y alivio, y tal vez algo más, aunque Marie pensó que serían imaginaciones suyas. Lo miró a los ojos y le sostuvo la mirada. Deseaba desesperadamente hablar con él, pero ninguno de los dos se atrevía a hablar en inglés. Finalmente, cuando Marie ya no pudo aguantar más, dejó de mirarlo y apartó la vista. Él siguió rodeándola con el brazo y ella descansó la cabeza en su hombro.

Eran casi las dos de la mañana cuando el tren se detuvo en la estación donde Will la había dejado antes. El coche que conducía Will estaba allí y Julian localizó enseguida el lugar donde su primo había escondido la llave. Condujo con destreza por las carreteras oscuras hasta llegar al pueblo. Los dos seguían sin hablar, como si aún tuvieran miedo de que alguien pudiera oírlos.

Llegaron por fin al piso de Marie.

—Gracias a Dios. Pensé que estábamos acabados —dijo Julian en voz baja, consciente de la proximidad de los alemanes.

—¿Por haber decidido ponerme una bomba en la cintura sin ni siquiera decírmelo? —replicó Marie, viendo que su sensación de alivio se transformaba rápidamente en enfado.

Sacó el paquete de TNT del compartimento del fondo del bolso y se lo entregó a Julian.

—Temía que si te lo decía habrías tenido miedo y te habrías negado a hacerlo. Pero lo has hecho de maravilla.

Los elogios de poco servían.

—No soy una niña. Si mi vida está en juego, lo mínimo que me merezco es saber por qué.

—Lo siento —dijo Julian levantando las manos—. Nunca más, ¿vale? Y ahora, deja que te lo explique todo. Tenemos que volar un puente al sur de Mantes-la-Jolie —dijo en voz baja. Marie comprendió que se había ganado su confianza y que por fin iba a desvelarle todo el alcance del plan. Julian sacó un mapa del interior de su chaqueta y lo extendió sobre la mesa—. El puente está aquí.

—Señaló la estrecha franja que indicaba el río—. Es un punto de tránsito crítico para los tanques alemanes y destruirlo perjudicará mucho su capacidad para fortificar sus defensas en Normandía. Pero no podemos hacerlo demasiado pronto porque si no tendrían tiempo para repararlo. —Encontrar el momento adecuado, al parecer, lo era todo—. Por eso estamos reuniendo explosivos. Los que has recogido tú esta noche no son más que una parte de la docena de paquetes iguales que necesitamos. Todo el trabajo que hemos hecho hasta la fecha, todo nuestro esfuerzo de armamento y sabotaje, no es nada en comparación con esta misión.

—¿En qué sentido?

—En el de la magnitud de la operación, en los efectos que potencialmente puede tener... y en su peligro. En cuanto explote el puente, si conseguimos que explote, ya no podremos seguir escondiéndonos entre las sombras.

—¿Y qué pasará después? —Julian ladeó la cabeza, como si no hubiera entendido la pregunta—. Si salimos de las sombras, si se nos ve, ¿cómo vamos a seguir haciendo nuestro trabajo? ¿Se habrá acabado?

—Esto nunca se acaba —respondió Julian con firmeza, aplastando las esperanzas de Marie—. Trataremos pasar inadvertidos durante unas semanas, nos iremos y nos esconderemos en pisos francos alejados de esta región. Cambiaremos nuestra base de operaciones a otras localizaciones.

Marie pensó que su tenacidad y su determinación eran de admirar.

—Pero esto no puede prolongarse eternamente —dijo con suavidad.

—No, por supuesto que no —replicó con rapidez Julian—. Nadie puede estar eternamente ahí fuera. —Marie se preguntó si de verdad Julian creía sus propias palabras—. Pero si nos cogen, hay montones de personas más que ocuparán nuestro lugar.

—¿Y cuándo habrá acabado todo esto?

—Cuando hayamos ganado esta guerra —dijo Julian con expresión de determinación, dejando claro que en su cabeza no cabía otra alternativa.

—Podría haberme matado —dijo Marie recuperando su enfado.

—Eso formaba parte del trato cuando te alistaste, ¿no? —Marie se mordió el labio, teniendo la sensación de que Julian se equivocaba, pero sin estar del todo segura de en qué—. Este tipo de TNT es especialmente estable —añadió.

—Pues podrías habérmelo dicho antes —dijo Marie relajándose un poco.

—Lo sé, y lo siento. Pero bueno, el caso es que enviarte allí me ha dado la oportunidad de verte de nuevo —dijo Julian.

Aquella muestra repentina de cariño la pilló desprevenida. Inesperadamente, se sentía también atraída hacia él. Mirando a Julian, cayó en la cuenta de que lo había echado de menos durante todos los días que habían transcurrido desde su encuentro, lo cual le parecía extraño, teniendo en cuenta que de entrada no le había gustado en absoluto.

—En la estación he tenido un golpe de suerte al superar la cola justo antes de que empezaran los controles —comentó Julian cambiando bruscamente de tema—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Le he dicho que estaba con el periodo —reconoció con incomodidad—. Me lo enseñó Josie durante la formación. Dijo que Eleanor le había comentado que la forma más segura de conseguir que un hombre te dejara en paz, era mencionarle esa época del mes.

—Muy inteligente —replicó Julian con un tono de admiración impregnado en su voz—. He ido hablar bastante sobre Eleanor. Tiene que ser muy buena en su trabajo.

—Sí. Reclutó a Josie, y también a mí. Es muy seria. No gusta a todas las chicas, la verdad.

—¿Y a ti?

—Supongo que la admiro. Me seleccionó y quiero que piense que he estado a la altura de mi misión.

Marie se quitó el abrigo y lo colgó en la percha.

—Estás sangrando —dijo Julian acercándose.

Marie bajó la vista y vio una mancha roja en la blusa.

—Es de cuando me he arrancado el paquete —dijo.

Julian fue al lavabo, mojó un paño y se acercó a ella.

—Esto hay que limpiarlo. ¿Puedo? —Marie asintió, se levantó un poco la blusa y giró la cabeza hacia el otro lado. Julian le limpió

la herida con ternura y los golpecitos que le dio llenaron de calor, casi de fuego, la piel de ella—. Habría que vendarlo —dijo con preocupación—. De lo contrario, podría infectarse.

Marie se dio cuenta de que las manos le temblaban más que nunca.

—Esos temblores...

—Empeoran cuando estoy cansado —le explicó.

—Pues descansa.

—Eso es más fácil de decir que de hacer. —Julian hizo un gesto negativo—. Tendría que irme.

—Quédate aquí a descansar —dijo Marie, con una firmeza que esperaba que sirviera para impedir cualquier tipo de discusión contraria a su sugerencia.

Pero no fue así.

—Tengo que irme —insistió—. Tengo que estar en la pista de aterrizaje al amanecer.

Marie se preguntó por qué. No había habido transmisiones de radio que avisaran de una llegada. Pero no quería fatigarlo con más preguntas.

—Faltan aún varias horas. Ahora duerme —dijo muy seria, y le señaló la cama.

Julian sonrió.

—Sí, madame. —Pero se sentó en la silla que había al lado de la cama, recostándose y apoyando la cabeza en la pared—. Solo un rato.

—Si estás muerto de agotamiento no vas a servir para nada. —Lo dijo como una broma, pero las palabras quedaron flotando entre ellos; estaban demasiado próximas a la verdad. La muerte, fuera por una gripe o por ser capturado por los alemanes, los seguía en todo momento a escasos pasos de distancia, los perseguía. Le ofreció una manta—. Me temo que es lo único que tengo.

Julian la rechazó con un gesto.

—He dormido en lugares mucho peores, te lo aseguro. En botes de remos y en camas húmedas. Una vez, incluso dormí en una alcantarilla. La noche pasada estuve en un granero en medio del campo.

Marie apagó la lámpara y se tumbó en la cama. Ansiaba poder bañarse y sacarse de encima todos los recuerdos de aquel día, pero no se atrevía a hacer correr el agua a aquellas horas y llamar con ello la atención de los alemanes alojados en la casa. Permanecieron sin decir nada unos segundos.

—¿No te cansas de esto? —preguntó—. ¿De tanto ir siempre de un lado a otro?

—No me importa demasiado, la verdad. No tengo ningún lugar al que pueda calificar de hogar —dijo con una tristeza inequívoca en la voz.

—Will me contó lo de tu familia —dijo esperando que no se ofendiera—. Lo siento mucho.

—Conocí a Reba con dieciséis años. Nunca he amado a otra mujer. Fui yo quien los hizo subir a bordo de aquel barco —dijo con seriedad—. Estaban viviendo en Guernsey. Con el trabajo que yo estaba haciendo, pensé que sería mejor sacarlos de Europa. Así que lo arreglé todo para que se fueran a vivir a Canadá con la hermana de Reba. Y allí se dirigían cuando el barco fue hundido. Los envié a la muerte.

—No puedes culparte por lo sucedido. Estabas velando por su seguridad.

—Eso al final carece de importancia, ¿no te parece? Están muertos, tan muertos como si hubieran acabado en un campo de concentración. Me gusta imaginar que al final estuvieron todos juntos, Reba abrazando a los niños. Pero nunca lo sabré con seguridad. —Marie intentó encontrar algo que decir, pero fue incapaz. Julian carraspeó—. ¿Y tú? ¿Qué piensa tu marido de que te alistases en esto?

—No estoy casada —replicó—. Es decir, sé que en los registros consta que lo estoy, pero la verdad es que mi marido no está desaparecido en combate. Me abandonó hace cinco años, justo después de que naciera Tess, nuestra hija.

Se quedó mirándolo en la penumbra, para ver si se había enfadado por su mentira.

—¿La has criado tú sola? —preguntó Julian. Marie asintió—. Entonces, esta misión tendría que ser pan comido para ti.

Por primera vez desde que se conocían, Marie captó un tono de humor en su voz. Julian extendió el brazo y le cogió la mano.

—Tu hija estará muy orgullosa de ti cuando tenga edad suficiente para entenderlo todo.

Le entrelazó los dedos y dejó la mano así. Julian echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. El ritmo de su respiración se volvió regular. Viéndolo descansar, con la expresión tranquila y serena, Marie se llenó de ternura. Se quedó sorprendida. No podía albergar sentimientos hacia él. Hacía mucho tiempo que había decidido enterrar aquella parte de ella, cuando Richard la abandonó. Y había pasado años encerrada en sí misma para evitar que aquello volviera a sucederle jamás. Pero acostada al lado de Julian, a oscuras y con las manos entrelazadas, supo que lo que estaba sintiendo era innegablemente real.

Recordó cómo la había mirado Julian con cariño en el tren. Sería solo por la soledad, se dijo, por las semanas y los meses que había pasado sin parar. No podía ser otra cosa. Josie había bromeado en su día diciendo que «siempre acababan pasando cosas sobre el terreno». Aunque no se referiría a Julian, seguro. Él solo pensaba en su misión. Y jamás permitiría que nada se interfiriera en eso.

Y tampoco ella, pensó Marie adormilada. Estaba allí para hacer su trabajo y luego volver con Tess. No podía permitirse que nada ni nadie se metiera de por medio. Se planteó separar la mano de la de Julian, pero decidió no hacerlo. Y acunada por la calidez de aquel contacto, acabó durmiéndose.

Al cabo de un rato, abrió los ojos. El cielo, al otro lado de la ventana, estaba pasando de gris a rosado. Se sentó en la cama, maldiciéndose por haberse quedado dormida cuando Julian le había dicho que tenía que irse antes del amanecer. Se preguntó si él también habría dormido más de la cuenta. Pero cuando levantó la vista, lo encontró despierto, mirándola. Sus miradas se cruzaron como había sucedido en el tren. Pero ahora, con luz de día, los sentimientos ya no podían camuflarse entre las sombras.

Marie se obligó a apartar la vista.

—¿Qué hora es?

—Está casi amaneciendo —respondió Julian, interpretando la hora a partir del color del cielo.

—No tendría que haberme quedado dormida —dijo Marie levantándose de un brinco.

Julian se puso de pie.

—No pasa nada. —Estaba despierto y podría haberse ido antes. Pero no lo había hecho—. Es la primera vez que duermo de verdad en muchas semanas.

Se oyó un sonido en la puerta. Cuando Marie abrió, se encontró a Will, cambiando de postura con incomodidad, con la mirada fija en el espacio que se abría entre ellos. Él también intuía la atracción creciente que había entre su primo y Marie.

—No te has presentado en la pista —le dijo a Julian—. Estaba preocupado. Tenemos que irnos.

Marie se volvió hacia Julian.

—¿Iros dónde?

—Me han pedido que vuelva a Inglaterra.

Sin quererlo, Marie sofocó un grito.

—¿Cuándo?

—Me marchó esta mañana. Siento mucho no habértelo dicho —añadió rápidamente, pareciendo recordar la promesa de la noche anterior de dejar de tener secretos con ella—. Lo que pasa es que nadie debería saberlo. Es solo por unos días —agregó—. Una semana como mucho —dijo con pesar.

—¿Y qué pasará con el puente?

—Para la detonación faltan al menos dos semanas. Estaré de vuelta para entonces.

Su voz sonaba indecisa y Marie no estaba del todo segura de que Julian creyera lo que estaba diciendo.

Sabiendo que se marchaba, los sentimientos que había intentado ignorar la noche anterior amenazaron con estallar.

—¿Y tienes que ir? —preguntó en voz baja, aun sabiendo de antemano la respuesta.

—A estas alturas, tendremos que intentar despegar a plena luz de día —dijo Will interrumpiendo a Julian antes de que pudiera responder—. Hay que darse prisa.

—¿Puedo ir con vosotros hasta la pista? —preguntó Marie, intentando encontrar un motivo para ser necesaria.

Pero Julian negó con la cabeza.

—Cuántos menos seamos, mejor —dijo—. Sobre todo si no es de noche. —Y era mejor para ella también. No soportaría ver el Lysander elevándose y llevándose de su mundo—. Cuídate hasta mi regreso. —Se dirigió entonces a su primo—. Cuídala.

Will asintió con solemnidad. Marie quería decir que no necesitaba que nadie cuidara de ella. Era una agente, por el amor de Dios, no era propiedad de nadie ni la chica de nadie. Pero aquello era un vínculo solemne entre los dos y daba la sensación de que tenía que ver con algo más grande que solamente con ella.

De pronto, la embargó la incómoda sensación de que Julian no tendría que marcharse.

—¿De verdad tienes que irte? Eso de ir y volver, es muy peligroso.

—No hay otro remedio —replicó él, dispuesto firmemente a marcharse—. Volveré en una semana —prometió, y salió del pequeño piso.

Pero Marie, al verlo desaparecer junto con su primo, no pudo evitar pensar que lo había perdido para siempre.

Quince

Grace

Washington, 1946

—Las chicas están muertas —repitió Grace en voz alta mientras el taxi cruzaba el puente para volver a entrar en Washington. La idea le resultaba impensable. No podían tener más de veinte años, veinticinco, como mucho. Tendrían que estar casadas y con hijos pequeños, pasándose bien con sus amigos en el Londres de la posguerra. No muertas—. ¿Cómo es posible?

—*Nacht und Nebel* —dijo Mark—, significa Noche y Niebla. Era un programa alemán para hacer desaparecer a las personas, para que no se volviera a saber nunca más de ellas.

—¿Y cómo sabes tanto del tema?

Mark cambió de postura con incomodidad.

—Justo terminada la guerra, el año pasado, pasé un tiempo trabajando para la fiscalía del tribunal que se ocupa de los crímenes de guerra.

—¿Y por qué no me lo mencionaste? —dijo Grace, pensando que por eso sabía tanto sobre el SOE—. Es un trabajo muy importante, Mark.

—El periodo que pasé allí no terminó muy bien. —Aunque intentó decirlo empleando un tono neutro, Grace intuyó que detrás de aquellas palabras había dolor—. Preferiría no hablar del tema... al menos por ahora.

—De acuerdo —replicó ella—. Cuéntame más cosas sobre ese programa llamado Noche y Niebla.

—Era un programa raro, muy secreto. Normalmente, los alemanes guardaban registros muy meticulosos sobre todo. Pero en

este caso, los nazis quisieron hacer desaparecer a la gente sin dejar rastro —le explicó Mark.

—Incluyendo a las chicas.

Mark asintió.

—Hitler emitió personalmente la orden de que los agentes capturados fueran sacrificados hasta que no quedara ni un solo hombre. —O ni una sola mujer, pensó Grace—. No quería que quedaran pruebas de su existencia. Siento mucho que no hayamos encontrado noticias mejores. ¿Qué más hay en la carpeta?

Grace extrajo los documentos restantes, una media docena en total, escritos todos en mayúsculas. En la parte superior de todos ellos había el mismo encabezamiento: *SOE, Sección F*.

—¿Qué piensas que será?

—Correspondencia interna de los cuarteles generales. — Señaló una de las hojas, donde aparecía una programación, con los apellidos de las chicas junto con fechas y horarios—. Parece que tiene que ver con emisiones o transmisiones de algún tipo.

Cuando Mark retiró la mano, sus dedos se rozaron.

—¿Y ahora qué? —preguntó Grace.

—No sé muy bien a qué te refieres. Creo que ya nos hemos enterado de todo lo que nos podíamos enterar.

—En absoluto —replicó Grace—. Sabemos que las chicas de las fotos trabajaron con Eleanor en el SOE, y que las chicas de las fotos murieron. Pero aún no tenemos ni idea de por qué los expedientes personales de esas chicas no estaban en las cajas junto con los demás. Y tampoco tenemos ni idea de por qué Eleanor viajó a Nueva York.

Las ideas daban vueltas en la cabeza de Grace, un nudo gigante que era incapaz de deshacer.

—Hemos llegado a un callejón sin salida —reconoció Mark.

Pero Grace no estaba dispuesta a darse por vencida, todavía no. El taxi estaba subiendo ya la colina del Capitolio, en dirección a Union Station y el tren que la devolvería a Nueva York. Sacó la hoja de papel donde había estado tomando notas mientras estudiaba los expedientes.

—Algunos expedientes contenían información de contacto sobre las chicas o sus familias. He apuntado lo que he podido.

—Muy inteligente. Tendría que haber hecho lo mismo. Lo que sucede, Grace, es que la información podría no estar actualizada. Y los contactos deben de ser de Londres, o del extranjero.

—No en todos los casos. En un expediente había un número de Maryland. A lo mejor, si llamo, podría hablar con alguien, incluso con alguna de las chicas que sobrevivió a la guerra.

—Podrías probarlo, sí. Si quieres podemos ir a mi casa y llamar desde allí —sugirió.

Grace dudó, cobrando de repente consciencia de Mark a su lado, muy pegado a ella. No estaba segura del todo de que aquello fuera buena idea. Pero Mark ya le estaba dando la dirección al taxista. El coche giró bruscamente a la izquierda y enfiló una calle distinta.

El taxi avanzó entre barrios desconocidos para Grace y los grandes edificios de granito cedieron paso a casas unifamiliares y tiendas.

—Georgetown —le explicó Mark cuando la calle empezó a empinarse un poco—. Vivo justo enfrente del canal, no muy lejos del Potomac.

Grace asintió, como si aquello le dijera algo.

Unos minutos más tarde, el taxi giró hacia una calle residencial y se detuvo delante de una estrecha casa adosada de ladrillo. Mark pagó al taxista y abrió la puerta.

La casa estaba impoluta, con suelos de madera de roble y ausencia total de fotografías u otros objetos personales, con la excepción de un gramófono anticuado en un rincón. Grace buscó con la mirada señales de un toque femenino, pero no encontró nada. No daba la impresión de que Mark pasara mucho tiempo allí. La guio hasta un despacho donde había un teléfono en la pared.

—Voy a preparar café —dijo dejándola sola.

Grace se acercó a la mesa y sacó del bolso el papel donde había anotado el número. Marcó y se lo dictó a la operadora. Esperó, con el leve silbido del radiador situado detrás de la mesa de despacho como ruido de fondo.

El teléfono sonó una vez, luego otra. Y mientras sonaba y sonaba, Grace pensó con desazón que aquello no funcionaría. Se dispuso a colgar. Pero justo antes de que el auricular encajara en el

soporte, se escuchó un sonido en el otro extremo de la línea. Grace se lo acercó precipitadamente al oído.

—¿Hola? Estaba intentando hablar con la señorita Annie Rider.

—Un momento, por favor.

Se oyó un golpe seco cuando el otro auricular quedó depositado sobre algún sitio, luego pasos, que empezaron fuertes y fueron perdiendo intensidad. Grace se imaginó una pensión como la suya en Nueva York, una casera yendo a buscar a su inquilina.

—¿Diga? —dijo al otro lado de la línea la voz de una mujer distinta, más ronca e inequívocamente inglesa.

—¿Señorita Rider?

—¿Quién es?

Grace carraspeó antes de tomar la palabra.

—Me llamo Grace Healey. Siento mucho molestarla, pero estoy intentando localizar a Sally Rider. Annie Rider era el nombre de contacto.

—¿Sally? —La sorpresa agudizó el tono de la voz de aquella mujer—. ¿Qué pasa con ella?

—Estaba intentando ponerme en contacto con ella. Y he pensado que tal vez usted sabría dónde localizarla.

—Sally era mi hermana.

«Era».

—Lo siento, no sabía que había fallecido. —Sally no aparecía en la lista de las chicas desaparecidas bajo el programa Noche y Niebla—. ¿Murió en la guerra?

—No. Fue después de la guerra, en un accidente de coche.

Como Tom, pensó Grace, con un nudo en el estómago.

Grace se obligó a concentrarse en la llamada.

—Siento molestarla. Tenía algunas preguntas sobre el trabajo que desarrolló su hermana durante la guerra. —Hizo una pausa. Le parecía excesivamente íntimo formularlas por teléfono—. Ahora estoy en Washington, no muy lejos de donde está usted. ¿Cree que podríamos vernos?

—No sé... —Hubo duda en su voz.

—Por favor, es muy importante. Puedo acercarme yo, si así le resulta más fácil.

—No —dijo enseguida la mujer, como si una intrusión en su casa no fuera bienvenida—. Esta noche tengo que estar en The Willard. Si quiere, podríamos vernos en el bar a las siete.

Grace dudó entonces. Verse a aquella hora significaría perder el último tren a Nueva York y tener que pasar la noche fuera, algo que no había contemplado en ningún momento. Pero era su única opción si quería conocer más cosas sobre las chicas.

—Gracias. Allí estaré.

Colgó, encogiéndose de miedo por lo que acababa de hacer, pensando en Frankie y en tener que perder un segundo día de trabajo. Se planteó pedirle a Mark si podía hacer otra llamada, pero pensó que no le importaría y volvió a marcar el número de la operadora. Frankie ya se habría ido, se dio cuenta entonces, al oír que el teléfono de la oficina sonaba por segunda vez y no lo cogía. Pero un segundo después, la voz de Frankie apareció al otro lado de la línea.

—Bleeker & Sons.

—Frankie, soy yo.

No era necesario dar su nombre.

—Pequeña, ¿qué tal estás?

La voz sonaba lejana. Y su forma de arrastrar las palabras le hizo preguntarse a Grace si habría estado bebiendo.

—Frankie, no tienes muy buena voz. ¿Pasa algo?

Hubo unos instantes de silencio, como si se hubiera perdido la señal.

—Es Sammy. Ha vuelto. Se ve que en casa de su primo hubo un chico mayor que él que intentó quitarle el dinero que le di. Sammy le plantó cara y recibió una paliza.

—¡No! ¿Y está bien?

—Sí, tiene un ojo morado y el labio partido. Sobrevivirá. —A Grace se le encogió el corazón al pensar en el niño que, después de sufrir tanto, tenía encima que pasar por aquello—. Pero ahora no puede volver allí. Tenías razón, pequeña. No tendría que andar solo por ahí siendo tan joven. Estoy preparando el papeleo para que el Estado pueda hacerse cargo de él.

El pobre Sammy al final acabaría en un orfanato.

—Lo siento, Frankie. Es duro implicarse tanto. A lo mejor se nos ocurre otra cosa.

—Creo que en este caso no nos queda otra alternativa. Pero podemos hablar del tema mañana cuando vuelvas.

Grace dudó.

—Por eso llamaba... necesito un día más.

El suspiro al otro lado de la línea fue tremendamente sonoro y Grace se imaginó su cara, abatida.

—¿Dónde estás, pequeña? Creo que me merezco saberlo.

Y ella creía que también.

—Estoy en Washington —le confesó.

—¿Y qué demonios haces allí?

—Intentando recabar información sobre una mujer llamada Eleanor Trigg. La que fue atropellada el otro día delante de Grand Central.

—¿Por qué? ¿La conocías?

—No.

—Y entonces, ¿qué tienes que ver con ella?

Buena pregunta, se dijo Grace.

—Es complicado, Frankie. Encontré una maleta que resultó ser suya con las fotografías de una docena de chicas. Cogí las fotos, y cuando iba a devolverlas, la maleta había desaparecido. Estoy intentando averiguar quién era y quiénes eran esas chicas para así poder devolver las fotos. Regresaré en un día y te prometo que entonces te explicaré más detalles, ¿de acuerdo? Siento no haberte contado lo del viaje —añadió, arrepentida de verdad, pensando que Frankie había sido tan bueno con ella que tendría que habérselo contado todo desde un principio.

—Tranquila, no pasa nada —dijo él perdonándola al instante—. Si necesitas ayuda, puedo ir. Ya sabes que soy bueno moviéndome entre la burocracia.

Grace sonrió.

—Sé que lo eres —dijo adorándolo por su ofrecimiento. Sin embargo, aquello tenía que solucionarlo sola—. Pero creo que nuestros clientes te necesitan más que yo. —De pronto, se le ocurrió una idea—. Aunque sí que hay una cosa que podrías hacer. Eleanor llegó a Nueva York procedente de Inglaterra antes del

accidente. ¿Podrías contactar con tus amigos de inmigración y aduanas para ver si tienen algo sobre ella? Ya sabes, cuándo llegó, lo que escribió en los formularios, ese tipo de cosas.

Era tener mucha caradura pedirle otro favor además del tiempo libre, lo sabía. Pero sabía también que Frankie no le diría que no.

—Sin problema, pequeña. Considéralo hecho. Pero vuelve rápido... y ve con cuidado.

Grace colgó el auricular y se fue al salón.

—He concertado una reunión con la hermana de una de las chicas esta noche.

Mark sonrió y le pasó una taza de café caliente.

—¿Así que te quedas hasta mañana?

Bebió un poco de café.

—Probablemente. No creo que haya tren a la hora que acabe con ella. Buscaré un hotel para pasar la noche —dijo intentando no calcular cuánto le costaría.

—Quédate aquí. Puedo entender que después de lo que pasó no quieras —añadió rápidamente—. Pero tengo una habitación de invitados, de modo que todo será de lo más respetable.

Miró a Mark, preguntándose si tendría otras intenciones.

—No creo que fuera muy apropiado.

Mark levantó las manos.

—La decisión es tuya, pero es una habitación perfectamente adecuada. La tuve alquilada durante la guerra, cuando todos los trabajadores del gobierno andaban por aquí y había escasez de alojamiento. A menos que no creas que puedas comportarte...

—Puedo... —empezó a decir, antes de caer en la cuenta de que estaba bromeando. Se ruborizó—. Sería estupendo. Gracias.

A las siete, salían de un taxi delante de The Willard. Al otro lado de Lafayette Park, el cielo por detrás de la Casa Blanca estaba negruzco. Mark la ayudó a salir del coche y posó una mano cálida y segura en su espalda para acompañarla a entrar en el hotel. En el interior, el vestíbulo se veía lujoso. El suelo era un mosaico de rosetones y el techo estaba detalladamente pintado con los emblemas de los cincuenta estados. Columnas de mármol se elevaban desde el suelo hasta el techo. Los candelabros estaban rematados con unos globos de cristal fantásticos, sustentados sobre

cuatro figuras femeninas de bronce. Los sillones estaban tapizados en cuero y había macetas enormes con palmeras. A Grace le habría gustado llevar un vestido más elegante para la ocasión.

Llegaron al bar y Grace se detuvo, examinando la sala con incertidumbre. Aquello era un mar de hombres trajeados, fumando puros o cigarrillos, y solo había un puñado de mujeres entremezclándose con ellos. ¿Sería Annie una de ellas? No se le había ocurrido pedirle una descripción.

Grace inspeccionó el bar desde el extremo del vestíbulo y echó a andar. Mark la siguió. Se volvió entonces hacia él.

—Mark, te agradezco mucho todo lo que estás haciendo, pero...

—Quieres hablar con Annie a solas —dijo acabando la frase por ella.

—¿Te importa?

Mark sonrió.

—En absoluto. Quiero decir que hasta este momento me he sentido con derecho a hacerlo, pero lo entiendo.

—Lo digo solo porque creo que es más probable que me cuente cosas si voy sola.

Mark asintió.

—De acuerdo. —Se dejó caer en uno de los mullidos sillones de cuero—. Te esperaré aquí.

Grace echó a andar de nuevo hacia el bar, notando que Mark la miraba. Empezó a sudar. ¿Por qué tendría aquel efecto sobre ella? No se consideraba enamoradiza y aquello tenía que parar. Se acercó al *maître*, preguntándose si Annie tendría una reserva.

—Estoy buscando una mujer llamada Annie Rider.

Señaló hacia el bar sin dudarle un instante.

—Está allí, en el Round Robin Bar.

Entre dos hombres, vislumbró una figura femenina vestida con uniforme de camarera. Annie no era una clienta de The Willard. Sino que trabajaba allí. Se sintió estúpida por haber pensado lo contrario. ¿Pero cómo podía haberlo sabido?

El bar estaba lleno de hombres y nubes de humo de tabaco y por un instante deseó haber aceptado el ofrecimiento de Mark de acompañarla. Pero siguió adelante sola.

—Disculpe —dijo, y un hombre corpulento se apartó para hacerle sitio en la barra. Levantó entonces la mano y Annie se acercó—. Soy Grace Healey. Hemos hablado por teléfono.

Annie no debía de tener más de treinta años, pero tenía la preocupación marcada en la cara y arrugas profundas bajo una capa de polvos y unas cejas delineadas a lápiz.

De pronto, Annie se sintió incómoda y Grace se preguntó si al final decidiría no hablar con ella.

—Deme unos minutos hasta mi pausa. Puede esperar allí.

Señaló una puerta al final de la barra. Grace la cruzó. Era un almacén al lado de la cocina, con estanterías repletas de comida y algunos taburetes de madera. Al ver un ratón escabullirse entre las cajas, Grace tomó mentalmente nota para no comer en The Willard si en alguna ocasión se le presentaba la oportunidad de hacerlo.

Annie llegó enseguida. Tomó asiento en uno de los taburetes e invitó a Grace a hacer lo mismo.

—Ha dicho que tenía preguntas sobre mi hermana.

—Sí. Y sobre una mujer que trabajaba con ella. Eleanor Trigg.

Annie entrecerró los ojos y sus cejas, al juntarse, trazaron un curioso signo de exclamación.

—Para la que trabajaba —la corrigió Annie con sequedad—. Eleanor estaba al cargo de todo.

Se levantó, como si fuera a marcharse.

—¡Espere! —dijo Grace—. Siento mucho si la he molestado.

Annie volvió a sentarse lentamente.

—Maldita Eleanor —murmuró para sus adentros.

Grace se preguntó qué tendría Eleanor para ponerla de aquella manera, pero decidió que era mejor cambiar de tema. Sacó las fotografías del bolso.

—¿Conoce a alguna de estas mujeres? —preguntó.

—Vi a alguna de ellas durante el tiempo que estuve en el SOE.

—¿Trabajó también para el SOE?

—Sí, como oficinista. Quería ser agente, pero Eleanor dijo que no tenía lo que se necesitaba para ello. —Annie sonrió sin ganas—. Tenía razón. Conocía a las chicas que estaban en el frente por el nombre, básicamente. —Señaló las fotos—. Esas eran algunas de las chicas de Eleanor.

—¿A qué se refiere con eso de que eran tuyas? —preguntó Grace retomando con cautela el tema que la había hecho saltar antes.

Annie sacó un paquete de tabaco del bolso.

—Eleanor dirigía el operativo de mujeres del SOE. Mandaban mujeres a Europa, ya sabe. Mensajeras y operadoras de radio. —Annie encendió un cigarrillo y dio una calada. Cogió las fotografías con la mano desocupada—. A esta la llamaban Josie. Cuando empezó tenía solo diecisiete años. —Grace se imaginó con diecisiete años de edad, preocupada por las fiestas de presentación en sociedad y los veranos en la playa. En aquella época, habría sido incapaz de moverse por Manhattan. Pero esas chicas estaban solas en Francia y luchando contra los nazis. La invadió una sensación simultánea de respeto e inutilidad.

—¿Cuántas mujeres agentes había en total?

—Unas pocas docenas —respondió Annie—. Pero no más de cincuenta, como máximo.

—¿Y entonces por qué las fotos de solo estas doce? —preguntó Grace.

—Son las que no volvieron.

—¿Cómo murieron?

—De forma terrible, la verdad. Ejecuciones. Inyecciones.

Aquellas mujeres tendrían que haber sido tratadas como prisioneras. Pero fueron masacradas. Aunque con el programa *Nacht und Nebel*, los alemanes no querían que nadie supiera qué había sido de las chicas.

—¿Cómo se enteraron?

—El rumor acabó llegando a los cuarteles generales —respondió Annie. Soltó el aire y mandó una nube de humo hacia el techo—. Aunque nada oficial, en la mayoría de los casos. El rumor llegaba a través de otros agentes que habían visto a alguna de las chicas en los campos o se habían enterado con el boca a boca. Pero cuando terminó la guerra, dejó de ser un secreto que las habían matado.

Un reloj del vestíbulo dio las ocho. La pausa de Annie terminaría pronto.

—Cuénteme más cosas sobre Eleanor —dijo Grace tanteándola—. ¿Quién era?

—No era como las demás —dijo Annie—. Era mayor. Extranjera. De Rusia, o a lo mejor de Polonia, de un país del Este. —El apellido Trigg no sugería nada de eso, pensó Grace. ¿Lo habría cambiado expresamente?—. Llegó al SOE como secretaria —añadió.

—Pero acabó liderando un grupo del SOE —intervino Grace—. Debía de ser muy buena.

—La mejor. Eleanor tenía una cabeza que parecía una enciclopedia, se sabía de memoria la historia y los detalles de todas. Y sabía interpretar a la gente, adivinar de entrada si una chica estaba hecha o no para el Racket. Era distinta, reservada. Siempre tenías la impresión de que guardaba algún secreto. Aunque supongo que simplemente hacía su trabajo.

—¿Le gustaba? —preguntó Grace.

Annie movió enérgicamente la cabeza en un gesto negativo.

—A nadie le gustaba Eleanor. Era la persona que todo el mundo querría para que cuidara de ella en el frente. Pero no para tomar una copa con ella, no sé si me explico. Era un bicho raro, complicada, seria, no era fácil entablar una conversación normal con ella. Me pregunto a qué se dedicará ahora.

Grace carraspeó.

—Siento comunicarle que ha fallecido. —Decidió ahorrarle a Annie los detalles—. Hace apenas unos días, en Nueva York.

—¿En Nueva York? —repitió Annie más sorprendida que turbada—. ¿Y qué hacía en los Estados Unidos?

—Esperaba que usted lo supiera —replicó Grace—. El cónsul comentó que estaban intentando localizar a algún familiar, alguien que reclamara el cuerpo de Eleanor.

Annie aplastó el cigarrillo en un cenicero que había en una de las estanterías, dejando un círculo perfecto de carmín en la colilla.

—No lo conseguirán. Encontrar a alguien, me refiero. Eleanor estaba sola, al menos después de que su madre muriera. No tenía a nadie.

—¿Y su vida personal?

—Nada de nada. No socializaba ni compartía cosas sobre ella. No parecía mostrar interés por los hombres, y no lo digo en el sentido que podría usted pensar. Tampoco le interesaban las mujeres. Solo el trabajo. Era como una isla. Muy reservada. Tenías la sensación... de que dentro había algo imposible de ver a simple vista.

—Cuénteme más cosas sobre Operaciones Especiales.

—Hubo problemas desde un principio —dijo Annie—. Es imposible coger a unas cuantas chicas sin experiencia y pensar que porque puedes hacerlas correr por las Tierras Altas escocesas unas cuantas semanas y les enseñas a disparar luego podrán apañárselas en zona de guerra. Desarrollar el instinto y las agallas necesarias para sobrevivir exige muchos años. Son cosas que no se enseñan. Y luego estaba el tamaño del asunto. Todo el mundo sabe que una operación secreta con tres personas es menos segura que con dos. Pero basta pensar en el círculo de Vesper, por ejemplo. Era el grande, el que operaba en París y alrededores. Estaba liderado por Vesper, o el Cardenal, creo que se llamaba en clave. Debía de controlar docenas de agentes, centenares quizás. Cuánto más grande se hacía la red, mayor riesgo de traición y filtraciones.

—Perdón —dijo Grace interrumpiéndola—. ¿A qué se refiere con eso de traición?

—Traición de las chicas, evidentemente. —Grace tenía la sensación de que el suelo se tambaleaba bajo sus pies—. ¿O acaso cree que muchas de ellas fueron arrestadas porque sí? Pues no —dijo Annie respondiendo a su propia pregunta—. Alguien debió de delatarlas. —Aunque Grace estaba realmente sorprendida, consiguió no reaccionar. No quería que Annie dejase de hablar—. Fueron capturadas por el SD, el Sicherheitsdienst, o inteligencia alemana, las semanas antes del Día D. Y no solo en París, sino por toda Francia. Alguien las delató. O, al menos, eso era lo que pensaba Eleanor.

—¿Eleanor? ¿Cómo lo sabe?

—Porque la vi una vez después de la guerra. Vino a ver a Sally y dijo que quería hablar en privado con ella. Yo supuestamente no tenía que estar presente, pero escuché a hurtadillas. Tenía que velar por mi hermana, ya me entiende. Sally había vuelto de la guerra en

un estado muy frágil y no necesitaba que Eleanor volviera a removerlo todo. Tenía miles de preguntas sobre las chicas que desaparecieron durante la guerra. Como usted. —El sentido de culpabilidad de Grace iba en aumento. Hablar sobre la guerra y el trabajo que había realizado su hermana no tenía que ser fácil para Annie—. Una semana después, mi hermana se mató en aquel cacharro.

—¿Así que Eleanor quería hablar sobre lo que pasó con las chicas? —preguntó Grace.

—No sobre lo que pasó, sino sobre el cómo. Solo hablaba de eso. Decía que tenía algo que ver con las radios, con alguien que transmitía y fingía ser una de las operadoras. Quería saber si Sally sabía algo al respecto. Pero Sally no sabía nada, claro. Eleanor estaba decidida a averiguar qué había pasado con las chicas... y quién las había vendido al enemigo.

A Grace se le cortó la respiración al oír aquello. ¿Sería eso lo que había llevado a Eleanor a viajar a Nueva York?

—Tengo que volver al trabajo —dijo Annie levantándose.

—Gracias —replicó Grace—. Sé que no debe de haber sido fácil.

—No lo ha sido. Pero si averigua alguna cosa más, habrá merecido la pena. Me lo dirá, ¿verdad? —dijo Annie.

Grace asintió.

—Lo haré. Se lo prometo.

—Gracias. Estas chicas eran como hermanas para Sally.

En realidad era ella quien tendría que estar dándole las gracias a Annie y no al revés, pensó Grace. Pero antes de que le diera tiempo a decírselo, Annie le estrechó la mano con firmeza y regresó a su trabajo detrás de la barra.

Dieciséis

Eleanor

Londres, 1944

Eleanor se plantó en la puerta del despacho del Director con un papel en la mano.

—Señor, algo no va bien.

El mensaje había entrado hacía diez minutos.

—Es Marie —había dicho Jane, la operadora. Y Eleanor había cruzado corriendo la sala mientras Jane empezaba a decodificar el mensaje.

No era que el mensaje de Marie llegara con retraso, como había sucedido después de su llegada. La chica había estado transmitiendo con regularidad, en algunos casos más a menudo de lo esperado. Y algunos de sus mensajes sonaban correctos. Pero aquel primer mensaje, el que le había parecido fuera de lugar, seguía exasperándola. Eleanor había intentado convencerse a sí misma de que la causa de que su tecleo no fuera tan parejo era por ser nueva en el frente, una simple cuestión de nervios. Que no habría, ni podría haber, más problemas.

Pero cuando miró aquel papel, el corazón le dio un vuelco. El mensaje era supuestamente de Angel. Pero lo que estaba pidiendo, esencialmente, era erróneo: *Esperando armas para el maquis. Informen por favor de la localización de la siguiente entrega de armas*. El mensaje, excesivamente expuesto y desprotegido, era algo que una operadora con buena formación no pediría jamás.

Y no era solo el contenido del mensaje; sino que, además, el sello que debía haber en la cabecera del mismo, *Control de Seguridad en Orden*, que indicaría la presencia tanto del control de

seguridad falso como del control verdadero de Marie, brillaba por su ausencia.

—¡Mierda! —maldijo Eleanor, haciendo una pelota con el papel del mensaje.

Jane pestañeó ante la excepcional falta de compostura de Eleanor. El problema era que no solo Marie le preocupaba, sino que una emisora de radio en situación comprometida podía significar una brecha o una filtración mucho más grande.

Eleanor se dispuso a tirar el mensaje a la papelera. Pero luego, pensándoselo mejor, alisó la hoja y fue directa al despacho del Director.

Desde la puerta, adivinó por su postura encorvada que no era buen momento y que su intrusión no sería bienvenida. Pero sabía también que no la rechazaría. Con expresión cansada, el Director levantó la vista del informe que estaba leyendo y dejó la pipa en la mesa.

—Diga Trigg.

—Es sobre una de las chicas, señor. —Por supuesto, con ella siempre era algo sobre las chicas—. Es decir, sus transmisiones por radio. —A Eleanor no le gustaba nada interrumpirlo y arriesgarse a que el Director perdiera la paciencia. Quería ser autosuficiente, capaz de gestionar por sí sola la unidad que había creado. Pero estaba tan preocupada que le daba igual—. Mire esto —dijo acercándose a la mesa y poniéndole el papel delante.

—Es de Roux —observó el Director—. Hace unas semanas estaba preocupada porque no transmitía. Esto es buena noticia, ¿no?

—Me temo que no, señor. —Eleanor repasó con el dedo la última línea de la transmisión—. *Informen por favor de la localización de la siguiente entrega de armas.* Marie nunca preguntaría una cosa así directamente, ni Vesper, ni nadie en nombre del cual estuviera ella transmitiendo.

El Director la miró con escepticismo.

—Siempre comentó que la chica estaba muy verde. A lo mejor ha cometido un error, o iba con prisas.

—Dije que pecaba de inocente, tal vez de ingenua. Pero no de imprudente. Es más que eso, señor. —El Director la miró con

expectación, como si necesitara más pruebas que sustentaran su afirmación—. Algo no va bien. Este mensaje no tiene sentido. Y, además, no están presentes sus controles de seguridad.

—¿Y qué hay de las transmisiones de las demás chicas? ¿Alguna cosa que no cuadre?

—Solo en las de ella. —Eleanor dudó unos instantes—. El resto parece normal. Pero si con Marie pasara algo, todo el círculo podría verse afectado. Podría darse el caso de que la información que enviamos no fluyera debidamente o que no nos llegara a nosotros. Podría haber algún tipo de alteración, de filtración incluso.

—A lo mejor es cuestión de la máquina —sugirió el Director—. Si enviásemos la orden para que la recalibrasen...

—Eso no puede ser, señor. Desde un punto de vista técnico, las transmisiones son correctas. Es algo relacionado con los mensajes. La forma en que está transmitiendo la chica.

—¿Y qué conclusión saca de todo esto?

—No lo sé, francamente —dijo Eleanor, sin ganas de reconocer su incertidumbre—. O está transmitiendo en circunstancias complicadas o bajo coacción o... —Titubeó, porque pronunciar aquellas palabras le parecía increíble—. O quien está transmitiendo no es Marie. —Respiró hondo—. Me preocupa, señor, que estemos corriendo peligro.

El Director abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo sería eso posible? Ese escenario lo ensayamos un centenar de veces al montar las radios. Aun en el caso de que uno de los aparatos fuera capturado, los alemanes necesitarían los cristales, los códigos y los controles de seguridad. Ningún agente digno de ese nombre revelaría todo eso.

O digna de su nombre, pensó Eleanor, confiando en que el Director estuviera en lo cierto.

—Quiquiera que sea podría no estar al corriente de los controles de seguridad, si tuviéramos que tomar este mensaje como muestra. Pero que alguien haya capturado la radio y los cristales, sí que es una posibilidad real.

—Está usted intentando leer las hojas del té, Trigg. Debemos aferrarnos a los hechos, a lo que sabemos.

A Eleanor le habría gustado disponer de una bola de cristal como la que tenía la bruja de aquella película estadounidense, *El mago de Oz*, para poder ver qué estaba pasando sobre el terreno. En una ocasión soñó que tenía una, pero la visión era borrosa y oscura.

El Director se recostó en su silla y cogió la pipa.

—Aun en el caso de que estuviera usted en lo cierto, ¿qué querría que hiciese? ¿Está sugiriendo que deberíamos interrumpir las transmisiones?

Eleanor titubeó. Hacer eso significaría dejar a los agentes desplegados sobre el terreno sin conexión ni línea de vida con los cuarteles generales, dejarlos solos.

—No, señor.

—¿Entonces qué?

—Creo que deberíamos clausurar la radio de Marie hasta que todo esté totalmente verificado.

—Pero esa chica emite para la red de Vesper, que es la más grande que tenemos en Francia. Quedaríamos muy perjudicados. Tendríamos que cancelar operaciones.

Eleanor comprendió con orgullo que, en muy poco tiempo, las mujeres habían pasado a ser parte esencial de la lucha. Tan solo un año atrás, los hombres dudaban de que las mujeres pudieran ayudar en algo, y ahora resultaba que no podían funcionar sin ellas.

—Creía que había dicho que las chicas estaban a la altura de la tarea que se les ha encomendado, Trigg. Creí en usted, me jugué mi buen nombre por ello.

Su voz tenía un tono acusador. Los hombres también cometían errores, le habría gustado decir a Eleanor para contraatacar. Y, de hecho, era precisamente por eso por lo que había surgido la necesidad de poner en marcha la unidad de las mujeres. A lo largo del último año, las mujeres habían ido ocupando cada vez más puestos de operadoras de radio y quizás por eso daba la impresión de que era un problema relacionado únicamente con ellas.

—Y lo estaban, señor. Lo están. —Por primera vez desde que alcanzaba a recordar, Eleanor se sentía insegura—. No son las chicas, sino que allí algo va mal.

El Director continuó.

—La noticia de la existencia de su unidad ha llegado hasta Churchill. Está tremendamente satisfecho con ello.

Era un gran elogio por parte del primer ministro, pero no hacía desaparecer el problema.

—Señor, tal y como están las cosas, no hay forma de saber si la información que estamos enviando la reciben realmente nuestros agentes. Si no podemos clausurar la radio para verificarlo, creo que alguien tendría que desplazarse hasta allí y comprobarlo. Visitar personalmente las unidades.

—Y supongo que está pensando en que esa persona debería ser usted.

—Quiero ir —reconoció Eleanor.

—Este asunto ya lo hemos tratado, Trigg —dijo el Director resoplando—. Con su petición de nacionalidad aún pendiente, no puedo conseguirle la documentación necesaria. Y aun pudiendo, no la enviaría a trabajar sobre el terreno. Sabe usted demasiado.

—Envíeme igualmente —volvió a suplicarle Eleanor.

El Director pestañeó, sorprendido. Eleanor era una mujer racional y desapegada. Pero su voz transmitía ahora una nota de desesperación. Necesitaba ver qué estaba sucediendo allí, si las chicas estaban bien o no. Eleanor comprendió que había dado un paso en falso. Que se había sobrepasado, y que aunque fuera solo por ese motivo, el Director le diría que no.

—No se hable más —dijo con firmeza.

—Tengo que averiguar qué ha ido mal. Si no me envía, clausure al menos esa radio hasta que lo podamos verificar todo. —El Director no dijo nada—. Cuando asumí esta responsabilidad, me prometió que tendría el control total.

—Sobre sus chicas, sí. Pero no sobre toda esta condenada guerra. Esto no es más que una parte de algo mucho más grande. Se acerca la fecha de la invasión y cada día de luna llena que no podamos descargar personal y suministros será una oportunidad perdida.

—Pero, señor, si la información sobre las entregas se transmite a una radio en situación comprometida, nuestros agentes y nuestros suministros podrían acabar yendo a parar a manos equivocadas.

¡Tenemos que detener esto! —dijo alzando la voz, que acabó quebrándose al final de la frase.

—No puedo parar toda la operación basándome en una corazonada sin corroborar —dijo el Director contraatacando—. Todo debe seguir adelante. —Se inclinó sobre la mesa y bajó la voz—. La invasión se producirá en cuestión de semanas... No, de días. No podemos permitirnos distracciones.

La frustración de Eleanor la superaba por mucho que intentara mantener la compostura.

—Acudiré a la Oficina de Guerra dijo en tono amenazante, consciente de que había llegado tan lejos que ya era incapaz de detenerse.

El Director se puso colorado.

—¿Pasaría por encima de mí? —Para él aquello era una traición. Pero su expresión se ablandó enseguida—. No lo haría. —Era un farol y lo sabía—. La he apoyado, Trigg, y de muchas maneras.

«Y yo le he apoyado a usted», le habría gustado decir a ella. Pero se contuvo. No podía arriesgarse a ponérselo en contra. Implicar a Whitehall significaría incorporar a todos los que de entrada pensaron que las chicas no podían hacer aquel trabajo, daría la razón a los que dudaron. Y allí estaba en juego mucho más que su orgullo. El Director tenía en la palma de la mano el destino de su solicitud de ciudadanía, que tan desesperadamente necesitaba.

No podía hacer otra cosa que observar y esperar.

Salió como un vendaval del despacho del Director, sin decir nada más. Miró por encima del hombro, deseosa de volver a entrar y suplicarle que interviniera, de pedirle que reflexionara y actuara de acuerdo a lo que tanto la preocupaba. Pero sabía que no cambiaría de idea. La había hecho callar totalmente. Lo cual no era muy propio de él. ¿Estaría el Director perdiendo la confianza que había depositado en ella? Probablemente no, eso lo sabía. Sería más bien que estaría recibiendo presiones para acelerar las operaciones. Ralentizarlas, fuera por el motivo que fuese, era impensable.

En vez de volver a su despacho, Eleanor salió al callejón de la parte posterior de Norgeby House. Necesitaba respirar aire fresco,

pero los edificios altos y estrechos que la rodeaban parecían inclinarse sobre ella, asfixiarla. Llegó a la escalera de la salida de incendios y empezó a subirla, un piso tras otro.

Llegó a la azotea. A pesar de no ser lo suficientemente alta como para poder tener desde allí una buena vista de Londres, sí que se veía la cúpula de San Pablo y un poco del London Bridge. Las chimeneas cubiertas de hollín sobresalían al fondo como candelabros, dando la sensación de que iluminaban una puesta de sol excepcionalmente intensa.

Eleanor respiró hondo. El ambiente húmedo ardía con aquella combinación de carbón y petróleo que siempre estaba presente. Temblaba de rabia e impotencia, y la adrenalina que la había empujado a mantener aquella discusión con el Director empezaba a disolverse. Algo iba mal, lo sabía. Sus chicas estaban perdidas y solas, y ella les estaba fallando igual que en su día le falló a su hermana. Pero nadie le haría caso, ni siquiera el Director.

Captó entonces un movimiento detrás de ella, unos pasos aplastando la gravilla. Eleanor se sobresaltó y se volvió. En la esquina opuesta de la azotea había un hombre, ladeado con respecto a donde ella estaba, mirando hacia el sur de Londres. El perfil le resultaba familiar, pero no conseguía ubicarlo. Y entonces, contuvo un grito.

—Vesper.

Ni asintió ni reconoció de ninguna otra manera su identidad, aunque su silencio indicó su conformidad. Conocía solo a Vesper por su reputación, por haber oído su nombre y sus hazañas murmuradas por los pasillos de Baker Street desde el día que llegó allí. Había visto una única fotografía de él en su expediente personal y, a pesar de que su aspecto era distinto, más deteriorado, identificó sus duras facciones solo con verlo. Estudió al hombre del que tanto había oído hablar. Era alto y de aspecto salvaje, con la mandíbula fuerte y ancho de hombros, adecuados para soportar todo lo que tenía que cargar sobre ellos. Sin embargo, era mucho más joven de lo que se había imaginado por tratarse de un hombre envuelto en una aureola tan grande de respeto.

Tenía delante de ella al vínculo más estrecho con sus chicas. Era increíble.

Eleanor se acercó.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó antes de darse cuenta de su error. Vesper no tenía por qué responder a una perfecta desconocida—. Soy Eleanor Trigg. —Estudió su cara, preguntándose si reconocería el nombre. Pero la expresión de Vesper se mantuvo inalterable—. Soy la responsable de la unidad de mujeres.

—Lo sé. Marie habla muy bien de usted. —Eleanor se encogió al imaginarse a Marie hablando demasiado y rompiendo el protocolo. Aunque, por otro lado, no pudo evitar sentirse embargada por una oleada de orgullo. Había sido dura con Marie para sacar lo mejor de ella y a menudo le preocupaba la posibilidad de haber incitado el odio de la muchacha hacia ella. Debía de ser la primera vez en su vida que una cosa así la preocupaba—. ¿Cómo va?

Vesper sonrió a regañadientes.

—Es brillante. Encantadora. Exasperante.

Eleanor contuvo una carcajada, recordando que la chica formulaba constantemente preguntas durante la formación. Pero ella se refería al trabajo que estaba realizando... y la respuesta de Vesper sugería algo totalmente distinto. La reputación de aquel hombre era la de un lobo solitario que se aislaba de sus agentes para poder liderarlos. Se preguntó si habría desarrollado algún tipo de sentimiento especial hacia Marie.

—¿Y las demás?

—En mi círculo hay pocas chicas. —Eleanor asintió—. Josie es imparable. En estos momentos está trabajando sobre el terreno con los *maquisards*. *La Petite*, la llaman. —La Pequeña—. Pero creo que la temen. Dispara mucho mejor que cualquiera de ellos. En este momento, confían más en ella que en la mayoría de sus propios hombres.

—¿Qué está haciendo en Londres? —preguntó Eleanor.

Había dejado a sus agentes solos para viajar a la ciudad y, en consecuencia, debía de tratarse de algo de vital importancia. Se dio cuenta, con fastidio aunque no con sorpresa, de que sus superiores tendrían que haberle notificado que venía. ¿Le habría ocultado expresamente el Director la visita de Vesper? Aunque también cabía la posibilidad de que ni siquiera él lo supiera.

—Mejor no hablar aquí —respondió Vesper, señalando la parte de la azotea más alejada de las ventanas desde donde podían ser oídos. Eleanor lo siguió hacia allí—. Me han llamado para asistir a unas reuniones en los cuarteles generales —dijo retomando la pregunta sobre el motivo de su visita.

—¿Por qué?

—La verdad es que no puedo comentarlo.

No era el área de responsabilidad de Eleanor; Vesper no se comunicaba con ella y ella no tenía ninguna necesidad de saberlo. Pero insistió, de todos modos.

—Marie y las demás chicas son mías. Es decir, que yo las recluté y las entrené. Necesito saber qué sucede. —Vesper asintió, respetándola como a un igual pero sin aportarle todavía nada—. ¿Qué tal van sus operaciones? —preguntó entonces, intentando otra táctica.

—Las cosas van bien, creo. No perfectamente, claro está, pero tan bien como cabría esperar. —Eleanor se preguntó si sería cierto o si estaría poniendo al mal tiempo buena cara porque estaba en los cuarteles generales—. El invierno pasado tuvimos un contratiempo con el sabotaje de un almacén, pero nos recuperamos. En estos momentos, estamos absolutamente concentrados en la voladura del puente de Mantes-la-Jolie.

Eleanor asintió. Había oído detalles sobre la operación en las reuniones informativas diarias y la razón por la cual había aceptado desplegar a Josie antes de tiempo era precisamente por esos preparativos. El puente era un punto clave para retener a los tanques alemanes en su avance hacia la costa donde se produciría la invasión. Pero la explosión era peligrosa y podía poner en riesgo a todo el círculo.

—¿Tiene todo lo necesario para llevarla a cabo?

—Nos faltaban explosivos. Pero un agente de Marsella estuvo con nosotros hace unas semanas para establecer contacto. Y pudo conseguirnos lo que necesitábamos: TNT a cambio de reservas de munición. Nos vamos apañando.

—¿Existe alguna posibilidad de que se pueda ver comprometido? —preguntó directamente.

La pregunta fue muy abrupta, sin venir a cuento, pero era lo que necesitaba saber para determinar qué estaba pasando con las transmisiones de Marie y, en consecuencia, no tenía sentido esconderlo.

Vesper se mostró claramente enfadado.

—En absoluto —respondió, quizás con excesiva celeridad, aunque no pareció sorprenderse tanto por la sugerencia como Eleanor habría imaginado.

—Pero ha considerado esa posibilidad, ¿no?

—La posibilidad siempre existe —replicó él, reacio a reconocer nada más.

Entonces, volvieron a ella todas las preocupaciones de las últimas semanas sobre las infrecuencias de las transmisiones y lo poco que parecían típicas de Marie.

—Las transmisiones de Marie... —se atrevió a decir—. Hay mensajes que no parecen emitidos por ella.

—Estoy seguro de que son simplemente los nervios, la novedad de estar sobre el terreno —replicó Vesper—. Marie está bien... o como mínimo lo estaba cuando la vi por última vez hace unos días. —La calidez de su tono de voz al comentar que había visto a Marie respondió a la pregunta que se había formulado Eleanor sobre los sentimientos que albergaba aquel hombre hacia la chica. Se preguntó si Marie sentía lo mismo y si habría habido algo entre ellos —. Se encargó de recogerme un paquete en Montmartre —añadió.

París.

—¡Dios mío! ¿No estará insinuando que la está utilizando como mensajera, verdad?

Marie dominaba el idioma, pero aún estaba muy verde. Sus habilidades para la clandestinidad, para confundirse con la gente y no cometer los errores que podrían llevar a su captura estaban pendientes de desarrollar.

—Es mucho mejor de lo que se imagina.

—Tal vez.

Eleanor se puso furiosa pensando que alguien pudiera conocer a las chicas mejor que ella.

—Sobre el terreno hay que ser ágil, enviar agentes donde quiera que se necesiten.

Eleanor regresó a la pregunta que tanto había estado agobiándola.

—Sus transmisiones han sido erráticas. ¿Qué está pasando realmente allí?

Vesper bajó la vista hacia sus botas y no respondió de inmediato.

—No lo sé. Marie está bien. Pero en esta misión hay algo distinto. Algo que no va bien.

—¿Lo ha comentado con los cuarteles generales?

—No me hacen caso. Piensan que estoy chiflado por llevar tanto tiempo fuera, que no pienso con claridad. Lo único que he podido hacer es convencerlos para que me dejen volver allí. Pero usted lo sabe también. ¿Por qué no ha dicho nada?

—Lo he intentado. Pero tampoco me hacen caso.

El alcance de su impotencia se desplegó por completo ante Eleanor y su frustración iba en aumento. En aquel momento, a los que estaban en el poder solo les interesaba una cosa: la invasión. No querían escuchar ninguna voz que les dijera que habría que ralentizarla, o que pudiera interponerse en su camino, incluyendo la que clamaba por la seguridad de los agentes. Eleanor comprendió entonces que sus chicas corrían un peligro mucho mayor del que se había imaginado.

—¿Y ahora qué? —dijo.

—Tengo que volver a Francia e intentar averiguar qué sucede por mis propios medios.

—Podría abortar la operación —dijo Eleanor, con la esperanza renacida durante unos segundos pasajeros.

Cancelarlo todo, recuperar a las chicas y devolverlas a casa sanas y salvas. No podría calificarse de fracaso, sino de retraso. Podrían reagruparse. Volver a intentarlo.

—No puedo. —Por supuesto que no podía. La fecha de la invasión, tal y como había dicho antes el Director, estaba muy próxima—. Es como un tren de mercancías que avanza a velocidad excesiva y nadie puede detenerlo. Y, además, si no lo hago yo, lo hará otro. —Se apartó de ella para cruzar la azotea—. Tengo que volver a Francia lo más rápidamente posible.

—En eso puedo ayudarle —dijo ella corriendo detrás. Vesper se volvió—. Si tiene ya lista la orden de viaje, puedo disponerlo todo personalmente para su traslado.

Eleanor pensó que podía utilizar su posición privilegiada para saltarse la cola de las transmisiones y disponerlo todo para que Vesper pudiera irse de inmediato.

—Gracias.

Eleanor no lo hacía solo por él, sino también porque los agentes desplegados sobre el terreno lo necesitaban para sobrevivir.

—¡Espere un momento! —gritó, viendo que se disponía de nuevo a irse.

Pensó que quería enviar un mensaje a las chicas, algo que las ayudara a sobrevivir fueran cuales fuesen las dificultades a las que se enfrentaran, o al menos que supieran que ella estaba trabajando incansablemente desde los cuarteles generales para que acabaran volviendo a casa sanas y salvas. Que no había perdido la fe en ellas. Se esforzó por articular un mensaje que resumiera todo eso, su preocupación y su cariño, la alta consideración en la que las tenía y su advertencia. Pero no encontraba las palabras.

—Dígale a Marie... —empezó a decir. De entre todas las chicas, estaba seguro de que a ella la vería—. Dígale a Marie que estoy preocupada porque sus transmisiones no parecen correctas. Que no me permiten detener las transmisiones ni clausurar su aparato, pero dígame que estoy preocupada.

Intentó encontrar palabras, no solo de precaución, sino también de consejo que ayudaran a la chica a sobrevivir entre las aguas traicioneras que pudiera estar surcando. Pero fue incapaz de encontrar nada más que decir.

Y Vesper, además, ya se había ido.

Diecisiete

Marie

Francia, 1944

Julian los había abandonado. «Una semana», había dicho. Pero llevaba ya diez días fuera. Era como si se hubiera ido para siempre.

Marie se envolvió con sus propios brazos y se estremeció, aunque en realidad hacía calor y el ambiente húmedo era más típico de principios de verano que de primavera. El cielo estaba excepcionalmente gris y los nubarrones presagiaban tormenta. Se imaginó a Tess en la vieja vicaría y confió en que el colorido de la primavera que bañaría las marismas le sirviera para pensar menos en las semanas que hacía que su mamá no iba a verla.

Miró hacia los campos que se extendían por detrás del piso franco. Ansiaba con todas sus fuerzas que la figura fuerte de Julian se perfilara en el horizonte. Pero seguía aún en otro país. Intentó imaginarse qué estaría haciendo en aquellos momentos en Londres. Hacía unas noches, había soñado con que paseaba por Kensington High Street y se cruzaba con él, pero Julian no la reconocía. Los sentimientos que tanto se había esforzado por ignorar cuando estaba él allí habían estallado durante su ausencia y sabía que cuando regresara sería imposible negarlos.

Aguardaba fielmente a que entrara por radio alguna transmisión desde Londres y escuchaba las emisiones de la BBC por la radio normal cada noche, a la espera de que llegara la hora de la sección de los «mensajes personales», que a veces, emitidos en clave, podían ser un medio alternativo para indicar un envío, rezando para que la señal avisara de la llegada de un Lysander. Pero nada. Levantó la cabeza para evaluar si la luna habría alcanzado ya su

plenitud o habría que esperar una noche más a que fuera llena. Durante siete días antes y después de luna llena había luz suficiente para volar. Si Julian no llegaba en este periodo, tendría que esperar hasta el mes siguiente. Y pensarlo se le hacía insoportable.

Pero no era la única que lo echaba de menos; la ausencia de Julian había dejado un vacío en el círculo. Lo intuía en los mensajes que le traían los mensajeros para transmitir, menos frecuentes ahora, y con un tono menos seguro. Julian era su líder y no podían funcionar a pleno rendimiento sin él. Y la ausencia de Julian no era el único problema. La situación empeoraba en el norte de Francia. Corrían rumores, susurrados por los agentes que le traían instrucciones, de que se había producido otro arresto en Auvernia. Un mensajero que no había aparecido más. Pequeños fragmentos de información que, unidos, sugerían que la situación iba a peor, que el Sicherheitsdienst se estaba acercando, que el nudo estaba tensándose. Y todo ello justo cuando estaban a punto de llevar a cabo su misión más peligrosa hasta la fecha: volar aquel puente.

Se oyó ruido en el piso de abajo. Marie se levantó, recorrió con la mirada el piso para asegurarse de que todo estaba correctamente escondido y que la radio estaba camuflada como un gramófono, por si acaso se presentaba la policía. Abrió la puerta y no encontró a nadie en el pasillo.

Pero al cabo de unos instantes, la cabeza de Will asomó por encima de la barandilla. Se sorprendió al verlo allí; Will no había vuelto a aparecer desde la mañana en que se había llevado a Julian para transportarlo a Londres. Entró en el piso sin previa invitación y cerró la puerta. Su expresión era excepcionalmente seria y Marie contuvo la respiración, armándose de valor por si traía malas noticias. ¿Sería sobre Julian o se trataría de otra cosa?

—Esta noche esperamos llegada de personal —anunció sin siquiera saludar.

Sus ojos castaños tenían una mirada solemne. Marie se puso nerviosa con anticipación. Aunque en la radio no había habido noticias sobre ninguna llegada.

—¿Cómo lo sabes?

—La información ha llegado a través del círculo de Acólito.

Era raro que el mensaje hubiera llegado a través de una red de agentes situada más al este y no a través de su radio.

—¿Es Julian?

Will arrugó la frente en un gesto de incertidumbre.

—Dijeron que el mensaje era confuso, pero es la única persona que esperamos. Tiene que ser él. De haberme encargado yo de traerlo, lo habría sabido.

—¿Y pediste encargarte tú?

—Por supuesto. Un montón de veces. Pero me denegaron la solicitud. —Will frunció el entrecejo. A lo mejor eso explicaba que estuviera de mal humor—. Dijeron que me necesitaban aquí, sobre el terreno, mientras Julian estuviera en Londres.

Will había evolucionado para convertirse en el lugarteniente de Julian y era el líder en ausencia de su primo. Normalmente era un lobo solitario y este no era un papel que desempeñara cómodamente.

—Si Julian regresa esta noche podrás volver a tus vuelos —dijo Marie animada.

Pero la cara de Julian seguía seria.

—Hay algo más, Marie —dijo con voz grave—. ¿Estás al corriente de lo del puente del ferrocarril?

Marie asintió.

—Por supuesto.

Todo lo que habían hecho, incluyendo su peligroso viaje de vuelta desde Montmartre con el TNT, era para ese fin.

—La detonación está programada para mañana por la noche.

—¿Tan pronto?

—Nos ha llegado información de que pasado mañana llegará un convoy alemán enorme. Por eso hemos tenido que adelantarlo.

—Pero Julian dijo que no se hiciera nada sin él.

—Y no lo haremos. Colocaremos la carga y luego iremos a recogerlo al lugar previsto de aterrizaje antes de que explote mañana. No tendría que haber ningún problema.

Entonces no entendía por qué estaba tan serio.

—¿Y entonces qué pasa?

Will dudó.

—La agente que tenía que colocar mañana la carga en el puente está desaparecida.

«La agente». Solo había una mujer en la red capaz de llevar a cabo esa tarea. Marie se dejó caer en la cama, rezando para que lo hubiese entendido mal.

—Will —dijo con cautela—, ¿quién es?

—Josie ha desaparecido —confirmó directamente, sentándose a su lado—. Hace cuatro días, Albert, ella y un partisano, Marcin, estaban entregando armas al maquis cuando les perdimos el rastro. De hecho, tampoco sabemos seguro que hayan sido arrestados —añadió rápidamente—. A lo mejor simplemente intentan pasar desapercibidos.

—O también podría ser que estén heridos o muertos —dijo Marie, pensando en las posibilidades más funestas—. ¿Han verificado la localización de su última transmisión? ¿El pueblo donde fue vista por última vez? Tendríamos que comunicarlo a los cuarteles generales...

Si lo sabía Julian, podría hacer averiguaciones en Londres.

—Ya lo hemos hecho. Y hay un equipo de reconocimiento trabajando en ello.

Por el sonido de su voz, Marie adivinó que era inútil. Si Josie estuviera bien, habría encontrado la manera de volver o, como mínimo, de ponerse en contacto. No, lo único que podía impedir a Josie completar su misión era un arresto... o la muerte.

Recordó la imagen de Josie en Arisaig House, tan fuerte y desafiante. Miró a Will con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo ha podido pasar?

Se recostó en él y lloró, empapándole la camisa. No solo lloraba por Josie, sino por todos ellos. Josie era indestructible. Si los alemanes habían podido con ella, ¿qué probabilidad de supervivencia tenían Marie y las demás?

La tristeza la había paralizado y estaba dispuesta a abandonar allí mismo, en ese preciso instante. Pero Josie no habría soportado que se derrumbara de aquella manera. Se obligó entonces a respirar con más calma y el llanto empezó a apaciguarse. Unos minutos después, enderezó la espalda y se secó los ojos.

—Desde aquí no podemos hacer otra cosa que esperar —dijo Will.

—Y destruir ese puente —consiguió decir Marie, obligándose a concentrarse en la tarea que tenían entre manos. Julian había dicho que la operación tenía que llevarse adelante costara lo que costase —. ¿Quién depositará ahora la carga?

—No tengo ni idea. Voy a visitar unos cuantos pisos francos para ver a quién encuentro por aquí que pueda ser adecuado para el trabajo. En el peor de los casos, lo haré yo mismo.

—Me encargaré yo —dijo Marie antes de caer en la cuenta de lo que estaba diciendo. ¿Pero en qué estaría pensando? Will se quedó mirándola unos segundos, como si no hubiera captado lo que acababa de oír—. Depositar la carga. Puedo hacerlo yo.

—No, Marie. Tú no estás entrenada para esto. Eres operadora de radio. —En Arisaig House solo había hecho un entrenamiento muy básico sobre explosivos. Depositar la carga para su detonación era completamente distinto—. Julian nunca lo permitiría —añadió.

—¿Por qué?

Will se encogió de hombros.

—Porque es muy protector.

«¿Protector con respecto a mí o con respecto a todas las chicas agentes?», le habría gustado preguntar a Marie. Bien que había estado dispuesto a que Marie corriera peligro yendo a buscar explosivos a París. ¿Qué había cambiado? Recordó la intimidad que había habido entre ellos durante la noche antes de que Julian se marchara a Londres. Se preguntó si Will lo habría intuido a la mañana siguiente. O también era posible que Julian le hubiera comentado algo sobre ella a su primo antes de marcharse.

Pero eso no tenía nada que ver con el tema que les ocupaba ahora.

—Julian no está aquí. Y no hay nadie más para hacerlo. Tú tienes que estar en la pista de aterrizaje para recogerlo —continuó diciendo Marie a medida que iba elaborando mentalmente un plan —. Depositaré la carga y luego me reuniré contigo. Julian sabe cómo moverse secretamente por la región. Iremos a recoger a Julian y cuando la carga explote ya estaremos lejos.

Will dudó. Julian se habría opuesto rotundamente a aquel plan, y ambos lo sabían. Pero la expresión de Will empezó a ablandarse al comprender que Marie tenía razón. Y aun en el caso de que no la tuviera, no había tiempo para encontrar una alternativa.

—De acuerdo. Rápido, ven conmigo.

Salieron del piso, bajaron la escalera y cruzaron el pueblo, esta vez a pie. El ritmo de Will era tan difícil de seguir como el de su primo: más corto de piernas, pero con unos pies rápidos como una centella.

—¿Y qué hago? —preguntó Marie—. Después de colocar la carga, me refiero.

—Tendrás que cruzar el puente para llegar al punto de encuentro. Luego seguir por la orilla sur hasta el meandro que te he enseñado en el mapa. Una vez allí, tendrás que girar hacia el este hasta llegar a la pista de aterrizaje donde te dejé la noche que llegaste. —Todo sonaba muy fácil sobre el papel—. ¿Sabrás encontrarlo?

Marie asintió. Siguieron caminando en silencio.

—¿A qué te dedicabas antes de la guerra? —preguntó ella por fin.

Esperaba que Will la reprendiera, como Julian habría hecho, por hablar innecesariamente y arriesgarse a ser detectados.

—Carreras.

—¿De coches? —preguntó sorprendida.

—De motos. —Viendo lo mucho que le gustaba volar, tenía sentido. La excitación que provocaban ambas experiencias debía de ser similar—. Algo totalmente frívolo, lo sé. Pero es la verdad.

Marie pensó que antes de la guerra todos eran personas muy distintas entre sí.

El bosque empezó a clarear y apareció el puente del tren, cerniéndose frente a ellos como un esqueleto gigante. Marie notó que se le aceleraba el pulso. Era mucho más grande de lo que se imaginaba.

—¿Tenemos explosivos suficientes para volarlo?

—Hay TNT colocado en al menos una docena de puntos a lo largo del puente —dijo Will—. No es necesario volarlo por completo, simplemente conseguir que sea imposible transitar por él.

¿Recuerdas lo que te explicaron en el curso sobre cómo preparar la carga?

—Sí...

Marie titubeó. La verdad era que no había prestado tanta atención como debería a las explicaciones sobre explosivos. Su trabajo era ser operadora de radio y volar cosas no era algo que se hubiera imaginado que pudiera acabar haciendo.

—Si quieres cambiar de idea aún no es demasiado tarde —dijo Will interpretando sus dudas.

Marie levantó la barbilla en un gesto desafiante.

—Puedo hacerlo.

Will sacó el detonador que llevaba en la bolsa y señaló la esquina del puente.

—Tienes que colocarlo allí, en la junta. Y esperar hasta que oscurezca por completo. Ojalá pudiera hacerlo yo en tu lugar —añadió.

Marie negó con la cabeza. Ella era más menuda y por eso podía pasar más desapercibida. Y su francés la ayudaría si la sorprendían.

—Tú tienes que preparar el aterrizaje de Julian.

—Y tú tienes que llegar para reunirme conmigo antes de que llegue Julian —dijo Will, preocupado al ver todos los puntos flacos de aquel improvisado plan—. En cuanto aterrice el avión, tendremos que apagar las antorchas y echar a correr.

—Lo sé. —Posó ambas manos sobre los hombros de Will y lo miró a los ojos—. Allí estaré.

—Más te vale —refunfuñó Will—. Si te ocurriera cualquier cosa, mi primo me mataría.

—Will...

Tenía la sensación de que debía disculparse con él, o como mínimo reconocer lo que al parecer había empezado a nacer entre Julian y ella. ¿Pero cómo explicar lo que ni siquiera ella misma comprendía?

Will hizo un gesto con la mano, restándole importancia a la situación.

—Da igual —dijo incómodo—. Tú haz el trabajo y ya está.

—Lo haré. Confía en mí —dijo firmemente—. Y ahora, vete.

La confianza de Marie se esfumó en cuanto Will desapareció en dirección al bosque. ¿Qué demonios estaba haciendo ella allí? Levantó la vista hacia el cielo y le pareció ver las caras de todos los que habían dudado de ella a lo largo de su vida, primero su padre, luego Richard. De los hombres que le habían hecho creer que nunca sería suficiente. Para disipar sus dudas, se imaginó a Julian subiendo a bordo del Lysander para regresar con sus agentes. Era increíble que faltaran solo unas horas para volver a verlo.

La espera sumida en la oscuridad se le hizo eterna y le dio la impresión de que el atardecer se prolongaba más de lo habitual. Cuando por fin se hizo de noche, Marie salió de su escondite y avanzó despacio y sin hacer ruido por la orilla del serpenteante río. El ambiente tranquilo no insinuaba en absoluto la importancia que tenía aquel lugar para la guerra.

Acercándose a su objetivo, agradeció para sus adentros no tener que volver a llevar encima el TNT. Naturalmente, preparar la carga no era una tontería. La junta donde Will le había dicho que colocara el detonador estaba a más de cinco metros de altura. Para Josie, que en Arisaig escalaba colinas y trepaba por rocas con tremenda facilidad, no habría sido ningún problema, pero para Marie aquello era como una montaña. Avanzó con cautela por debajo del puente hasta llegar al punto que le había indicado Will, cerca de una de las juntas principales. El agua fría de la orilla del río se le filtraba desagradablemente al interior de las botas. Palpó los pernos que sobresalían del acero y formaban un improvisado e irregular muro de escalada. Se guardó el detonador en el interior de la blusa y empezó a subir.

Cuando alcanzó uno de los pernos de arriba, una bota resbaló y se hizo un corte en el tobillo con el metal. Gritó de dolor sin poder evitarlo y el sonido quebró el silencio del ambiente. Se mordió el labio e intentó sujetarse de nuevo y no caer esta vez.

Llegó por fin al punto donde se unían las juntas por debajo del puente. Agarrada con todas sus fuerzas a la estructura con una mano, consiguió sacarse el detonador de dentro de la blusa con la otra. Lo examinó e intentó recordar todo lo que había aprendido durante la formación con explosivos. Con dedos temblorosos,

conectó los cables del detonador y rezó para sus adentros pidiendo haberlo hecho bien y que el invento funcionara.

Colocó la carga en su sitio. Y justo en aquel momento, empezó a oír un rugido a lo lejos. Un ataque aéreo, pensó, recordando los años de terror en Londres. Pero cuando el sonido subió de volumen y el puente empezó a temblar, comprendió que se trataba de un tren. No le daba tiempo a saltar. El tren se estaba acercando, el puente se tambaleaba de un lado a otro y el movimiento amenazaba con descolocar el detonador. Cogió el detonador con una mano, se aferró con todas sus fuerzas a un perno con la otra y se concentró para no soltarse. Por una vez en su vida, se propuso no huir ni caer presa del pánico. El tren retumbó por encima de su cabeza. Cerró los ojos y rezó para poder resistir.

El tren superó el puente y el traqueteo cesó. Marie verificó de nuevo que el detonador hubiera quedado bien colocado y bajó del puente con piernas temblorosas. En la base, se detuvo un momento para recuperar el ritmo de la respiración. Miró hacia ambos lados y se dispuso a cruzar el puente. Tenía que ir despacio, lo sabía, y mantenerse a la sombra de los pilares para evitar ser vista. Pero en el puente no había paso alguno para peatones y sabía que podía llegar otro tren en cualquier momento. Echó a correr por la vía, sintiéndose desnuda y expuesta, hasta que llegó por fin al otro lado.

Consiguió estar en el improvisado aeródromo a tiempo.

Cuando Marie llegó a la explanada de tierra, vio que estaba desierta y se preguntó si se habría hecho tarde y Will habría recogido ya a Julian marchándose sin ella. Pero vio que en el suelo había estacas clavadas, listas para ser encendidas en cuanto se aproximara el avión. Y entonces vislumbró a Will escondido entre los árboles.

—¿Hay noticias? —preguntó Marie al acercarse.

Will respondió con un gesto negativo. Se sintió frustrada. Julian debería estar ya allí. Marie intentó eliminar el nudo de inquietud que se le formó en la garganta. Un retraso de unas horas no significaba nada. Sabía que los aviones aterrizaban dentro de un marco de tiempo. Que el piloto podía haber sufrido un retraso o haber tenido

que dar un rodeo por culpa de la niebla o por el miedo a ser detectado.

—Tenemos que esperar en un lugar protegido.

Tiró de ella para retirarla de la explanada e ir hacia los árboles. Había uno caído y, detrás, el terreno se había ido erosionando hasta formar una pequeña hondonada. Will se tumbó en el suelo y le indicó que siguiera su ejemplo.

El ambiente había refrescado y Marie se estremeció al percibir la humedad del río que seguía aún presente en sus botas. Le habría gustado poder encender una hoguera aunque, naturalmente, era imposible. Se aproximó más a Will, sin preguntarle si le importaba, y fijó la vista en el campo oscuro, deseando ver algún indicio de la presencia de Julian. No estaba. De pronto le pareció ver su silueta emergiendo entre las sombras, su sonrisa ladeada y su mirada siempre en tensión y alerta. Pero no era más que un espejismo, un simple producto de su imaginación. Pasaron diez minutos, luego quince, y la esperanza se transformó primero en decepción y luego en preocupación.

Se recostó en el árbol y cerró los ojos, pero estaba tan nerviosa que era incapaz de dormir. De pronto, oyó un ruido procedente de arriba y se sentó bruscamente. Era un objeto transparente que caía del cielo.

¡Un paracaídas!

Se incorporó de un brinco y echó a correr sin pensar en nada por la pista de aterrizaje. Debían de haberlo lanzado en paracaídas porque el aterrizaje no era seguro. Cuando el paracaídas rozó el suelo, tuvo que esquivarlo para no ser aplastada.

—Te dije que volvería —dijo Julian.

Un zumbido la despertó de repente. Abrió los ojos de golpe. Seguía durmiendo en la oscuridad del bosque. El reencuentro había sido un sueño. Seguía sin haber ni rastro de Julian. Había cambiado ligeramente de postura y ahora ya no estaba apoyada en el tronco del árbol, sino en el hombro de Will, que la había rodeado con el brazo para darle calor. Se enderezó rápidamente, separándose de él.

—¿Hay noticias?

Will hizo un gesto negativo.

El cielo seguía oscuro pero el horizonte empezaba a adquirir una tonalidad rosada. Ya era muy tarde. El avión con Julian no iba a llegar.

Marie observó la negrura que se extendía por encima de su cabeza, buscando respuestas a lo que había pasado.

—¿Y si la información sobre el aterrizaje era errónea? —dijo.

—En ningún momento he pensado que lo fuera. Parecía segura.

Aunque no dijo nada más, el miedo en la mirada de Will era inequívoco. Julian tenía que estar ya allí. Algo había salido terriblemente mal.

Marie miró al cielo, cada vez más gris por la cercanía del amanecer, deseando que todo aquello no fuera más que una pesadilla.

—A lo mejor aún llega el avión —dijo fingiéndose esperanzada.

Pero, conociendo el protocolo y sin ganas de fingir, Will negó con la cabeza.

—Falta de combustible. El amanecer acechando —dijo, disparando una implacable ráfaga de razones por las que era imposible.

—Has dicho que la entrega estaba confirmada. ¿Qué puede haber pasado?

—No lo sé. Pero no podemos esperar más. Si Julian no ha podido aterrizar por motivos de seguridad, tampoco es seguro que sigamos aquí. —A Marie empezó a quemarle la piel de puro miedo—. Tenemos que irnos —insistió.

Se incorporó y echó a andar hacia los árboles. «Irse y regresar al día siguiente a la misma hora», ese era el protocolo a seguir cuando fallaba una entrega de objetos o personal, o un aterrizaje. Marie se rezagó un momento más. A pesar del peligro, no quería abandonar el lugar que era su mejor esperanza, o tal vez la única, de reencontrarse con Julian. Las horas hasta que pudieran volver a intentarlo se harían interminables, oscuras y agónicas. Pero Will tenía razón. Cada segundo más que pasaran allí, aumentaba el riesgo de captura y de muerte, no solo para ellos sino también para los demás agentes y los lugareños que estaban ayudándolos.

—A lo mejor ha recibido órdenes de quedarse —sugirió Marie cuando alcanzó a Will ya en el bosque.

—Julian no se detendría ni por eso —replicó con firmeza Will—. Mi primo siempre regresaría.

Pero no lo había hecho. Lo cual solo podía significar que algo iba mal, muy mal.

—Llegará en el segundo intento. —Will intentó que su voz sonara confiada.

—Pero no podemos esperar —dijo Marie, cayendo entonces en la cuenta—. El puente. Volará esta noche.

Vio la mirada alarmada de Will. Siguiendo las instrucciones, había puesto el temporizador del explosivo para que se detonara a las diez de la noche, después de que oscureciera. El plan era recoger a Julian y luego seguirlo a él para replegarse.

Pero ahora era imposible. Sin Julian no podrían huir. No tenían los conocimientos que él poseía sobre en quién poder confiar y dónde esconderse de forma segura.

—Ve corriendo a tu buhardilla —le ordenó Will, que parecía estar elaborando un plan a medida que iba hablando—. Déjalo todo como si nunca hubieras vivido allí. Destruye todo aquello que no puedas esconder o llevarte.

—¿Por qué?

—Porque esta misma noche te saco de Francia.

—No podemos —protestó Marie—. Tenemos que estar aquí para recibir a Julian.

—No va a venir, Marie —dijo Will, reconociendo la verdad al pronunciarla por primera vez en voz alta.

—Pero aún podría hacerlo... —insistió ella.

Will se detuvo y se giró. La sujetó con firmeza por los hombros.

—No podemos permitirnos esperar. En cuanto ese puente vuele por los aires, nadie estará seguro. Se ha acabado, Marie. Has cumplido con creces con tu deber. Es hora de volver con tu hija, ahora que aún estás a tiempo de hacerlo.

—¿Y cómo? —preguntó aturdida, superada por la situación.

—El círculo de Juggler tiene un Lysander en tierra cerca de Versalles. El aparato sufrió daños al ser atacado por fuego antiaéreo durante un aterrizaje y han estado trabajando en secreto para

repararlo. Si puedo llegar hasta allí y consigo hacerlo despegar, podríamos salir de aquí esta misma noche. —Señaló en dirección opuesta, entre los árboles—. A unos cinco kilómetros al este hay otra pista de aterrizaje. Si avanzas por el bosque todo recto, lo encontrarás seguro. Mantente escondida hasta que me veas llegar. Nos vemos a las nueve y media esta noche, y ten por seguro que despegaremos antes de la detonación —dijo, como si fuera el plan más sencillo del mundo.

Sin esperar respuesta, Will dio media vuelta y se dispuso a marcharse. «Espera», quería decirle Marie. Quería volver a decirle que no podían abandonar el país mientras existiera la más mínima posibilidad de que Julian fuera a volver. Pero sabía que no conseguiría nada por mucho que discutiera. Y era mejor que Will se fuera ahora mismo, amparándose en la oscuridad mientras durase. Will desapareció en el bosque.

Por la noche, cuando oscureció, Marie se asomó a la puerta de su piso franco. El día había transcurrido muy lentamente. Desafiando a Will, había decidido no recoger sus escasas pertenencias. Pensó que era mejor, si a alguien se le ocurría inspeccionar, dar la sensación de que solo se había ausentado por un tiempo. Había intentado comunicar con Londres para informar de que Will y ella se disponían a regresar y también para averiguar por qué Julian no se había presentado. Pero no había obtenido respuesta. Por mucho que no tuviera programado transmitir aquel día, sabía que al otro lado de la línea tenía que haber una operadora. Se preguntó si los alemanes habrían logrado interferir su señal. O si sería simplemente por algo relacionado con la climatología. Pero había sido imposible. Al día siguiente estarían de regreso en Londres y, a buen seguro, Julian los estaría esperando y les explicaría qué había pasado.

Fijó la mirada en el rincón donde la radio estaba escondida en el interior del gramófono. No podía llevársela. Will le había dicho que la destruyera, lo sabía; y era lo que le habían dicho que tenía que hacer durante su formación. Se acercó al aparato, abrió la tapa y buscó a su alrededor algún objeto contundente. Lo mejor que encontró fue la cazuela de hierro fundido. La cogió y la levantó por encima de la radio.

Y entonces, con la cazuela en la mano, se detuvo. Volvió a dejarla. Antes de marcharse tenía que volver a intentar ponerse en contacto con Londres. Buscó apresuradamente su cajita de retales de seda y seleccionó la clave calculada para cifrar el mensaje. Sacó los cristales que había guardado en el bolsillo, los insertó en la radio y manipuló los mandos de transmisión para buscar la frecuencia adecuada. *Angel a Casa*, tecleó.

La respuesta entró rápidamente. *Aquí Casa*. Marie empezó a teclear la noticia de la detonación, pero antes de que le diera tiempo a enviarla, entró un segundo mensaje: *Confirma recepción del Cardenal*.

Mientras decodificaba el mensaje, se le formó un nudo duro como una piedra en el estómago. El mensaje hablaba de Julian. Londres lo había enviado y quería la confirmación de su llegada.

Pero Julian no estaba. Puso apresuradamente en clave su respuesta: *Cardenal no recibido. Repito Cardenal no recibido*.

No hubo más respuesta. La señal se había perdido o estropeado. Era imposible saber si el mensaje había pasado.

Intentó respirar con normalidad mientras procesaba la información. Londres creía que Julian había aterrizado. ¿Dónde estaría? ¿Le habría pasado algo en aire o en tierra? Era imposible saberlo, pero una cosa sí era segura: si existía alguna posibilidad de que Julian hubiera aterrizado, ella no podía marcharse de Francia.

Le habría gustado esperar a ver si llegaba respuesta de Londres, pero no se atrevía a tener a Will sentado esperando en el avión más tiempo del necesario y correr de este modo el riesgo de que fuera capturado. Miró una vez más la radio. Era su única fuente de información sobre Julian y no soportaba la idea de destruirla. De todos modos, sin los cristales nadie podría utilizarla.

Volvió a recoger los cristales y las sedas y salió corriendo de la buhardilla para ir a reunirse con Will.

Al salir a la calle, Marie se obligó a caminar con normalidad. Se alisó el jersey.

—*Mademoiselle!* —dijo en voz baja una voz masculina.

Se quedó helada, segura de que era la policía o alguno de los alemanes. Pero era el librero, que le hacía señas desde el otro lado de la calle.

Marie dudó. No tenía tiempo para pararse. Lo saludó con la mano, confiando en que con ese gesto fuera suficiente. Pero el hombre siguió haciéndole gestos. Temiendo que alguien lo pudiera ver, se acercó a paso ligero hacia la tienda.

—*Bonsoir* —dijo educadamente entrando en la tienda vacía.

Había visitado un par de veces la librería desde su llegada en busca de algo para leer que le ayudase a pasar las interminables horas de soledad. No habían vuelto a comentar nada sobre aquella primera visita, cuando le pidió al propietario que colaborara con la misión. ¿Qué podía querer ahora de ella?

El librero le pasó una novela de Rudyard Kipling. Y antes de que Marie pudiera expresarle su confusión, el hombre abrió el libro y le mostró un compartimento vacío. Estaba ofreciéndole por fin su cooperación.

Pero ya era demasiado tarde. Pensó en decírselo, pero luego se lo pensó mejor.

—Nos será de gran utilidad —dijo. El rostro del anciano se iluminó y enderezó la espalda, orgulloso de brindar su ayuda—. Muchas gracias, *monsieur* —dijo estrechándole la mano y saliendo rápidamente de la tienda.

Dejó atrás el pueblo y cruzó el puente sobre el canal como hiciera la primera noche, cuando llegó con Julian. Una hora más tarde, llegaba por fin a la pista. Había un avión parado en la zona central y, por un instante, confió en que fuera Julian, que estaba de vuelta. Pero entonces vio a Will de pie junto a la portezuela, protegiéndose los ojos con la mano y observando el horizonte, buscándola. Su cara cambió en cuanto la vio llegar, para adoptar primero una expresión de alivio y luego de impaciencia.

—Sube, rápido. El detonador saltará pronto. Tenemos que irnos ya.

Will se hizo a un lado para que ella pudiera subir al avión, pero Marie se quedó quieta, recuperando el ritmo de la respiración después de la carrera que se había dado.

—Espera, Will. He recibido una transmisión de Londres diciendo que Julian salió.

—Eso es imposible. —El rostro de Will era una combinación de sorpresa y consternación—. Estábamos en la pista de aterrizaje a la

hora acordada.

—A menos que lo dejaran en otro lado.

—Yo mismo fijé la localización. ¿Cómo es posible?

—No lo sé. Alguien debió de cambiar tu localización. Pero eso significa que Julian está en el país. Podría estar en cualquier parte, herido, arrestado o... —No fue capaz de terminar la frase—. No puedo irme hasta averiguar qué le ha pasado.

—¿Quieres decir...? —Se interrumpió—. ¿Estás pensando en no venir conmigo?

—Me quedaré aquí y seguiré buscándolo. Tú ve a Londres y diles que está desaparecido. He intentado comunicar, pero no sé si la transmisión ha pasado. Aunque a lo mejor no me creen.

—Marie, una vez que vuele ese puente ya no será seguro seguir por aquí. A nadie le importa mi primo más que a mí, pero lo que dices es una locura. Quedarse equivale a una sentencia de muerte.

Marie negó con la cabeza.

—Cogeré el siguiente transporte.

—Podría ser que no hubiera más transportes.

—Ya encontrarás la manera de volver. Siempre lo consigues. Y durante tu ausencia, seguiré buscando a Julian. Tengo que estar aquí para cuando vuelva —insistió—. Sin traductor ni una operadora de radio, no será nada.

—¡Es el líder del círculo, por el amor de Dios! —estalló Will—. Se las ha apañado perfectamente mucho tiempo antes de que llegaras tú. Y se las seguirá apañando ahora.

—No puedo marcharme sin localizarlo... o, como mínimo, hasta saber qué le ha pasado.

—Julian querría que te fueses conmigo —insistió Will—. No podría seguir adelante si te pasara algo. Julian siente algo por ti —añadió, diciendo en voz alta lo que Marie apenas se atrevía a reconocer—. Le importas como nunca le había importado nadie desde que perdió a su esposa. —«Julian siente algo por ti». Las palabras empezaron a repetirse como un eco en la cabeza de Marie—. Y tú tienes una hija en quien pensar. Lo has conseguido, Marie. Has sobrevivido. Y muchos no pueden ni siquiera decir eso. ¿Por qué no aceptas este regalo que te ha hecho la vida?

—Porque no puedo. —No podía marcharse de allí sabiendo que Julian estaba de nuevo en Francia. Tenía que encontrarlo. Miró a Will a los ojos—. Y tampoco puedes tú. Razón por la cual volverás a por mí en una semana.

—¿Y dónde piensas ir? —Will empezó a cavilar—. Sí, el burdel del Barrio Latino. ¿Has oído hablar de él?

—Julian lo mencionó en una ocasión. Dijo que las mujeres que trabajan allí escondían a nuestros agentes.

—Mucho más que eso. El prostíbulo es como una agencia de información de todo tipo. Y es uno de los pisos francos más valiosos que tenemos en toda la Francia ocupada, aunque no se utiliza salvo en casos de extrema urgencia. —La situación podía calificarse precisamente de eso, pensó Marie—. Por el tipo de trabajo que desempeñan allí, la propietaria, Lisette, conoce a la mitad de los hombres de París. Si alguien puede preguntarle y ayudarte a localizar a Julian, es ella.

—Iré de inmediato —dijo Marie.

Pero Will, que no estaba en absoluto satisfecho, volvió la cabeza hacia el horizonte y frunció el entrecejo.

—En cuanto se inicie la invasión ya no habrá más vuelos.

Echó a andar con desesperación hacia el avión. Y Marie adivinó que la decisión de partir sin ella lo tenía dividido.

—Lo sé —replicó—. Pero será solo una semana, dos como máximo.

—Una semana —dijo con determinación Will—. Independientemente de que lo encuentres o no. Presta atención a las transmisiones por si acaso me veo obligado a aterrizar en otra pista. Y hagas lo que hagas, no se te ocurra volver a tu buhardilla.

—Tengo que volver para ver si en la radio hay noticias de Londres sobre Julian —argumentó.

—No puedes. En cuanto el puente haya volado, ya no será un lugar seguro. Si te arrestan no podrás ayudar a Julian. ¿Me has entendido? —Marie asintió—. Una semana —repitió Will—. Te quiero en este avión pase lo que pase. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

La mirada de Will se nubló con una sombra de duda. ¿Estaría pensando que Marie se negaría a abandonar el país o simplemente

creía que no sobreviviría allí ni una semana?

Pero no había tiempo para preguntárselo. Eran casi las diez. El puente estallaría en cualquier momento.

Marie le estampó un rápido beso en la mejilla y echó a correr en busca de la protección del bosque.

Dieciocho

Eleanor

Londres, 1944

Eleanor se quedó rígida y se sentó en la cama, falta de aire. Palpó la oscuridad en busca de la lámpara de la mesita de noche y la encendió, sin preocuparse de si las cortinas que impedían el paso de cualquier luz estaban o no cerradas. Había tenido de nuevo la pesadilla en la que corría y corría para escapar de algo. Era como si la persiguiesen, y el espacio que tenía por delante siempre estaba sumido en la negrura.

Y le estaba bien empleado, pensó, frotándose los ojos. Posó los pies en el suelo y se desperezó para intentar eliminar el entumecimiento de caderas y hombros. Unas horas antes, había acatado la orden del Director de irse a casa y descansar un poco después de tres días seguidos en Norgeby House. Y ese había sido su primer error. Cuando dormitaba en el trabajo nunca la atacaban las pesadillas porque tenía la cabeza llena a rebosar de detalles y de ideas sobre cómo organizar todo lo que tenía que hacer. Pero en su casa soñaba con accidentes, con arrestos y con un lugar donde las chicas estaban sumidas en la oscuridad y el anonimato, donde gritaban pidiendo ayuda y ella nunca lograba llegar hasta ellas.

Su reloj interno le indicó que eran más de las cuatro. Se levantó, fue al cuarto de baño y abrió el grifo del agua caliente para llenar la bañera. Habían pasado cinco días desde que expusiera sus dudas al Director, cinco días desde que él le diera con la puerta en las narices. Y desde entonces, no había habido más mensajes de Marie.

Y, con todo y con eso, el Director seguía sin escucharla. Pero por mucho que aparentara que los agentes no le importaban en absoluto, Eleanor sabía que no era cierto. Aunque eran prescindibles, daños colaterales de un tren que avanzaba a toda velocidad por la vía, un tren demasiado rápido y demasiado pesado como para poder ser detenido. Rememoró la conversación que había mantenido en la azotea con Vesper, su preocupación y su frustración. Si los hombres en el poder no querían ni tan siquiera escuchar las dudas de su agente más veterano, un hombre que tenía información de primera mano de lo que estaba sucediendo sobre el terreno, ¿qué esperanzas le quedaban a ella de poder convencerlos?

Pero preocuparse no le hacía ningún bien. Tratando de mitigar su inquietud, se sumergió en el agua. Había dejado el grifo abierto demasiado tiempo y la bañera se había llenado bastante más que el medio palmo que permitía la normativa de guerra. Saboreó aquel exceso con una combinación de sentimiento de culpa y de desafío. Pero no se quedó mucho rato, sino que se lavó rápidamente. Era hora de regresar a Norgeby House, de empezar de nuevo la espera. Y no solo estaba preocupada por Marie. Sino que llevaban además dos semanas sin recibir noticias de Josie y la última transmisión de Brya también había sido confusa. Era como si las chicas se estuviesen escapando de entre sus dedos, como si sus voces se fueran debilitando en la oscuridad de la tormenta.

Eleanor salió de la bañera, se secó y se cubrió con el albornoz. Justo empezaba a vestirse cuando oyó que llamaban abajo. Aguzó el oído por si era uno de los sonidos habituales de la mañana, el lechero descargando las botellas, los camiones repartiendo por la calle. Pero había sido una llamada a la puerta de verdad. Se oyeron voces, la de su madre, tenue y perpleja, y una voz masculina, tensa y urgente. Dodds, el mayordomo de los cuarteles generales que hacía también las veces de chófer. Llegaba como mínimo con una hora de antelación... y nunca salía del coche para recogerla. Eleanor se vistió rápidamente y terminó de abotonarse a la vez que bajaba las escaleras.

Por primera vez en todo aquel tiempo, Dodds la esperaba en la puerta, descolocado e incómodo.

—¿Qué sucede? —preguntó Eleanor.

Dodds meneó la cabeza de un lado a otro, indicando que no quería hablar delante de la madre de Eleanor, que tenía los ojos abiertos como platos al comprender, de una vez por todas, que su hija no trabajaba en una de las tiendas de la calle principal. Eleanor descolgó el bolso del perchero que había junto a la puerta y corrió tras Dodds sin decir palabra. Llevaba el cabello suelto y en cuanto tomó asiento en el coche, intentó recogerse en un moño con la sola ayuda de los dedos.

—Cuénteme.

—Ha dicho el Director que fuera a buscarla enseguida. Algo relacionado con las transmisiones.

Se le paró el corazón al imaginarse mil escenarios distintos con todas las cosas que podían haber salido mal. Aunque todo se resumía en una.

—Mierda —murmuró.

No tendría que haberse ido a casa. Presionó el fondo del coche con el pie e instó a Dodds a ir más rápido por mucho que estuvieran ya derrapando por las calles mojadas por la lluvia. Cuando el coche se detuvo delante de Norgeby House, descubrió que el Director en persona la estaba esperando en la entrada, una señal más alarmante incluso que la llamada a la puerta de madrugada.

—Se trata de un mensaje que no entiendo —dijo prescindiendo de su habitual discreción y hablando por el pasillo mientras iban directamente a la sala de radio—. De una de las redes del sur. —Al menos no era el círculo de Vesper, pensó algo aliviada Eleanor—. Hay algo que no cuadra.

El Director le pasó un papel, un mensaje ya descodificado en el que se solicitaban los detalles de una entrega de armamento. Pero el operador que lo enviaba era un hombre, no era ninguna de sus chicas. Eleanor soltó el aire lentamente.

—Lo siento, señor, pero no conozco a este operador. —Se preguntó por qué la habría reclamado el Director a aquellas horas por una transmisión que no tenía nada que ver con sus chicas—. Si quiere, puedo buscar su expediente y comparar el patrón de tecleo.

El Director hizo un apesadumbrado gesto de negación.

—No es necesario. Una de las operadoras ha marcado el mensaje porque se supone que es de un agente llamado Ray Tompkins.

—Tompkins fue capturado en un piso franco de las afueras de Marsella hace casi tres semanas —dijo Eleanor, reconociendo el nombre.

—Exactamente. Razón por la cual este mensaje no puede estar remitido por él.

Con un escalofrío recorriéndole la espalda, Eleanor miró la nota una vez más.

—Podría ser de otro miembro de su equipo —sugirió sin sentido alguno, sabiendo que lo que estaba diciendo no podía ser verdad.

El Director hizo otro gesto negativo.

—Los otros dos miembros de ese círculo que sabían transmitir fueron arrestados unos días antes que él. No, me temo que deberíamos asumir lo peor, que alguien se ha hecho con la radio y está utilizándola.

Eleanor necesitó unos instantes para asimilar la realidad. Hacía ya unas semanas, alguien había confiscado una de sus radios y ese alguien (los alemanes, probablemente) tenían también los cristales y los códigos para transmitir, para que la radio siguiese siendo operativa. ¿Pero era posible que los alemanes se hubieran atrevido a utilizar las radios de los agentes capturados, sabiendo que no dispondrían de todos los controles de seguridad y que corrían el riesgo de ser detectados? Sí, porque les había funcionado. Pensó de nuevo en todas aquellas transmisiones que no acababan de cuadrar. Al principio habían sido solamente preguntas cortas, de tanteo. Y hasta que ella no había respondido no habían empezado a preguntar por localizaciones de entregas de armamento y otra información valiosa. Era lo que más temía, aunque hasta aquel momento no había acabado de entenderlo... o quizás no había querido entenderlo.

Eleanor examinó de nuevo la transmisión, buscando respuestas que no estaban en la hoja. Se sentía cada vez más frustrada. Le había expuesto su preocupación al Director. ¿Por qué no le habría hecho caso en su momento?

—Podríamos tener ramificaciones en toda la Sección F —dijo el Director—. Necesito su ayuda para evaluar los daños y dilucidar cómo mitigarlos.

Eleanor pensó con desesperación en los mensajes de telegrafía sin hilos que Londres podía haber enviado a los agentes desplegados sobre el terreno durante todo aquel tiempo, en la información que involuntariamente podían haber puesto en manos de los alemanes. Les habrían revelado el paradero de pisos francos, almacenes de armas o, peor aún, la identidad de los agentes. No conocía tanto los círculos del sur porque ninguna de sus chicas estaba trabajando con ellos. Tendría que revisar cuidadosamente los expedientes. Un trabajo que le llevaría horas; días, mejor dicho.

Se le heló la sangre al recordar la conversación que había mantenido con Vesper en la azotea. Vesper le había mencionado un agente de Marsella que se había puesto en contacto con el círculo y los había ayudado a conseguir el TNT. Si el círculo de Marsella estaba en situación comprometida y había localizado a Vesper, su red también corría peligro.

Tenía que alertar a sus chicas. Eleanor echó a correr.

—Espere... —dijo el Director.

Pero Eleanor no paró y bajó corriendo la escalera para ir a la sala de radio.

—Marie Roux —ordenó—. Necesito enviarle un mensaje.

Jane la miró con perplejidad.

—No está en la programación hasta dentro de veinte minutos.

El protocolo prohibía transmitir a las agentes desplegadas sobre el terreno fuera de los horarios establecidos. Si la agente no estaba en su radio, no podría recibir el mensaje.

Pero Eleanor, desesperada, tenía que intentarlo.

—Haga lo que le digo.

Jane preparó la radio, estableció la frecuencia y los cristales con los que normalmente entraba en contacto con Marie. Emitió una llamada para verificar si Marie estaba al otro lado de la línea. La respuesta fue silencio.

—Nada.

—Vuelva a intentarlo. —Eleanor contuvo la respiración mientras Jane intentaba una vez, y luego otra, establecer contacto con Marie.

Al cabo de un instante, entró un tecleo.

—Está allí —dijo con alegría Jane.

Pero Eleanor no se sentía tan aliviada.

—Pregúntele si en Hyde Park hay parasoles.

Era un mensaje en clave para saber si se había recibido una entrega por avión. Le habría gustado preguntarle más directamente por Vesper y averiguar si había llegado sano y salvo. Pero teniendo en cuenta todas sus dudas, no se atrevió a hacerlo.

Hubo un momento de pausa mientras Jane utilizaba la clave calculada para codificar el mensaje y enviarlo. Luego, más cliqueo. La respuesta entró en un instante.

—Dice el mensaje que *confirmado* —explicó lentamente Jane mientras iba decodificando las letras.

—¿Solo eso? ¿Confirmado? —Jane asintió. La respuesta era alarmantemente breve. Eleanor necesitaba algo que autentificara que quien estaba al otro lado era de verdad Marie—. ¿Qué tal el patrón de tecleo? —preguntó.

Jane se encogió de hombros.

—Con un mensaje tan corto, es imposible decirlo.

Claro. Eleanor siguió dudando. Necesitaba saber más, pero no se atrevía a decir mucho.

—Pregúntele si los parasoles son rojos o azules.

Azules significaban personas; rojo, suministros. Jane codificó el mensaje y lo envió rápidamente. La respuesta fue dubitativa y la inquietud empezó a apoderarse de Eleanor como un escalofrío gélido. Algo no iba bien.

—Vamos a tener que cortar pronto la comunicación —le recordó Jane.

Por razones de seguridad, los agentes solo podían transmitir unos pocos minutos. Pero Eleanor no podía parar.

—Envíele esto. —Escribió un mensaje en un papel y se lo pasó a Jane, que abrió los ojos de par en par. *¿Has visto a Arlene O'Toole?*, decía el mensaje. Utilizar nombres reales por radio estaba prohibido. Pero Arlene era una chica que se había marchado de Arisaig sin terminar siquiera el curso de formación. No estaba sobre el terreno y ambas lo sabían... y también lo sabía Marie.

—¿Está segura? —preguntó Jane.

Eleanor asintió, muy seria, y Jane empezó a poner el mensaje en clave.

Una vez enviado el mensaje, la respuesta entró con rapidez. Eleanor leyó por encima del hombro de Jane mientras iba decodificando el mensaje: *He visto a Arlene. Todo va bien.*

Se le heló la sangre por completo. Aquella radio la operaba un impostor.

Miró hacia atrás, donde estaba esperando el Director, y sus miradas se cruzaron, compartiendo el alcance de aquel horror. La radio estaba en malas manos, ¿pero cuánto tiempo llevaría así? Eleanor se estrujó el cerebro pensando en los mensajes que se habían enviado recientemente al círculo de Vesper para intentar evaluar los daños. Algunos envíos de armas, quizás. Por suerte, no había habido mucho despliegue de agentes nuevos.

Solo el regreso de Julian. Retrocedió mentalmente hasta la noche en que había coincidido con él en la azotea de Norgeby House. Después de prometerle que enviaría la información relativa a su vuelo de regreso a modo de transmisión prioritaria, había ido directamente a la sala de radio.

—Necesito preparar un envío. Dígale a Marie: *Romeo embrasse Juliette.*

La frase era uno de los códigos acordados para avisar de la llegada de personal.

Marie no estaba en la radio en aquel momento. Pero horas después había entrado el mensaje de respuesta: *No utilizar el lugar de siempre. Pista de aterrizaje a las afueras de Les Mureaux. La localización habitual está en peligro.* Había querido preguntar qué había sucedido en la pista de aterrizaje que utilizaban normalmente. Les Mureaux quedaba más al oeste de la zona donde solían depositar a los agentes, no estaba cerca de ningún piso franco. Pero no había manera de hacerlo con seguridad o directamente por la radio. Ya lo averiguaría Julian a su regreso.

El cerebro de Eleanor funcionaba a toda velocidad, recordando con exactitud el mensaje en el que se alertaba del cambio de emplazamiento para el aterrizaje.

—Julian —dijo en voz alta.

El Director se quedó mirándola al comprender la importancia de aquel nombre. No tenían confirmación de que hubiera llegado a Francia. ¿Lo habrían depositado, literalmente, en manos del enemigo?

—Pregunte si el Cardenal ha aterrizado —le ordenó ahora. Jane le lanzó una mirada inquisitiva. El mensaje no era lo bastante discreto, era totalmente directo. Pero a Eleanor le dio igual—. ¡Envíelo!

Jane puso el mensaje en clave y lo tecleó. No hubo respuesta. Pasó un minuto, luego otro más. *Casa a Angel*, tecleó, y envió la llamada. *Casa a Angel*. Jane tecleó la clave una y otra vez, deteniéndose y esperando entre intento e intento. No hubo respuesta.

Marie, o quién quiera que estuviera usurpando su identidad, se había ido.

Diecinueve

Marie

París, 1944

Cinco días. Ese era el tiempo que llevaba Marie alojada en el sótano del burdel. Miró a su alrededor, el diminuto espacio, sus rincones oscuros que le recordaban en todos los sentidos al cobertizo donde Julian la había dejado aquella primera noche. Recostó la cabeza en la pringosa almohada impregnada de aroma a perfume. Estaba tan cansada que le daba igual quién pudiera haber utilizado previamente aquel chirriante colchón. Tenía la ropa mugrienta y olía el hedor de su propio cuerpo filtrándose a través de ella. En el otro lado del cuarto había una cesta de la ropa sucia y, encima de ella, tirado de cualquier manera, un corsé con la parte de los pezones recortada. ¿Cómo había llegado hasta allí?

Después de dejar a Will a punto de subir al Lysander, había cruzado de nuevo el bosque. Unos minutos más tarde, había oído un retumbo, grave e intenso. Se había girado, atreviéndose a detenerse tan solo un segundo para ver cómo la explosión iluminaba el cielo oscuro. La detonación había funcionado. Sintió un momento de orgullo que quedó rápidamente sustituido por una terrible sensación de pánico. Los alemanes caerían enseguida sobre aquellos a quienes consideraban responsables del atentado. Tenía que seguir corriendo.

A pesar de lo que le había prometido a Will, Marie no fue directamente al burdel de París. Tenía que inspeccionar la zona en busca de algún indicio de la presencia de Julian. Deseaba con desesperación regresar a su buhardilla y volver a intentarlo por radio, pero al recordar la advertencia que Will le había hecho,

decidió no hacerlo. Se había dirigido entonces a la mansión donde la había llevado Julian la mañana después de su llegada, confiando en la posibilidad de que hubiera ido allí. Pero el *château* estaba desierto. La antigua biblioteca había sido abandonada con prisas, en las mesas había aún platos sucios y quedaba todavía comida podrida. En la chimenea había un montón de ceniza de papeles quemados. Marie acercó la mano con la esperanza de que siguiera caliente. Pero el fuego llevaba días apagado. Vio que había sillas patas arriba y se preguntó si habrían pasado por allí los alemanes. Por lo visto, todos los demás agentes habían desaparecido.

Y fue entonces cuando emprendió su viaje a París, cogiendo un tren que la conduciría hasta las afueras de la ciudad. Había pasado las horas de insomnio hasta el amanecer escondida en un callejón para no ser arrestada por quebrantar el toque de queda. A la mañana siguiente, había parado una camioneta con un conductor desdentado que estaba más interesado en mirarle las piernas que en formularle preguntas.

Y así había llegado por fin a la Rive Gauche, un laberinto de callejuelas abarrotadas de gente y edificios altos, el lugar perfecto donde desaparecer. De haber tenido dinero suficiente, se habría hospedado en cualquier otro sitio antes que meterse en aquel burdel desconocido que le había sugerido Will.

Había localizado el burdel de Rue Malebranche y había subido por la escalera lateral al piso de encima del *bistró*. Le abrió la puerta una mujer, que no debía de ser mayor que ella, cargada de maquillaje.

—Soy Renee Demare —dijo utilizando su falsa identidad—. Me envía Will.

No tenía ningún tipo de contraseña y confiaba en que el nombre de Will fuera suficiente. Los ojos de la mujer destellaron al reconocer el nombre.

—¿Dónde está él?

—Cogió un avión para volver a Londres.

—Tendrías que haberte ido con él. La situación es muy peligrosa —dijo la mujer entre dientes—. Ayer se presentaron aquí dos agentes más.

—¿Y dónde están? —preguntó Marie.

—Eran agentes de Montreuil buscando cobijo. Tuve que rechazarlos. —Marie imaginó que también la pondría de patitas en la calle—. Soy Lisette —añadió la mujer.

—Necesito un lugar donde alojarme los próximos seis días hasta que vuelva Will a por mí.

Vio que la mujer calculaba los riesgos y sopesaba la posibilidad de acogerla por la lealtad que debía de profesarle a Will.

Lisette acabó asintiendo.

—Seis días. Ni uno más.

La acompañó al sótano.

—Una cosa más —dijo Marie. Lisette se giró hacia ella con los brazos cruzados—. Vesper no regresó donde lo esperábamos. Pero creemos que está en el país. Necesito encontrarlo.

—Imposible —le espetó Lisette—. ¿Tienes idea de lo que ha pasado en las calles estas últimas veinticuatro horas? Han arrestado a más de una docena de agentes y han descubierto prácticamente todos los pisos francos. —Marie pensó en la mansión desierta. ¿Habrían arrestado allí a algún agente? Si los alemanes conocían aquella localización era muy posible que supieran también la de su buhardilla. Se arrepintió de haber dejado la radio intacta por si iban a por ella y descubrían el aparato allí—. Y la gente local que estaba colaborando está asustada y delatando a los vuestros. Es un milagro que hayas podido llegar hasta aquí —añadió Lisette—. Empezar ahora a formular preguntas sería equivalente a suicidarnos.

—Por favor. —Marie tocó el brazo de Lisette en un gesto impulsivo—. Entiéndelo, por favor. Si no me marché con Will es porque tengo que encontrar a Vesper. No puedo quedarme sentada sin hacer nada.

Pero Lisette movió la cabeza de un lado a otro con rotundidad.

—Si te quedas aquí, tendrás que procurar que no te vea nadie. De lo contrario, podrías poner en peligro tanto este lugar como a mis chicas.

—Entonces no puedo quedarme —dijo Marie.

—De acuerdo —replicó Lisette, claudicando por fin—. Preguntaré. Pero debes permanecer escondida.

Marie quería decirle que ella también tenía que salir a buscarlo. ¿Pero qué posibilidades tenía sin contactos ni relación con nadie? No, Lisette era su mejor opción, y tal vez la única, para poder encontrarlo.

—Gracias —dijo.

—Preguntaré por ti. Pero no te hagas ilusiones —le advirtió Lisette—. Con tantos arrestos, la cosa está muy complicada.

Por esta razón Marie llevaba cinco días encerrada en el sótano y sus esperanzas de encontrar a Julian iban menguando. Por las noches, Lisette iba a verla y le informaba de que no había noticias de su paradero. Marie se imaginaba constantemente la cara de Julian y se preguntaba dónde estaría y si estaría bien.

Un crujido en la planta de arriba despertó a Marie de sus pensamientos. Pasos, demasiado potentes para ser de Lisette. Pasó un minuto, otro. Luego, silencio. Empezó a bañarla un sudor frío. Los pasos hicieron crujir de nuevo el suelo del piso y esta vez iban seguidos por un tintineo y un sonido metálico. Se relajó un poco. Probablemente sería Anders, el cantinero, guardando los vasos limpios de la noche anterior. El burdel tenía un ritmo tranquilo durante el día, preparativos silenciosos para la noche bulliciosa que estaba por llegar.

Y entonces se oyó un tañido agudo, el tintineo de las campanillas situadas encima de la puerta de entrada del bar. Marie volvió a ponerse tensa. Las chicas siempre utilizaban la discreta entrada trasera y casi nadie accedía al local por la puerta principal durante el día. Subió las escaleras del sótano, abrió ligeramente la puerta y asomó la nariz por la rendija. Acababan de entrar dos gendarmes.

—¿Ha visto usted a esta mujer?

Uno de los policías enseñó una fotografía a Anders, que se mantuvo con expresión inalterable. Marie comprendió, sin el menor atisbo de duda, que estaban buscándola a ella.

Anders hizo un gesto negativo.

—No es ninguna de nuestras chicas.

Marie rezó para que el cantinero no revelara su paradero.

—Marie Roux —dijo el policía presionándolo.

Sabían quién era. ¿Pero cómo?

—No está aquí —dijo Anders, y sacó de debajo del mostrador una botella de coñac caro—. Estamos cerrados —añadió empujando la botella hacia el hombre.

Marie contuvo la respiración. ¿Funcionaría el soborno?

—Volveremos por la noche —dijo el policía sin presagiar nada bueno.

Aceptó la botella que le ofrecía Anders y se dirigió a la puerta. Cuando los gendarmes se marcharon, Marie se dejó caer contra el marco de la puerta del sótano. Pero la sensación de alivio fue efímera. De pronto, unas manos la agarraron por detrás y la empujaron hacia el sótano, tirándola casi escaleras abajo. Tuvo que hacer esfuerzos para contener un grito.

Era Lisette, colorada de rabia.

—¡Idiota! —rugió con voz airada y ronca—. ¿Qué hacías aquí arriba? ¿Pretendes que nos maten a todos? —Marie buscó una buena respuesta y no la encontró—. Ten —dijo Lisette, tirándole un trozo de baguete dura.

—Gracias —dijo Marie sintiéndose culpable. Empezó a mordisquear el pan, sin preocuparse por sus modales. Le habría gustado pedir un poco de agua, pero no se atrevió—. Los policías estaban buscándome. ¿Cómo es posible que conozcan mi verdadero nombre y que podría estar aquí?

Lisette se encogió de hombros.

—Últimamente lo saben todo.

—¿Y sigues sin tener noticias de Vesper?

—*Non*. Lo he consultado con todas mis fuentes habituales. Pero es como si no hubiera llegado al país. —O, pensó Marie, como si lo hubiera hecho y hubiera desaparecido después—. No hay rastro de él por ningún lado y todos los demás se han ido. Podría ser que ni siquiera hubiese salido de Londres.

Marie hizo un gesto negativo.

—Salió. Se recibió un mensaje informando de ello. —¿Aunque hasta qué punto eran fiables las transmisiones en aquel momento? Si bien esa parte, al menos, parecía cierta. Julian había vuelto a por ellos pero no lo había conseguido—. De eso estoy segura.

—Le quieres, ¿verdad? —preguntó de sopetón Lisette.

La pregunta tan personal por parte de una mujer a la que apenas conocía pilló a Marie por sorpresa. Se dispuso a negarlo. Pero la expresión de Lisette era una combinación de tristeza y comprensión. Marie se preguntó a quién habría perdido aquella chica y si lo que fuera que pasó, sucedió antes de que decidiera seguir aquel derrotero en la vida.

—Sí.

«Querer» le parecía muy fuerte al tratarse de un hombre a quien conocía tan poco. Pero al oírlo en voz alta, supo que era la pura verdad.

—Pues no sabemos dónde ha ido, el caso es que no hay ni rastro. La situación se ha vuelto más peligrosa que nunca —dijo Lisette en voz baja—. Ayer arrestaron a tres estudiantes universitarios. Y el tintorero que en su día nos preparaba la documentación falsa, ha desaparecido.

Desde su llegada al burdel, Marie se había quedado pasmada ante la extensión de la red de contactos de Lisette, ante su forma de utilizar a sus conocidos para obtener información y ayudar a la resistencia. Pero la implicación de Lisette no hacía otra cosa que incrementar el peligro. Los alemanes estaban estrechando el círculo y era solo cuestión de tiempo que averiguaran que Marie estaba allí escondida.

—Ahora que tienes comida, quédate aquí abajo sin que te vea nadie —le ordenó Lisette—. ¿O hay algo más?

Marie dudó. Lisette se había dado cuenta de lo que pasaba antes incluso de que se diera cuenta ella misma.

—Tengo que irme —dijo.

—¿Irte? Pero si el Lysander no tiene que llegar hasta mañana.

—No puedo quedarme más tiempo aquí. Os estoy poniendo a todos en una situación demasiado peligrosa.

—¿Y adónde vas a ir?

—Tengo que volver a mi piso franco.

—Estás loca, eso sí que no es seguro. Y si lo haces y te capturan, pondrás en peligro la vida de todos los que te han ayudado.

—No me queda otra opción. Mi radio sigue allí. Tendría que haberla destruido antes de irme, pero cuando decidí quedarme y

buscar a Julian, la dejé intacta por si acaso se recibían más noticias de Londres sobre él. Pero ahora que me marchó para siempre, tengo que destruirla. —Esperó a que Lisette volviera a contradecirla, pero no lo hizo—. Gracias por todo lo que has hecho.

Lisette la siguió hacia la escalera del sótano.

—Buena suerte. Y ve con cuidado. Vesper no me lo perdonaría nunca si te pasara algo.

Cuando Marie salió a la calle, tuvo que entrecerrar los ojos para protegerse de una luminosidad que llevaba casi una semana sin ver. Dudó unos instantes, preguntándose si quizás sería más inteligente esperar a que anocheciera. Pero luego pensó que moverse durante el toque de queda sería más difícil si cabe. Y si no se iba ahora, sabía que quizás no podría llegar a hacerlo nunca.

Se pasó la mano por el pelo, confiando en que su aspecto desangelado no llamara mucho la atención. Pero los peatones que circulaban por aquellas calles eran estudiantes y artistas, vestidos todos de manera tremendamente ecléctica. Enfiló el bulevar, admirando las casas inclinadas típicas del Barrio Latino. Y entonces pasó por delante de una iglesia que tenía las puertas abiertas de par en par. El olor mohoso de la humedad y las piedras antiguas, un aroma familiar, le inundó la nariz. Se detuvo. Recordó la época en que Tess y ella, cogidas de la mano, acudían fielmente cada domingo a la iglesia de Santo Tomás Moro, en el barrio de Swiss Cottage. Entró en la iglesia y se arrodilló, percibiendo al instante la frialdad de la piedra bajo sus rodillas. La oración empezó a fluir como el agua y pidió por Julian y por los demás agentes que aún no habían sido capturados, y por su familia.

Instantes después, se incorporó y se dirigió hacia la puerta, pensando en que le habría gustado disponer de tiempo para encender una vela en una de las naves oscuras. Pero sabía que haberse parado a rezar ya había sido una frivolidad por su parte. Fortalecida de todos modos, siguió su camino.

Era media tarde cuando llegó a Rosny-sur-Seine. Las casas apiñadas le parecieron minúsculas y claustrofóbicas después de transitar por las concurridas calles de París. Pero a medida que fue aproximándose al que había sido su piso franco, se sintió embargada por una sensación de calidez. Durante las semanas que

había pasado allí, aquel pueblo y aquella buhardilla se habían convertido en su hogar.

Pero no había tiempo para sentimentalismos. Cuando vio que la cafetería de abajo parecía estar casi cerrada, las dudas de Marie se incrementaron. No tendría que estar allí. Cruzó rápidamente la calle, saludando con un gesto al librero a través del cristal del escaparate de la tienda. ¿Serían imaginaciones suyas o su expresión era de mayor inquietud de lo habitual? La cafetería estaba prácticamente vacía y pensó que los alemanes que la frecuentaban debían de estar todavía durmiendo la mona de la noche anterior. Las persianas del piso del casero, en la planta de arriba, que normalmente se encontraban subidas, estaban totalmente bajadas. Llegó a la parte posterior de la casa y se detuvo en seco.

La puerta estaba abierta de par en par.

«Corre», le gritó una voz interior. Pero estudió con atención el suelo. Había arenilla, adoptando el dibujo de la pisada de un zapato de hombre, algo que le pareció fuera de lugar en un vestíbulo que la casera, madame Turout, mantenía siempre impoluta. La arenilla era reciente; alguien tenía que haber estado allí hacía menos de una hora.

Marie miró por encima del hombro. Sabía que lo correcto era dar media vuelta y marcharse. Will tenía razón; regresar al piso franco era muy peligroso. Pero no podía abandonar la radio y correr el riesgo de que la encontraran. Empezó a subir la escalera.

Cuando llegó arriba, sacó su llave maestra y se le cayó. Chocó estrepitosamente contra el suelo de madera. La cogió rápidamente e intentó introducirla en la cerradura con mano temblorosa. Accedió al piso, preguntándose si sería demasiado tarde.

Todo estaba como lo había dejado hacía una semana, aparentemente igual. El gramófono con la radio parecía tan normal como una tostadora o cualquier otro electrodoméstico. Al ver la radio, se le ocurrió de pronto una idea: debería enviar un mensaje rápido a Londres para advertir a Eleanor de que Julian seguía desaparecido y ella se planteaba volver. Sabía que no debería quedarse allí más tiempo del necesario. Pero tenía que intentarlo.

Introdujo los cristales y sintonizó el dial. Nada. Empezó a sudar. Aquello no saldría bien. Examinó de nuevo la radio, preguntándose

si alguien la habría estado manipulando. Pasó mentalmente lista a todo lo que sabía sobre cómo reparar el aparato. Pero no había tiempo. Tenía que irse. Y no podía llevarse la radio sin llamar luego la atención por la calle. No, si no era capaz de transmitir por última vez, la destruiría para que nadie pudiera volver a utilizarla. Cogió la cacerola de hierro que había estado a punto de utilizar con aquel fin hacía una semana y la levantó por encima de la altura de su cabeza.

Llamaron a la puerta. Se quedó inmóvil. Había alguien.

Apartó la vista de la puerta para trasladarla hacia la ventana del cuarto piso, deseando que el árbol del exterior fuera lo bastante fuerte como para sostenerla. Pero escapar era imposible. Volvieron a llamar.

—¿Sí? —consiguió decir, dejando la cacerola.

—*Mademoiselle?* —Era una voz aguda. Marie se relajó al reconocer a Claude, el hijo de siete años de edad de la casera—. Abajo hay un mensaje para usted.

Marie se animó de repente. ¿Sería un mensaje de Julian?

—*Moment, s'il vous plait* —dijo soltando la cacerola. Cerró la tapa de la radio y la cogió. Se acercó a la puerta—. Claude, ¿podrías, por favor, decirle a tu madre...? —empezó a decir mientras iba abriendo la puerta.

Apuntándole el pecho descubrió el cañón de la pistola de un policía.

—Marie Roux —dijo el oficial que sujetaba la pistola—. Queda usted arrestada.

Un segundo *milice* pasó por su lado y empezó a registrar la buhardilla.

Marie levantó una mano para indicar que se rendía. Con la otra, intentó dejar la radio detrás de la puerta. Pero el segundo oficial le dio un puntapié.

—Tranquilo —le amonestó su colega, que sonrió entonces con frialdad a Marie—. Me han dicho que a lo mejor necesita eso.

Veinte

Grace

Washington, 1946

—Vamos —dijo Mark saliendo de The Willard, donde Grace acababa de reunirse con Annie.

Una vez fuera, Grace inspiró hondo una bocanada de aire fresco para intentar liberar los pulmones de todo aquel humo de tabaco.

Mark se dirigió a la cola de los taxis, pero Grace le tocó el brazo para impedirselo.

—Espera —le dijo tirando de él—. ¿Te importa si andamos un poco?

Era una costumbre que había adquirido desde que vivía en Nueva York, dar largas caminatas por la ciudad, manzana tras manzana, cuando se sentía triste o quería pensar.

Mark sonrió.

—Me encantaría. ¿Has visto alguna vez los monumentos de noche? —Grace respondió con un gesto negativo—. Pues hay que verlos.

Grace se dispuso a protestar, puesto que le parecía que quedaban muy lejos y era muy tarde. Era un paseo más largo de lo que pretendía. Pero el aire era fresco y agradable y el Monumento a Washington la llamaba desde la distancia.

—Esta caminata la hacía diario cuando estaba en la universidad —dijo Mark mientras pasaban por delante de los edificios gubernamentales, a oscuras ya a aquellas horas—. Pero luego, con lo de los apagones y el toque de queda, pasé años sin poder hacerla.

La guio hacia el sur por la calle 15, bordeando la Elipse.

—¿Cómo ha ido? ¿Te ha resultado útil poder charlar con Annie?

—En cierto sentido, sí. Me ha confirmado lo que nos imaginamos al salir del archivo, que Eleanor dirigía la unidad de mujeres del SOE. Pero hay algo más. —Grace se paró y se volvió hacia Mark—. Me ha dicho que alguien traicionó a las chicas.

—¿Qué alguien las traicionó? ¿Y cómo?

—No lo sabe.

—Me parece poco creíble —replicó Mark.

—Es posible, pero lo ha dicho con bastante seguridad. Y ha dicho también que Eleanor fue a visitar a su hermana y que le formuló preguntas porque, por lo visto, también estaba convencida de eso. ¿No te lo crees?

Mark se encogió de hombros.

—No sé. Lo digo porque a todo el mundo le encantan las teorías de la conspiración, ¿no? Para la gente que ha perdido a sus seres queridos, como Annie con su hermana o incluso la misma Eleanor, debe de resultar más fácil aceptar ese tipo de teorías que la verdad.

—Las chicas desaparecieron durante la guerra —reflexionó Grace, que empezaba a formarse una imagen mental de la situación—. Y Eleanor, que fue quien las reclutó, estaba buscando respuestas.

Seguramente había descubierto, igual que ellos, que las chicas habían muerto bajo el programa *Nacht und Nebel*. Y debía de haber descubierto además otra cosa que le había hecho pensar en una traición. Y esa era la pieza que les faltaba a ellos.

—¿En Nueva York? —dijo Mark con escepticismo. Estaban rodeando el perímetro de los edificios que el gobierno había erigido con carácter temporal en el West Mall para acomodar la afluencia de trabajadores durante la guerra. Mark la cogió por el brazo para que no tropezase con una acera que estaba en mal estado—. No parece muy probable que fuera a encontrar en Nueva York lo que andaba buscando.

—Tan probable como que nosotros encontremos en Washington lo que andamos buscando. —Daba la sensación de que nada

estaba ya donde supuestamente tenía que estar—. Aunque es posible que esa no fuera su primera parada.

Habían llegado ya al final del Mall. Mark extendió el brazo y ella se lo aceptó, y al hacerlo, la lana de su abrigo le rozó el dorso de la mano. La guio hacia la derecha, en dirección al Monumento a Abraham Lincoln.

—No quieres dejarlo correr, ¿verdad? —le preguntó.

Grace respondió con un gesto negativo.

—No puedo.

En algún momento, aquella historia había pasado de simple curiosidad a una auténtica cruzada. Se había convertido en algo personal.

—¿Y qué es exactamente lo que quieres saber? Las chicas murieron. ¿No basta con eso?

—Esa es la cuestión. Eleanor también lo sabía, pero no le bastó. Siguió investigando. No quería saber solamente qué fue de ellas. Sino que quería averiguar el por qué.

—¿Y acaso importa el por qué?

—Esas chicas nunca volvieron a casa con su familia, Mark —dijo Grace, alzando la voz. Retiró el brazo—. Por supuesto que importa. A lo mejor en toda esta historia hay algo más, algo importante, heroico incluso. Con que pudiéramos contarle a una sola de esas familias qué fue lo que provocó la muerte de su hija, o les pudiéramos decir que esa vida no se perdió en vano, ya habría valido la pena, ¿no crees?

—Es lo que te gustaría a ti en el caso de Tom, ¿verdad? —preguntó Mark—. Que alguien pudiera decirte que su muerte no fue en vano.

Las palabras de Mark la atravesaron como un cuchillo.

Frustrada, Grace dio media vuelta para alejarse de él y subir las escaleras del Monumento a Lincoln. Llegó a la impresionante estatua del presidente sentado, que parecía estar montando guardia sobre la capital y la nación. Le ardían los pulmones de subir tan rápido.

Mark llegó a su lado instantes después. Grace se apartó y contempló el panorama del Mall a sus pies, la extensión alargada del Estanque Reflectante que acababa con el Monumento a

Washington y luego el de Jefferson, más pequeño pero visible un poco más al sur. Permanecieron en silencio. Mark se acercó a ella, el tejido de su abrigo rozó el de Grace y la rodeó con delicadeza. Grace se estremeció. Pero no se apartó. Le gustaba, estaba obligada a reconocerlo, más de lo que debería dado el poco tiempo que habían pasado juntos y más de lo que quería que le gustara. Mark poseía una serenidad que le ayudaba a centrarse. Pero en su vida no había en aquel momento sitio para esas cosas.

—Durante la guerra yo aún estaba estudiando —dijo él finalmente, y Grace notó el calor de su aliento en el cabello—. Pero perdí dos hermanos en Normandía.

—Oh, Mark. —Se apartó para poder mirarlo—. Lo siento muchísimo.

—De modo que puedo hacerme una idea de tu dolor —añadió él.

—Me lo imagino —replicó ella.

La verdad, sin embargo, en lo referente al dolor, era que cada persona era como una isla, una entidad individual. Y eso lo había aprendido ella por las malas. En Nueva York, poco después de su llegada, había intentado incorporarse a un grupo de viudas de guerra. Confiaba en encontrar algún tipo de conexión que pudiera ayudarle a romper la pared que parecía haberse formado alrededor de su corazón, pero sentada entre aquellas mujeres que supuestamente tenían que entender lo que ella había pasado, se había sentido más sola que nunca.

Pero no quería que la conversación empezara a girar en torno a ella en aquel momento.

—Estoy agotada —dijo por fin.

—Ha sido una jornada muy larga —dijo en tono comprensivo Mark—. Y es tarde. Vámonos.

Media hora más tarde, el taxi que habían parado al final del Mall los dejaba en casa de Mark, en Georgetown. Una vez dentro, Mark encendió la chimenea y sirvió una copa de *brandy* para cada uno, igual que la que Grace había tomado en el restaurante la noche que coincidieron.

—Espera aquí —le pidió dejándola un momento.

Grace tomó asiento en el confortable sofá de cuero y bebió un trago largo de la copa, agradeciendo el calor.

Mark reapareció unos minutos después con dos platos, con un sándwich de jamón y queso para cada uno.

—Esto tiene una pinta deliciosa —comentó Grace, dándose cuenta de repente de que estaba hambrienta.

—No es nada sofisticado —replicó Mark pasándole una servilleta—. Pero con esto de vivir solo, he aprendido a apañarme con lo que haya en la nevera.

—¿Y siempre ha sido así? —preguntó ella—. Lo de vivir solo, me refiero.

Sabía que era una pregunta muy personal. Mark se encogió de hombros.

—Más o menos. Salí con algunas chicas cuando estaba en el instituto y la universidad, pero nunca estuve con una chica al nivel de la relación que Tom tuvo contigo. —Grace se sintió elogiada y triste al mismo tiempo—. Después de graduarme, entré enseguida a trabajar en la Oficina de Crímenes de Guerra y luego aquí. A veces tengo la impresión de que mi vida va demasiado deprisa y no me da tiempo a asentarme. Aunque tampoco he encontrado a la chica que pueda seguir mi ritmo... todavía no. La verdad es que solo he compartido mi vida con el trabajo. —Sonrió—. Hasta ahora, al menos —añadió francamente.

Grace apartó la vista. Su reconocimiento la había pillado completamente desprevenida. Había intuido, naturalmente, que Mark albergaba sentimientos hacia ella. Que había algo entre ellos que iba más allá de la noche que habían pasado juntos o incluso de la relación que ambos habían tenido con Tom. Y era precisamente esa relación lo que hacía tan complicado contemplar cualquier otra posibilidad.

«¿Por qué ahora?», se preguntó Grace. Un año era un tiempo respetable para que una viuda pudiera volver a salir con un hombre. A Tom le habría gustado que ella siguiera adelante y fuera feliz, o al menos, eso se imaginaba Grace. Había muerto tan joven y tan de repente, que nunca se habían parado a pensar en esas cosas. Y Tom tenía a Mark en muy alta estima. No, no era el recuerdo de Tom lo que la retenía. Sino el hecho de que se había construido su

pequeño mundo en Nueva York, una especie de fortaleza donde solo dependía de sí misma. Y no estaba preparada para dejar entrar a nadie en él.

—¿Y tú? —dijo Mark—. ¿Qué hiciste tú durante la guerra?

Grace se relajó un poco y se limpió la boca con la servilleta.

—Estuve trabajando como censora postal cerca de Westport, donde viven mis padres. Simplemente para mantenerme ocupada mientras Tom estaba en el frente. Teníamos planes para mudarnos a Boston y comprar una casa cuando volviera.

Eran sueños que ahora le parecían tremendamente remotos, como un pañuelo de papel arrugado y tirado a la papelera sin pensárselo dos veces. Carraspeó un poco.

—Y ahora vives en Nueva York.

—Así es.

Jamás se habría imaginado que aquella ciudad encajara tan bien con ella.

—¿Y a tu familia le parece bien?

—Ni siquiera saben que vivo allí —confesó—. Piensan que estoy con mi amiga Marcia en la casa que su familia tiene en los Hamptons, recuperándome.

Porque eso era lo que una viuda decente haría, y Grace siempre había sido una buena chica.

—¿Así que te fuiste?

—Sí. —Tampoco es que hubiera hecho nada malo. Era una mujer adulta, sin niños que atender y sin marido. Simplemente había hecho las maletas y se había marchado—. Y no quiero volver.

—¿Tenías mal ambiente en casa?

—No. —Y ese era el tema. En su casa no había mal ambiente—. Pero no era el lugar adecuado para mí. Dejé la casa de mis padres para ir a vivir con Tom sin ni siquiera plantearme qué quería de la vida para mí.

Y cuando Tom murió comprendió, con un gran sentimiento de culpabilidad, que sería como empezar de nuevo.

De pronto, la conversación se volvió excesiva para ella.

—Estoy un poco cansada. Creo que voy a acostarme —dijo Grace levantándose para ir a la habitación de invitados que Mark le había mostrado antes.

Grace cerró la puerta a sus espaldas y se tumbó, sin desvestirse, en una cama desconocida con sábanas frescas y bien planchadas. Los faros de los coches que pasaban por la calle creaban dibujos en el techo. Oyó un grifo abierto, los sonidos de Mark mientras se lavaba. Un crujido al sentarse en su cama.

Cerró los ojos e intentó descansar. Visualizó mentalmente a Eleanor y las chicas, como si estuvieran llamándola, como si quisieran decirle algo. «Una traición», había dicho Annie. Alguien había delatado a las chicas a los alemanes. Podía haber sido otro agente. Pero las chicas capturadas no operaban cerca de París, como parte del círculo de Vesper, ni tan siquiera trabajaban en redes cercanas. Sino que estaban repartidas por toda Francia. Para tener información sobre todas ellas había que ocupar un lugar muy alto en el escalafón... o incluso ser la persona responsable de todo.

Grace se incorporó de repente y se sentó. Saltó de la cama y salió corriendo de la habitación, como si estuviera impulsada por alguien que no era ella. Instantes después estaba delante de la puerta del dormitorio de Mark. Llamó. «Da media vuelta», se dijo, empezando a caer presa del pánico. Pero ya era demasiado tarde. Mark había abierto la puerta y estaba delante de ella, con la camisa a medio desabrochar.

—¿Va todo bien? ¿Necesitas alguna cosa?

—Eleanor —dijo yendo directa al grano—. Durante todo este tiempo siempre hemos dado por supuesto que estaba buscando respuestas sobre las chicas. Pero, ¿y si ya hubiese descubierto la verdad? —Cogió aire—. ¿Y si ya conocía las respuestas porque fue precisamente ella quien las traicionó?

Mark dudó unos segundos, planteándose la idea.

—¿Quieres pasar?

Grace asintió.

La habitación estaba llena de cosas. Con ropa tirada sobre el sofá y sobresaliendo del armario. Mark apartó el maletín que había encima del único silloncito que había en la estancia para que ella pudiera sentarse y lo dejó en la otomana que había enfrente.

—¿Crees que Eleanor traicionó a las chicas? —dijo Mark mientras ella tomaba asiento.

—No lo sé. Pero de haberlo hecho, podría estar intentando ocultar la verdad, más que averiguándola.

—Es una teoría, ¿no? Annie comentó que Eleanor tenía un pasado misterioso y que no tenía amistades. Era de Europa del Este. ¿Y si trabajaba para los alemanes?

La cabeza de Grace no paraba de dar vueltas. No quería plantearse aquella posibilidad, pero tampoco podía descartarla.

—Es sobrecogedor —dijo—. ¿Y si Eleanor hubiera sido una traidora desde un principio y tuviera como objetivo infiltrarse en el SOE? Podría haber utilizado a las chicas como peones de ajedrez para ayudar a los alemanes a obtener información. De ser así, en vez de ser su protectora, las habría enviado a una muerte segura. — Grace hizo una pausa para intentar unir todas las piezas—. Aunque Annie comentó también que Eleanor fue a ver a su hermana acabada la guerra y que estuvo formulándole preguntas. Si hubiera sido ella quien traicionó a las chicas, ¿por qué hacer eso?

—¿Quién sabe? A lo mejor quería asegurarse de que nadie sospechara de ella.

De repente, nada era lo que parecía ser. Incluso la muerte de Eleanor, un simple accidente de coche, parecía envuelto en misterio. ¿Podía Eleanor, torturada por el sentimiento de culpa por todo lo que había hecho, haberse puesto deliberadamente delante de un coche para ser atropellada?

—Me cuesta creer que Eleanor hubiera traicionado a las chicas —dijo Grace. Aunque aquella mujer era una desconocida y todo era posible—. Esta noche no puedo seguir pensando. Tendría que volver a mi habitación —dijo con agotamiento.

Pero permaneció sentada. Mark la miró comprensivo.

—A veces —dijo—, no queremos estar solos.

Cruzó la estancia y se sentó a su lado, muy cerca de ella. Se miraron. Grace cerró los ojos, segura de que Mark intentaría besarla y deseando casi que lo hiciera. Pero no lo hizo. Sino que le acarició la mejilla con el pulgar y capturó una lágrima que ella ni siquiera se había enterado que había derramado.

Un instante después, Mark se levantó y abrió el armario. Sacó una camisa de franela que le entregó a Grace. Fue al cuarto de

baño a cambiarse. El tejido, a pesar del aroma fresco del detergente de la colada, seguía oliendo a él.

Cuando salió del baño, nadando en el interior de aquella camisa enorme, Mark estaba colocando las sábanas por encima del sillón y la otomana, e imaginó que lo estaba preparando para que ella durmiera allí. Pero Mark se tumbó en el sillón e intentó adaptar su cuerpo larguirucho al pequeño espacio.

—No puedo quitarte la cama —dijo ella.

—Insisto. Yo duermo en cualquier parte.

Grace se sentó en el borde de la cama, abrumada por lo poco correcto de la situación, pero sin importarle en absoluto. En parte le habría gustado que Mark se acostase a su lado.

Recostó la cabeza en el cabecero.

—Lo que te dije sobre mi vida antes de la guerra... amaba a Tom. —Le resultaba extraño estar hablando sobre su marido allí, en el dormitorio de su mejor amigo, pero tenía la necesidad de explicarse—. Y sigo amándolo. Pero era ese tipo de vida, casados, en una zona residencial. Creo que nunca habría llegado a encajar.

—Te entiendo —replicó Mark—. Es un poco como lo que me pasaba a mí en Yale. —Grace se quedó sorprendida. Siempre había considerado a Mark uno más de los chicos que estudiaban allí—. Estaba allí gracias a una beca. Supongo que Tom nunca te lo mencionó. —Grace negó con la cabeza—. No, ya veo que no lo hizo. Siempre estuve trabajando y estudiando, sirviendo mesas en el comedor, haciendo lo que fuera para ganar un poco de dinero y poder llegar a fin de mes. A Tom nunca le importó mi condición, pero los había que hicieron todo lo posible para que no fuera nunca uno de ellos. Aunque al final da lo mismo. He salido adelante solo —añadió, haciendo un gesto para abarcar la habitación—. La tinta con la que está escrito mi diploma es la misma que la de los suyos. Pero es una sensación que nunca olvidaré.

Grace meneó la cabeza.

—No me refiero solamente a eso de encajar. Cuando Tom estaba terminando su formación en la escuela de oficiales, me pidió que viajara a Georgia para asistir a su ceremonia de graduación y así poder pasar unos días juntos antes de embarcarse. Pero no lo hice. Me inventé la excusa de que tenía que estar en Westport por

cuestiones de trabajo. Pero la verdad es que aquello, lo de aquel viaje, era demasiado para mí. Y estar entre todos esos oficiales y sus esposas... era todo lo que odiaba de la vida de casada, y más aún. Cuando le dije que no podía ir, Tom lo organizó todo para venir a Nueva York y vernos antes de marcharse. Por eso estaba en aquel *jeep*. Por eso se mató.

No haber ido a Georgia había sido el peor error de su vida.

Mark se sentó a su lado y la rodeó los hombros con el brazo.

—No podías saberlo, Grace. Son cosas que nunca se saben.

Siguieron allí sentados juntos sin decir nada unos minutos. Finalmente, él se tumbó en la cama a su lado. No se tocaron, pero él no le soltó la mano.

Ninguno de los dos dijo nada más. Pasaron varios minutos, alterados tan solo por el tictac de un reloj en la mesita de noche. Grace se giró para mirar a Mark. Estaba a escasos centímetros de ella, con las piernas sobresaliendo por el lado opuesto de la cama. Tenía los ojos cerrados y su respiración era prolongada y regular, indicando que se había dormido. El deseo se apoderó de su cuerpo. Extendió la mano, con intención de despertarlo.

Pero se detuvo. Lo que había pasado en Nueva York era terrible, pero aquello... aquel deseo, era algo totalmente distinto. Y tenía que pararlo.

La duda y la culpabilidad la inundaron de repente. ¿Qué estaba haciendo allí? Había viajado a Washington para averiguar todo lo posible sobre Eleanor y las chicas, y lo había hecho. Allí no había nada más que descubrir. No tenía motivos para quedarse. Era hora de volver a Nueva York y a su trabajo con Frankie, hora de comprender lo que la vida tenía para ofrecerle.

Se sentó sin hacer ruido y se levantó de la cama. Se acercó a Mark aun sin ser su intención. Le aproximó la mano al cuello. Él, intuyendo su presencia, se agitó en sueños. Le embargó de nuevo la necesidad de despertarlo con fines inadecuados. No, tenía que marcharse enseguida.

Sin quitarse la camisa de pijama de franela, Grace recogió su ropa y salió de puntillas de la habitación. Se cambió en el cuarto de baño y entró a continuación en el despacho con la intención de pedir un taxi por teléfono. Su bolso seguía allí y los papeles que se había

llevado del Pentágono estaban debajo. Pensó que lo mejor sería dejarlos para que Mark pudiese devolverlos al archivo. Cogió la carpeta y la abrió.

Los documentos, transmisiones telegráficas y correspondencia interna, eran exactamente los mismos que Mark y ella habían estado mirando en el taxi a la salida del Pentágono. Pero ahora empezó a verlos con otros ojos. ¿Podría encontrar allí la prueba de que Eleanor había traicionado a las chicas?

Se fijó en un telegrama recibido: *Gracias por su colaboración y por las armas que nos ha enviado. SD.* Grace notó una fuerte presión en el pecho. SD eran las siglas del Sicherheitsdienst, el servicio de inteligencia alemán. El mensaje era una confirmación clara de que los alemanes habían estado operando uno de aquellos aparatos de radio y de que se lo habían hecho saber descaradamente, tal vez estúpidamente, a Londres.

Había una segunda hoja adjunta, del despacho de E. Trigg. *Mensaje no autenticado* —podía leerse—. *Continúen con las transmisiones.* El documento estaba fechado a 8 de mayo de 1944, más o menos la fecha en que empezaron a producirse los arrestos de las chicas de Eleanor.

Estaba clarísimo, era la prueba de que Eleanor sabía que las radios estaban en manos de otros y había seguido transmitiendo información crítica que permitió a los alemanes arrestar a las chicas. Grace fijó la vista en el documento. Era la confesión de Eleanor, tan seguro como que ella misma la había firmado.

—No... —musitó Grace.

Hacía tan solo unos minutos, la idea de que Eleanor hubiese traicionado a las chicas le parecía imposible. Pero ahora tenía ante sus ojos la prueba irrefutable de ello.

Pensó en despertar a Mark, en contarle la verdad sobre Eleanor. Pero no tenía sentido. Sus peores sospechas sobre Eleanor, las que había compartido antes con él, eran correctas. Deseó no haber realizado nunca aquel viaje a Washington, haberse olvidado del tema y no haber descubierto jamás aquella espantosa verdad. Superada por la situación, Grace cogió la carpeta y se la llevó bajo el brazo.

Y entonces, sin volver la vista atrás, se marchó.

Veintiuno

Marie

Francia, 1944

Marie no se había resistido al arresto.

Inmóvil en el umbral de la puerta de su piso franco, con el cañón de la pistola presionándole las costillas, recordó todo lo que había aprendido durante su formación: «resistir, luchar, huir». A pesar de no destacar en la formación de combate cuerpo a cuerpo, trabajando con Josie había adquirido conocimientos suficientes como para saber cómo dar un puntapié en la entrepierna y un arañazo en la cara.

Pero el pequeño Claude se había quedado en el pasillo y no quería correr el riesgo de hacerle algún daño al niño durante la refriega. De modo que acompañó a la policía sin discutir.

La llevaron a París, no en un coche patrulla ni en una furgoneta, como siempre se había imaginado, sino en un Renault negro con asientos de cuero. Uno de los agentes se sentó detrás a su lado y cerró el seguro de la puerta con un clic que no presagiaba nada bueno. Mientras recorrían en silencio las calles del Distrito XVI, Marie contuvo el deseo de gritar para pedir ayuda a los transeúntes, mujeres empujando cochecitos y hombres que volvían a casa del trabajo, ignorando todos por completo que ella había sido hecha prisionera e iba dentro de aquel coche. Intentó memorizar la ruta que estaban siguiendo con la esperanza de escapar de la cárcel a la que a buen seguro la estaban llevando.

Pero se sorprendió al ver que el coche paraba delante de una casa grande y elegante de la Avenue Foch. Al entrar, Marie vio que en su día había sido una mansión lujosa, con detalles decorativos

de latón y cortinas de color rojo intenso a juego con las alfombras con motivos florales. El ambiente estaba cargado y olía a humo de tabaco. Un corolario alemán de Norgeby House, pensó, al ver a un mensajero corretear de un lado a otro y dos hombres uniformados hablando detrás de una puerta entreabierta.

El policía que había viajado a su lado en el coche la sujetó con fuerza por el codo para hacerla subir a la planta de arriba, y luego a otra más. Al llegar al último piso, el policía abrió una puerta que daba acceso a una estancia de tipo dormitorio colectivo con techo abuhardillado, con media docena de camastros y una estantería llena de libros ocupando una esquina. El papel pintado con patitos de un tono amarillo ya descolorido sugería que el lugar debió de ser en su día un cuarto de juegos. El policía la empujó hacia el interior de la habitación vacía, olvidando por completo su pretendida buena educación ahora que no lo veía nadie. Sorprendida ante aquella inesperada brusquedad, Marie se tambaleó y se golpeó la pantorrilla contra uno de los camastros. Se frotó la pierna para mitigar el dolor y miró a su alrededor, olía débilmente a sudor y basura. Era evidente que allí había estado más gente, prisioneros como ella. ¿Pero quién?

El policía cerró de un portazo, dejándola sola. Marie inspeccionó la habitación en busca de una posible vía de escape. La puerta estaba cerrada con llave. Se acercó a la ventana e intentó subirla, pero estaba bloqueada y los clavos estaban pintados, como si llevara años así. Buscó otras vías de escape y no encontró nada. Se acercó de nuevo a la ventana y observó las demás mansiones, donde seguía viviendo gente. En una de ellas había una pareja mayor y pensó que podría intentar llamar su atención. ¿Sabrían que allí dentro había prisioneros? A lo mejor les traía sin cuidado. A través de otra ventana vio a una chica, una niñera tal vez, sirviendo la cena a varias niñas vestidas igual sentadas alrededor de una mesa. Se le formó un nudo en la garganta al preguntarse si algún día volvería a ver a su hija.

Unas voces masculinas en la planta de abajo la despertaron de sus elucubraciones. Se arrodilló y pegó el oído al suelo, cerca del radiador, intentando escuchar los sonidos que ascendían por los conductos. Una voz con acento alemán, preguntando alguna cosa.

Exigiendo saber. La voz que respondió era más grave. Inglesa. Le sonaba de algo.

El ritmo del corazón se le aceleró por mucho que intentara calmarse. Oyó de nuevo la voz del alemán, luego la del inglés. El intercambio entre ambos hombres le hizo pensar en un partido de pimpón: el alemán formulaba una pregunta y el británico respondía que no. Luego hubo unos segundos de silencio, seguidos por un golpe sordo asqueroso. Marie contuvo la respiración a la espera de volver a oír la voz del inglés. Cuando reapareció era desesperada y rota, casi un sollozo. La sensación de terror de Marie fue en aumento al preguntarse qué le habría hecho el alemán a aquel hombre y si a ella le esperaba el mismo destino. Cayó presa del pánico. Corrió hacia la puerta e intentó abrirla de nuevo, ansiosa por salir de allí, pero estaba cerrada con llave. Lo probó otra vez con la ventana. Comprendió entonces la situación en la que se encontraba: estaba atrapada en los cuarteles generales de la inteligencia nazi y su falsa identidad había sido descubierta. Los alemanes sabían quién era y sabían también que operaba una radio para el SOE, y era incluso posible que estuvieran al corriente de que ella había sido la responsable de instalar el detonador para la explosión. Nadie del SOE, ni de París ni de Londres, sabía que estaba allí encerrada y no tenía manera de pedir ayuda. Su cabeza empezó a llenarse con las historias sobre interrogatorios y torturas que le habían contado durante la formación. Fuera cual fuese el terrible destino que aquel hombre de abajo estaba padeciendo, sería también el suyo. Nunca lograría salir de allí con vida y jamás volvería a ver a Tess.

De pronto, se abrió la puerta y Marie retrocedió de un brinco para no recibir un golpe. Era otro hombre, alemán esta vez.

—Madame Roux —dijo en tono burlón, y a Marie se le heló la sangre.

El alemán la guio por la escalera hasta el piso de abajo. Abrió la puerta de un despacho y se hizo a un lado para dejarla pasar. Marie no pudo evitar un grito.

Sentado en una silla en medio de la estancia, atado de pies y manos, estaba Julian.

Marie comprendió entonces por qué no había vuelto como les había prometido. Los alemanes lo habían arrestado.

—Dispones de cinco minutos —le espetó el alemán, desatándole los pies a Julian antes de cerrar de un portazo.

—Vesper —dijo Marie, sin atreverse a utilizar su verdadero nombre en aquel entorno.

¿Qué le habían hecho? Tenía la cara casi irreconocible de tantos golpes. Un corte enorme atravesaba su mejilla y tenía el ojo izquierdo hinchado y morado. El tabique de la nariz desviado, roto, con toda seguridad. Pero por fin lo había encontrado. Corrió hacia él invadida por una sensación simultánea de alegría, alivio y terror. Lo abrazó con tanta fuerza que la silla amenazó con venirse abajo.

Julian ladeó la cabeza hacia ella, incapaz de hacer nada más porque seguía con las manos atadas.

—¿Estás bien? No te habrán hecho daño, ¿verdad?

—Estoy bien —lo tranquilizó Marie, sintiéndose culpable de que Julian tuviera que preocuparse por ella cuando él estaba en condiciones mucho peores.

—¿Y el puente? —preguntó sin levantar la voz—. ¿Funcionó? Marie asintió.

—Voló por los aires.

Julian, que se había incorporado, volvió a sentarse.

—Gracias a Dios. Estuvieron intentando sonsacármelo, el momento y los detalles. Aguanté todo lo que pude, pero no sabía si había sido suficiente.

Su cara era un mapa de heridas y moratones, el sacrificio para que la misión pudiera ser un éxito.

—La operación salió bien. Yo misma coloqué el detonador —dijo Marie con orgullo.

—¿Que hiciste qué? —Una expresión de sorpresa, y luego de enfado, atravesó la magullada cara de Julian—. ¡El muy cabrón de Will! Jamás debería haberlo dejado al mando.

—No había otra manera de hacerlo —replicó Marie—. Josie está desaparecida. No hemos tenido más noticias de ella.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Si Julian y ella habían sido arrestados, ¿había alguna esperanza real de que Josie hubiera podido escapar?

—¿Y Will? —preguntó Julian, y Marie vio en sus ojos la preocupación por la suerte de su primo.

—Está bien, por lo que sé. Se marchó a Londres para informar a los cuarteles generales de que no habías llegado. En teoría, tendría que venir mañana a por mí. —Pero ella no estaría esperándolo—. Quería que me fuese con él, pero yo decidí quedarme.

—Jamás tendría que habértelo permitido.

—No era lo que él quería, pero yo insistí.

—¿Por qué?

Marie titubeó.

—Porque necesitaba encontrarte.

Sus miradas se cruzaron. Allí, en lo que podían ser sus últimos momentos juntos, no había posibilidad de esconder lo que había entre ellos. Julian ladeó la cabeza otra vez hacia ella, imposibilitado por las cuerdas que lo mantenían inmovilizado. Ella se inclinó hacia él y sus labios se rozaron. Marie lo besó con suavidad, sin querer empeorar el dolor de sus heridas, pero él presionó en busca de más, sin importarle ya nada.

Ella se apartó.

—¿Cómo te capturaron?

—Estaban esperándome en el lugar de aterrizaje. Tenían la localización y la hora del vuelo. ¿Por qué cambiasteis de pista?

—Nosotros no cambiamos de pista —replicó ella con incredulidad—. Es decir, nos comunicaron desde Londres que...

Julian movió la cabeza con preocupación.

—Londres dijo que lo habíais comunicado vosotros.

Lo entendieron los dos. Los alemanes habían interceptado una de las radios y estaban transmitiendo a Londres haciéndose pasar por un agente.

—Así debe de ser cómo se han enterado de todo. No solo de lo mío. Lo tienen todo, Marie. Nuestras notas, nuestros informes. — Julian empezó a asimilar el alcance de la situación—. Eleanor también lo sospechaba. Me dijo que te advirtiera de que tu radio podía estar en peligro y de que estuvieses alerta. Pero ahora ya es demasiado tarde.

Marie no podía dejar de pensar.

—Pero si ya lo tienen todo, ¿qué quieren de mí?

—Quieren que...

Pero antes de que le diese tiempo a acabar la frase, se oyeron ruidos en el pasillo. Pasos, seguidos por una llave en la cerradura. Entraron dos hombres uniformados. El más joven, el que había ido a buscarla antes para llevarla hasta allí, desató las piernas de Julian y se lo llevó. Marie quería gritar, pero recordó su formación y no lo hizo. Se volvió entonces hacia el segundo hombre, al que veía por primera vez. Era mayor y llevaba gafas con montura de concha. Su uniforme estaba adornado con un océano de medallas y Marie se preguntó qué habría hecho para ganarlas.

—Soy el Sturmbannführer Kriegler, del Sicherheitsdienst. —El terror de Marie se acrecentó al reconocer el nombre del líder del SD, famoso por su cruel brutalidad—. ¿Quieres alguna cosa?

«Que nos dejen en libertad —pensó—, y luego que os caigáis todos muertos».

—¿Un té, quizás? —pidió, sin poderse creer la audacia que transmitía su voz y levantando la cabeza para mirarlo a los ojos.

El alemán se quedó sorprendido, pero enseguida se dirigió a la puerta y la abrió.

—Té, *bote* —le dijo a alguien que estaba al otro lado.

Kriegler se quedó esperando en la puerta. Entre tanto, Marie examinó rápidamente la estancia. Pedir el té le había servido para ganar un poco de tiempo. Pero no había dónde ir.

Kriegler, poco después, le entregó una taza de té. Marie la aceptó, pero no bebió nada.

—Y ahora, pongámonos a trabajar —dijo Kriegler.

Le indicó con un gesto que lo siguiera hacia una pequeña habitación que había en la parte posterior del despacho. Y cuando Marie entró en aquel anexo, el corazón le dio un vuelco. Encima de la mesa estaba su radio.

Pero al acercarse y sentarse delante del aparato, vio que no era exactamente la radio que le habían confiscado en el piso; las marcas de la caja eran distintas. Se preguntó de quién sería y cuánto tiempo haría que la tenían. Los alemanes habían estado comunicándose con Londres, haciéndose pasar por uno de sus agentes, y Londres se lo había creído. De pronto, todo cuadraba: los alemanes habían usurpado la identidad de los agentes y engañado a Londres para que les pasara información crítica. La radio, que

había sido siempre su línea de vida, había acabado siendo también su perdición.

—Pero si ya tienen la radio —consiguió decir—, ¿qué quieren de mí?

—Necesitamos que hables con Londres para autenticar los mensajes.

Debían de tener algún problema con las transmisiones, imaginó Marie, y ahora pretendían que ella las validase. Julian no podría haberlo hecho, por mucho que quisiera. Ahora entendía por qué la necesitaban. Si los ayudaba, salvaría la vida... y la de Julian. Pero si se negaba y Londres se daba cuenta de que algo no cuadraba, acabaría con aquel jueguecillo de la radio de una vez por todas.

Vio la cara de Josie en el cielo, por encima de ella, un presagio, animándola a ser fuerte. Vio a Eleanor, que esperaría lo mejor de ella.

—No —dijo en voz alta.

No pensaba hacerlo.

Kriegler rodeó la mesa y se plantó delante de ella. Sin pronunciar palabra, le dio un bofetón en la boca tan fuerte que la levantó de la silla, cayó hacia atrás, se estampó contra el suelo y su cabeza rebotó con la dura superficie. La taza de té se tambaleó y el líquido caliente y los fragmentos de porcelana se esparcieron por todas partes.

Pero lo que Kriegler no sabía era que no era la primera vez que Marie recibía un bofetón de aquel calibre. Su padre había sido un borracho violento. Cuando llegaba a casa procedente del *pub*, su madre o ella, la que le quedara más cerca, sufría los daños colaterales de su rabia. Bofetones y puñetazos; en una ocasión, le golpeó la cabeza contra la pared. Había conseguido escapar de la ira de su padre; él no había conseguido derrotarla y no estaba dispuesta a que Kriegler fuera a derrotarla ahora.

De modo que mientras seguía tendida en el suelo de aquel despacho de la Avenue Foch, viendo la imagen de su padre reflejada en aquel monstruo que tenía delante, algo en su interior se fortaleció. Kriegler iba a tener que matarla, porque ella no hablaría jamás.

Kriegler alargó el brazo y, con una educación inesperada, la ayudó a sentarse de nuevo en la silla, Marie notó que la herida del labio, donde aquel hombre se lo había partido, burbujeaba.

Cuando levantó la vista, vio que Kriegler tenía una lista en la mano. Se la pasó. Marie la rechazó pero él la obligó a mirarla, aplastándole el papel contra la cara. No le quedó otro remedio. El contenido eran solo retazos de información, pero allí estaban escritos los alias y los nombres reales de todos los agentes de la región. Vio que constaban también los nombres de todos los contactos franceses, así como sus direcciones. Junto con las direcciones de los pisos francos y los almacenes donde escondían las municiones y demás objetos.

Miró fijamente el papel. Alguien los había delatado, Julian se lo había confirmado hacía unos instantes. Pero el alcance de aquella traición, plasmada en el papel que tenía delante de ella, era abrumador. ¿Quién de entre todos ellos podía ser un traidor tan enorme?

—Lo tenemos todo —dijo con suficiencia Kriegler.

—En este caso —replicó ella levantando la barbilla en un gesto desafiante—, no me necesitan para nada.

Volvió a abofetearla con la mano completamente abierta. Se derrumbó en el suelo, pero cuando Kriegler la levantó esta vez, lo hizo tirándole del pelo. Y la lluvia de golpes que cayó entonces sobre Marie fue más intensa, uno tras otro. Por primera vez en su vida, rezó para que la muerte le llegara pronto. Visualizó la carita de Tess y se aferró a ella, transportándose lejos de aquel horripilante lugar. Contuvo la respiración y contó, obligándose a no gritar.

Kriegler paró de repente. Y, con la misma brusquedad con la que había empezado, la paliza terminó. Marie intentó vislumbrar algo a través de sus ojos hinchados, respirar y armarse de valor para lo que pudiera caerle a continuación.

Oyó que se abría una puerta y que volvía a cerrarse. Un oficial hizo entrar a Julian en el anexo. Se derrumbó en el suelo, demasiado débil y dolorido como para tenerse en pie.

Cuando Julian vio cómo tenía ella la cara, soltó un grito de angustia. Marie se sentó e intentó alcanzarlo. Pero Kriegler se interpuso entre ellos y acercó la pistola a la cabeza de Julian.

—Hazlo o morirá.

Su mirada era gélida, sus ojos no mostraban ningún indicio de vida. Marie comprendió que mataría a Julian sin dudarlo ni un instante.

—Marie, no lo hagas... —le suplicó Julian.

Marie titubeó. Su vida era una cosa, pero Julian era su líder y tenía que procurar que no le pasara nada. No eran solo los sentimientos que albergaba hacia él. Sino que la supervivencia del círculo de Vesper, o lo que quedara de él, dependían de Julian.

—De acuerdo —dijo Marie por fin. Escupió la sangre que se le había acumulado en la boca—. Lo haré.

Aquello iba en contra de todo lo que había aprendido y de todo para lo que se había entrenado, pero lo haría para salvar la vida de Julian.

El hombre la apartó de Julian y la arrastró hacia la máquina. Marie hizo un intento de tocar la radio, pero Kriegler la apartó de mala manera y preparó la transmisión él mismo, haciendo gala de la destreza de cualquier operadora que se hubiera entrenado con ella en Arisaig House.

Kriegler sacó la cajita de claves calculadas que le habían confiscado al ser arrestada.

—Envía un mensaje y diles que eres tú y que todo va bien. Y a continuación les mandas esto.

Le entregó un mensaje y un retal de seda con uno de los códigos. El mensaje solicitaba otra entrega de suministros en una determinada localización. Si hacía lo que Kriegler le estaba exigiendo, la trampa continuaría. El SOE seguiría enviando agentes y armas y depositándolo todo en las ansiosas manos de los alemanes.

Marie transcribió el mensaje en clave y localizó su frecuencia con manos temblorosas. Terminó el mensaje y se lo enseñó a Kriegler.

—Ahora, tu control de seguridad —dijo Kriegler. Presionó la mandíbula de Julian, justo donde tenía la herida, con el cañón de su pistola y Julian gruñó para no lanzar un alarido de dolor—. ¿Cuál es?

Marie dudó. Si daba la información fácilmente, Kriegler sabría que era falso.

—Cambiar la letra que ocupa el lugar treinta y cinco por una «p» —explicó muy despacio, señalando el texto—. Lo he hecho aquí.

No mencionó nada sobre el segundo control, el que había omitido. Rezó para que no supiera de su existencia y no se diera cuenta de nada.

—Envíalo —vociferó.

En Londres, cuando Eleanor leyera el mensaje, se percataría de la ausencia del segundo control de seguridad y vería que algo iba mal.

Entró rápidamente un mensaje y tomó nota del mismo. Y a medida que iba descifrándolo con el retal de seda, su terror fue en aumento. Era el que más temía, el que jamás pensó que iban a enviar.

Falta control de seguridad verdadero.

Marie se quedó helada de miedo mientras decodificaba el mensaje. La operadora de Londres acababa de decirle a Kriegler que había estado intentando engañarlo. Cuando eso era exactamente lo que la ausencia del segundo control tenía que transmitir, que algo no cuadraba en el mensaje. ¿Cómo era posible que la operadora de Londres no estuviera al corriente de eso? Marie se desesperó e intuyó que, detrás de ella, Kriegler se estaba poniendo furioso.

—Espere, yo...

Se giró, intentando buscar una explicación.

La agarró por el cogote y le tiró del pelo hasta que su cuero cabelludo pareció que no iba a resistir más. Y entonces, con la misma brusquedad, la soltó.

—El segundo control —dijo Kriegler entre dientes, apuntando a la cabeza de Julian con la pistola.

—¡No lo hagas, Marie! —gritó Julian—. Nos matarán de todas formas.

Pero ya había perdido a Julian una vez y no soportaría volver a perderlo, en esta ocasión para siempre.

—Una «k» en vez de la «c» —confesó desesperada—. Una vez sí, una vez no.

Los alemanes ya tenían todo lo que necesitaban para transmitir como ella sin ser detectados.

—¡Arréglalo! —ordenó Kriegler.

Marie escribió de nuevo el mensaje y volvió a enviarlo.

En cuanto llegó la respuesta, utilizó la clave calculada para decodificarlo rápidamente: *Control de seguridad verificado. Se enviará información.*

—Ya está... —empezó a decir, girándose hacia Kriegler.

Estaba apuntando a Marie con la pistola y se imaginó la carita de Tess delante de ella. Se despidió y se preparó para morir.

—Tendrías que haber colaborado de entrada.

Kriegler dirigió entonces la pistola hacia Julian.

—¡No!

Pero ya era demasiado tarde. Sonó un disparo. Julian se sacudió y se derrumbó en el suelo.

—¡No! —volvió a gritar Marie, echando a correr hacia él.

Se arrodilló a su lado y lo cogió entre sus brazos. Kriegler había disparado con una puntería letal. La bala había impactado entre la sien y el pómulo y había quedado alojada dentro. La parte racional de Marie sabía que era imposible que Julian sobreviviera a aquella herida. Pero su corazón se negaba a creerlo.

—Aguanta, Julian —suplicó.

Julian tenía aún los ojos abiertos pero casi en blanco, perdiendo poco a poco toda su luz.

—Te quiero —dijo jadeando. Allí estaban, los sentimientos que había entre ellos hechos finalmente realidad. O a lo mejor se imaginaba que era Reba, su difunta esposa. Pero entonces la agarró por el brazo con las escasas fuerzas que le quedaban—. Habríamos estado juntos, Marie. —Aquellas palabras resumían todo lo que podría haber habido entre ellos de haber sido las cosas de otra manera—. Te quiero —repitió.

—Y yo a ti —dijo ella abrazándolo.

Ya no había por qué negar la realidad. Volvió a besarlo, sabiendo que sería la última vez.

El cuerpo de Julian se debilitó y Marie se apartó un poco.

—Los veo —musitó. Casi no le quedaba voz—. Mi esposa y mis niños.

Y extendió la mano hacia la imagen invisible que tenía delante.

—No me dejes —le suplicó Marie, pensando que estaba siendo egoísta cuando tendría que haber sido fuerte. No sabía cómo iba a enfrentarse a lo que la esperaba ahora sin contar ya con él—. Esto no es el final.

Recordó lo que le había dicho Julian sobre las muchas personas más que se sublevarían para ocupar su lugar. Y lo estaba viendo ahora en la luz que iluminaba sus ojos. Julian hizo una mueca de dolor y su rostro se relajó, adoptando la expresión más serena que Marie le había visto nunca. El ritmo de la respiración se ralentizó y ella recostó la cara contra su pecho.

Y entonces se fue para siempre.

Marie depositó con cuidado su cabeza en el suelo.

—¿Por qué? —gritó, abalanzándose contra Kriegler y clavándole las uñas en la cara.

—¡Mala puta! —vociferó él, llevándose la mano a la sangre de los arañazos e indicándole con un gesto al oficial que lo acompañaba que se la llevara de allí.

—¡Hemos hecho lo que querían que hiciésemos! —chilló Marie desquiciada, mientras el oficial la arrastraba para llevársela—. Hemos hecho lo que nos han pedido. Somos prisioneros de guerra al amparo de la Convención de Ginebra. ¡No pueden hacernos esto!

—¿Prisioneros de guerra? —Kriegler rio con desdén—. *Fräulein*, que sepas que adonde vas a ir, ni siquiera existirás.

Veintidós

Eleanor

Londres, 1944

Eleanor estaba sentada en su despacho de Norgeby House repasando las transmisiones más antiguas.

Estaba aún conmocionada por la terrible verdad de que aquella radio había caído en manos erróneas. Seguían sin tener noticias ni de Julian ni de Marie. Decidió estudiar todos los mensajes del círculo de Vesper para encontrar indicios de la filtración e intentar evaluar los daños. ¿Cómo podía haber permitido que pasara aquello? Proteger a las chicas lo era todo, era el trabajo de su vida. Y les había fallado, igual que le había fallado a su hermana décadas atrás.

Se frotó los ojos, se levantó y se dirigió a la sala de radio. Las operadoras estaban más calladas de lo habitual y el único sonido que se oía era el repiqueteo de un único telégrafo.

—¿Va todo bien? —le preguntó a Jane.

Era una pregunta tonta. El problema de la radio de Marie había sido para Jane un golpe tan duro como lo había sido para Eleanor. La chica estaba pálida y ojerosa por las muchas horas de larga espera y preocupación que habían seguido a la falsa transmisión que supuestamente era de Marie.

Jane respondió con un gesto negativo.

—Margaret no ha transmitido según lo programado.

—Tampoco Maureen —intervino otra operadora.

—A lo mejor hay un problema con las transmisiones —dijo Eleanor, tratando de tranquilizarlas.

Pero eran palabras vacías. Algo muy grande iba mal.

Eleanor caminó calle abajo en dirección al despacho del Director, pasó de largo el filtro de la secretaria y no se molestó siquiera en llamar a la puerta.

—¿Señor?

El Director la miró enarcando las cejas.

—¿Trigg? Pase. Pensaba ir a verla ahora mismo.

Le pareció extraño, pues no la había avisado; de hecho, se notaba que no esperaba su visita.

—Dos radios más se han quedado en silencio.

El Director frunció los labios por debajo de su bigote, pero no pareció sorprenderse.

—Corren rumores de que se han producido más arrestos en las afueras de París. —A Eleanor se le revolvió el estómago—. Dos agentes capturados en un piso franco en los alrededores. Y otros en el este y en el sur.

Eleanor sabía que aquella oleada de arrestos no era solo consecuencia de la destrucción del puente. A pesar de que las detonaciones habían puesto en marcha las represalias que se habían producido justo después del suceso, había algo más. De pronto, Kriegler y el SD sabían perfectamente dónde localizar a los agentes que andaban buscando. Debían de llevar meses siguiéndoles el juego, sospechaba Eleanor, dejando que los agentes operaran mientras la trampa de la radio les seguía funcionando. Y al darse cuenta de que habían sido detectados, los alemanes habían comprendido que ya no tenían nada que perder. Se habían quitado la careta y aprovechado toda la inteligencia que habían estado recopilando para tender una emboscada y capturar a todos los agentes. A pesar de no tener noticias de Marie ni de Julian, era inevitable pensar que también ellos habían sido apresados.

—Esos agentes que han arrestado, ¿son hombres o mujeres? —preguntó Eleanor.

—Posiblemente haya de todo —replicó el Director—. Aún no tengo nombres.

Con el corazón encogido, Eleanor pensó que con toda seguridad Margaret y Maureen estarían entre esos nombres.

—Hay que hacer algo, señor.

Habían comunicado con todos los círculos de Francia para ordenarles que se recluyeran. Sin embargo, con eso no bastaba. Había que repatriar a todos los agentes; así lo había solicitado Eleanor. Pero faltaban escasos días para la invasión y era complicado iniciar una evacuación en masa sin que se empezasen a plantear preguntas.

—Y vamos a hacer algo —replicó el Director—. Los traeremos a casa, tal y como usted sugirió. —La situación debía de estar muy mal si de verdad iban a poner en marcha la retirada de los agentes—. Hemos emitido ya la orden de repatriar a todos los que siguen sobre el terreno. —Eleanor se sintió como si acabaran de darle una bofetada. ¿Por qué no se había transmitido la orden a través de su equipo?—. Nos llevará algo más de lo que imaginábamos —añadió.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Eleanor, pensando que en una semana más ya no quedaría ningún agente.

—No lo sé. Will Rourke, el piloto que organizaba el Escuadrón de la Luna, ha desaparecido. Dicen que abatieron un avión sobre las costas de Bretaña y podría ser el suyo. Pero los devolveremos a casa lo antes posible.

Eleanor se sintió aliviada, y confusa al instante siguiente.

—¿A todos los agentes?

El Director respondió con una negativa.

—Solo a las chicas. Van a cerrar su sección, Eleanor. —«Su» sección, no «nuestra» sección, se fijó Eleanor—. Me temo que van a cerrar la unidad de mujeres por considerarla un experimento fallido.

«Un experimento fallido». Eleanor se puso furiosa al oír aquello. Las chicas habían hecho grandes cosas, habían cumplido con las misiones que se les había encomendado, habían hecho todo lo que se les había pedido. No, el fallo no había estado en las chicas, ni siquiera en los agentes, sino en los cuarteles generales.

El cerebro de Eleanor gritaba de pura incredulidad.

—Faltan apenas unos días para la invasión. Nuestro trabajo es ahora más importante que nunca.

—Estamos reagrupando los círculos y, en algunos casos, eliminándolos. El trabajo lo harán los hombres.

—¿Las tiene a todas localizadas? —preguntó Eleanor, sabiendo la respuesta—. A las chicas, me refiero.

—A todas menos a doce.

La cifra era mucho mayor de lo que se imaginaba. El Director le pasó a Eleanor un papel con los nombres. Josie, también Marie. Había doce chicas en paradero desconocido.

Y ella tenía una parte de culpa muy grande. Para empezar, incorporar mujeres a la Sección F había sido idea suya. Eleanor había reclutado a aquellas chicas, había supervisado su formación y se había ocupado personalmente de desplegarlas en la Europa ocupada. Y aun habiendo visto que había problemas, no había insistido lo suficiente en hacer más. No, ella era la única responsable de las chicas desaparecidas que quizás nunca volverían a casa.

—También tenemos hombres desaparecidos —destacó el Director.

—Sí, claro. —Eleanor hizo caso omiso al argumento que había oído un montón de veces—. Pero los hombres tienen puestos reconocidos. Y si son capturados serán tratados como prisioneros de guerra.

No es que los hombres no le importaran, pero tenían títulos del ejército, rangos, y la protección de la Convención de Ginebra. El gobierno se encargaría de ellos. Se acordaría de ellos. Pero no de sus chicas.

—Tengo que desplazarme hasta allí y averiguar de primera mano qué es lo que ha ido mal.

—¿Se refiere a encontrar a las chicas? Me temo que es imposible.

—Pero, señor, hay aún una docena de chicas desaparecidas. No podemos rendirnos sin hacer nada más.

El Director bajó la voz.

—Eleanor, tendrá que dejar de preguntar por las chicas. Habrá repercusiones tanto para usted como para otras personas. En estos momentos tiene mucho que perder. Y si no lo hace por usted, tendrá que olvidarse del tema por el bien de las familias de las chicas. Sabe tan bien como yo que si los alemanes las han capturado, es probable que ya no estén entre nosotros. Sus preguntas solo servirán para provocar más dolor a las familias.

El Director cogió su pipa.

—La investigación tiene carácter secreto y se gestiona a los más altos niveles. —Eso era mentira, sabía perfectamente Eleanor. Si alguien estuviera intentando averiguar el paradero de las chicas, habría ido a hablar con ella. No, la realidad era que las más altas esferas habían archivado el asunto—. No hay necesidad de que conozca más detalles sobre el asunto —añadió, antes de que ella pudiera preguntarle más.

—¿Que no hay necesidad? —dijo Eleanor con incredulidad. Eran sus chicas. Ella las había reclutado, ella las había enviado allí—. ¿Está ordenándome que deje de buscarlas? —preguntó sin poder creérselo.

—Es más que eso. La unidad femenina se ha acabado. Su puesto ha sido eliminado.

—¿Van a transferirme entonces? ¿Dónde voy a ir?

El Director apartó la vista y le habló sin mirarla a los ojos.

—Lamento comunicarle que me han ordenado hacer recortes de personal. —Lo dijo con rigidez, como si estuviera leyendo un documento no escrito por él—. Le agradecemos los servicios prestados, pero siento informarle de que su trabajo en el SOE ha tocado a su fin.

Eleanor se quedó mirándolo sin entender nada.

—Seguro que es un error.

Había estado trabajando para el SOE meses, años en realidad, antes de poner en marcha la unidad de mujeres. No podían quitársela de encima de aquella manera.

—No nos queda otro remedio. Dispone usted de treinta minutos para recoger sus pertenencias personales.

Eleanor buscó palabras para replicar y no las encontró. Le quemaban las entrañas de pura rabia. Se levantó y salió como un vendaval del despacho para bajar rápidamente la escalera y volver a Norgeby House.

Entró en su despacho y empezó a amontonar expedientes. Arrancó las fotos de las chicas desaparecidas y se las guardó en el bolso. Sabía que no disponía de mucho tiempo. Instantes después, el Director se presentó en la puerta.

—Vengo a despedirla —dijo. Eleanor cogió otro expediente, pero él le tocó la mano—. Déjelo todo tal y como está. —Entendió

por qué la había seguido hasta allí—. Solo puede llevarse sus cosas personales. Nada de documentación —añadió, sabiendo, incluso antes que ella misma, que no dejaría nunca de buscar a las chicas.

Eleanor empezó a elaborar allí mismo un plan.

—Puedo arreglármelas sola. No es necesario que se quede —dijo confiando en disponer de unos minutos más a solas en su despacho para reunir todo lo que necesitaba.

—Tenemos órdenes de acompañarla hasta la salida —dijo en un tono cada vez más incómodo.

Eleanor se detuvo en seco, sorprendida, con la mano suspendida en el aire. En apenas unos momentos, su mundo entero se había venido abajo. Examinó el rostro del Director en busca de respuestas o, como mínimo, de algún indicio del mentor al que creía conocer tan bien. Pero su mirada era inexpresiva.

Se giró, sin entender nada.

—Tengo que organizar los expedientes.

La idea de entregar sus documentos en un orden que no fuera perfecto le resultaba impensable.

—No es necesario —dijo el Director—. Van a venir los militares y lo embalarán todo.

—¿Por qué? ¿Dónde van a llevarse todo esto?

El Director no respondió. Eleanor vio entonces a un policía militar apostado en la puerta del despacho, a la espera de escoltarla hasta fuera y asegurarse de que se hubiera ido. Su interior se volvió duro como una piedra. Estaban echándola del lugar que ella misma había creado como si fuera una invasora extranjera.

Se apartó de la mesa, temblando de rabia. El director le entregó unos papeles.

—Esto es para usted. Llegó ayer.

Eran los papeles de la nacionalidad, lo que siempre había deseado. Pero ahora le parecían un lastimoso premio de consolación por las chicas que había perdido. Se los devolvió.

—Lo siento —dijo el Director.

Y la despidió.

Veintitrés

Grace

Nueva York, 1946

Era la tarde del día siguiente y Grace estaba subiendo la escalera de la pensión de Hell's Kitchen. Estaba agotada, tanto por todo lo que había pasado en Washington como por el viaje en sí, y se alegraba de estar de nuevo en casa. Estaba ansiosa por ver a Frankie y retomar el ritmo ordinario de su vida. Pero era última hora del viernes y ya había dicho que se tomaría todo el día libre. Y tampoco estaba tan mal tener todo el fin de semana para descansar y poner un poco de orden en sus ideas antes de reincorporarse al trabajo.

Llegó al último piso de la pensión e introdujo la llave en la cerradura de su habitación. Abrió la puerta y se quedó helada.

Sentada en la única silla, con su bolso negro de piel auténtica descansando en su regazo, estaba su madre.

Todo empezó a darle vueltas. ¿Cómo podía haber descubierto su madre dónde vivía? ¿Cuánto tiempo llevaría allí? Recorrió rápidamente con la mirada la cama donde evidentemente no había dormido y su ropa arrugada de la noche anterior. Buscó una explicación que hiciera la situación menos incómoda, pero no la encontró.

—Me ha dejado entrar la casera —dijo su madre con su voz de pajarito, como si aquello lo explicara todo.

Llevaba el pelo recogido debajo de un sombrero estilo *cloche* de terciopelo de color rosa salmón que conjuntaba a la perfección con su abrigo acampanado de Elever. Grace se imaginó la escena,

su sonrisa encantadora, su risilla cantarina mientras iban subiendo a la habitación.

—Cariño, ya sé que no está nada bien presentarme sin previo aviso —continuó diciendo su madre, alisando los guantes que había dejado pulcramente encima del bolso—. Pero no respondías a mis llamadas y estaba muy preocupada.

En realidad, aquello no era más que una parte de la historia. La madre de Grace quería ver personalmente qué estaba haciendo allí, cómo era su vida.

—¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Fui a Hartford de compras y me encontré casualmente con Marcia en el probador de G. Fox. —Grace se puso colorada al oír mencionar el nombre de Marcia, su coartada. Imaginó que Marcia se habría puesto nerviosa y que aquel encuentro inesperado la habría pillado desprevenida. Su madre no habría tenido que presionar mucho para conseguir la dirección, que Grace le había dado en su día a Marcia para que pudiera hacerle llegar el correo.

—Siento mucho no habértelo contado personalmente —dijo Grace sentándose a los pies de la cama.

—No pasa nada —replicó su madre dejando caer una mano sobre la mano de Grace—. Estábamos muy preocupados.

Grace comprendió que, en aquel caso, a su madre no solo le preocupaban las apariencias, sino que la situación la tenía preocupada de verdad. Perdida en la confusión de sus propios problemas, Grace había pasado por alto aquel aspecto.

Aunque eso no significaba que quisiese volver a casa.

—De modo que te alojas aquí. —Su madre echó un vistazo a la minúscula habitación, arrugando involuntariamente la nariz al no encontrarla en absoluto de su agrado—. Si te ayudo a hacer la maleta, en una hora podríamos estar fuera. Y si no quieres quedarte con tu padre y conmigo, tu hermana Bernadette ha dicho que te ofrece su habitación de invitados.

Vivir con su hermana mayor y sus tres belicosos hijos era la única alternativa peor a volver a casa, pensó Grace.

—No puedo irme, mamá. Tengo un trabajo.

La madre de Grace hizo un gesto con la mano, restándole importancia al trabajo de Grace.

—Puedes enviar una nota.

—No estoy hablando de una fiesta, sino de un trabajo. Y además está esto. —Extendió el brazo por delante de su madre para coger el periódico que había dejado en la mesita de noche antes de viajar a Washington—. Vi el suceso —dijo señalando el artículo sobre Eleanor.

—Una mujer atropellada por un coche. Espantoso. La ciudad es peligrosísima. No sé qué gracia le encuentras a esto de vivir aquí.

—La mujer atropellada dejó un conjunto de fotografías de unas chicas que desaparecieron durante la guerra y he estado intentando averiguar qué les pasó.

Omitió todo lo relacionado con su visita a Washington y con Mark.

—¿Y este asunto forma parte de tu trabajo?

Grace titubeó.

—No exactamente.

Le había comentado aquello con la esperanza de que seguir en Nueva York tuviera más sentido. Pero no había hecho más que confundir las cosas.

—Si estas chicas no tienen nada que ver con tu trabajo, ¿qué significan para ti?

La pregunta de su madre, un eco de lo que le había dicho Frankie por teléfono el día anterior, la molestó. Sabía que no tenía ninguna relación con aquellas chicas. Que eran perfectas desconocidas. Pero se había implicado en el asunto tan profundamente, que había acabado involucrándose en su mundo y en sus luchas y, durante un breve tiempo, casi se había olvidado de todo lo suyo. Tal vez fuera porque el asunto le resultaba especialmente atractivo.

—Es difícil explicarlo. De todos modos, ya se ha acabado.

—¿Entonces vendrás conmigo?

—No he dicho eso.

La réplica fue más cortante de lo que pretendía.

—Tendrías que estar con tu familia —insistió su madre—. Es hora de volver a casa.

—No quiero volver a casa, mamá. —Era la primera vez, exceptuando la conversación que había mantenido con Mark, que

pronunciaba en voz alta aquellas palabras. Vio el dolor inevitable reflejado en las facciones de su madre y esperó a que se recuperase para argumentarlo mejor—. Me encanta vivir aquí. Tengo un trabajo. Y mi propia casa —dijo, consciente de que aquella habitación era poca cosa, pero era suya porque la pagaba solo ella.

La expresión de su madre se dulcificó.

—¿Sabes? En parte me siento celosa —le confesó su madre—. Siempre quise poder tener una vida así.

Grace se quedó sorprendida. No se imaginaba a su madre haciendo otra cosa que la vida que actualmente llevaba.

—Una vez me presenté a una audición para un espectáculo de Broadway —añadió.

Grace intentó imaginarse a su tímida madre, que en las fiestas cantaba *Cumpleaños feliz* solo moviendo la boca y sin levantar la voz, subiendo a un escenario. De pronto, su madre le pareció una mujer completamente distinta, con vida y sueños propios, una desconocida.

Se quedaron sin decir nada unos segundos.

—No tienes por qué tomar las mismas decisiones que en su día tomaron Bernadette y Helen —dijo por fin su madre—. Lo único que deseo es que seas feliz.

A Grace siempre le había dado la sensación de que su madre estaba decepcionada con ella por no haber sido más parecida a sus hermanas, por no haber encajado mejor en la vida que había esperado para ella. Pero ahora se daba cuenta de que tal vez todas aquellas expectativas habían sido simples imaginaciones suyas.

—Mira, cuando erais pequeñas y os hacíais daño o teníais miedo, todo se arreglaba con un abrazo o un caramelo. Pero a medida que los hijos crecen, cada vez es más complicado poder curar sus heridas. Y entonces, cuando pasó lo de Tom... —Su madre se interrumpió, como si no pudiera decirlo—. Me sentí impotente, incapaz de llegar hasta tu corazón.

Grace le cogió la mano a su madre.

—No fue culpa tuya, mamá. Nadie podía hacerlo. Era algo que tenía que superar yo sola.

—Te he traído esto.

Su madre cogió un centro de flores artificiales de color naranja que había dejado en la mesa. Era lo que más odiaba Grace de su casa.

Pero era también un gesto, y un reconocimiento de que Grace tal vez quisiera seguir en la ciudad.

—Gracias —dijo aceptando las flores.

—¿Irás a vernos a casa por Navidad? —preguntó su madre.

Grace asintió.

—Iré —respondió.

Se esforzó para que su voz sonara segura. Navidad quedaba aún muy lejos. ¿Quién sabía todo lo que podía pasar hasta entonces? Pero se dio cuenta de que su madre estaba intentándolo.

—A lo mejor puedes volver a visitarme en unas semanas para que vayamos juntas de compras —sugirió Grace, queriendo hacer también un esfuerzo—. O podríamos ir a visitar el jardín botánico cuando haga mejor tiempo.

Su madre sonrió.

—Me encantaría. —Se levantó, se abrochó el abrigo y se recolocó el sombrero. Acarició el cabello de Grace como solía hacerle cuando era niña y le dio un beso en la coronilla—. Que sepas que estaremos siempre que lo necesites —dijo.

Y se marchó.

Grace se sintió agradecida y aliviada al ver que su madre se iba. Acababa de darle permiso para ser quien quisiera ser, para vivir la vida que ella deseaba vivir. Y sintió también un poco de tristeza, consciente de que vivir la vida que deseaba vivir implicaba estar prácticamente siempre lejos de su madre.

Se quedó sentada en el silencio de su habitación, que de repente le estaba pareciendo más grande. Fue entonces cuando vio un sobre blanco encima de la cama.

—¡Mamá, espera!

Echó a correr detrás de su madre para decirle que se lo había olvidado. Pero el sobre iba dirigido a ella en la dirección de la casa de sus padres, y estaba remitido por un despacho desconocido de Washington D. C.

En el interior encontró una carta de un bufete de abogados en la que le hablaban del testamento de Thomas Healey, junto con un

cheque por valor de diez mil dólares a nombre de Grace. Se le llenaron los ojos de lágrimas y las palabras escritas en la carta empezaron a volverse borrosas. No tenía ni idea de que Tom se hubiese ocupado de aquel asunto ni de que hubiera pensado en ella en aquel sentido. ¿De dónde había salido aquel dinero? Miró el cheque, superada por la tristeza. Tom seguía cuidando de ella, incluso después de irse para siempre.

Era como una señal: había llegado el momento de seguir adelante. Tenía que olvidarse del asunto de las chicas y centrarse en su trabajo y su vida en la ciudad. No tenía otra cosa que hacer que seguir adelante.

Devolvería las fotos al consulado, decidió entonces. Las sacó del bolso para mirarlas una última vez. Sabía que las chicas habían sido asesinadas y que Eleanor las había traicionado. Nunca sabría por qué y estaba tranquila en el sentido de que había averiguado todo lo que había podido. Su papel en aquel asunto había tocado a su fin. Ya había hecho suficiente.

El lunes por la mañana a las nueve, Grace se presentó una vez más en el consulado británico. Había llegado el momento de devolver las fotografías y reincorporarse al trabajo. Dentro, encontró a la misma recepcionista detrás del mostrador.

—Ah, señorita...

—Healey —dijo Grace terminando la frase por ella, sin sorprenderse de que la mujer no recordara su nombre.

—Veo que ha vuelto —comentó la recepcionista en absoluto satisfecha.

—Sí. Estaba preguntándome si habrían averiguado algo más sobre Eleanor Trigg.

A pesar de que estaba allí para devolver las fotos, Grace no podía evitar sentir aún curiosidad.

La recepcionista dudó, como si no supiese si debía responder.

—La policía nos ha entregado los efectos personales de la señorita Trigg. —Grace había estado tan concentrada en la maleta y su contenido, que ni siquiera había pensado en las posesiones que Eleanor pudiera llevar encima en el momento de su muerte—. Aún seguimos buscando algún familiar.

Grace experimentó un chispazo de esperanza que intentó apagar. Tenía que irse. Era hora de marcharse de allí. Pero ya que había llegado tan lejos, necesitaba saberlo.

—¿Puedo verlos? —preguntó aun sin quererlo—. Sus efectos personales, digo.

Esperaba que la recepcionista se negara a enseñárselos.

—¿Por qué? Pertenece a la fallecida. Y usted no es familiar.

—Porque he pasado estos últimos días intentando averiguar más cosas sobre Eleanor. No se los estoy pidiendo para llevármelos, sino simplemente para ver qué llevaba encima. —La recepcionista permaneció imperturbable y Grace estuvo aún más segura de que seguiría negándose—. Por favor. Será solo un minuto. A lo mejor podría ayudarles a pensar a quién dirigirse.

—De acuerdo —dijo la recepcionista cediendo por fin—. Supongo que si encuentra usted a alguien, nos ahorrará mucho papeleo para el certificado de defunción y esas cosas. —Para ella, Eleanor seguía siendo poco más que un problema burocrático. Sacó un sobre grande—. Déjelo todo tal y como lo ha encontrado.

Grace abrió el sobre. Había unos cuantos billetes de dólar y unas gafas de lectura, con los cristales hechos añicos por el impacto del atropello. Un pasaporte de color azul oscuro doblado por la mitad. Grace lo cogió y lo hojeó con cuidado. El pasaporte, a pesar del accidente, estaba relativamente nuevo. Llevaba sellos de entrada de Francia y Alemania en las semanas previas a la llegada de Eleanor a los Estados Unidos. Eleanor había estado viajando antes de llegar a allí. ¿Pero por qué?

—Gracias —dijo Grace, y guardó el pasaporte en el sobre.

Sacó las fotografías y se dispuso a entregárselas a la recepcionista. Pero algo le hizo detenerse.

—¿Quiere conservarlas? —preguntó la mujer, viendo que Grace dudaba.

Grace dijo que no.

—Ya no son más.

Pero entonces se lo pensó mejor. Se las entregó todas excepto la foto de la chica de ojos oscuros, Josie, un recuerdo de un viaje que jamás habría esperado realizar.

Veinticuatro

Eleanor

Londres 1946

La llamada sonó inesperadamente en la puerta de casa de Eleanor antes del amanecer.

—Hay un coche ahí fuera esperándote —gritó su madre.

Por suerte, la madre de Eleanor había hecho pocos comentarios sobre el hecho de que su hija dejase aquel trabajo para el gobierno, un puesto que nunca le había gustado para ella. Sorprendida, Eleanor miró por la ventana. Sus pulsaciones se aceleraron al ver aquel Austin negro que conocía tan bien. La reclamaban de nuevo en los cuarteles generales. ¿Pero por qué, después de tanto tiempo?

Se vistió con esmero y rapidez. Se abotonó con dedos temblorosos la blusa blanca inmaculada que, junto con la falda azul marino, habían sido como un uniforme durante su tiempo en el SOE. Se aproximó al Austin negro que esperaba en silencio junto a la acera de su piso. De la ventanilla del lado del conductor salía una fina columna de humo que se mezclaba con la niebla baja.

—Dodds —dijo utilizando el apellido a modo de saludo. Sonrió a la silueta familiar, un bombín negro por encima de una mata de pelo blanco que no había vuelto a ver en un año y medio—. ¿Qué diantres hace usted aquí?

—El Director —se limitó a responder Dodds, y eso fue suficiente para ella.

Eleanor subió al asiento trasero y cerró la puerta. Aquella citación era una repetición de la última vez que Dodds había acudido inesperadamente a recogerla. Pero la unidad de mujeres ya

no existía, había quedado relegada a la categoría de una nota a pie de página en la historia del SOE. No podía imaginarse qué querría ahora el Director.

Dodds puso el coche en marcha. Como siempre, no dijo nada, sino que mantuvo los ojos fijos en la calzada y dobló la esquina con destreza al llegar a la cabina telefónica roja. El coche avanzó silenciosamente por las calles con ventanas y puertas cerradas de North London, desiertas con la excepción de algún que otro conductor de camión cargando su vehículo para realizar el reparto a primera hora de la mañana. A pesar de que los apagones generalizados de la ciudad habían terminado hacía ya meses, las farolas seguían funcionando a media luz, como si fuera una costumbre que cuesta quitarse de encima. Era cuatro de enero y algunos escaparates conservaban aún la decoración navideña. Las fiestas habían sido lúgubres, parecía que nadie sabía celebrarlas en tiempos de paz. Aunque Eleanor suponía que sentirse con ánimos de fiesta era complicado cuando productos básicos como el café y el azúcar seguían siendo escasos y cuando muchos estaban pasando las fiestas sin los seres queridos que nunca más volverían a casa.

No lo vio hasta llegar a la esquina de Baker Street: el edificio de Norgeby House había sido destruido por un incendio. El tejado de pizarra había quedado levantado como la tapa de una lata y los marcos de las ventanas estaban vacíos y tenían el aspecto de monturas de gafas chamuscadas por el fuego. Piedra y madera ardían en el suelo, desprendiendo un calor que se percibía incluso a través de la ventanilla cerrada del coche.

—¿Pero qué es esto? —exclamó Eleanor, preguntándose cuándo habría empezado el incendio. Calculó si el suceso llegaría a tiempo a las portadas de los periódicos de la mañana y llegó a la conclusión de que no. A pesar de no saber qué había sucedido exactamente, comprendió que tenía que ver con el motivo por el que el Director la había convocado de manera tan inesperada.

Eleanor ansiaba poder salir del coche y mirar aquello de cerca, pero Dodds no se paró. Siguió avanzando por Baker Street hasta llegar al número 64, los cuarteles generales del SOE. La acompañó hasta la puerta del edificio que, aunque solo era algo mayor que Norgeby House, resultaba infinitamente más austero. En el vestíbulo

había un grupo de altos cargos del ejército. A pesar de que algunas de sus caras le sonaban, ninguno de ellos la saludó.

Subió con Dodds tres tramos de escaleras hasta llegar a la antesala de un despacho. Dodds cerró la puerta sin decir palabra y la dejó sola allí. Eleanor no colgó el abrigo en la percha que había en una esquina, sino que se lo quitó y lo dejó doblado sobre su brazo. Una estufa de leña silbaba amenazadoramente y en un cenicero ilocalizable a primera vista, un cigarrillo sin apagar por completo desprendía un olor acre. Eleanor se acercó a la ventana que daba a la parte posterior del edificio. Por encima del tejado podían verse los restos del edificio incendiado, la sala de guerra donde se reunían a diario. Fragmentos chamuscados de mapas y fotografías, secretos celosamente guardados en su día, flotaban ahora como confeti a través de las ventanas destrozadas.

¿De verdad había transcurrido un año y medio desde la última vez que estuvo allí, sombrero en mano, suplicando que le permitieran ir a averiguar dónde estaban sus chicas? Habían pasado muchísimas cosas desde entonces: el Día D, la victoria en Europa y, por último, el fin de la guerra. La última vez que había estado allí, el Director la había despedido, la había echado despiadadamente de un puesto que había sido suyo. Incluso ahora, le dolían las entrañas al recordar aquel momento y la sensación seguía tan viva como si hubiera sido ayer.

El sonido metálico del pomo de la puerta despertó a Eleanor de sus recuerdos. Imogen, la recepcionista, la miró con frialdad, como si no se conocieran de nada.

—Ya puede pasar.

—Eleanor.

El Director no se levantó cuando ella entró. Pero en su mirada, detrás de su exterior serio y formal, había una calidez que reconocía el vínculo que en su momento los había unido. El desapego del que había hecho gala el día que la despidió había desaparecido, como si nunca hubiera existido. Eleanor se relajó un poco.

El Director le indicó con un gesto que tomara asiento. Al tenerlo más cerca, Eleanor se percató del peaje que le había hecho pagar la guerra, el mismo que a ella. Llevaba las mangas de la camisa remangadas, el cuello desabrochado y la barba que cubría sus

mejillas y su barbilla era la muestra de que llevaba allí encerrado desde el día anterior. El Director siempre iba impecablemente acicalado, pero en aquel momento su aspecto era desaliñado.

Él siguió la mirada de Eleanor hacia la ventana, desde donde podían verse los restos chamuscados de Norgeby House.

—El Olimpo, al parecer, ha caído —dijo con voz dolorida e incrédula.

No era su problema, se dijo Eleanor. La habían echado hacía ya muchos meses. Habían destruido su mundo, pero no con el incendio de aquel polvoriento edificio de Baker Street, sino en algún rincón oscuro de la Francia ocupada, cuando había fallado a sus chicas y había perdido para siempre a muchas de ellas. Pero Norgeby House era el emblema de la organización a la que ella había entregado tantísimo. Y ahora había desaparecido. Las lágrimas le quemaban los ojos.

Se sentó en el borde de la silla que le indicaba el Director.

—¿Qué ha pasado?

—Un incendio —dijo confirmando lo evidente.

—Debe de haber sido un accidente —apuntó Eleanor.

Norgeby House, con sus interminables montañas de papeles y con las operadoras que fumaban sin parar, era un polvorín a la espera de prender fuego.

—Podría ser —dijo el Director, pero el tono de su voz era claramente escéptico—. Habrá una investigación.

Lo cual no significaba, pensó Eleanor, que fuera a haber respuestas.

—¿Por qué me ha llamado, señor?

—Esto es un caos —murmuró. ¿Estaría hablando del incendio o se referiría a algo más? Sirvió el té de la bandeja que Imogen había dejado en una esquina de la mesa—. Nos cierran. Cierran todo el SOE. Órdenes directas de Whitehall. Ahora que la guerra ha terminado, dicen que ya no nos necesitan. Hemos repatriado a todos los agentes.

—A todos los agentes que han podido localizar —dijo Eleanor corrigiéndolo—. ¿Ha habido noticias de alguien más? De alguna de mis chicas, me refiero.

—De siete de ellas —respondió el Director. Eleanor se sintió esperanzada. Pero entonces le mostró la lista y vio las anotaciones: Auschwitz, 1945; Ravensbrück, 1944—. Tenemos confirmación de que las chicas murieron en esos lugares.

Muertas. El dolor y el sentido de responsabilidad de Eleanor por lo que había pasado se levantó como una ola, amenazando con engullirla.

—¿Y las cinco restantes?

—Se han cerrado los casos. Desaparecidas. Presumiblemente muertas —respondió directamente.

Era un veredicto espantoso, terrible aunque incierto.

—A las familias no les basta con eso. Eran esposas, hijas, madres, por el amor de Dios.

Sabía que algunas familias habían enterrado ataúdes vacíos o habían celebrado un funeral en recuerdo de sus seres queridos. Pero para la mayoría, las preguntas sin respuesta eran una tortura. Como le constaba que sucedía con la madre de Rhoda Hobbs, que había roto a llorar cuando Eleanor la había ido a visitar hacía tan solo unos días para formularle algunas preguntas. «Rhoda era mecanógrafa —había dicho la madre cuando Eleanor le había sugerido que podría haber desaparecido durante la guerra—. La última vez que hablé con ella me dijo que simplemente se dedicaba a gestionar papeleo en Plymouth». Eleanor recordó la imagen de Rhoda subiendo a bordo del Lysander que la llevaría al otro lado del Canal, de donde nunca jamás volvería.

Madres como la de Rhoda se merecían conocer el valor que habían tenido sus hijas... y lo que había sido de ellas. Ver a las chicas traicionadas de aquella manera, chicas que lo habían dado todo a cambio de una promesa, le hacía hervir de rabia.

—¿Y no se sabe nada de ellas?

—Supuestamente no tendría que estar comentando estos asuntos con usted, teniendo en cuenta que sus autorizaciones de seguridad están revocadas. —Aunque no era ninguna novedad, oír aquello le sentó a Eleanor como una bofetada—. Pero entiendo que se merece saberlo. Tenemos informes de los campos. Nada de escritos oficiales, por supuesto, pero sí relatos de testigos. Dicen que las mujeres fueron ejecutadas de inmediato. —Eleanor apartó la

vista, con el estómago revuelto—. Aparte de eso, no hay ninguna indicación que apunte a que alguna de ellas siga con vida. En mi opinión, albergar esperanzas a estas alturas sería una insensatez. Debemos asumir que han muerto.

Si la hubiese enviado al frente meses antes, tal y como le solicitó, quizás habría podido encontrar a alguna de ellas con vida. Pero ahora ya era demasiado tarde.

Eleanor trató de contener el temblor de sus manos. Cogió la taza de Earl Grey que le ofrecía el Director y agradeció el calor. Esperó a que continuara.

—Seguimos sin saber cómo fueron capturadas. Empezando por cómo se las ingeniaron los alemanes para acceder a nuestras radios. —El Director carraspeó—. Supongo que tiene usted anotaciones de su investigación, ¿no?

Eleanor cambió bruscamente de postura y el té se derramó por encima de la taza, quemándole la piel.

—¿Perdón? —dijo como si no supiera a qué se refería.

Se dispuso a negar que poseyera documentación alguna, puesto que la habían despedido y le habían dicho que no se ocupara más del tema. Aunque, en realidad, Eleanor no había dejado de buscar. Había estado estudiando periódicos antiguos y documentación de los archivos públicos de Kew Gardens, había estado preguntando a través de los contactos que tenía en el gobierno. No solo había examinado con detalle toda la documentación que había llegado a sus manos, sino que además había hablado con cualquier persona que viviera en Gran Bretaña y hubiera tenido alguna relación con las chicas, incluidos los agentes, hombres y mujeres, que habían conseguido volver y las familias de las chicas que no lo habían hecho. Había oído historias muy complicadas sobre arrestos, sobre docenas de trampas, pero ninguna de ellas había conseguido aclarar en lo más mínimo lo que había sucedido con las chicas desaparecidas ni la verdad sobre por qué habían sido capturadas.

Era posible que al Director le hubiera llegado información de que seguía haciendo pesquisas. Pero ahora era una ciudadana normal y corriente. ¿Qué derecho tenían a prohibírselo?

Al Director, sin embargo, era imposible engañarlo. Eleanor dejó la taza de té, sacó de la bolsa de bandolera el sobre que siempre llevaba encima y estudió su contenido. Le entregó la carpeta que contenía toda la información que supuestamente no debía tener, y que sabía de sobra que el Director querría ver.

El Director hojeó las notas y por su expresión Eleanor comprendió que no contenían nada que ya no supiera.

—Como siempre he dicho, lo de estas chicas fue una verdadera lástima.

El Director le devolvió la carpeta y Eleanor la cogió con tanta fuerza que el filo le cortó la yema de un dedo.

—Estoy dispuesto a enviarla.

Eleanor no podía creer lo que acababa de oír.

—¿Señor?

—Si es que aún está dispuesta a ir, claro está. Para averiguar qué fue de esas chicas desaparecidas... y cómo fueron hechas prisioneras.

Sabía que estaría más que dispuesta a ir. Aquellas chicas la habían consumido y estaba desesperada por averiguar qué había ocurrido. Le pasó por la cabeza una docena de preguntas.

—¿Por qué ahora? —consiguió decir finalmente; después de tantos meses de rechazo y dolor, necesitaba saberlo.

—Llevaba ya un tiempo pensando en llamarla. Pero para empezar, le diré que alguien ha estado haciendo preguntas.

—¿Quién?

—Thogden Barnett.

El padre de Violet. Eleanor había hablado con Barnett hacía menos de dos semanas y, de todos los padres, era el que le había parecido más enfadado, el menos dispuesto a rendirse. Así que le había transmitido de la forma más sutil posible sus dudas y sus preguntas sobre lo que les había pasado a las chicas, para dejar que las ideas madurasen luego en su cabeza. Como persona externa, le insinuó que podía presentar el asunto a su representante parlamentario y a la prensa de un modo que ella no podía. Y, por lo visto, la apuesta había valido la pena.

—La mayoría de familias, como bien sabe, están intentando olvidar el pasado —continuó el Director—. Pero el señor Barnett ha

estado indagando sobre lo que le pasó a su hija y sobre cómo murió. Y viendo que las respuestas no le satisfacían, lo elevó al Parlamento. Ahora amenazan con iniciar una investigación parlamentaria. Necesito poder explicarles cómo murieron las chicas o, como mínimo, que hemos hecho para intentar averiguarlo.

Pero las preguntas de un padre de luto no podían ser razón suficiente para que el Director diese el drástico paso de enviarla a averiguar qué había pasado.

—Ha dicho «para empezar». ¿Hay algún otro motivo?

—Sí, este asunto del incendio.

—No entiendo la relación.

—Y a lo mejor no la hay. ¿Recuerda que se le pidió que dejara aquí toda la documentación? —Eleanor asintió. Las órdenes habían sido muy claras: no tocar nada—. Dijeron que lo embalarían todo y se lo llevarían. Pues bien, pasaron meses y toda la documentación siguió aquí. No vino nadie a por ella. Daba casi la sensación de que se habían olvidado del tema. Pero entonces, hace unos días, recibí un mensaje informándome de que esta mañana vendrían a recogerlo todo para la investigación parlamentaria. Y luego ha pasado esto —dijo señalando hacia Norgeby House.

—¿Cree que alguien ha provocado el fuego intencionadamente para destruir todos los archivos?

El Director refunfuñó para indicar que creía justamente eso.

—Dice la policía que había demasiados papeles en un espacio muy reducido. Pero nuestros inspectores han encontrado esto.

Le enseñó un trozo de metal chamuscado. Eleanor lo reconoció como uno de los dispositivos incendiarios con temporizador que los agentes aprendían a utilizar durante su instrucción.

—No ha sido un incendio normal —continuó el Director—. Estaba planificado. Quiero saber quién lo hizo y por qué.

Eleanor entendió entonces aquel repentino interés por enviarla al extranjero. El Director creía que el incendio, que se había producido justo antes de que se llevaran todos los archivos, podía tener algo que ver con los agentes desaparecidos. Y muy en especial con las chicas. Enviarla a ella a buscar respuestas podría proporcionarle también respuestas a él.

—¿Piensa que tiene que ver con mis chicas?

—No lo sé. El incendio se ha producido justo antes de entregar todos los archivos al Parlamento. Tengo gente investigándolo aquí.

Pero la única forma de averiguarlo, concluyó para sus adentros Eleanor, era en Francia, donde la red se había colapsado y las chicas habían sido hechas prisioneras.

—Necesitamos saber cómo las capturaron, dónde las llevaron, qué les pasó —dijo el Director, disparando la misma serie de preguntas que ella llevaba todo aquel tiempo formulándose, siendo de todas ellas la más importante la del «por qué».

—Me echó —dijo Eleanor, incapaz de contener el tono de recriminación de su voz.

—No teníamos motivos para seguir precisando sus servicios —replicó él, y a continuación volvió a mover la cabeza en dirección a los restos humeantes de Norgeby House—. Ahora sí.

La vida de doce chicas tendría que haber sido motivo suficiente, pensó Eleanor.

—¿De modo que quiere enviarme allí para averiguar qué sucedió?

—Pero no puedo hacerlo —respondió el Director. A Eleanor se le formó de repente un nudo en el estómago. Iba a decirle de nuevo que no. ¿Sería aquello una broma cruel?—. No puedo hacerlo con carácter oficial —añadió rápidamente—. De modo que si la envío allí será de forma clandestina. ¿Qué me dice, Trigg?

Eleanor titubeó. Durante aquellos meses de soledad, investigando por su cuenta, había abandonado casi todas sus esperanzas, había aceptado prácticamente que nunca conocería la verdad. Pero ahora la tenía insinuándose delante de ella. Era lo que quería, era todo aquello por lo que había estado trabajando. Y ahora que lo tenía a su alcance, estaba aterrada.

—De acuerdo —dijo por fin—. Iré.

—Quiero respuestas. Encuéntrelas —dijo el Director—. Cueste lo que cueste. —Sus ojos echaban chispas, a punto de sobresalir de las órbitas. Ahora que estaban proscritos, ya no tenían nada que perder. Anotó algo en un papel—. He conseguido la documentación para enviarla como oficial de la WAAF⁵. Puedo proporcionarle un estipendio y todo el papeleo necesario para viajar. Disponemos de dos semanas antes de que nos cierren por completo. Después de

eso, no podré pagarle... ni proporcionarle el apoyo que necesite —añadió rápidamente, sabiendo que el dinero no significaba apenas nada para ella.

Eleanor asintió.

—Me marcharé esta noche, si es posible prepararlo todo.

El Director le entregó un pasaporte británico.

—Es suyo. Lo necesitará.

Eleanor dudó. La nacionalidad británica, que en su momento ansiaba conseguir desesperadamente, era poco más que un recordatorio de todo lo que había perdido. Pero ahora la necesitaría. Dejó de lado los sentimentalismos y aceptó el pasaporte.

—¿Por dónde empezará?

—Por París. —Podría haber viajado a Alemania y empezado por los campos. Pero las chicas habían estado desplegadas en redes de la capital francesa y sus alrededores. Allí era donde habían operado y donde todo había ido terriblemente mal—. Y si necesito ponerme en contacto con usted, ¿cómo le telegrafío?

El Director negó con la cabeza.

—No lo haga. —Lo que daba a entender su tono de voz quedaba muy claro. No podían confiar en la seguridad de las líneas. Se levantó—. Adiós, Trigg. —Le estrechó la mano con firmeza—. Y buena suerte.

Eleanor salió del despacho, bajó la escalera y salió por la puerta principal de los cuarteles generales. Dodds la esperaba en la esquina con el coche. Al verlo, dio rápidamente media vuelta y avanzó con sigilo a la sombra de las casas adosadas, intentando pasar desapercibida. A través del callejón, accedió a los restos de Norgeby House. El incendio había destrozado las plantas superiores. Recorrió lo que quedaba de la planta baja, donde en su día estaba localizada la sala de reuniones. Los restos calentaban aún sus tobillos. Llegó al lugar donde había estado la puerta de acceso al sótano. Por suerte, la escalera que conducía a su minúsculo despacho y a la sala de radio seguía intacta.

Empezó a bajar con cautela la escalera y la recibió una lluvia de cascotes. Daba la impresión de que aquello acabaría hundiéndose de un momento a otro. De pronto, el terror se apoderó de ella. No es que le diera miedo la muerte, pero no quería desaparecer ahora que

tenía más probabilidades que nunca de encontrar las respuestas que estaba buscando.

Se detuvo delante de lo que había sido el almacén de su pequeño despacho. Se acercó al archivador. Los expedientes no estaban. Tiró totalmente de uno de los cajones para llegar hasta el fondo, un lugar que quienquiera que hubiese vaciado su despacho no se habría preocupado en examinar. La caja de acero estaba donde la había dejado, a salvo del incendio. Era donde las chicas depositaban sus pertenencias más preciadas antes de desplegarse sobre el terreno. Tendría que haberse llevado la caja con ella aquel último día, pero le habían ordenado recoger sus cosas y marcharse de un modo tan repentino que no había tenido tiempo de hacerlo. Cogió la caja. La tapa cayó al suelo y con ella un zapatito de bebé. Eleanor lo cogió y contuvo las lágrimas.

Se oyó una voz arriba.

—¿Hay alguien ahí?

La luz de una linterna iluminó las paredes oscuras. Eleanor no respondió, sino que siguió recogiendo lo que había ido a buscar y subió otra vez la escalera.

Arriba encontró a un joven policía, sorprendido al descubrir que efectivamente había alguien entre los escombros.

—Señora, no puede llevarse eso —dijo señalando la caja de Eleanor—. Son evidencias para la investigación del incendio.

—Pues arrésteme —replicó Eleanor alejándose con un andar desafiante y la caja entre sus brazos.

Era lo mínimo que les debía a las chicas después de lo que les había hecho.

Veinticinco

Eleanor

París, 1946

Cualquiera que la observara debía de formularse la misma pregunta: «¿Quién es esa mujer que cada tarde se sienta en el bar del Hotel Savoy y se pasa cuatro o cinco horas dándole vueltas a un *dry martini*?». Tal vez fuera que un novio o un amante le había dado plantón, aunque, la verdad, no se la veía triste. Tampoco se la notaba incómoda por ser una mujer sola en un bar. Permanecía sentada tranquila, estudiando a la gente que, a la salida del trabajo, cruzaba en una y otra dirección la puerta giratoria.

Habían pasado tres semanas desde que Eleanor fuera llamada al despacho del Director y recibiera la orden de iniciar la investigación. A pesar de que estaba desesperada por ponerse en marcha, no había podido viajar enseguida a París, como era su intención; incluso para ser una misión supuestamente inexistente, había tenido que resolver un montón de papeleo y trámites burocráticos. Luego tuvo que buscar la manera de viajar a Europa y hacerse un hueco entre la enorme cantidad de hombres y suministros que cruzaban el Canal como parte de la operación de recuperación de posguerra. Al final, había conseguido pasaje en un barco mercante. Había viajado en cubierta, sin importarle que las olas le acabaran empapando la cara y el vestido. Al pensar en las chicas que habían llegado a tierra en paracaídas o avión y en plena noche, le maravillaba la relativa facilidad con la que ahora se podía acceder a Europa.

Desde su llegada, Eleanor había recorrido organismos gubernamentales y embajadas para intentar conseguir la pista de

alguien que hubiera conocido o hubiera oído hablar de las chicas, de cualquiera de ellas. Sabía que tanto Marie como Josie, como mínimo, habían sido desplegadas en la región de París y habían estado operando allí. El arresto de agentes británicas tenía que haber sido un hecho excepcional, digno de atención. Seguro que alguien tenía que recordarlo.

Pero los organismos del gobierno, que estaban todavía reconstruyéndose después de la liberación, no estaban en posición de poder ayudarla.

—Estoy buscando archivos relacionados con los arrestos que llevaron a cabo aquí los alemanes —había dicho en los cuarteles generales provisionales del gobierno hacía tan solo dos días—. De la Gestapo o de la inteligencia alemana.

Pero el funcionario le había respondido con una negativa.

—Los alemanes destruyeron la mayor parte de su documentación antes de la liberación de París. E incluso en el caso de que dispusiéramos de lo que nos está pidiendo, sería documentación clasificada. De acceso prohibido para extranjeros.

Con las manos vacías, Eleanor lo intentó en otros lugares: la oficina del médico forense de la ciudad, un campamento de refugiados que había en las afueras. Nada. Y era por algo más que por su falta de categoría profesional. (La tarjeta que el Director le había proporcionado, y según la cual era la representante del SOE en la Unidad de Investigación de Crímenes de Guerra, no impresionaba a nadie). Las respuestas que recibía a sus preguntas eran frías, casi hostiles. Había esperado cierto sentimiento de gratitud por el papel que habían jugado los agentes británicos en la liberación de la ciudad. Pero era más bien al contrario: De Gaulle y la gente que había deseado la liberación la recordaba única y exclusivamente como una victoria de la resistencia francesa. Una mujer británica haciendo preguntas, recordándole a la gente lo mucho que los extranjeros habían colaborado, no era bienvenida.

Cada noche, regresaba al bar del hotel, repasaba sus notas y planificaba el asalto del día siguiente. Había reservado una habitación en el Savoy expresamente, aunque sabía que el Director no cubriría sus gastos. No era por la localización en el centro del que en su día había sido un hotel majestuoso, ni por el hecho de

que fuera uno de los pocos hoteles de París en los que la cocina había recuperado casi su carta de antes de la guerra. Sino porque durante la contienda, el Savoy había sido lugar de encuentro de agentes y miembros de la resistencia. Confiaba en que un par de ellos siguieran aún frecuentando su bar.

Repasando la lista de lugares donde poder encontrar pistas y viendo que ya los había agotado todos, decidió que no tenía sentido seguir esperando en París. Llevaba allí casi una semana y el Director ya no podía seguir apoyándola. Se planteó la posibilidad de volver a casa. Pero si daba por terminada la investigación, lo de las chicas se habría acabado. Sabía que otros continuarían buscando a los hombres, que había listados, comisiones e investigaciones. Sin ella, sin embargo, las chicas desaparecerían para siempre. No, no estaba dispuesta a tirar la toalla, pero tendría que buscar en otros lugares, alquilar un coche y viajar al norte y a las regiones de fuera de París donde sus agentes estuvieron también operando.

Se percató de la presencia de un hombre en el otro lado del bar, más joven que ella, con los ojos muy juntos y vestido con una americana de lana de color gris. Fingía estar leyendo *Le Monde*. «*Procès Pour Crimes de Guerre!*», rezaba el titular. «El juicio por los crímenes de guerra». Pero Eleanor se dio cuenta de que el hombre estaba observándola por encima de las páginas del diario. Se puso tensa. Saber que los estaban siguiendo era una de las primeras cosas que enseñaban a los agentes en Arisaig House, pero aquella era la primera vez que Eleanor tenía que preocuparse personalmente por aquel tema.

Apuró rápidamente la copa, firmó el recibo y cruzó el vestíbulo para dirigirse al ascensor. Entró en su habitación, que en su día debió de ser elegante pero que ahora tenía una cama hundida y un papel pintado que se despegaba por todos lados.

Llamaron a la puerta. Eleanor se sobresaltó y acercó el ojo a la mirilla. El hombre del bar. Muy descarado para andar siguiéndola tratando de no ser visto. Por un instante, se planteó no responder. Pero era evidente que el hombre la había visto subir. Abrió mínimamente la puerta.

—¿Sí?

—Soy Henri Duquet. Estuve con la resistencia francesa.

En su momento, pronunciar aquellas palabras en voz alta habría sido el equivalente a una sentencia de muerte, pero ahora lo lucía como una medalla al honor.

Eleanor dudó, sin comprender cómo la había localizado o qué podía querer.

—Yo soy Eleanor Trigg —dijo con cautela, abriendo un poco más la puerta.

El hombre entró en la habitación y dejó el periódico que había estado leyendo en el bar. La miró con frialdad.

—La vi en el ministerio, donde trabajo. Ha estado formulando preguntas por todo París. Y a la gente no le gusta.

—¿A qué gente? —El hombre no respondió—. ¿Conoció usted a los agentes del círculo de Vesper durante la guerra? —preguntó—. ¿A Vesper? ¿A Renee Demare? —Utilizó el nombre en clave de la chica como un acto reflejo, pero al instante recordó que ya daba igual—. A Marie Roux, quería decir. ¿Sabe qué les pasó? —Podía ir de farol e intentó no emocionarse en exceso—. Si es un tema de dinero... —empezó a decir, calculando cuánto podía darle de sus ahorros para que aun le quedase suficiente para volver a casa.

—*Non!* —exclamó el hombre enfadado, y Eleanor pensó que tal vez lo había ofendido. De pronto, la agarró por el brazo. Su mirada era abrasadora, estaba furioso—. Venga —dijo—. Quiero enseñarle toda la sangre que mancha sus manos.

Cuarenta minutos más tarde, Eleanor estaba en lo que habían sido los cuarteles generales de la Gestapo en París.

—¿Sangre que mancha mis manos? —había repetido Eleanor mientras Henri Duquet la guiaba hacia la calle—. No tengo ni idea de lo que me está diciendo.

Sin la menor duda, Eleanor se sentía culpable por no haber actuado antes al ver aquellas transmisiones de radio y haber obligado al Director a escucharla. Pero aquel francés no podía saberlo.

Cuando la había acompañado hasta un Renault, se había puesto aún más tensa. «Jamás permitas que un agresor te aleje de la escena del encuentro». Era una de las reglas básicas del espionaje. Lejos de territorio conocido, eras débil y vulnerable. No

tenía por qué ir a Dios sabe dónde pretendía llevarla aquel desconocido que a todas luces la odiaba.

—¿Adónde me lleva? —preguntó.

El hombre no respondió. Pensó en oponer resistencia, incluso en montar una escena para llamar la atención hacia él. Pero luego pensó que podía tener información sobre las chicas.

Henri no abrió la boca mientras conducía el coche por las calles de París. Anocheceía, y la verdad era que Eleanor no había prestado mucha atención a la ciudad durante sus primeros días de investigación, que había consagrado a ir de un edificio del gobierno a otro. Pero ahora intentó estudiar el escenario que se desplegaba al otro lado de la ventanilla del coche, en parte para calmar los nervios y en parte para tomar nota de la ruta por si acaso tenía que volver precipitadamente. Las calles rebosaban dinamismo; se veían parejas vestidas con elegancia charlando en el interior de las cafeterías y tenderos bajando la persiana para poner fin a su jornada. Pero parecía haber también una neblina de guerra que lo impregnaba todo y amortiguaba colores que antiguamente debieron de ser más alegres.

El coche enfiló por fin una amplia calle de un barrio residencial. *Avenue Foch*, leyó Eleanor en el rótulo de la esquina. Al instante supo adonde se dirigían. Se le formó un nudo en el estómago. Durante la guerra, había leído cosas sobre el número 84 de Avenue Foch en los informes de inteligencia. El edificio había sido el cuartel general en París del Sicherheitsdienst, la agencia de inteligencia alemana.

«Tranquila», se dijo, obligándose a respirar hondo cuando el coche se detuvo enfrente de un edificio de cinco plantas con balcones de hierro forjado. El SD ya no estaba allí. Henri Duquet había sido miembro de la resistencia. Era un aliado, o como mínimo lo había sido en su día. Y a buen seguro la había llevado hasta allí para darle respuestas.

Eleanor salió del coche. El ambiente invernal era gélido y el viento la azotó con furia y se le metió en el cuerpo al cruzar el amplio bulevar. El mástil que se alzaba encima de la puerta, que sin duda alguna había lucido una esvástica hacía tan solo un año, estaba desnudo. Henri abrió la puerta del edificio y Eleanor se

preguntó cómo era posible que pudiera acceder. El vestíbulo estaba en silencio. Parecía un edificio residencial cualquiera reconvertido en oficinas, pero Eleanor no podía olvidar las atrocidades que había leído que se habían cometido en aquel lugar durante los interrogatorios a prisioneros. Se estremeció por dentro y se armó de valor para seguir a Henri escaleras arriba.

—Ya estamos.

Abrió una puerta del primer piso y la hizo pasar. Era una oficina, de tamaño similar a la del Director en sus cuarteles generales, con una mesa de despacho y otra más pequeña con sillas. Los alemanes habían abandonado aquel espacio hacía ya meses, pero las paredes aún apestaban a humo de tabaco, orina y a algo más, un hedor a metal y a podrido.

La vio entonces en un rincón, una de sus radios, sin duda alguna el aparato que había provocado su ruina.

—La radio... ¿cómo la consiguieron?

—Creemos que los alemanes se infiltraron en un sector de Marsella. Después de arrestar a los agentes de Marsella, se hicieron con la radio. Y luego, usurpando la identidad de distintas operadoras, consiguieron obtener las localizaciones de muchas entregas de armas e incluso de personal. Más prisioneros y más radios. Esta, en concreto, creo que llegó más adelante.

—¿Pero cómo pudieron usurpar la identidad de las operadoras? Las radios tenían muchas medidas de seguridad. Había claves calculadas, cristales, controles de seguridad.

—He dedicado mucho tiempo a intentar averiguarlo. Algunos de los cristales tenían las frecuencias solapadas. Y en cuanto a las claves, al parecer no eran únicas. De manera que, de un modo u otro, debía de ser posible transmitir como una determinada agente aun sin tener concretamente sus sedas o sus cristales.

Era un descuido por el que Eleanor se amonestaba con frecuencia, por no haberlo solucionado cuando había tenido oportunidad de hacerlo.

—¿Y los controles de seguridad?

—No lo sé. Dígame usted.

Eleanor se acercó a la radio. La acarició con la punta de los dedos. Vio que una de las teclas estaba doblada. Rememoró aquel

día en Arisaig House, cuando desmontó la radio de Marie para comprobar si tenía agallas para el puesto. Sabía, sin la menor sombra de duda, que Marie había sido arrestada por los alemanes.

—¿Vio usted a la operadora?

Henri respondió con un gesto negativo.

—Yo no estuve personalmente aquí. Pero teníamos un contacto, una mujer que cocinaba y hacía la limpieza para los alemanes. Nos contó que habían traído a una inglesa que se negó a cooperar y a transmitir por el telégrafo. Que aguantó todo lo que pudo.

Eleanor tosió para aclararse la garganta antes de formular la pregunta siguiente.

—¿Estuvo aquí Vesper?

Al oír mencionar aquel nombre, la expresión de Henri se endureció.

—Sí.

—¿Dónde los tenían encerrados?

Salieron del despacho y subieron un tramo estrecho de escaleras, luego otro. Instantes después, accedieron a una pequeña buhardilla. No era en absoluto lo que Eleanor se esperaba como celda de los cuarteles generales del SD, donde se interrogaba a los fugitivos más buscados. Había media docena de camastros, similares a los que tenían las chicas en su periodo de formación en Arisaig House. En una esquina había una estantería llena de polvo y de libros. La estancia estaba desnuda, sin sábanas, ni ropa, ni otros efectos personales. Pero había pequeños indicios de quién había pasado por allí, letras y otras marcas grabadas en la estructura metálica de los camastros. El colchón de la cama que le quedaba más cerca estaba manchado de sangre. Eleanor miró por la ventana. La punta de la Torre Eiffel asomaba por encima de los tejados. Se imaginó lo que habrían sufrido las personas que habían pasado sus últimos días encerradas allí, viendo tan de cerca el esplendor de París y atrapadas en su propia desesperación.

—Aquí es donde los tenían durante los interrogatorios. Unos días, una semana como máximo. Hasta que ya no podían sonsacarles nada más.

—¿Y después de aquí?

—Algunos fueron a la cárcel de Fresnes. Otros, como Vesper, fueron asesinados aquí, de un tiro en la cabeza —dijo impávidamente.

Eleanor sabía que Vesper había muerto, pero hasta aquel momento no había sabido cómo.

—¿Y la operadora de radio?

—No lo sé. Supongo que la mandarían a Fresnes. Cuando vaciaron la cárcel, los que estaban allí fueron enviados a Natzweiler —añadió.

Eleanor se estremeció al escuchar el nombre del campo de concentración instalado en suelo francés donde sabían que había fallecido gran parte de los agentes masculinos capturados. Pero se quedó sorprendida.

—¿Por qué no a Ravensbrück? Natzweiler era solo para hombres, ¿no?

—Tal vez porque no esperaban que vivieran mucho tiempo. Los alemanes los mataron a todos sin dejar constancia. *Nacht und Nebel*.

«Noche y Niebla». Eleanor había oído hablar de aquel programa en los cuarteles generales. Al parecer, tenía como objetivo que los prisioneros desaparecieran sin dejar ni rastro. Contuvo las lágrimas que le quemaban los párpados.

—¿Cuánto tiempo? —le preguntó a Henri—. ¿Cuánto tiempo antes de la invasión se los llevaron de aquí?

—Pocas semanas antes.

Eleanor contuvo un grito. Habían estado a punto de conseguirlo.

—¿Sabe usted que sus agentes no fueron los únicos que murieron? —dijo secamente Henri.

—Lo sé. Ustedes también perdieron a gente.

Era otra realidad de lo que había pasado; mientras los agentes trabajaban para liberar Europa, muchos civiles se habían visto atrapados en el fuego cruzado. No solo partisanos, sino hombres, mujeres y niños sin filiación. Algunos habían muerto en los actos de sabotaje como daño colateral: los trabajadores de una fábrica en la que se había colocado una bomba o el conductor del tren que se había hecho descarrilar. Y otros habían perdido la vida en las

represalias de los alemanes contra la resistencia. Churchill había dicho que había que encender Europa, pero la cruda realidad era que muchos inocentes habían muerto quemados.

Eleanor se había quedado en medio de aquella pequeña buhardilla, visualizando a Marie debajo de las quejumbrosas vigas, fría y sola. ¿O habría habido más personas con ella? Era algo que Eleanor nunca sabría.

¿Cómo habría sido hecha prisionera? Algo había salido increíblemente mal sobre el terreno y nadie había sobrevivido para poder contarlo. Eleanor clavó la mirada en las paredes, como si con ello pudiera conseguir que Marie le hablase. Pero la estancia siguió en silencio. Quizás Marie había muerto sin conocer las respuestas.

Aunque cabía también la posibilidad de que hubiera dejado algún tipo de pista. Eleanor examinó la estancia en busca de algún escondite. Pasó la mano por los paneles de madera que cubrían las paredes.

—Hemos buscado a fondo, se lo aseguro —dijo Henri.

Eleanor ignoró el comentario y siguió entonces palpando el suelo, sin importarle el polvo que le ennegrecía las manos. Él no conocía a las chicas tanto como ella, ni entendía lo que podían haber llegado a hacer para esconder cosas. Encontró una plancha del suelo mal colocada y rezó para que revelara un hueco. Miró a Henri, cuya cara registró sorpresa aun sin quererlo. Pero el compartimento de debajo estaba vacío.

Palpó la estructura de una de las camas, la superficie áspera donde agentes y otros prisioneros habían grabado cosas, creando cicatrices en el metal. Se arrodilló para examinarla. Algunos habían hecho marcas que parecían indicar la cuenta de los días que llevaban allí encerrados, otros habían grabado su nombre. *Creer*, podía leerse, una sola palabra. No vio por ningún lado el nombre de Marie. Pasó al camastro siguiente y descubrió una palabra escrita con una caligrafía que le resultaba familiar. *Baudelaire*. El poeta francés.

Eleanor recordó el expediente de Marie: había sido reclutada mientras leía poesía francesa en una cafetería. Se acercó a la estantería y examinó los títulos, en su mayoría en francés. Sacó un libro de poesía francesa y examinó el índice de contenidos hasta

que encontró un poema de Baudelaire, *Las flores del mal*. Buscó rápidamente la página donde empezaba el poema. Y, efectivamente, había algunas letras subrayadas débilmente. Siguió el patrón hasta entender qué palabra formaban: *L-O-N-D-R-E-S*. Marie había intentado indicar algo relacionado con los cuarteles generales, ¿pero qué? En su momento, podría haberle parecido una llamada de socorro. Pero ahora, haciéndose eco de las palabras de Henri, daba la impresión de ser algo completamente distinto: Marie podría estar acusando a los que los habían traicionado, tanto a ella como a los demás agentes. ¿Estaría diciendo que la culpa era de alguien de Londres?

Eleanor se estremeció, cerró el libro y miró a Henri.

—Antes me ha dicho que tengo las manos manchadas de sangre. —Henri estaba menos rabioso que al principio y Eleanor no quería remover el pasado. Pero necesitaba saberlo—. ¿A qué se refería?

—Cuando trabajaba como mensajero, a menudo llevaba mensajes entre este edificio y los cuarteles generales de la Gestapo. Los alemanes transmitían a Londres tranquilamente. ¿Por qué nadie se dio cuenta de ello y lo detuvo? Es imposible que los alemanes gestionaran las radios ellos solos. Tuvieron que necesitar algún tipo de ayuda, señorita Trigg. Tenía que ser alguien de su bando. Enviaban y recibían información con mucha facilidad. —Su voz se había vuelto casi suplicante—. Alguien tenía que estar al corriente.

—¿Y por eso ha venido a buscarme?

Por lo visto, Henri no pretendía ayudarla, sino que también andaba buscando respuestas.

—Mi hermano era uno de los miembros de la resistencia que fue hecho prisionero durante las redadas previas al Día D, justo después de que el círculo de Vesper quedara destruido. Jamás regresó.

—Lo siento muchísimo. Pero no puede echarnos la culpa a nosotros.

—Resulta gracioso, usted está aquí preguntando por las chicas —prosiguió—. Y usted era su responsable. Con sus antecedentes, podría perfectamente haber sido usted. A lo mejor era usted quien estaba al corriente.

—¿Perdón? —Eleanor estaba acalorada—. ¿Cómo se le ocurre pensar que...? —Aquel hombre estaba sugiriendo no solo que había sido Londres sino ella, personalmente, quien había vendido a las chicas al enemigo—. Yo no las traicioné. —Aunque haberles fallado era casi igual de malo—. Tengo que irme —dijo, necesitada de pronto de alejarse de Henri Duquet y de sus acusaciones.

Echó a correr escaleras abajo y siguió corriendo por Avenue Foch, sin pararse ni un momento. Miró hacia atrás y se sintió aliviada al ver que Henri no la había seguido.

Al doblar la esquina, bajó el ritmo y empezó a caminar con normalidad. Había oscurecido del todo y las farolas proyectaban estanques de luz amarilla sobre la acera. La cabeza le daba vueltas. Una traición en los cuarteles generales. Le parecía impensable. Pero Vesper ya lo había sugerido cuando le había comentado que no podía confiar a nadie de Londres sus sospechas por miedo a que se produjera una filtración. Y Marie daba la sensación de haber indicado lo mismo en aquel último y desesperado mensaje encerrado en un libro de poemas. Eleanor recordó las reuniones en Norgeby House, el círculo interno que planificaba con tanto detalle las operaciones de los agentes desplegados sobre el terreno. ¿Podía alguno de ellos ser el traidor?

Estaba llegando al Arco de Triunfo. Vio un taxi aparcado en la parada de la esquina de Rue de Presbourg. Subió y pidió que la llevara de vuelta al Savoy. Si alguien de los cuarteles generales había traicionado a las chicas, explicaría que las hubieran capturado tan limpiamente, una tras otra, y que sus buzones y sus pisos francos hubieran quedado al descubierto de aquella manera. Y explicaría también por qué alguien había querido quemar Norgeby House y todos sus archivos.

En cuanto entró en la habitación, se dejó caer en un sillón. Henri le había confirmado que las radios habían estado jugándose a Londres. Pero seguía sin saber cómo se las había ingeniado el SD para hacerlas funcionar. Era evidente que contaba con algún tipo de ayuda. Siempre había sabido que su fracaso, al no haber presionado lo suficiente, les había impedido averiguar la verdad antes de que fuera demasiado tarde. Pero la idea de que ella hubiera traicionado intencionadamente a sus chicas era como una

puñalada. Y sabía que ahora no estaba en absoluto más cerca que antes de encontrar todas las respuestas que necesitaba saber.

El periódico que fingía leer Henri en el bar había quedado en la silla de la habitación. Lo cogió y leyó el artículo sobre los juicios por crímenes de guerra en Alemania. Le sorprendía que un periódico francés colocara esa noticia en un lugar tan destacado; habían sido tantos, que ya se habían convertido en una ocurrencia habitual. Pero aquel juicio era distinto: el acusado era un oficial del SD que había aterrorizado durante meses el norte de Francia. Hans Kriegler. Kriegler era el jefe del SD, y muy posiblemente el artífice de la caída de la Sección F. Había visto la cara de Kriegler en los archivos de Norgeby House, así como los detalles del trato sádico que daba a los prisioneros.

Eleanor sujetó con más fuerza el periódico. Kriegler estaba vivo y a punto de ir a juicio. Seguro que conocía el destino de Marie... y la identidad de la persona que la había traicionado.

Viajaría a Alemania para averiguarlo.

Veintiséis

Marie

Francia, 1944

Marie levantó la vista del duro suelo de hormigón de la cárcel de Fresnes e intentó centrar la imagen que vislumbraba entre una neblina de confusión. Le dolía la cabeza y tenía la boca estropajosa de tanta sed. Y allí, delante, estaba Eleanor.

—Eleanor...

¿Cómo habría dado con ella? Eleanor le pasó una cantimplora y Marie bebió. El agua, limpia y fresca, le salpicaba por todas partes y no podía parar de beber.

Marie inclinó la cabeza y percibió el dolor intenso de las heridas sin cicatrizar que tenía en la nuca, donde empezaba la espalda.

—Le he fallado —dijo en voz baja—. Lo siento mucho.

—Vístete. Nos vamos a casa.

La imagen se esfumó cuando Marie abrió los ojos. Extendió la mano y la cerró, abarcando el vacío que se abría delante de ella. Eleanor no estaba allí. El dolor se apoderó de ella al comprender donde estaba y recordar todo lo que había pasado hasta llegar allí. La mañana después del interrogatorio en Avenue Foch, había abandonado la buhardilla y la habían transportado sin miramientos a aquella cárcel. No tenía ni idea de dónde podían haber llevado a Julian, ni qué habían hecho con su cuerpo.

De todo eso había pasado casi un mes. El sueño de Eleanor rescatándola y llevándola de nuevo a casa con su hija lo tenía prácticamente cada noche desde entonces.

Y lo que la había despertado ahora eran los gritos. «*Raus!*», rugían las voces. No tenía nada que ver con el francés de las

milicias que gestionaban la cárcel de Fresnes, sino que estaban hablando en alemán. Oyó también golpes contra las barras metálicas de las celdas, luego puertas que se abrían.

Marie se sentó rápidamente. ¿Qué estaba pasando? Durante un segundo fugaz se preguntó si estarían liberándolos a todos. Sabía que la invasión se había producido ya, mientras estaba encarcelada. Sabía también que las tropas aliadas avanzaban despacio hacia París. Pero las caras que veía a su alrededor eran serias, con pupilas oscuras y dilatadas por el miedo. En la celda, de tamaño considerable, las mujeres macilentas estaban recogiendo sus escasas pertenencias y escribiendo notas en minúsculos pedazos de papel. Una de ellas estaba desesperada intentando engullir una joya que había logrado conservar. Eran los últimos preparativos que todas habían ensayado mentalmente centenares de veces, conscientes de que aquel día acabaría llegando. Los rumores de que iban a vaciar la prisión eran ciertos.

Marie se incorporó con rigidez. Había sido de las últimas en llegar a la celda y ya no quedaban más colchones finos de paja donde poder acostarse. Por eso llevaba más de tres semanas durmiendo en el suelo. Se había consolado pensando que al no dormir en uno de aquellos mugrientos jergones no pillaría liendres. Pero era inevitable, con tanta gente en un espacio reducido. Le picaba la cabeza por los piojos y no paraba de rascarse, asqueada.

Vio que las mujeres corrían de un lado a otro, atareadas con los únicos preparativos para la deportación que podían hacer, como si aquello fuera a cambiar algo. Eran una docena en total y llevaban más tiempo encerradas allí que ella. Estaban esqueléticas, con el cuerpo lleno de úlceras y moratones provocados por las picaduras de las chinches. Marie se había enterado de que todas eran francesas, miembros de la Resistencia y esposas de partisanos, y también mujeres que habían sido hechas prisioneras por desafiar a los alemanes. Había pocas judías; a esas pobres las habían enviado ya hacía el este, pero su presencia persistía en la improvisada mezuzá que una de ellas había grabado en la pared, cerca de la puerta.

Las mujeres se movían de un lado a otro con rapidez. Algunas deslizaban papeles a través de las delgadas aberturas de las

ventanas de la cárcel y caían hacia abajo como confeti. Eran notas, escritas con cualquier cosa que pudieran encontrar, carbón o a veces incluso sangre, preguntando por familiares o intentando comunicar mensajes. O simplemente una frase: *Je suis là*, «Estoy aquí», seguida por un nombre, porque pronto quizás ya no estarían allí y alguien tenía que recordarlas.

Pero Marie seguía sin moverse, dejando que la actividad girara a su alrededor, y preparándose para ser conducida, contra su voluntad una vez más, a algún lugar desconocido. Se planteó la posibilidad de negarse. Si lo hacía, los alemanes la matarían allí mismo, como habían hecho con Julian. El corazón le dolía al recordar sus últimos momentos, la vida abandonándolo. Sin él, toda la esperanza se había esfumado. Y tal vez para siempre.

No, toda la esperanza no. Los aliados estaban acercándose a París y por eso los alemanes trasladaban a los prisioneros. La liberación tenía que estar cerca. Si había alguna posibilidad de poder reencontrarse de nuevo con su hija, Marie tenía que intentarlo.

La puerta de la celda, que llevaba cerrada desde que había llegado allí semanas atrás, se abrió de repente con un estruendoso sonido metálico. «¡*Raus!*!». Las mujeres corrieron hacia la puerta. Ninguna quería enfrentarse a las consecuencias de ser la última. El húmedo pasillo central se estaba llenando de mujeres que salían de otras celdas, mezclándose las unas con las otras, hasta que aquello se convirtió en un río de cuerpos, turbio y caliente.

Con los empujones, Marie tropezó con algo y tuvo que esforzarse por mantener el equilibrio. Era una mujer hecha un ovillo en el suelo del pasillo, tan enferma o tan mal herida que no podía ni andar. Marie dudó un momento. No quería quedarse rezagada. Pero si aquella mujer seguía en el suelo, acabarían matándola. Se arrodilló rápidamente para intentar ayudarla. Y no pudo evitar un grito al reconocerla.

Era Josie.

Marie se quedó helada, preguntándose si sería una alucinación u otro sueño. Abrazó a su amiga.

—¡Estás viva! —Pero Josie era un esqueleto apenas reconocible que ni siquiera se movía—. Soy yo, Marie —añadió al

ver que Josie no respondía ni parecía identificarla.

Josie abrió la boca pero no consiguió decir nada. A pesar de encontrarla en aquellas condiciones tan espantosas, Marie se alegró de verla. Josie estaba viva. ¿Cómo era posible? La habían dado por desaparecida hacía un mes, supuestamente por muerta. Había infinidad de preguntas que Marie quería formularle, pero Josie no tenía ni fuerzas para hablar y mucho menos para describir los horrores por los que debía de haber pasado. Marie deseaba explicárselo todo, incluso la muerte de Julian.

Pero ahora no había tiempo. Estaban vaciando la cárcel, ordenando marchar a todo el mundo, a salir y subir a bordo de los camiones que estaban esperando. Era obedecer, ser aplastado o recibir un disparo.

—Vamos —dijo, e intentó ayudar a Josie—. Tenemos que avanzar.

—No puedo —dijo Josie con voz ronca.

Trató de levantarla, pero se dobló bajo su peso. A sus espaldas sonó un disparo, recordándoles qué pasaría si se negaban a irse de allí.

—Puedes hacerlo.

Marie se incorporó e intentó de nuevo levantar a Josie. Recordó el día en que Josie había cargado con ella por las montañas de Escocia. Parecía como si hubiera pasado una eternidad. Ahora era Marie la que tenía que ser fuerte.

—Vamos —le dijo a Josie.

Fue como si notara el aire fresco de las Tierras Altas impulsándolas. Juntas, avanzaron poco a poco hacia el destino desconocido que las aguardaba.

Entre los listones de la ventanilla del tren, Marie empezó a vislumbrar luz. Ya no sabía si era la puesta de sol o la salida. Los habían llevado de Fresnes a Gare de Pantin en camiones y luego los habían hecho subir a un vagón de carga. El tren había estado parado horas interminables en la estación, asándose bajo el sol de verano. Cuando por fin se había puesto en marcha, lo había hecho para avanzar a paso de tortuga, deteniéndose de vez en cuando durante horas, para luego volver a ponerse inexplicablemente en

marcha. Marie suponía que en algún momento debían de haber cruzado de Francia a Alemania. Las puertas se habían abierto una sola vez para pasarles un cubo de agua y algo de pan duro, ni mucho menos suficiente para todo el mundo. Marie tenía la boca seca y los labios agrietados por la sed.

Había mujeres que gimoteaban; otras guardaban silencio, condenadas a su destino. El ambiente olía a retrete y a cosas aún peores. Alguien había muerto en el interior del vagón, quizás más de una persona, a juzgar por el hedor. A Marie le resultaba más soportable viajar de pie con la nariz pegada a la minúscula ventana. Pero Josie seguía tumbada en el suelo, a su lado.

Un retortijón en el estómago la obligó a esbozar una mueca de dolor. En el otro extremo del vagón había un cubo, supuestamente para hacer sus necesidades. Pero aun en el caso de que consiguiera llegar a tiempo hasta allí, no se atrevía a dejar a Josie sola. Por un momento creyó que se lo haría encima. Pero entonces notó la sangre, deslizándose pierna abajo en un torrente caliente y humillante. La regla. Apelotonó la tela del vestido entre las piernas y empezó a empaparse enseguida. No podía hacer otra cosa.

Se agachó y acercó la mano a la boca de su amiga para asegurarse de que seguía respirando. Josie ardía de fiebre, irradiaba calor. Marie cogió el trapo húmedo que había conseguido mojar antes, cuando habían hecho circular el cubo de agua, y lo colocó sobre la frente caliente de Josie. No sabía qué le pasaba, puesto que no había ninguna herida visible. Tifus, tal vez, o disentería. Se acercó más, sin importarle la posibilidad de contagiarse de la enfermedad que tuviera Josie.

—Josie, estás viva. Y me alegro mucho de haberte encontrado. Durante todo este tiempo creímos que...

Josie sonrió débilmente.

—Iba a establecer contactos con el maquis... —Se interrumpió para pasarse la lengua por los labios e intentar respirar mejor—. Pero era una trampa. Los alemanes sabían que iba a estar allí y me estaban esperando. Sabían quién era, mi identidad real, incluso que era medio judía. Quienquiera que nos haya delatado sigue todavía ahí. Tenemos que encontrar la manera de informar a Julian.

Josie no lo sabía. Por un segundo, Marie pensó en ocultarle la verdad, temiendo que fuera demasiado para ella. Pero no podía hacerlo.

—Julian está muerto.

Josie hizo una mueca de dolor.

—¿Estás segura?

—Lo vi morir. —Una lágrima le abrasó la mejilla—. Estuve abrazándolo hasta que se fue. Por culpa mía —confesó Marie—. El SD tenía una de nuestras radios y me ordenaron que transmitiera a Londres para que allí no sospecharan de nada y siguieran enviándoles información. Intenté transmitir sin mi código de seguridad para que en Londres supieran que era un mensaje falso. Pero los alemanes lo descubrieron y mataron a Julian.

—Hiciste lo que nos dijeron que hiciéramos durante la formación —consiguió balbucear Josie, consolando a Marie cuando tendría que ser al contrario—. No te culpes de nada. Es lo que Julian habría querido. No habría querido que desbarataras la operación por él. —La expresión de Josie se endureció—. Entonces, todo ha acabado —dijo.

Se recostó, dando la sensación de que la poca fuerza que había logrado reunir se esfumaba de nuevo. A Marie le habría gustado poder contradecirla, pero era imposible. Se sentó en el suelo del vagón, creándose un pequeño hueco al lado de su amiga. Buscó la mano de Josie y la entrelazó, y permanecieron así, sin hablar, envueltas por el sonido del tren avanzando por la vía y los gemidos lastimeros de las moribundas.

Josie cerró los ojos, como si estuviera durmiendo. Marie se desmoronó por dentro viéndola de aquella manera. Josie era la mejor de todas y ahora estaba allí a su lado, rota, marchita y sufriendo, casi un cadáver. Una chica de dieciocho años tendría que tener sueños de chica y no estar encarando el final de su vida.

—Podríamos estar bailando en Londres —reflexionó Marie en voz alta. Era la antigua broma que solían hacer después de las jornadas más duras de formación en Arisaig House—. Una noche en el Ritz con uno de esos soldados estadounidenses.

Josie entreabrió los ojos y logró esbozar una débil sonrisa, más bien una mueca de dolor. Intentó hablar, pero no emitió ningún

sonido. Lo que se oyó en cambio fue un estertor, el sonido inequívoco de que el fin estaba muy cerca.

—Josie...

A Marie le habría gustado poder formularle un montón de preguntas sobre su vida y sobre las cosas que había visto durante la guerra. Josie, a buen seguro, habría sabido salir adelante, sobrevivir a todo lo que se interpusiera en su camino. Pero ya no estaba allí para poder dar respuestas.

De pronto se oyó un estruendo a lo lejos. Una explosión de algún tipo. Un murmullo recorrió el vagón.

—Bombarderos aliados —susurró alguien.

Una mujer lanzó vítores de alegría, otra aplaudió. ¿Podía de verdad tratarse de la tan ansiada liberación? Hacía tanto tiempo que se hablaba de su llegada que Marie casi había dejado de creer en ella.

Pero la alegría duró poco. Una nueva explosión, esta vez más cerca. Se desprendieron varios tablones del techo del vagón. Marie protegió a Josie con su propio cuerpo de los escombros que empezaron a caer sobre ellas.

—¡Nos han dado! —gritó alguien.

«Todavía no», pensó Marie. Aunque solo era cuestión de tiempo. El vagón se zarandeó y empezó a inclinarse hacia un lado. Marie intentó detener la marea de cuerpos que caía en cascada hacia ellas.

Las explosiones pararon y el vagón se estabilizó, quedándose precariamente colocado en ángulo. Entonces se abrieron las puertas y entró una bocanada de aire fresco, un verdadero alivio.

—*Raus! Mach schnell!*

Era la orden de evacuar el tren. Marie no entendía nada. ¿Qué les importaría a los alemanes que un vagón lleno de prisioneras cayera por un precipicio o recibiera el impacto de una bomba? Pero cuando se incorporó y miró por la ventanilla, vio que las vías habían quedado destruidas y era imposible avanzar.

Las mujeres estaban trepando por el vagón para acceder a la puerta, siguiendo las órdenes de salir de allí. Pero Josie continuaba tendida en el suelo, sin moverse. ¿Estaría muerta?

—Vamos, Josie —le suplicó Marie con mucho miedo.

Intentó tirar de su amiga, pero el ángulo en que había quedado colocado el vagón lo hacía imposible.

Viendo que dentro quedaban aún dos mujeres, uno de los alemanes decidió entrar.

—¡Fuera! —rugió acercándose a ellas.

—Está enferma y no puede moverse —dijo Marie suplicando clemencia.

Y al instante se dio cuenta de su error. Los frágiles y los heridos eran material de desecho para los alemanes, personas que no merecían ningún tipo de cuidados sino su eliminación inmediata.

El alemán levantó la pierna para darle un puntapié a Josie y le estampó un golpe terrible que le sacudió todo el cuerpo.

—¡No! —gritó Marie arrojándose sobre su amiga.

—Vete o te espera más de lo mismo —le ordenó el alemán a Marie.

Ella no replicó y se abrazó aún con más fuerza a Josie. No pensaba abandonarla allí. Percibió entonces una ráfaga de aire provocada por el movimiento de la pierna del soldado al levantarse para caer sobre ella. Sintió una explosión de dolor en las costillas, magulladas aún por la paliza que le habían propinado en Avenue Foch. Se hizo un ovillo para proteger a su amiga, se preparó para el siguiente golpe y se preguntó cuántos más resistiría. Por el rabillo del ojo, vio que el alemán acercaba la mano a su pistola. De modo que así acabaría todo. Al menos, estaría con Josie, no sola.

—Lo siento —musitó Marie pensando en su hija, a la que jamás tendría que haber abandonado.

Entonces se oyó un sonido potente. Otro alemán acababa de entrar en el vagón.

—No desperdicies munición —le dijo al llegar—. Si quieren morir aquí bajo el bombardeo, que mueran.

Pero el primer soldado insistió, agarró a Marie de mala manera e intentó separarla de su amiga. Marie se resistió y entonces notó un movimiento debajo de ella. Cuando bajó la vista, encontró los ojos de Josie abiertos de par en par con una mirada transparente y serena. De pronto, fue como si estuvieran de nuevo en Escocia y solo quedarán ellas dos aún despiertas en el dormitorio, charlando a

oscuras. Los labios de Josie formaron una única palabra, inequívoca: «Huye».

Marie lo palpó entonces, algo duro y redondo entre las dos. Josie sujetaba un huevo oscuro de metal contra su pecho. Una granada, como las que utilizaban en Arisaig House para la formación. No tenía ni idea de cómo había conseguido seguir llevándola encima todo aquel tiempo. Pero sabía que Josie la había reservado exactamente para aquel momento, su última apuesta.

—¡No! —gritó Marie.

Pero ya era demasiado tarde. Josie había tirado ya de la anilla de seguridad.

Marie se separó de Josie como si la estuvieran empujando unas manos invisibles y echó a correr entre los alemanes que se habían apiñado junto a ellas.

Saltó hacia la puerta, hacia la luz del día que iluminaba el otro lado. Ya no se sentía impotente. Podía conseguirlo. Por Tess. Por Julian. Por Josie. Por todos ellos.

El vagón explotó, dejando a Marie sumida en la oscuridad.

Veintisiete

Eleanor

Alemania, 1946

Tres días más tarde, Eleanor detuvo el todoterreno que había alquilado delante de la entrada sur del antiguo campo de concentración de Dachau.

Después de dejar el Savoy, había ido hasta la Gare de l'Est, había subido a un tren casi vacío y había viajado todo el día y toda la noche atravesando Francia. En la oscuridad, al aproximarse a la frontera alemana, su cuerpo había ido cobrando rigidez. Una vez acabada la guerra, Alemania se alzaba imponente frente a ella, un lugar que había sido el origen de mucho sufrimiento y mucha maldad. No había estado allí desde que cruzó el país siendo una niña, huyendo de Polonia con su madre y Tatiana. Y ahora, como entonces, se sentía perseguida, como si de repente fuera a aparecer alguien detrás de ella para detenerla. Pero el cruce de la frontera se produjo sin problemas y el aduanero realizó la verificación de rigor del pasaporte sin preguntarle siquiera el motivo de su viaje.

Había llegado a Stuttgart y allí había hecho transbordo para viajar hacia el sur. El recorrido había transcurrido lentamente entre las colinas cubiertas de pinos de Baviera, con paradas frecuentes y desvíos para evitar las vías maltrechas por los últimos bombardeos aéreos de los aliados que no habían sido aún reparadas. Desembarcó por fin en lo que había sido la estación de tren de Múnich, reducida ahora a un armazón metálico que protegía un solitario y desvencijado andén. Había leído noticias sobre la aniquilación de Alemania durante la campaña de bombardeos que

se había desplegado durante los últimos días de la guerra, pero no estaba preparada para la magnitud de la devastación: manzana tras manzana de edificios bombardeados, una inmensidad de escombros que hacían insignificantes los daños causados por las jornadas más oscuras del Blitz. Le habría gustado encontrar algún tipo de satisfacción en el dolor de los alemanes. Al fin y al cabo, era el país que había provocado todo aquel sufrimiento. Pero aquella era gente normal y corriente, que estaba viviendo en la calle en pleno invierno sin nada que echarse encima para cobijarse del frío. Muy en especial, los niños que mendigaban en la estación de tren le partieron el corazón como muy pocas cosas en su vida. La nación poderosa, la nación agresora, había quedado reducida a nada.

Nadie sabía que Eleanor había viajado a Alemania. Se había planteado la posibilidad de telegrafiar al Director dándole noticias, comunicándole adónde se dirigía y solicitándole autorizaciones. Pero le había dicho que tratara de pasar inadvertida. Y por mucho que el Director quisiera ayudarla, seguramente ya no podría hacerlo. Además, también podría haberle dicho que no hiciera aquel viaje. Hacer preguntas en París era una cosa, pero otra muy distinta era meter la nariz en los tribunales alemanes.

Por otro lado, no haberlo comunicado significaba que en Alemania ya no tenía categoría de cargo oficial, reflexionó Eleanor mientras permanecía sentada en el coche delante de la alambrada de Dachau. El campo era como aparecía en las fotografías, hectáreas de edificaciones bajas de madera, cubiertas ahora por nieve en polvo. El cielo estaba encapotado y gris. Eleanor se imaginó a las víctimas que habían estado allí hacía menos de un año, hombres, mujeres y niños calvos, esqueléticos, con su fino uniforme carcelario. Los que habían sobrevivido habían sido liberados hacía ya tiempo, pero era como si notase sus ojos hundidos mirándola, exigiéndole saber por qué el mundo no había llegado allí antes.

—Documentación —dijo el centinela que custodiaba la entrada.

Eleanor le entregó los documentos que el Director le había dado antes de marchar de Londres y contuvo la respiración mientras el hombre los examinaba.

—Esto expiró ayer —dijo.

—¿De verdad? —replicó Eleanor fingiéndose aturullada—. ¡Cómo soy! Estaba segura de que hoy era veintisiete. —Intentó esbozar la más dulce de sus sonrisas. No estaba acostumbrada a utilizar estratagemas femeninas—. Seguro que si lo verifica con su superior, verá que todo está en orden —dijo yendo de farol.

El centinela miró con incertidumbre a sus espaldas, en dirección al impresionante edificio de ladrillo que señalaba la entrada del campo. Estaba dividido en dos por una amplia entrada en arco coronada por una amenazante torre cuadrada. Dachau era una antigua fábrica que en su día había producido municiones. Mientras se aproximaba al campo por la helada carretera adoquinada construida por encima de las turberas, Eleanor se había fijado en las casas que la flanqueaban a ambos lados y se había preguntado qué habría visto, sabido o pensado la gente que vivía en ellas durante la guerra. Qué habrían hecho al respecto.

El centinela siguió examinando la documentación, sin saber muy bien qué hacer. Era imposible saber si le intimidaba más la perspectiva de molestar a su jefe a la hora de la cena o la de tener que dejar su puesto para darse una caminata por el suelo nevado.

—Mire, ¿sabe qué? —dijo Eleanor—. Déjeme entrar y mañana volveré a primera hora de la mañana para solventar lo que se tenga que solventar.

Eleanor no sabía muy bien lo que tenía que hacer una vez que estuviera dentro, pero lo que sí sabía era que si quería encontrar a Kriegler, tenía que superar el obstáculo que suponía aquel hombre.

—De acuerdo.

Eleanor soltó el aire acumulado por la tensión cuando el hombre hizo amago de devolverle la documentación. Se disponía a dejarla entrar.

Pero justo cuando estaba a punto de poner de nuevo el motor en marcha, se escuchó otra voz.

—¡Deténgase! —Un hombre se acercó al coche y abrió la puerta—. Salga, por favor, señora. —El hombre tenía el típico acento estadounidense sureño de las películas. Era mayor que el centinela de la caseta y las franjas de las hombreras del uniforme indicaban su rango de comandante—. Salga —repitió. Eleanor obedeció y despejó moviendo la mano la nube de humo de tabaco

que le envolvió al instante la cabeza—. No hay que dejar pasar nunca a nadie sin la debida autorización —dijo regañando al guardia—. Ni siquiera a una mujer atractiva. —Eleanor no sabía si sentirse adulada o molesta—. Y hay que inspeccionar siempre el vehículo. ¿Queda claro?

—Sí, señor.

El comandante pateó el suelo para sacudirse la nieve de las botas. A pesar de que debían de estar a diez bajo cero, no llevaba abrigo.

—La acompañaré yo a partir de aquí. —En cuanto el centinela se retiró a la caseta, el comandante se dirigió a Eleanor—. ¿Quién es usted, exactamente?

Su mirada penetrante le dio a entender que no tenía ningún sentido mentir.

—Eleanor Trigg.

El hombre examinó su documentación.

—Veo que tiene los sellos correctos, aunque estén caducados. Soy Mick Willis, de la Sección de Investigaciones, Grupo de Crímenes de Guerra. Soy un hombre de paja. —Eleanor ladeó la cabeza, sin molestarse en fingir que lo había entendido—. Cazadores de nazis. Nos llaman así porque es como encontrar una aguja en un pajar. Me dedico a cazar a esos cabrones de nazis, o mejor dicho, me dedicaba a ello. Ahora estoy destinado aquí como parte del JAG ⁶ del Ejército de los Estados Unidos, trabajando en los preparativos del juicio. —Tenía un rostro huraño y cubierto con una barba canosa de tres días—. ¿Qué quiere?

—Soy ciudadana británica, del Ejecutivo de Operaciones Especiales. Mi trabajo consistía en reclutar agentes y gestionarlas desde Londres.

—Tenía entendido que habían clausurado esa organización —dijo él en tono amable y directo.

—Sí, pero mi antiguo jefe, el coronel Winslow, me envía a investigar. —Abrió el bolso y sacó las fotos—. Agentes femeninas, desaparecidas y sin información alguna sobre su paradero. En Francia me dieron la pista de que alguna pudo ser enviada aquí.

No mencionó nada sobre el motivo real de su viaje.

El comandante tiró el cigarrillo y lo aplastó con el tacón de la bota.

—Aquí no quedan víctimas del Reich. Todas fueron enviadas a los campos de refugiados. Pero eso ya lo sabe. —Se quedó mirándola sin alterarse—. ¿Qué es lo que quiere realmente?

Era evidente que era imposible engañar a Mick Willis.

—Sé que tienen aquí encerrado a Hans Kriegler. Quiero hablar con él para preguntarle sobre las chicas.

—Imposible. Nadie tiene permiso para acceder a él y la orden viene directamente del fiscal jefe, Charlie Denson.

Eleanor empezó a sentirse frustrada. Le habían dicho que no una docena de veces o más, primero los británicos y luego los franceses. Pero los estadounidenses se caracterizaban por su colaboración en las tareas de recuperación y sus buenas intenciones; se había imaginado que con ellos tendría una oportunidad.

—Mire, tendría usted que marcharse, pero es de noche y ahora no se puede circular. Puedo ofrecerle cama y comida. Pero mañana por la mañana a primera hora tendrá que irse. ¿Entendido?

Eleanor se dispuso a protestar. No tenía ninguna intención de marcharse. Hablaría con Kriegler. Nada se lo impediría. Pero la dura expresión de la mandíbula de Mick le dio a entender que no iba a permitírsele. Pasar la noche allí, por otro lado, le daría tiempo para pensar en una solución.

—Se lo agradezco, gracias.

Imaginó que esperaría que lo siguiera a pie, pero el comandante rodeó el todoterreno y abrió la puerta del lado del conductor.

—¿Me permite? —Eleanor asintió y se instaló en el asiento del acompañante—. Los barracones se encuentran casi a un kilómetro de distancia de aquí —le explicó rodeando el perímetro del campo—. Estamos alojados en uno de los antiguos barracones de las SS.

Eleanor se quedó asombrada ante el tamaño y la envergadura del campo. Era mucho más grande de lo que se había imaginado.

El comandante detuvo el coche delante de un edificio alargado, de madera y de una sola planta que, descubrió con alivio, quedaba fuera de la alambrada que rodeaba el campo.

—Sígame. —La guio hacia el interior. Había un despacho, tenuemente iluminado por una solitaria lámpara de brazo encima de una mesa metálica. Una lata hacía las veces de cenicero y estaba llena a rebosar de colillas y ceniza. Alguien había colgado en la pared una improvisada galería de fotos, alemanes que seguían huidos—. Voy a ver si le consigo una habitación donde pasar la noche. Espere aquí... y no toque nada.

Eleanor se quedó esperando incómoda, deseando con todas sus fuerzas remover los papeles de la mesa y los archivadores, pero no se atrevió a hacerlo.

Mick regresó al cabo de unos minutos.

—Le prepararemos un camastro. Y será mejor que vayamos a buscar algo de comida antes de que cierre la cantina.

Salió del despacho sin decir nada más y Eleanor dio por sentado que tenía que seguirlo. Accedieron a un comedor con mesas alargadas que le recordó enseguida el de Arisaig House. Fue como si estuviera oyendo las risas de las chicas.

Aquella cantina, sin embargo, funcionaba como una cafetería de autoservicio. Mick le pasó una bandeja y la guio hacia la cola, donde con poca elegancia le sirvieron un plato de carne con patatas sin preguntarle antes qué quería.

—Estas instalaciones no están mal —comentó Mick cuando encontraron dos sitios en una mesa—. Cualquier cosa es mejor que el invierno que pasamos en las trincheras, cerca de Bastoña. Eso sí, la comida sigue siendo espantosa.

A Eleanor se le revolvió el estómago al pensar en los niños muertos de hambre de las cercanías de la estación de tren de Múnich, tan esqueléticos que se les transparentaban los huesos a través de la piel. Aunque aquello, reflexionó, no debía de ser nada en comparación con el sufrimiento de los judíos que habían estado encerrados en Dachau, a trescientos metros de donde estaban ahora sentados.

Mick atacó su comida sin dudarlo un segundo.

—Siento haber sido tan descortés antes —dijo entre mordisco y mordisco—. Esta operación está siendo un caos. Mientras los peces gordos están en Núremberg juzgando los casos de alto nivel, las bestias pardas, los hombres que cometieron realmente la matanza

están aquí. Y tenemos poquísimo con lo que trabajar. La semana que viene empieza un juicio y no hemos parado ni un segundo. Estamos todos agotados. —Hizo una pausa y la miró de arriba abajo—. Tampoco a usted se la ve muy bien, la verdad —dijo de sopetón.

Eleanor ignoró el carácter ofensivo, aunque en absoluto intencionado, del comentario.

—Salí de París ayer por la mañana. Y ahora, por lo que parece, no me quedará otro remedio que dar media vuelta.

—Al amanecer —confirmó él sin dejar de masticar. Eleanor comprendió que no estaba siendo maleducado. Sino que comía con la velocidad de quien ha vivido mucho tiempo en pleno combate, sin saber de cuánto tiempo dispone para terminar su comida ni cuándo tendrá oportunidad de disfrutar de la siguiente—. No podemos permitir que nada interfiera en la preparación del juicio. Hizo una pausa—. He oído hablar de las mujeres agentes. —Eleanor se quedó impresionada. Poca gente, más allá de los miembros del SOE, tenía noticias de su programa—. En los informes leí que algunas de ellas fueron arrestadas junto con los hombres. Aunque no sé si serían las tuyas, claro —añadió rápidamente.

—Eran todas mis chicas. Cuénteme —le ordenó, olvidándose con la impaciencia de sus buenos modales.

—Entrevistamos a un carcelero que comentó que aquí llegaron varias mujeres.

—¿Cuándo?

Mick se rascó la cabeza.

—En junio o a primeros de julio de 1944, creo. No era excepcional que hubiera mujeres por aquí. En lo alto de la colina tenían un barracón exclusivo para mujeres —dijo señalando hacia la oscuridad del exterior. Eleanor seguía con el estómago revuelto. Cuando se había desplazado hasta allí con la intención de interrogar a Kriegler, no había caído en la cuenta de que podría estar en el lugar exacto donde algunas de las chicas habían perdido la vida—. Pero esas mujeres, las agentes, nunca quedaron registradas, nunca entraron en los barracones. Las llevaron directamente a la celda de interrogatorios. —Eleanor se estremeció. Había oído hablar de aquellos lugares de sufrimiento previo a la muerte—. Nadie volvió a

verlas nunca más, excepto un prisionero que trabajó en ese bloque. Tenemos su testimonio.

—¿Puedo ver ese informe?

Mick dudó.

—Supongo que no pasaría nada si le enseño la transcripción. Pero igualmente se marchará mañana. Lo veremos cuando acabemos de comer.

Eleanor empujó la bandeja hacia el otro lado de la mesa y la silla hacia atrás con gran estruendo.

—Yo ya estoy.

Mick comió un bocado más, se levantó y recogió las bandejas. La condujo de nuevo al despacho donde Eleanor se había quedado antes esperando. Había papeles por todas partes y a Eleanor, que lo tenía todo siempre pulcramente ordenado, le dio la impresión de que aquel hombre no encontraría nada. Pero se acercó al archivo y abrió un cajón sin dudarle un instante. Extrajo una carpeta fina y se la pasó.

Eleanor la abrió. Era el testimonio de un polaco que había realizado trabajos forzados en Dachau. Leyó por encima las páginas del testimonio donde comentaba el terrible trabajo que se había visto obligado a llevar a cabo: introducir los cuerpos de los prisioneros en los hornos después de que fueran asesinados.

Y entonces le llamó la atención una línea:

Tres mujeres llegaron una noche en un transporte. Destacaban entre las demás e iban muy bien vestidas. Había una pelirroja.

Esa debía de ser Maureen. Eleanor continuó leyendo:

No parecían tener miedo y recorrieron el campo cogidas del brazo, aunque estuvieran apuntándolas por la espalda con un rifle. Esas mujeres no quedaron registradas como prisioneras, sino que las llevaron directamente a los barracones médicos, al lado de donde yo trabajaba. Uno de los carceleros les ordenó que se desnudaran para someterse a un examen médico. Y oí la voz de una de ellas que le preguntaba Pour quoi?

«¿Por qué?», tradujo mentalmente Eleanor antes de seguir leyendo.

Y la respuesta fue: «Por el tifus». Después de aquello ya no oí nada más, y luego me trajeron los cuerpos.

Eleanor dejó la carpeta. Les inyectaron algo, diciéndoles que era un medicamento. Sabía que las chicas habían muerto. Pero ahora empezaba a dibujarse ante ella la imagen de lo que había pasado. Era excesivo para poderlo asimilar.

Pero seguía sin saber cómo las habían capturado. Se obligó a controlar sus sentimientos y se concentró en el motivo por el que estaba allí.

—Tengo que ver a Kriegler.

—Maldita sea, Ellie —maldijo Mick. Era la primera vez en su vida que alguien la llamaba así. Se planteó decirle que no lo hiciera, pero decidió que era mejor ignorarlo—. Es una pesada. —Mick sacó un paquete de tabaco y le ofreció un cigarrillo. Eleanor lo rechazó con un gesto. Solo había fumado las noches en que alguna de sus chicas subía a un avión, y desde entonces no había dado ni una calada. Mick se encendió uno—. Ya le he contado más cosas de las que debería. Los alemanes mataron a sus chicas. Es una puta lástima, pero al menos ahora ya lo sabe con certeza. ¿No le basta con eso?

—No, no me basta. Quiero saberlo todo, incluyendo cómo capturaron a las chicas. Por eso necesito hablar con Kriegler. Media hora. Es todo lo que le pido. Dice usted que hacer justicia con esos hombres es importante. ¿Pero qué me dice de aquellos contra los que cometieron todos sus crímenes?

Mick dio una calada al cigarro y exhaló el humo.

—Las mujeres agentes no tenían categoría oficial y, excepto el informe que le he mostrado, no sabemos nada más sobre lo que sucedió. Es como si las evidencias hubieran desaparecido con ellas. —Y eso era precisamente lo que querían los alemanes, pensó Eleanor. Una forma más de negarles la justicia a sus chicas—. Comprendo su lealtad hacia esas chicas, y me parece admirable —continuó Mick—. Pero tiene que ver usted la imagen global. Esos

hombres asesinaron a miles de personas... a millones. Y Kriegler se cuenta entre los peores de todos ellos. No puedo correr el riesgo de llevarlo ante la justicia solo para ayudarla. Sobre todo cuando no estamos preparados para...

Se interrumpió dándose cuenta de que había hablado demasiado.

—Es eso —dijo Eleanor—. Su caso contra Kriegler... no es lo bastante potente, ¿verdad?

—No sé de qué me habla —replicó Mick, aunque soltó sin querer un gallo.

—Kriegler. —Eleanor se aferró a aquella oportunidad—. No está dispuesto a hablar. Y usted no dispone de todo lo necesario para condenarlo, ¿no es eso?

—Aun en el caso de que lo que dice fuera cierto, el caso está clasificado. Sabe que no puedo decir nada.

—Dispongo de todas las autorizaciones necesarias de Whitehall. —«Disponía», pensó, corrigiéndose para sus adentros—. Si me lo cuenta, a lo mejor podría ayudarle.

Mick levantó las manos en señal de rendición.

—De acuerdo, de acuerdo, lo capto. Pero no aquí.

Le indicó que saliera del despacho y la guio por el pasillo. Eleanor estaba perpleja. El despacho, con la puerta cerrada, le parecía el lugar perfecto para hablar. ¿Quién pensaba Mick que podría escucharlo a hurtadillas?

—Se trata de Kriegler —dijo Mick en cuanto estuvieron en el exterior del edificio. Era ya noche cerrada y el ambiente se había vuelto aún más gélido. Cuando Mick habló, se formó una nube de vaho delante de él—. El caso contra él no es tan potente como nos gustaría que fuese —reconoció por fin—. Kriegler escondió su rastro excepcionalmente bien y los pocos subordinados que tenemos en custodia se han mostrado reacios a testificar en su contra. —El SD era un grupo unido y disciplinado, era evidente. Estarían dispuestos a ir a la tumba antes que traicionar a su antiguo jefe—. Las hemos pasado canutas para conseguir sonsacarle algo. Hemos tocado todas las teclas. Y aplicado el máximo de presión posible. Pero ese tipo no canta.

Kriegler era un maestro de los interrogatorios y sabía mejor que nadie cómo mantenerse callado. Eleanor, de hecho, nunca había hecho «cantar» a nadie. Pero había pasado en el SOE el tiempo suficiente para saber cómo despedazar a un testigo.

Mick continuó:

—El Tribunal de Crímenes de Guerra considera que es un caso demasiado importante como para gestionarlo aquí. Quieren transferirlo a Núremberg. Pero desde Múnich, los cuarteles del Tercer Ejército están ejerciendo mucha presión para que el caso se quede aquí y represente una victoria para los juicios de Dachau.

—Puedo ayudarle —dijo Eleanor sin plantearse siquiera si en realidad podía. Se inclinó hacia él. Recordó el expediente de Kriegler visto en Londres, el relato de su crueldad—. Necesita el historial de Kriegler, la línea a seguir durante el interrogatorio, los detalles para el conainterrogatorio. Y yo tengo todo eso. —Eleanor había estado siguiendo los movimientos de Kriegler y de todos aquellos desgraciados del SD desde Londres, como si estuviera observando el desarrollo de una partida de ajedrez. A pesar de no tener las respuestas que andaba buscando sobre cómo sus chicas habían sido víctimas de una traición, conocía a la perfección los crímenes de Kriegler y de los demás—. Puedo aportarle documentos. —Otro farol: las pruebas que podía ofrecerle habían ardido junto con Norgeby House. Y tampoco podría habérselas conseguido para un juicio para el que solo faltaban dos días—. Testificaré para usted, firmaré una declaración jurada. Y si necesita introducirse en su cabeza, pregúntese qué es lo que más le importa, dónde están sus rincones más oscuros.

—Dígame cómo hacerlo.

Eleanor hizo un gesto negativo.

—No hasta que me conceda lo que necesito. Diez minutos a solas con él.

—¿Qué le hace pensar que hablará con usted?

—Lo conozco —respondió siendo consciente de lo ridículo que sonaba aquello.

—No lo ha visto nunca.

—¿Y los nazis que ha perseguido usted por toda Europa? Tampoco los había visto nunca personalmente, ¿verdad? Pero los

conocía, conocía su historial familiar, sus expedientes, sus crímenes. —Mick asintió—. Con Kriegler me pasa lo mismo.

—Pero este hombre es diferente. No confesará.

—Intentarlo no puede hacer daño a nadie.

—¡Esto es una locura!

—Muy poco ortodoxo, estoy de acuerdo. ¿Pero quiere el juicio o no? —Mick no dijo nada—. Mire, no puedo perder el tiempo. Si no piensa darme acceso a Kriegler, recurriré a mi siguiente pista.

Era un farol calculado. Dachau era la última apuesta que le quedaba. Y rezaba para que él no se diera cuenta.

—De todas formas, es imposible que pueda acceder a él. Piensan transferirlo a Núremberg al amanecer.

Eleanor vio que había llegado justo a tiempo. En Núremberg le habría sido imposible acceder a Kriegler.

—En este caso, permítame hablar con él ahora mismo.

—Diez minutos —dijo Mick claudicando—. Y tengo que estar presente.

—Quince —contraatacó ella—. Y puede escuchar desde detrás de la puerta.

—¿Siempre es usted tan complicada?

Eleanor ignoró el comentario. Había pasado gran parte de su vida siendo calificada de complicada por hacer simplemente lo que solían hacer los hombres.

—Si está usted presente, no hablará —argumentó.

La miró fijamente un par de segundos.

—No tengo ni idea de cómo piensa hacerlo —dijo Mick. Eleanor contuvo la respiración a la espera de que le dijera que no, a la espera de que su interlocutor rechazara su propuesta tal y como había sucedido tantas veces a lo largo de los últimos meses y años—. Pero no tengo más opciones. Al menos en este momento —dijo hablando despacio—. Sin embargo, presentarnos allí en plena noche llamará mucho la atención. Lo dejaremos para las cinco de la mañana. Tenemos que estar allí antes de que llegue el transporte para llevárselo a Núremberg.

Eleanor quería ver a Kriegler en aquel momento. Pero asintió, consciente de que era mejor no seguir presionando.

Mick la acompañó hasta otro edificio y entraron directamente a un pasillo. Las paredes estaban recién pintadas, adivinó Eleanor, limpiadas para convertir aquello en un lugar donde poder alojar adecuadamente a los oficiales aliados, para borrar las cosas horribles que tenían que haber sucedido allí dentro. Abrió una puerta que daba acceso a una habitación con una cama y un lavamanos.

—Hasta mañana por la mañana —dijo Mick antes de cerrar la puerta.

Eleanor no durmió en el interior de aquellos barracones fríos y estériles, sino que esperó a que pasaran las horas. Permaneció tumbada, despierta, imaginándose a las chicas llegando al campo según el testimonio que le había proporcionado aquel trabajador. ¿Cómo habrían conseguido encontrarse entre ellas? Le parecía poco probable que las hubieran arrestado a todas en un mismo lugar. Y no podía dejar de preguntarse una y otra vez qué habría pasado si hubieran sido informadas con tiempo de que la radio estaba en peligro y les habían tendido una trampa. Se habrían separado y pasado a la clandestinidad. Pero habrían sido arrestadas y, en la mayoría de los casos, asesinadas. La culpa era solo de ella. Tendría que haber investigado mucho más intensamente sus dudas, obligado al Director o a alguien por encima de él, a que la escuchara. Pero no lo había hecho... y las chicas habían pagado su error con su vida.

Cuando por fin el cielo empezó a adquirir tonalidades rosáceas por encima de las colinas cubiertas de pinos de Baviera, Eleanor se aseó como mejor pudo y se cambió de vestido. Salió al exterior. El aire era frío con un toque de humedad, como si fuera a nevar de nuevo, aunque no enseguida.

Mick la esperaba en el silencio previo al amanecer, y el humo de su cigarrillo ascendió cuando le abrió la puerta del coche. Eleanor contuvo el deseo de pedirle uno. Subieron al *jeep* y dejó que él condujera. Avanzaron hacia la verja por donde había llegado el día anterior. La cruzaron sin pronunciar palabra.

Mick aparcó el *jeep* y bajó. Ella siguió su ejemplo y el bajo de la falda se le salió del interior de las botas, donde lo había recogido. Estaban en el interior del campo. Mick la guio en silencio hacia el arco donde estaba la garita del centinela con el crujido de las botas

al pisar la nieve como único sonido. Eleanor buscó por encima de la entrada el tristemente famoso cartel con la frase *Arbeit Macht Frei*, pero lo habían quitado. Al otro lado del arco había hileras interminables de barracones. Observó la escena, casi esperando que una de sus chicas saliera de alguno de aquellos edificios en cualquier momento. «¿Dónde estáis?».

—Enséñemelo —le dijo a Mick. Aunque ver aquello no le daría respuestas, necesitaba ver dónde habían muerto las chicas—. Enséñemelo todo.

Mick trazó con la mano una línea imaginaria de izquierda a derecha.

—Las llegadas se hacían por esta carretera, el acceso desde la estación de tren que hay junto a lo que eran los barracones de las SS.

Eleanor se imaginó a las chicas, agotadas y aturcidas, obligadas a seguir aquel camino. Debieron de andar con la cabeza bien alta, como se les había enseñado durante la formación, sin mostrar miedo alguno.

Mick la condujo por el semicírculo de barracones y se detuvo ante el último.

—Este es el bloque de interrogatorios, donde debieron de interrogarlas y matarlas. —Lo dijo como si estuviera dándole simplemente datos, sin emoción—. Hay un crematorio en la parte de atrás, donde llevaban los cuerpos.

Eleanor había dicho que quería conocerlo todo y él no estaba dispuesto a ocultarle ningún detalle. Tocó las paredes de ladrillo, horrorizada.

—¿Es eso? —preguntó, señalando un edificio bajo con una reveladora chimenea.

—El crematorio. Sí. Los prisioneros se referían a él como «la salida más rápida».

—Quiero verlo.

Lo rodeó para ver el metal retorcido y chamuscado, y luego se arrodilló en el suelo, para dejar caer la gravilla entre sus dedos.

—Venga —dijo Mick, ayudándola a incorporarse— Tenemos poco tiempo antes de que se lleven a Kriegler. Nadie puede saber que la he dejado entrar.

La llevó hacia la derecha, hacia una sección de barracones acordonados con alambrada.

—Lo tenemos aquí encerrado, junto con los demás prisioneros que están a la espera de juicio.

—¿No está entonces en una celda de interrogatorios? — preguntó, pensando que sería más adecuado.

—Ojalá. Pero hemos de preservar las evidencias.

El soldado que montaba guardia en los barracones los miró con inquietud.

—Todo es correcto —dijo Mick, mostrándole las credenciales. El soldado se hizo a un lado y Mick se giró hacia ella—. ¿Está segura de que quiere hacerlo?

Eleanor se cruzó de brazos.

—¿A qué se refiere?

—Llevo mucho tiempo en esto y he visto muchos desengaños. La verdad —añadió muy serio— a veces es justo lo contrario de lo que uno se esperaba.

«Y una vez que ha salido a relucir —pensó para sus adentros Eleanor—, ya no puedes volver a guardarla, del mismo modo que no puedes devolver el perfume a la botella una vez que lo has rociado». Aún estaba a tiempo de irse. Pero entonces pensó en Marie, que con sus interminables preguntas siempre quería saber la verdad, sobre dónde irían destinadas las agentes, sobre qué trabajos realizarían. Sobre el por qué.

—Estoy preparada.

—Pues entremos.

Eleanor enderezó la espalda. En el interior de los barracones, el suelo era de tierra y las paredes de piedra desprendían cierto olor a podrido. Mick la guio por el pasillo hasta detenerse delante de una puerta cerrada.

—Es aquí —dijo.

Era distinta a las demás, reforzada con acero y con una mirilla en la parte central. Eleanor observó el interior. Al ver a Hans Kriegler, contuvo un grito reconociéndolo, retrocedió. La cara que había visto infinidad de veces en informes y fotografías estaba a escasos metros de ella. Estaba igual, tal vez algo más delgado, y vestía un mono caqui de presidiario. Eleanor había oído historias

sobre soldados aliados que se habían vengado con severidad de los prisioneros. Pero con la excepción de una cicatriz rosada en la mejilla izquierda, Kriegler no tenía muy mala pinta. Y su aspecto era de lo más normal, similar al de cualquier librero o cualquier vendedor que pudieras cruzarte por las calles de París o Berlín antes de la guerra. Nada que ver con el monstruo que mentalmente se había imaginado.

Mick hizo un gesto con la cabeza.

—Puede entrar.

Eleanor no se movió, se había quedado inesperadamente paralizada. Miró fijamente al único hombre que tal vez tenía todas las respuestas que andaba buscando. Por vez primera, había una parte de ella que no quería conocer la verdad. Siempre podía regresar e informar a algunas de las familias de que había averiguado dónde y cómo habían fallecido las chicas. Esa parte era cierta y para muchos sería suficiente. Pero entonces recordó a los padres de las chicas, su mirada agónica cuando le preguntaban por qué. Se había jurado a sí misma que averiguaría lo que había sucedido y por qué. Con menos que eso nunca tendría suficiente.

La celda era una habitación de barracón, pequeña y rectangular. Había una cama con una manta, una lamparita. En el rincón, una cafetera.

—¿Así es como albergamos a los prisioneros?

—Es por la Convención de Ginebra, Ellie. Se trata de oficiales de alto rango. Intentamos que la operación sea limpia, que no pueda haber acusaciones de maltrato.

Eleanor meneó la cabeza.

—Pues estoy segura de que mis chicas no fueron tratadas con tanta consideración.

—Mejor que vaya entrando —dijo Mick metiéndole prisa. Miró con inquietud por encima del hombro—. No disponemos de mucho tiempo.

Eleanor respiró hondo y cruzó la puerta.

—*Herr* Kriegler —dijo, dirigiéndose a él como un civil y negándose a utilizar una titulación que no se merecía. Se volvió hacia ella, inexpresivo—. Soy Eleanor Trigg.

—Sé quién es usted. —Se levantó educadamente, como si estuvieran en una cafetería y hubieran quedado para tomar algo—. Encantado de conocerla por fin.

Hablaba con un tono familiar, sin miedo y casi cordial.

—¿Así que sabe quién soy? —dijo sin poder evitar que en su pregunta se notase que la había pillado desprevenida.

—Por supuesto. Nosotros lo sabemos todo. —Eleanor se fijó en que hablaba en presente. Le indicó la cafetera—. Si le apetece, puedo pedir otra taza.

«Antes preferiría beber veneno que tomar un café con usted», le habría gustado replicar. Pero, en cambio, respondió negando con la cabeza. Él bebió un poco y puso mala cara.

—No hay nada como el café de casa, en Viena. A mi hija y a mí nos gusta ir a esa pequeña cafetería que hay en Stefansplatz y merendar un poco de tarta Sacher y un café —dijo.

—¿Cuántos años tiene su hija?

—Ahora tiene once. Hace cuatro años que no la veo. Pero imagino que no habrá venido para hablar sobre niños o sobre café. Quiere preguntarme sobre las chicas.

Era como si hubiera estado esperándola, y eso le hizo sentirse incómoda.

—Las agentes femeninas —replicó corrigiéndolo—. Las que nunca volvieron a casa. Sé que están muertas —añadió, sin ganas de oír aquellas palabras en boca de él—. Quiero saber cómo murieron... y cómo fueron capturadas.

—Con el gas o fusiladas, aquí o en otro campo, ¿acaso tiene eso importancia? —Eleanor se quedó blanca al oírlo hablar con un tono tan carente de emoción—. Eran espías.

—No eran espías —dijo furiosa.

—¿Y cómo las llamaría usted? —le espetó él—. Iban vestidas de paisano, operaban en territorio ocupado. Fueron hechas prisioneras y ejecutadas.

—Todo eso lo sé —replicó Eleanor recuperándose—. ¿Pero cómo fueron hechas prisioneras? —Kriegler apartó la vista, aún recalcitrante—. ¿Sabe usted? Esas mujeres tenían hijos, hijas como la suya. Y esas criaturas nunca más volverán a ver a sus madres.

Y entonces lo vio, un cambio en sus ojos, un destello de miedo abriéndose paso.

—Yo tampoco volveré a ver a la mía. Me van a colgar por lo que he hecho —dijo Kriegler.

«Ojalá exista un Dios justiciero», pensó Eleanor.

—Eso no lo sabe a ciencia cierta. Si coopera, tal vez dicten una sentencia a cadena perpetua. ¿Por qué no me cuenta la verdad? —dijo Eleanor presionándolo—. Los detalles que yo quiero saber no tienen nada que ver con el juicio —añadió, olvidándose por un momento de la promesa que le había hecho a Mick de que lo ayudaría—. Ya no tiene nada que temer de nuestra parte. Todos los demás están arrestados o muertos.

—Porque hay secretos que uno debe llevarse a la tumba.

¿Qué secretos?, se preguntó. ¿Y por qué un hombre que estaba al final de sus días decidía guardar silencio?

Se decantó por otra táctica. Abrió el bolso y sacó las fotografías. Se las pasó a Kriegler y las miró, una a una. Luego hizo una pausa y separó una de las fotos.

—Marie —dijo reconociéndola. Se señaló la cara, una cicatriz mal curada—. Se defendió con las uñas, aquí y aquí. —Le había dejado una marca que no había podido borrar—. Pero al final acabó haciendo lo que le pedíamos. No para salvar su vida. Sino la de él.

—¿La de Vesper?

Asintió.

—Lo maté de un tiro de todos modos. —Kriegler estaba envalentonado—. No fue nada personal —añadió sin pasión alguna—. Ya no me servía de nada... y ella tampoco.

—¿Y Marie? —preguntó Eleanor temiendo la respuesta.

—Se la llevaron de Fresnes junto con otras mujeres.

—¿Cuándo?

—A finales de mayo.

Justo después de que Julian volara desde Londres. Mucho antes de lo que Eleanor se había imaginado.

—¿Así que tenía su radio? —Kriegler volvió a asentir—. Pero nosotros seguimos recibiendo mensajes después.

Y transmitiéndolos, pensó. Todos los temores que había albergado durante la guerra eran ciertos.

—Mensajes nuestros. La primera radio la conseguimos en Marsella. Pero cuando Londres se dio cuenta de que había un fraude en ese círculo, dejó de tener sentido transmitir desde aquella. Así que fuimos jugando con las frecuencias hasta que encontramos la que utilizaba el círculo de Vesper. Conseguimos suplantar la identidad de su operadora y que Londres nos transmitiera información.

El juego de la radio, tal y como Henri había dicho en París. Eleanor recordó sus sospechas, recordó que había transmisiones de Marie que parecían correctas y otras que no parecían de ella. Y esas últimas, tal y como sospechaba, eran en realidad transmisiones de la inteligencia alemana. Al principio, Eleanor había guardado silencio sobre su inquietud y luego, cuando la había expresado, el Director le había hecho caso omiso. Pero ahora tenía la situación expuesta perfectamente delante de ella, como una mano ganadora de cartas extendida sobre la mesa. Ojalá hubiera actuado para confirmar sus sospechas y presionado más al Director para averiguar qué estaba pasando.

Pero ahora no tenía tiempo para sentirse culpable; los preciosos minutos que tenía para interrogar a Kriegler estaban agotándose rápidamente.

—¿Pero cómo? En París me enteré de que se habían hecho con las radios y habían podido engañar con ellas a Londres. Pero no disponían de los controles de seguridad. ¿Cómo se las ingeniaron?

—La verdad es que no creíamos que fuera a funcionar. —Esbozó una amplia sonrisa que le ocupó toda la cara y Eleanor unió las manos para contenerse y no cruzársela de un bofetón—. Los británicos podrían habernos calado de muchas maneras. Al principio pensamos que estaban siendo poco cuidadosos, despreocupados. Fue más tarde cuando nos dimos cuenta de que alguien en Londres quería que, efectivamente, recibiéramos los mensajes.

—¿Qué? ¿Cómo puede decir eso?

—A mediados de mayo de 1944, tuve que ausentarme de los cuarteles generales. Uno de mis sustitutos, un auténtico *dummkopf*, quiso hacerse el fanfarrón. Envió un mensaje a Londres reconociendo que éramos nosotros los que estábamos al otro lado

de la línea. Cuando me enteré, le monté un consejo de guerra por traición.

—¿Quién en Londres, exactamente?

Eleanor había enviado personalmente muchos mensajes. Pero no tenía ni idea de que se la estuviesen jugando.

—No tengo ni idea. Alguien lo sabía y siguió igualmente transmitiendo.

Eleanor repasó mentalmente las personas que tenían acceso a las transmisiones del círculo de Vesper: ella, Jane, el Director. Era un grupo muy pequeño y estaba segura de que ninguno de ellos lo habría hecho.

Pero antes de que Eleanor pudiese seguir preguntando, Mick llamó a la puerta y le indicó con un gesto que saliera.

—Se ha agotado el tiempo —dijo cuando ella salió a regañadientes al pasillo—. ¿Ha averiguado lo que quería saber?

—Supongo.

La cabeza de Eleanor no podía parar de dar vueltas pensando en la afirmación que había hecho Kriegler de que los alemanes le habían «contado» a Londres que tenían la radio. Que Londres lo sabía. Estaba horrorizada... y perpleja. Había estado en los cuarteles generales todos y cada uno de los días que había durado la operación y en ningún momento se había imaginado una cosa así, y mucho menos oído nada al respecto.

Mick la observaba con expectación, a la espera de la información que necesitaba. Con el dolor por el caso de las chicas, se había olvidado de formularle a Kriegler las preguntas que le había prometido a Mick. Pero daba igual. Eleanor siempre había tenido las respuestas que Mick quería conocer.

—Ha confesado el asesinato de Julian Brookhouse. Ha dicho que le disparó personalmente en los cuarteles generales del SD en París en mayo de 1944.

Mick la miró sin poder creérselo.

—¿Ha conseguido todo eso solo en diez minutos?

Eleanor asintió.

—Si lo niega, dígame que estuve grabando en secreto la conversación. Y que estoy dispuesta a testificar contra él en el juicio.

La primera parte era mentira, la segunda no.

Mick miró hacia la celda.

—Tengo que entrar y hablar con él antes de que llegue el transporte. Si no quiere esperarme, pediré a uno de los ordenanzas que la acompañe a la base.

—Esperaré —replicó ella. Si algo tenía en aquel momento era tiempo.

Mick salió de la celda unos minutos después.

—Kriegler dice que quiere volver a verla.

Sorprendida, Eleanor entró otra vez para enfrentarse al hombre más malvado que había conocido en su vida.

—Voy a cooperar con los estadounidenses. —Su expresión era sombría y Eleanor comprendió que Mick le había presentado las evidencias sobre el asesinato de Julian—. Pero antes, quiero ayudarla también a usted. —Era mentira, lo sabía perfectamente bien Eleanor. Aquel hombre quería que la verdad sobre las chicas lo acompañara a la tumba. Pero ahora, en su mirada solo había miedo—. Si lo hago, ¿hablará bien de mí para conseguir cierta indulgencia?

—Sí.

Jamás perdonaría a Kriegler ni permitiría que fuese puesto en libertad. Pero una larga vida a solas con sus crímenes le parecía el mayor castigo.

Al alemán le brillaban los ojos. Deslizó algún objeto por encima de la mesa. Cayó al suelo y de un puntapié lo empujó hacia ella. Era una pequeña llave. Eleanor no tenía ni idea de cómo habría logrado conservarla después del arresto y los interrogatorios.

—Credit Suisse, Zúrich —dijo Kriegler—. Caja 9127.

—¿Qué es esto? —preguntó Eleanor.

—Una póliza de seguros, podríamos decir —respondió crípticamente—. Documentos que contienen las respuestas que está buscando. —Eleanor notó que se le aceleraban las pulsaciones—. Tal vez nunca vuelva a vivir en libertad, pero con esto tendrá las respuestas para Marie y para las otras cuatro que envié a... y para sus hijas.

Era, tal vez, un mínimo acto de contrición.

Y entonces, algo de lo que acababa de decir le chocó especialmente.

—¿Ha dicho que había cinco chicas? —Kriegler asintió—. ¿Está seguro?

—Las cinco partieron de París juntas. Yo mismo firmé la orden. Una de ellas murió cuando se produjo una explosión en el tren.

Tendrían que haber llegado cuatro.

—Pero el informe del testigo habla solo de tres chicas. ¿Qué le pasó a la otra?

—Nunca se contabilizó. Pudo haber muerto de una docena de maneras distintas. Pero, por lo que sé, podría seguir con vida.

Eleanor se levantó y salió corriendo de la celda, pasando como una flecha al lado de Mick.

Veintiocho

Eleanor

Zúrich, 1946

Empezaba a nevar ligeramente cuando Eleanor cruzó la Parade Platz para acceder a la impresionante sede central del Credit Suisse. Y mientras serpenteaba entre los banqueros trajeados de camino al trabajo, las campanas de la iglesia de Fraumünster, a lo lejos, dieron las nueve y media.

Eleanor había salido rápidamente de Alemania en tren y había viajado rumbo sur. Habían cruzado los Alpes suizos cubiertos de nieve, unas montañas que hacía tan solo un año formaban una barrera natural que había permitido que muchos pudieran huir del país sin incidentes. Durante todo el viaje, no soltó ni un momento la llave que Kriegler le había entregado.

Mick había corrido tras ella al verla salir volando de la celda de Kriegler.

—¿Cree usted que es verdad? —le preguntó Eleanor—. ¿Cree que una de mis chicas podría estar aún viva?

—Es complicado. —Mick dudaba—. Me gustaría responderle que sí. Pero ya sabe usted qué probabilidades hay. Ese hombre es un mentiroso. Aun en el caso de que estuviera diciendo la verdad en cuanto a que en el tren que salió de París viajaba una quinta chica, eso no implica que siga con vida. De haber sido así, supongo que a estas alturas esa chica ya habría aparecido. Hay un montón de razones por las cuales es posible que no llegara al campo, y ninguna de ellas es buena. No quiero verla sufrir más.

—Y lo más probable es que en esa caja de seguridad no haya tampoco nada —dijo Eleanor, esperando que él coincidiera con ella,

pero no dijo nada en ese sentido.

—Entonces no vaya —dijo en cambio—. Quédese aquí y ayúdenos con el juicio.

—Si Kriegler le hubiera dado una pista sobre uno de sus hombres, ¿no la seguiría?

—Supongo que no podría, claro. —Mick comprendía que era imposible alejarse del mínimo rayo de esperanza de encontrar a quienes se había dado por desaparecidos—. Vaya a ver qué hay y vuelva enseguida. Es usted una mujer estupenda, Eleanor Trigg. Tener a alguien como usted aquí de forma permanente nos sería de mucha ayuda. Podríamos utilizar sus servicios —dijo Mick presionándola—. Su experiencia sería una incorporación magnífica para nuestro equipo.

¿De verdad estaría intentando reclutarla? Elogiada, Eleanor se planteó la oferta. Había sido despedida del SOE y se había quedado sin trabajo y, por otro lado, no tenía nada esperándola en casa. Un trabajo como aquel encajaría muy bien con ella.

Pero entonces hizo un gesto negativo.

—Sería un honor —dijo—. Pero espero que me perdone si le digo que no, o al menos si le digo que no por el momento. Su trabajo es muy importante, pero yo tengo el mío y aún no lo he terminado.

—Le quedan todavía millas que recorrer antes de poder dormir —comentó en tono comprensivo y haciendo alusión a las palabras del poeta norteamericano Robert Frost.

—Exactamente —replicó ella entusiasmada con él.

Eran almas gemelas llevando a cabo completamente solos una investigación. A pesar de que acababa de conocerlo, Mick parecía entender mejor que nadie cómo se sentía ella en aquel momento. Lamentaba tener que dejarlo.

Abandonó Dachau desesperada por localizar a la chica desaparecida que según Kriegler podía seguir con vida. Pero no tenía ni una sola pista, ni un solo documento o testigo a partir de los cuales poder empezar a trabajar. Nada, excepto su palabra. Y aquella caja de seguridad de Zúrich, que Kriegler había sugerido que podía contener las respuestas que estaba buscando sobre la radio, la llamaba con todas sus fuerzas.

Entró en el banco y el sonido de sus robustos tacones rebotó contra el suelo y resonó hacia el elevado techo. Las paredes estaban decoradas con oscuros óleos de marco dorado con retratos de hombres muy serios. Pasó entre dos columnas gigantescas y accedió a una sala con un rótulo donde podía leerse *Tresorraum*. Cámara acorazada.

Detrás de un mostrador con superficie de mármol, un hombre con una corbata ancha estampada a rayas la miró por encima de las gafas. Sin decir palabra, le pasó un papel en blanco. Eleanor escribió el número de la caja de seguridad y se lo devolvió. Mientras el hombre leía la información, Eleanor se armó de valor y se dispuso a responder preguntas sobre quién era y si era la propietaria de la caja. Pero el hombre se limitó a dar media vuelta y desaparecer por la puerta que tenía a sus espaldas. De modo que la cosa funcionaba así, reflexionó Eleanor. Sin nombres y sin preguntas. La belleza y la maldad de la banca suiza. Al otro lado de la puerta se veía una pared repleta de cajas metálicas, dispuestas de tal modo que le hicieron pensar en los columbarios de un mausoleo. Se preguntó qué otros secretos esconderían y si permanecerían para siempre allí, en el caso de ser propiedad de personas que no hubieran sobrevivido al fin de la guerra.

El hombre regresó al cabo de unos minutos con una caja rectangular con dos cerraduras en la parte superior. Eleanor sacó la llave que le había entregado Kriegler. ¿Cómo habría conseguido esconderla estando en cautividad?

El empleado del banco sacó entonces una segunda llave. La introdujo en una de las cerraduras y le indicó con un gesto a Eleanor que introdujera la suya. Intentó insertarla, pero no encajó en la cerradura. Se le encogió el corazón. Mick tenía razón; Kriegler le había tomado el pelo. Pero mirándola con más detalle, vio que la llave estaba gastada y algo oxidada, además. La limpió e intentó enderezarla antes de tratar de introducirla de nuevo en la cerradura.

Eleanor y el empleado del banco hicieron girar las llaves a la vez. La caja se abrió con un «pop» y el empleado extrajo una segunda caja de menor tamaño del interior. El empleado cogió su llave y se marchó, dejándola a solas.

Eleanor abrió la caja de seguridad con manos temblorosas. En su interior había un fajo de *Reichsmarks*, que ya no valían absolutamente nada, y un fajo de dólares. Cogió los dólares y se los guardó en el bolsillo. Era dinero manchado de sangre, pero le daba igual. Se encargaría de que fuera a parar a las familias de las chicas que habían dejado hijos, ahora huérfanos.

Debajo del dinero había un único sobre. Lo abrió con cuidado. Contenía un papel, tan fino y frágil que amenazó con romperse al extraerlo. Eleanor desdobló el papel con cautela y lo examinó. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Delante de ella, con todo lujo de detalle, tenía las respuestas que estaba buscando. Allí, tal y como le había prometido Kriegler, estaba todo.

Era una transmisión de radio enviada desde París a Londres con fecha 8 de mayo de 1944: *Gracias por su colaboración y por las armas que nos ha enviado. SD.*

Era la transmisión que Kriegler había mencionado, enviada por uno de sus subordinados, y en la que se informaba descaradamente a Londres de que tenían la radio en sus manos. La transmisión llevaba el sello *Empfangen London*. Recibido en Londres. Por alguna razón, ella no la había visto jamás. Pero alguien en Londres había permitido que las transmisiones continuaran incluso sabiendo que los alemanes gestionaban la radio.

¿Por qué le habría entregado Kriegler aquello? Era evidente que su forma de pensar no había cambiado, que no había experimentado un arranque repentino de altruismo. Por otro lado, el miedo que pudiera inspirarle el juicio tampoco explicaba por completo haber hecho una revelación tan osada. No, lo que lo había empujado a hacerlo era dar a conocer la verdad sobre los crímenes que había cometido el gobierno británico, la sangre que manchaba sus manos. Revelar aquello había sido el último acto de guerra de Kriegler. ¿Qué habría hecho con ello de no haber viajado Eleanor a Dachau? Imaginaba que habría encontrado otra manera de sacarlo a la luz. O, tal vez, se hubiera llevado el secreto a la tumba.

¿Y qué hacer ahora con aquella información? Tenía que encontrar la manera de dar a conocer la verdad. De dar con los implicados. La verdad, una vez revelada, significaría el final, para el Director y para ella, para todos.

Pero Eleanor había hecho una promesa a sus chicas. No le quedaba otra elección. Tenía que poner las cosas en su sitio. Se secó las lágrimas que le llenaban los ojos y salió de la cámara acorazada.

Veintinueve

Grace

Nueva York, 1946

Grace echó azúcar al café y lo vio desaparecer en la negrura. Levantó la vista y se sintió reconfortada al ver a Frankie encorvado sobre un expediente y al escuchar el ronroneo desigual del radiador.

Hacía una semana que había entregado las fotos en el consulado británico. Se había preguntado si le costaría mucho volver a la normalidad, como si todo aquel asunto de las chicas no hubiera sucedido nunca. Pero se había reincorporado a su antigua vida como aquel que se calza unos zapatos cómodos. La habitación de la pensión, adornada ahora con las hortensias de plástico de su madre, parecía un hogar más que nunca.

Pero seguía pensando a menudo en Mark y en lo perplejo que se habría quedado al despertarse y descubrir que se había marchado. Casi esperaba que la llamara, aunque hasta el momento solo había habido silencio. Pensaba también en las chicas y en Eleanor, y en por qué las habría traicionado.

Intentó olvidarse de las preguntas que la habían empujado a emprender aquella locura y siguió tecleando la carta para la delegación de vivienda. Frankie cruzó el despacho en aquel momento y le pasó un expediente.

—¿Podrías rellenarme esto, por favor?

Grace abrió el expediente. Era la documentación de la Sociedad de Ayuda a la Infancia para solicitar la acogida de un niño en una familia. Grace se quedó sorprendida. Normalmente, remitían aquel tipo de asuntos a Simon Wise, de Ludlow, que estaba especializado en derecho de familia. Pero cuando Grace vio los

nombres del formulario comprendió por qué Frankie había decidido gestionar personalmente aquel expediente. El niño era Samuel Altshuler. Y la persona propuesta para acogerlo era Frankie.

—¿Piensas acoger a Sammy? —preguntó sin poder creérselo.

—Ese niño se merece un hogar sólido, ¿no te parece? Y eso que dijiste sobre lo duro que es implicarse, me caló. —Grace retrocedió hacia la conversación telefónica que habían mantenido estando ella en Washington. Ella lo había dicho como advertencia. Pero él se lo había tomado en el otro sentido y se había lanzado a la piscina—. De modo que voy a adoptarlo. Eso sí, siempre y cuando autoricen que un viejo solterón adopte un crío.

Grace le presionó el brazo con cariño. Sentía cada vez más admiración hacia él.

—Seguro que lo autorizarán, Frankie. Seguro que sí. Será un niño afortunado por poder tenerte. Voy a rellenarlo enseguida y lo entregaré todo personalmente en la agencia.

Eran casi las dos de la tarde cuando Grace regresó de los tribunales. No había nadie en la oficina y Frankie le había dejado una nota: «He ido a comprar algunas cosas para la nueva habitación del niño. Enseguida vuelvo». A Grace le dio la impresión de que las palabras rompían incluso el papel, de la emoción con que estaban cargadas.

El estómago empezó a protestarle, recordándole que no había comido. Cogió la bolsa donde guardaba su sándwich vegetal con huevo y se dirigió a la salida. Le daba tiempo a comer algo rápido en la azotea antes de que Frankie estuviera de vuelta.

Abrió la puerta de la oficina y se quedó allí clavada. Mark estaba en el pasillo.

—Hola... —dijo Grace con inseguridad.

Su primer encuentro en la calle había sido pura casualidad. Pero ahora estaba allí expresamente, con intención de encontrarla. Se sintió embargada por una sensación simultánea de sorpresa, felicidad y rabia. ¿Cómo la habría localizado? Su madre, o la casera, quizás; no tenía que haberle resultado muy difícil.

—Te fuiste —dijo con un tono de voz más dolido que acusador.

—Lo siento.

—¿Fue por algo que dije? ¿O que hice?

—En absoluto. —Entendió que debía de haberlo dejado terriblemente confuso—. Me daba la impresión de que las cosas entre nosotros empezaban a ser... complicadas. Y luego encontré esto. —Fue a buscar el bolso y sacó la transmisión que demostraba la culpabilidad de Eleanor. Había estado a punto de destruir el documento al volver a Nueva York. Pero no lo había hecho, y a pesar de que había intentado dejar atrás todo aquel asunto, seguía llevando el papel encima—. Descubrir la verdad sobre Eleanor sumado a todo lo que sucedió entre nosotros, era más de lo que me veía capaz de digerir. Estaba abrumada.

—Y por eso te fuiste.

—Me fui. —Pero huir no había cambiado nada. La culpabilidad de Eleanor seguía allí, clara y concisa sobre aquel papel. Igual que sus sentimientos hacia Mark—. Siento mucho no haberme despedido.

—Tranquila, no pasa nada. Todos tenemos nuestros secretos. Hay muchas cosas que no sabes de mí. —Hizo una pausa—. En Washington me preguntaste por el periodo que pasé en el Tribunal de Crímenes de Guerra. En aquel momento no estaba preparado para hablar del tema, pero ahora lo estoy. Mira, cuando estalló la guerra estaba terminando Derecho. Quería alistarme, pero mi padre insistió en que pidiese una prórroga y acabase mis estudios antes de marcharme al extranjero. Había depositado todos sus ahorros en mandarme a la universidad y que yo fuera abogado era imprescindible para poder seguir adelante económicamente. De modo que me apunté al doble de asignaturas para poder terminar antes la carrera. Me alisté el día después de mi graduación, me destinaron al JAG y me enviaron al frente. Pero a aquellas alturas ya estaba todo prácticamente acabado, solo quedaban las operaciones de limpieza.

»Uno de los primeros casos a los que me enfrenté en Frankfurt fue el juicio de Obens. ¿Has oído hablar de él? Obens era un soldado estadounidense destinado en una de las compañías que liberaron Ravensbrück. Tanto él como los demás estaban enfermos por todo lo que habían visto, no estaban bien de la cabeza. Cuando capturaron a un alemán que había trabajado como guardia en el campamento, Obens le pegó un tiro, a sangre fría, violando todas

las reglas de la guerra. —Grace se quedó blanca, imaginándose a hombres buenos como Tom completamente desquiciados—. Quise encargarme del proceso. Aquello no había sido en combate, sino un asesinato puro y duro. Pero mis superiores no quisieron escucharme. Estaban concentrados en juzgar alemanes y no querían que la historia de la victoria aliada quedase diluida. Pero me negué a claudicar. De modo que se inventaron la historia de que yo quería sacar adelante aquel caso porque mi familia era alemana. — Grace recordó su apellido: Dorff. Sabía que era de ascendencia alemana, pero no había querido formular preguntas al respecto—. Lo calificaron de traición.

—¿Y dimitiste?

—Antes de que montaran un consejo de guerra, sí. Pensarás que soy un cobarde. Siento mucho no habértelo contado antes.

—No, pienso que lo que hiciste fue muy valiente. ¿Pero por qué me lo cuentas ahora?

—Porque creo que te echas la culpa de la muerte de Tom y que por eso sigues huyendo. Pero en la vida no todo es negro sobre blanco. No se trata de tus decisiones ni de las mías, ni tampoco de las de Eleanor. Estoy seguro de que si hizo lo que hizo fue por alguna razón.

—Tal vez.

—¿No me crees?

—Yo ya no sé qué creer. Pero me alegro terriblemente de que estés aquí.

La frase le salió sin que se diera ni cuenta de que estaba pronunciándola. Notó que se ruborizaba.

—¿En serio? —Dio un paso hacia ella—. Yo también.

—¿Aun siendo todo tan complicado?

—Especialmente por eso. No estoy aquí porque me gusten las cosas fáciles.

La envolvió entre sus brazos y permanecieron unos segundos sin moverse. Ella levantó entonces la cabeza y sus miradas se cruzaron. Dio la impresión de que iba a besarla, y en aquel momento Grace lo deseaba de verdad. Cerró los ojos cuando él bajó la cabeza. Y sus labios se encontraron.

De pronto, se escuchó un ruido a sus espaldas.

—Grace, ¿te creerás que le he comprado una bici a Sammy y...?

Frankie dejó de hablar al mismo tiempo que Mark y Grace se separaban, aunque ya era demasiado tarde. Grace carraspeó.

—Frankie, te presento a Mark Dorff. Era amigo de mi marido.

La explicación no hacía más que empeorar las cosas, se dijo Grace. Frankie se quedó mirándola, luego miró a Mark y finalmente volvió a mirarla a ella, preparándose para lo que fuera a decir. Por su expresión, Grace era incapaz de adivinar si estaba enfadado o si la situación le hacía gracia.

—No te esperaba tan pronto —comentó Grace.

—Sí, bueno, ¿recuerdas lo de la mujer que me dijiste que investigara?

Frankie miró con incomodidad a Mark, como si no supiera si hacía bien hablando en su presencia.

—No pasa nada. Mark está al corriente de todo.

—Me he pasado antes por inmigración, para verificar algunos asuntos relacionados con el papeleo para el proceso de adopción de Sammy. Y en aduanas me encontré con mi colega. Ha localizado su expediente de llegada.

—¿El de Eleanor?

—No había gran cosa. Llegó a los Estados Unidos un día o dos antes de su fallecimiento, en avión.

Grace asintió, decepcionada. Eso ya lo sabía por el pasaporte que había visto en el consulado. ¿Pero qué se esperaba? Un formulario de aduanas no podía revelar de ninguna manera lo que tenía en la cabeza Eleanor, lo que había venido a hacer a Nueva York y si el viaje estaba relacionado con su traición a las chicas.

—Gracias —le dijo a Frankie, contenta de todos modos por el esfuerzo que había hecho por ayudarla.

—Lo único que había además en su expediente era esto. — Sacó del bolsillo de la chaqueta una libretita y señaló la anotación que había hecho—. Esta es la dirección que puso como lugar de destino en los Estados Unidos.

Grace miró lo que había escrito. Y empezó a notar un cosquilleo en la espalda. Era la dirección de un apartamento en Brooklyn. Y debajo, escrito con la letra de médico tan característica de Frankie,

los datos del formulario. *Persona(s) que la recibe*. Y cuando leyó el nombre que aparecía a continuación, se le heló la sangre.

—Tengo que irme —dijo Grace cogiendo el bolso—. ¡Gracias!

Le estampó un beso a Frankie con tanta fuerza que casi se cae hacia atrás.

—¿Quieres que te acompañe? —gritó Mark intentando seguirla.

Pero Grace ya había cruzado la puerta. Había cosas que una mujer tenía que hacer sola.

Treinta

Eleanor

Londres, 1946

—Eleanor. —El Director levantó la vista de los papeles que tenía en la mesa. Habían pasado cuatro días desde que saliera de Zúrich y se había presentado sin previo aviso en su despacho, papel en mano—. No la esperaba de vuelta tan pronto. ¿Qué tal su viaje a Francia?

—En Francia no encontré nada.

El Director se recostó en su asiento y cogió su pipa.

—Pues es una lástima. Le agradezco de todas maneras que lo haya intentado, aunque siempre supimos que sería dar palos de ciego y que sería difícil sacar alguna cosa en claro después de tanto tiempo. Espero que al menos haya servido para apaciguar de algún modo sus preguntas.

—No he dicho que no haya conseguido nada —dijo Eleanor interrumpiéndolo—. He dicho que no encontré nada en Francia. Pero luego tuve la oportunidad de viajar a Alemania y entrevistarme con Hans Kriegler.

—Alemania. —El Director hizo una pausa y la pipa sin encender se quedó flotando en el aire—. Kriegler está siendo juzgado en Núremberg, ¿no? ¿Cómo consiguió hablar con él?

—Lo conseguí. Pude hablar con él en Dachau, donde estaba custodiado, antes de que lo transportasen a la ciudad. Y me guio hasta esto. —Le mostró el documento de la cámara acorazada—. Usted sabía que los alemanes tenían la radio. Y aun así, siguió transmitiendo información clasificada.

El Director cogió el papel.

—¡Eleanor, eso que acaba de decir es absurdo! —estalló, tal vez con rapidez excesiva y antes de leer el papel—. Jamás en mi vida había visto este documento.

Eleanor extendió la mano. Pero no era el papel lo que quería,
—El archivo de transmisiones. Déjeme verlo. Y no me diga que desapareció en el incendio —añadió antes de que él pudiera replicar—. Sé que guardaba usted una copia.

El Director se quedó mirándola impávido. Pero entonces su expresión mutó hacia la resignación. Se giró hacia el archivador que tenía detrás, introdujo la combinación de seguridad e hizo girar el pomo. El cajón se abrió y le entregó a Eleanor una carpeta voluminosa.

Eleanor hojeó las páginas y más páginas de transmisiones entre Londres y la Sección F, organizadas por fecha. Y entonces lo encontró. Una copia de la transmisión que había conseguido a través de Kriegler. Londres la había recibido, efectivamente. Era idéntica al papel que Kriegler le había facilitado, con la excepción del sello de *Recibido* y la segunda hoja que llevaba grapada. *Mensaje no autenticado*, se leía en esa segunda hoja, una señal de advertencia de la operadora que había recibido el mensaje. Y luego, una anotación aparte: *Seguir con las transmisiones*. Alguien había emitido la orden de seguir transmitiendo a pesar de la advertencia de que el mensaje podía ser falso. Y a pesar de que ella no la había visto en su vida, la circular estaba escrita en un papel con membrete de Eleanor.

—Esto me lo ocultó.

—No la incluí —dijo el Director corrigiéndola.

Como si aquello supusiese alguna diferencia. Eleanor había seguido transmitiendo sin saber que la preocupación que le había hecho llegar repetidamente al Director había quedado corroborada por los propios alemanes. Pero sus superiores, el Director y a saber quién más, le habían ocultado esa información para poder seguir transmitiendo. Aquella decisión había significado el encarcelamiento de las chicas y, finalmente, su muerte. Eleanor había sospechado durante mucho tiempo que algo iba mal, que las transmisiones no eran auténticas. Pero la idea de que su propia organización hubiera

estado dispuesta a sacrificar a sus chicas, la superaba por todos lados.

—Usted sabía que si yo veía esto cortarían en seco las transmisiones. Pero tendría que haberlas cortado usted. Sabía que estábamos transmitiendo a los alemanes información secreta y que con ello estábamos poniendo en peligro a todos nuestros agentes.

El Director enderezó la espalda.

—No tuve elección. Actué acatando órdenes. —¿Cuántas veces habría leído Eleanor en los informes de los criminales de guerra alemanes capturados que se declaraban impotentes, que argumentaban en su defensa que no les había quedado otra elección que cometer aquellas atrocidades con sus propias manos? El Director se irguió aún más en su asiento—. Pero aunque no hubiera sido este el caso, lo habría hecho igualmente. Cuando nos dimos cuenta de que los alemanes se habían hecho con la radio, consideramos que era una oportunidad para pasarles información sobre nuestras operaciones... información falsa, evidentemente, que, de cara al Día D, redirigiera sus defensas hacia otra parte. Y funcionó, porque si los alemanes no se hubieran creído que estábamos acumulando efectivos en otro lugar, las bajas aliadas habrían sido mucho mayores. Si esa condenada operadora de radio no hubiese marcado el mensaje que supuestamente tenía que ser de Tompkins, habría seguido funcionando. Y funcionó —repitió, como si quisiera convencerse a sí mismo de ello.

—No para mis chicas —replicó cortante Eleanor—. No para las doce que nunca volvieron a casa ni para agentes como Julian, que fueron asesinados.

La información que Londres había facilitado a los alemanes por radio había revelado la localización y las actividades de todos los agentes, los había llevado directamente a su captura.

—A veces, hay que sacrificar a unos pocos por el bien de muchos —dijo el Director con frialdad.

Eleanor se quedó boquiabierta. Había trabajado para el Director, lo había apoyado. Su forma estratégica de abordar el trabajo tan complicado que tenían que llevar a cabo, el despliegue de los agentes como piezas de un tablero de ajedrez, era una de las

cosas que más había respetado siempre de él. Pero jamás se habría imaginado que pudiera ser así: frío, cínico.

—Esto es intolerable. Voy a ir de inmediato a Whitehall.

—¿A contarles qué? Era un programa secreto, perfectamente aprobado. ¿De dónde cree que salió la autorización?

El plan no solo lo había aprobado el Director, sino también los niveles más altos del gobierno. Eleanor comprendió entonces el tremendo alcance de aquella traición.

—Iré a los periódicos —replicó, pensando que tenía algo que hacer.

—Eleanor, ¿se ha parado un momento a pensar en su papel en todo este asunto? Usted sabía que las transmisiones eran sospechosas. Pero siguió transmitiendo información en las mismas frecuencias y a la misma operadora.

Eleanor se quedó pasmada.

—¿No estará usted sugiriendo...?

—Incluso envió un mensaje indicando que Julian regresaba al terreno. Y cuando la operadora dijo que tenía que haber un cambio de pista de aterrizaje, usted también le dio el visto bueno. Fue usted quien envió a Julian a la muerte, Eleanor. No presionó más porque sabía, a muchos niveles, que, pasara lo que pasara, la misión tenía que seguir adelante.

—¿Cómo se atreve? —Eleanor notó que se le habían encendido las mejillas de rabia—. Jamás habría hecho nada que pudiera poner en peligro a Julian... o a mis chicas.

Pero el Director siguió hablando.

—Y no se equivoque. Su nombre aparece en todas las transmisiones salientes. Si eso sale a la luz, el mundo se enterará de que la culpable es usted. Jamás quise llegar a esta situación en la que nos encontramos ahora —dijo con un tono de voz más suave—. Creí que al dejar usted el SOE, todo esto quedaría como cosa del pasado. Pero no sé por qué no pudo olvidarse del tema. Y luego, todo ese asunto con el padre de Violet, formulando preguntas a su representante parlamentario y después, encima, lo de la investigación parlamentaria. Envié a Washington todos los archivos que pude.

—Y quemó el resto —sentenció Eleanor. El Director no replicó. La verdad era tan atroz que parecía increíble: el Director había destruido Norgeby House, el lugar al que tanto esfuerzo habían dedicado, para enterrar para siempre la verdad—. Y a mí me mandó lejos —añadió lentamente, al comprender la realidad.

—No paraba de recibir informes sobre usted diciendo que andaba haciendo preguntas por todas partes —reconoció el Director—. Estaba empeñada en no dejar el tema en paz. Pensé que alejarla de Londres enviándola a Francia a investigar, serviría para ganar tiempo.

Sin embargo, no había contado con que pudiera viajar a Alemania y hablar con Kriegler. Pero lo había hecho, y lo que había averiguado lo cambiaba todo.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó Eleanor.

—No hay nada más que hacer. El Parlamento llevará a cabo la investigación, no encontrará nada y el asunto caerá en el olvido.

—¿Qué quiere decir? Tenemos que conseguir que se sepa la verdad, explicárselo todo al Parlamento.

—¿Para qué? ¿Para que puedan denigrar aún más el trabajo que hicimos en el SOE? Siempre dijeron que éramos intrascendentes, incluso nocivos, ¿y ahora pretende darles pruebas que sustenten esa opinión? El SOE es mi legado, y también el de usted. —El Director estaba dispuesto a hacer lo que fuera con tal de mantener ese legado intacto—. La verdad no cambia nada, Eleanor. Las chicas ya no están.

Pero para Eleanor, la verdad tenía que estar por encima de todo.

—En ese caso, me presentaré personalmente. —Aquellas palabras eran un eco de la amenaza que hizo Eleanor en su día, cuando empezó a sospechar de las radios. Si en aquel momento la hubiera hecho efectiva y actuado, algunas de las chicas seguirían aún con vida. Pero no lo había hecho. Esta vez, sin embargo, no era una amenaza vacía. No tenía ya nada que perder—. Me presentaré personalmente ante la comisión.

—No puede hacerlo. Es su palabra contra la mía. ¿A quién piensa que creerán? ¿A una antigua secretaria rabiosa o a un coronel condecorado que lideró la agencia con éxito?

Tenía razón. Por la misma regla de tres, también podía ella haber traicionado a las chicas. No existía una verdad que sirviera para contradecirlo.

A menos que hubiera un testigo.

—Kriegler mencionó que una de las chicas nunca llegó al campo de concentración donde fallecieron las demás. Dijo que podría seguir con vida. ¿Sabe algo al respecto?

El Director reflejó cierta turbación.

—Recibí una visita de una de las chicas poco después de acabar la guerra. Pedía ayuda para acelerar la petición de un visado para los Estados Unidos. La ayudé porque me parecía que era lo correcto.

«Y encantado de poder enviarla lo más lejos posible», pensó ella.

—¿Cuál de ellas era? —preguntó Eleanor.

—La que usted nunca pensó que saldría adelante con su trabajo, da la casualidad. E, irónicamente, la chica cuyas transmisiones falsificaron los alemanes: Marie Roux.

Eleanor se llevó las manos a la boca. Lo que Kriegler le había contado era cierto.

—Sobrevivió al interrogatorio del SD y a la cárcel de Fresnes. Resultó ser dura como una piedra al final, y con estrella, además.

Eleanor experimentó una oleada de alegría que rápidamente quedó reemplazada por rabia. El Director lo sabía y no se lo había contado.

—¿Qué le explicó? Sobre los arrestos, me refiero.

El Director mostró un fugaz cambio de expresión.

—No le expliqué nada.

Pero Eleanor ya no se creía nada de lo que aquel hombre pudiera decirle.

—¿Dónde está?

—Déjela en paz. Deje que siga adelante con su vida.

Pero Marie era la única persona que sabía que Eleanor no tenía nada que ver con la traición a las chicas. Era la única capaz de corroborar la verdad sobre lo que sucedió en el círculo de Vesper.

—Quiero la dirección. —Por la cara que puso el Director, Eleanor entendió que iba a negarse—. De lo contrario, en cuanto

salga de aquí voy directa al Parlamento.

Extendió la mano.

El Director se dispuso a seguir discutiendo, pero entonces, con un gesto de agotamiento, se giró de nuevo hacia el archivador que tenía detrás. Sacó un papel y se lo entregó.

—Lo siento mucho, Eleanor.

Eleanor cogió el papel sin cruzar ni una palabra más con él. Lo guardó en el bolso e inició la última etapa de su viaje.

Eran casi las ocho y media de un martes por la mañana y Eleanor estaba en el vestíbulo de Grand Central, esperando con impaciencia. Antes de partir de Inglaterra, le había enviado un telegrama a Marie: *Viajo a Estados Unidos y necesito su ayuda. Reunámonos, por favor, en el quiosco de información de Grand Central el 12 de febrero a las 8.30 horas.*

Eleanor estaba indecisa en medio del vestíbulo de la estación, maleta en mano. El vuelo había sido caluroso y ruidoso, y había hecho escalas en Shannon, Gander y Boston antes de aterrizar por fin en Nueva York. Había llegado en avión la noche anterior y había alquilado una habitación al lado del aeropuerto. Cuando la manecilla del reloj alcanzó las ocho y media, miró a su alrededor con nerviosismo. Había elegido un punto de encuentro neutral en lugar de presentarse en la dirección que le había proporcionado el Director, temiendo que fuera excesivo.

Pasaron cinco minutos, diez. ¿Por qué no aparecía Marie? ¿Acaso no había recibido el mensaje? Podía ser que la dirección que le había facilitado el Director fuera antigua o errónea. O también que Marie estuviera enfadada con Eleanor por lo que creía que había hecho y se negara en redondo a verla.

Eleanor dejó la maleta, que pesaba un montón, debajo de un banco. Miró a su alrededor y repasó mentalmente sus distintas alternativas. Vio que al lado del quiosco circular de información había un tablón de anuncios con papelitos colgados. Se acercó. Había fotografías de soldados y refugiados desaparecidos expuestas allí por familiares que buscaban información. Había asimismo notas sobre citas o citas fallidas. Examinó el tablón, pero no vio nada dirigido a ella.

Se alejó del tablón de anuncios con el corazón encogido. Eran casi las nueve, pasaban treinta minutos de la hora acordada. Solo podía extraer una conclusión: Marie no iba a venir.

Pero tenía que hablar con ella. Abrió el bolso y sacó el papel del Director con la dirección de Marie, un apartamento en Brooklyn. Podía ir y llamar directamente al timbre. ¿Pero y si Marie no quería verla? Cuando se enteró de que seguía con vida, fue una luz de esperanza que contrastó con todo lo que había averiguado hasta entonces. La idea de que Marie estuviera viva pero no dispuesta a verla o a perdonarla era insoportable.

Siguió mirando por la estación, planteándose darse por vencida. Si Marie no quería verla, ¿qué sentido tenía continuar con aquello?

Pero entonces enderezó la espalda y se serenó. Tenía que ver a Marie y explicarle la verdad sobre lo que había pasado. Había en juego bastante más que los sentimientos o el perdón de Marie; la necesitaba para que le ayudase a demostrar lo que realmente había sucedido durante la guerra. Con la ayuda de Marie, sacarían la verdad a la luz y explicarían la traición que había acabado matando a tantas de sus chicas.

De modo que decidió ir al piso de Marie e insistir en que la escuchara. Se dispuso a cruzar la estación. Una vez fuera, se detuvo un momento para orientarse. Miró a los peatones, pensando en pedir información sobre hacia dónde ir. Con ese fin, se acercó a un grupo de gente que esperaba en una parada de autobús.

—Disculpe —le dijo a un hombre que estaba leyendo el periódico.

Pero al parecer no la oyó. Cuando se giró con la idea de preguntar a alguien más, vio que en la esquina había una cabina telefónica. Tal vez la operadora pudiera facilitarle el número de teléfono de Marie.

Cruzó la calle en dirección a la cabina. Pero entonces titubeó. Tal vez fuera mejor ir directamente a su casa antes que llamarla y darle de ese modo la oportunidad de decirle que no. Se quedó indecisa, atrapada entre la cabina telefónica y la parada del autobús. Cuando dio media vuelta para volver a la parada, le llamó la atención un detalle en la otra acera. Un destello de cabello rubio por

encima de una bufanda de color granate, como la que llevaba Marie el día que llegó a Norgeby House.

¡Al final había venido! El corazón empezó a latirle con fuerza.

—¡Marie! —gritó Eleanor empezando a cruzar la calle.

La mujer se volvió y Eleanor avanzó esperanzada hacia ella. Se escuchó entonces el sonido intenso del claxon de un coche, luego un rugido, y Eleanor se giró, demasiado tarde, pues el vehículo avanzaba a toda velocidad hacia ella. Levantó las manos para protegerse. Y entonces oyó un ensordecedor chirrido de frenos y sintió una explosión de dolor.

Y luego ya, nada más.

Treinta y uno

Grace

Nueva York, 1946

Grace se quedó boquiabierta cuando la puerta del apartamento se abrió.

—¿Marie Roux?

La mujer pestañeó. Sus ojos traslucían cierto miedo, aunque algo más... resignación.

—Sí.

Grace se quedó paralizada un instante, sin poder creérselo. Había pasado gran parte de las últimas semanas viendo la imagen de Marie, primero en aquella gastada fotografía y luego, después de devolverla, imaginándosela mentalmente. Y ahora la tenía delante, en carne y hueso. Se apreciaban pocos cambios desde el momento en que se tomó la fotografía, unas leves arrugas en el contorno de los ojos y la boca. Tenía las mejillas algo más hundidas y el cabello en las sienes lucía algunas canas prematuras, como si hubiera envejecido rápidamente en muy pocos años.

—¿Y tú quién eres? —preguntó la mujer.

Su acento británico, elegante pero no excesivamente refinado, era tal y como Grace se lo había imaginado.

Grace titubeó, sin saber muy bien cómo explicar su papel en todo aquel asunto.

—Me llamo Grace Healey. Encontré unas fotografías y pensé... Se interrumpió, y sacó la única foto que aún conservaba.

—¡Oh! —Marie se tapó la boca con la mano—. Esa era Josie.

—¿Puedo pasar? —preguntó con educación Grace.

Marie levantó la vista.

—Sí, por favor.

Hizo pasar a Grace y le indicó que tomara asiento en un pequeño sofá. El apartamento, poco mayor que la habitación de Grace en la pensión, estaba limpio y era luminoso, pero el mobiliario era escaso y no había fotografías ni recuerdos de ningún tipo decorándolo. Había una puerta al fondo y a través de la abertura Grace vislumbró una alcoba minúscula. Se preguntó si Marie llevaría allí mucho tiempo o si, como le sucedía a ella con su habitación, no había querido convertir aquel lugar en su hogar.

Marie seguía con la fotografía en la mano.

—¿Es la única?

—Había otras, incluyendo una tuya, pero las entregué en el consulado británico. Estaba intentando devolverlas a la persona adecuada —le explicó Grace—. ¿Crees que podrías ser tú?

—No lo sé —dijo Marie dudando con sinceridad—. Supongo que soy la única que queda.

«¿Cómo es eso?», le habría gustado poder preguntar a Grace. Marie aparecía en la lista de mujeres fallecidas como parte del programa *Nacht und Nebel*. Pero la pregunta le pareció demasiado íntima.

—¿Podrías explicarme qué sucedió durante la guerra? —decidió preguntar en cambio.

—¿Sabes que trabajé como agente para el SOE? —dijo Marie. Grace asintió—. Fui reclutada por una mujer llamada Eleanor Trigg porque hablaba bien francés. —Grace se planteó interrumpir a Marie para contarle lo de Eleanor, pero decidió que de momento era mejor no hacerlo—. Después de la formación, aterricé en el norte de Francia para trabajar como operadora de radio para una parte de la Sección F conocida como el círculo de Vesper. —Marie tenía una manera de hablar lírica, sofisticada, y no resultaba difícil imaginársela hablando con total fluidez en francés—. Nuestro líder era un hombre llamado Julian. Antes del Día D, volamos un puente para complicarles las cosas a los alemanes.

»Pero toda nuestra célula acabó siendo delatada, no sé cómo, y fuimos todos arrestados o, como mínimo, que yo sepa, Julian y yo fuimos arrestados. Mataron a Julian de un disparo. —El rostro de Marie se derrumbó con el relato de aquella última parte. Parecía

como si al recordar, estuviera reviviéndolo. A Grace se le encogió el corazón escuchando a aquella pobre mujer que había sufrido tantísimo—. Fui interrogada en París y de allí me enviaron a la cárcel. Y en la cárcel me reencontré de nuevo con Josie, pero estaba ya tan mal que no sobrevivió.

El dolor de sus palabras brotaba sin cesar y era como si nunca hubiera compartido todo aquello con nadie.

—¿Josie era otra agente?

Marie se secó los ojos.

—Sí, y mi mejor amiga. Nos metieron a todas en un tren, rumbo a uno de esos campos. Josie consiguió hacer estallar una granada y volar el vagón. Después de la explosión, me quedé inconsciente. Semanas más tarde, me desperté en un granero. Los alemanes no me encontraron, o a lo mejor sí que me encontraron y me dieron por muerta. Un granjero alemán me descubrió debajo de los escombros del tren y me escondió. Y me quedé en su casa hasta que me recuperé lo suficiente. Para aquel entonces, ya se había producido la invasión, de modo que localicé una unidad británica y les expliqué quién era.

—¿Y entonces?

—Entonces volví a casa. El tren llegó a King's Cross. No había nadie para recibirme. Tampoco es que estuviera esperando un desfile; nadie sabía de mi llegada. Fui a buscar a mi hija, Tess. Y enseguida subimos a un barco y pusimos rumbo a América.

—¿Así que nunca volviste a ver a nadie del SOE?

—Estuve allí solo una vez. Pedí ayuda al Director para que acelerara nuestra documentación para poder viajar a América. No quedaba nadie. A Eleanor la habían despedido. Y todos los demás tampoco estaban.

De pronto se oyó un ruido en la puerta del apartamento y entró una niña, de unos ocho años de edad.

—¡Mamá! —dijo, con solo una pizca de acento inglés, y se arrojó a los brazos abiertos de su madre.

Se apartó enseguida y lanzó una mirada inquisitiva a Grace.

—Tú debes de ser Tess —dijo Grace. La niña se parecía tanto a su madre que Grace no pudo evitar sonreír—. Y yo soy...

Titubeó, sin saber muy bien cómo explicar su presencia a la niña.

—Una amiga —dijo Marie acabando la frase por ella.

Tess se quedó satisfecha con la explicación.

—Mamá, mi amiga Esther, la del apartamento 5J, me ha invitado a ir a jugar a su casa y también a cenar. ¿Puedo?

—De acuerdo, pero si estás de vuelta en casa a las siete —dijo Marie—. Y si antes me das otro de esos abrazos tan grandes. — Tess se dejó abrazar fugazmente por su madre y salió disparada hacia la puerta—. Jamás me acostumbraré a esto de poder verla cada día —le dijo Marie a Grace cuando Tess se hubo ido.

Marie se levantó.

—Tengo más fotos —dijo cambiando bruscamente de tema.

Sacó de un armario un álbum amarillento. Se lo entregó dubitativa. A diferencia de las fotografías formales de Eleanor, estas eran imágenes espontáneas que se desarrollaban como una película del tiempo que los miembros del círculo habían pasado juntos. Había una foto de unos chicos jugando al *rugby* en un campo, otra de un grupo sentado alrededor de una mesa bebiendo vino. Eran fotografías que podían haber sido tomadas perfectamente en Oxford o Cambridge, no en el transcurso de una misión en Francia.

—Los chicos hacían fotografías con una cámara minúscula que nos dieron durante la formación. El último día, saqué el carrete de la de Julian. Y lo guardé en lugares en los que nunca se les habría ocurrido registrarme. No lo revelé hasta que llegué a Estados Unidos.

—¿Y no era peligroso guardar eso?

Marie se encogió de hombros.

—Supongo. Pero es muy duro explicar cómo fueron aquellos meses sobre el terreno. El riesgo, de todos modos, valió la pena. Era necesario dejar constancia.

Por si acaso ninguno de ellos lograba sobrevivir, pensó Grace. Se imaginó la soledad y el terror, lo mucho que debían significar aquellos ratos de camaradería.

—¿Es ese Julian? —preguntó Grace.

—Sí. Y Will el que está a su lado, como siempre. Nadie habría adivinado nunca que eran primos —dijo Marie.

Dos chicos, veinteañeros. Uno rubio, con la cara pecosa y una sonrisa que daba la impresión de estar siempre presente. El otro era alto, con los pómulos marcados y unos ojos negros de mirada penetrante. En otra fotografía, estaba mirando con cariño a Marie.

—Se nota que le gustabas —observó Grace.

—Sí —replicó enseguida Marie, casi turbada—. Me quería —dijo con emoción—. Y yo a él, aunque supongo que puede parecer extraño que esos sentimientos se desarrollaran tan rápidamente y en tan poco tiempo —añadió.

—No, en absoluto —replicó Grace.

—Lo vi morir —dijo Marie—. En mis brazos. Fue lo único que pude hacer.

—Debió de ser espantoso. —Grace reflexionó sobre lo terrible que había sido perder a Tom. Pero ser testigo de su muerte, como le había sucedido a Marie, habría sido insoportable—. ¿Y su primo, Will?

—La verdad es que no lo sé. Se suponía que tenía que volver con su aeroplano a Francia y recogerme, pero fue cuando me capturaron. Intenté averiguar qué había sido de él antes de marcharme de Londres. Pero había desaparecido.

Se había puesto muy seria y era evidente que el misterio de lo que había sido de Will la obsesionaba tanto como haber perdido a Julian y a Josie.

—¿Cuándo fue todo esto?

—En mayo de 1944.

—Semanas antes del Día D.

—Nuestro equipo no duró lo bastante como para poder verlo.

El trabajo que el círculo de Vesper llevó a cabo, haciendo saltar por los aires vías de tren y armando a los *maquisards*, había ralentizado sin duda alguna el avance de muchas tropas alemanas hacia Normandía y las demás playas. Habían salvado la vida de miles de soldados aliados que, de no ser por ellos, habrían tenido a los alemanes esperándolos. Pero muchos no vivieron para poder ver los resultados de sus grandes esfuerzos.

—Nos traicionaron —dijo de repente Marie—. Cuando me arrestaron y me llevaron a Avenue Foch, descubrí que tenían allí una de nuestras radios. Y me obligaron a transmitir a Londres. Intenté omitir mi código de seguridad verdadero, el que tenía que dar para que verificaran mi identidad, para de este modo indicar a Londres que algo iba mal. Pero en Londres ignoraron mi señal. De hecho, respondieron diciendo que me lo había olvidado, y eso fue lo que hizo que los alemanes acabaran matando a Julian de un disparo. Fue como si los británicos supieran que la radio estaba en manos ajenas y quisieran seguir transmitiendo igualmente.

—¿Tienes idea de quién pudo traicionarnos? —preguntó Grace.

Le daba pánico tener que decirle a Marie que la traidora había sido Eleanor, y en el fondo esperaba que ya lo supiera o se lo hubiera imaginado.

—Antes de marchar de Londres, se lo pregunté al coronel Winslow, que era el director del SOE, el jefe de Eleanor. De entrada, intentó negar que hubiera habido una traición en los cuarteles generales. Pero cuando le expliqué todo lo que yo sabía sobre lo que había pasado sobre el terreno, me sugirió que había sido Eleanor. Me enseñó una circular del despacho de Eleanor por la que se ordenaba que las transmisiones de radio continuaran, incluso después de que Londres se hubiera enterado de que las emisiones estaban interceptadas. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Era inimaginable. No tenía ningún sentido.

—¿De modo que no crees que fuera Eleanor?

Marie hizo un gesto de negación rotundo.

—No. Jamás. Ni en un millón de años.

Grace se quedó perpleja. Marie había visto en persona el documento que parecía implicar a Eleanor. ¿Tan cegada estaba por su lealtad hacia ella?

—¿Y por qué no?

—Cuando estuve por última vez con Julian en los cuarteles del SD, él acababa de volver de Londres y allí se había visto con Eleanor. Antes de morir, me contó que Eleanor estaba preocupada por las radios. Y que estaba especialmente preocupada porque intuía que algo iba mal con las transmisiones y por eso le pidió a Julian que me dijera que tuviera mucho cuidado. Naturalmente, a

aquellas alturas ya era demasiado tarde. Pero intentó alertarme. Por eso sé que ella no estaba detrás de lo que pasó.

—Y si no fue ella, ¿quién fue?

—No lo sé. El coronel Winslow me dijo que me marchara a Estados Unidos para empezar de cero y no volver la vista atrás. Y eso fue lo que hice. Le facilité mi dirección, tal y como me pidió, y me envía mensualmente un cheque. Creía que había dejado todo el asunto atrás. Hasta que llegó un mensaje de Eleanor.

Marie abrió un armario ropero y en su interior estaba la maleta que Grace vio en su día en Grand Central. Se quedó pasmada.

—Ha estado siempre aquí...

—Eleanor me mandó un telegrama diciéndome que iba a venir a Nueva York.

—¿Cómo te localizó?

—Por el Director, imagino. Él sabía que yo estaba en Nueva York porque me arregló todo el papeleo. No debió de costarle mucho localizarme. Y, además, Eleanor era muy buena. —Grace asintió. Por fin entendía el motivo del viaje de Eleanor a Nueva York —. En su telegrama, Eleanor me pedía que nos viéramos en Grand Central. En parte, no quería verla —añadió Marie—, porque todo aquello conforma un capítulo muy doloroso de mi vida que había cerrado para siempre... o eso pensaba.

—¿Y no acudiste a la cita?

—No, sí que fui. No podía dejar de ir. En el telegrama, Eleanor me decía que quedáramos a las ocho y media de la mañana. Pero Tess se puso enferma y no pudo ir al colegio. Hasta las nueve no conseguí encontrar a alguien que se ocupara de ella y así poder ir a la estación, y cuando llegué, Eleanor ya no estaba. Supuse que intentaría ponerse de nuevo en contacto conmigo. Eleanor era una mujer muy insistente. Pero como no la encontré, me fui. Luego, aquel mismo día, cuando me enteré de lo que había pasado, volví a la estación.

—Y fue entonces cuando te llevaste la maleta.

—Sí. La había visto allí tirada por la mañana, pero no me acerqué lo suficiente para darme cuenta de que era de Eleanor. Solo después, cuando oí la noticia, até cabos sueltos y comprendí que era suya. Después de lo sucedido, no podía dejarla allí abandonada.

—¿Te importa si echo un vistazo al contenido de la maleta?

Marie negó con la cabeza.

—Todavía no la he abierto. No sé si podría hacerlo.

Grace puso la maleta en el suelo y abrió el cierre. En el interior, las pertenencias de Eleanor estaban perfectas, sin tocar. Examinó el contenido, procurando no descolocar nada. En la parte posterior, casi enterrados entre las demás cosas, seguían los zapatitos blancos de bebé.

—Son míos —dijo de repente Marie cogiéndolos—. Es decir, eran de Tess. Eleanor no tenía hijos. Y estos zapatitos me los guardaba ella en custodia.

Marie sonrió.

—Eleanor no tenía sentimientos. Todo lo hacía con algún objetivo. —Les dio la vuelta a los zapatitos y del interior de uno de ellos cayó una cadena. Marie la recogió del suelo—. Mi colgante. —Le mostró una cadena con un colgante en forma de mariposa—. Eleanor me lo guardó a buen recaudo, por lo que veo. —Parpadeó para contener las lágrimas mientras se ponía la cadenita al cuello. Entonces miró de nuevo los zapatos y su expresión cambió de repente, cayendo en la cuenta de algo. Con dedos ágiles, empezó a despegar la suela de uno de ellos—. Los zapatos son uno de los mejores escondites que existen.

Debajo de la suela había un papel minúsculo. Marie lo desdobló con cuidado y se lo enseñó a Grace. Era una mimeografía de la orden que Grace había encontrado en el expediente. Grace buscó en la maleta para ver qué más llevaba Eleanor encima. Sacó una libreta.

—Eleanor siempre iba con una libreta —comentó Marie sonriendo al recordarla.

Grace la hojeó.

—Por lo visto, piensan celebrar una audiencia parlamentaria sobre lo que les sucedió a las chicas. Y mira... —Señaló una de las anotaciones de Eleanor—: *Necesito que Marie corrobore el papel del Director.*

—De modo que no venía a verme para contarme lo sucedido. Sino que necesitaba mi ayuda para demostrar que ella no tuvo nada que ver con la trampa de la radio.

—¿Y la crees?

Marie se apartó el pelo que le caía sobre los ojos.

—Por supuesto. El relato del Director nunca tuvo sentido. Antes de morir, Julian me dijo que Eleanor estaba preocupada por las radios y que no le dejaban clausurar las transmisiones. No sé quién lo hizo, pero no fue ella. —Marie se puso muy seria—. Eleanor me necesitaba y le fallé. Y ahora ya es demasiado tarde.

—Tal vez no —dijo de pronto Grace, mientras una idea empezaba a tomar forma en su cabeza.

Al final, Eleanor había muerto luchando por sus chicas, igual que había hecho siempre en vida.

—Por supuesto que es demasiado tarde. Eleanor está muerta.

—Sí. ¿Pero qué es lo que Eleanor quería por encima de todo?

—Averiguar la verdad.

—No, asegurarse de que el mundo conociera la verdad. Murió demasiado pronto y no pudo contársela. Pero nosotras podemos hacerlo por ella. —Grace se levantó y le tendió una mano a Marie—. Ven conmigo.

Treinta y dos

Grace

Nueva York, 1946

Un mes más tarde, Grace salió de la oficina de Bleeker & Sons, una vez terminada su jornada, y cogió el metro en dirección norte hasta la esquina de la calle 42 con Lexington. Al salir al exterior, se encontró a Mark esperándola.

—Siempre apareces como salido de la nada —le dijo en tono jocoso.

Y era una broma, por supuesto, porque esta vez sí lo esperaba. Después de dejarlo en la oficina de Frankie para ir a visitar a Marie y empezar a pensar en cómo ayudarla, Grace había vuelto al despacho y Mark ya se había ido. Tenía que estar de regreso en Washington por asuntos de trabajo, le había explicado a Frankie. Grace lo había llamado por teléfono para disculparse. No quería que pensase que aquel beso la había desanimado (todo lo contrario). Mark se había mostrado comprensivo y, a pesar de haber tenido que volver a la capital aquella misma noche, le había prometido que quedaría con ella la próxima vez que se desplazase a Nueva York.

Mark había cumplido su palabra: el día anterior la había llamado para decirle que tenía que estar en la ciudad por trabajo y para preguntarle si le venía bien quedar para tomar una copa. Grace había dicho que sí enseguida y durante una jornada laboral que se le había hecho interminable, había procurado que no se le deshiciesen las ondas ni se le estropeará el maquillaje. Le hacía verdadera ilusión volver a verlo. Sabía que podía acostumbrarse a aquellos encuentros divertidos cada pocas semanas, sin obligaciones ni sorpresas.

—¿Así que fue el mismo gobierno británico el que traicionó a las chicas? —preguntó Mark.

Grace asintió.

—Querían que los alemanes pensarán que todo iba bien y que el círculo seguía activo. Por eso siguieron transmitiendo, como si todo fuera normal. Siguieron emitiendo y desplegando agentes y armas. Querían radios en funcionamiento para poder pasar información falsa sobre el momento y la fecha de la invasión.

—Aunque eso implicara hacer caer a los agentes en una trampa.

—Sí. —Aun teniendo pruebas irrefutables, seguía resultando imposible creerlo. Grace se estremeció. Las chicas habían sido hechas prisioneras y el SOE había permitido su desaparición, tal y como el programa *Nacht und Nebel* pretendía—. Que los gobiernos puedan hacer cosas así a los suyos es...

Pero, naturalmente, esas eran las lecciones que enseñaba la guerra. A la gente le costaba creer lo que los alemanes habían hecho a su gente. Y también había sucedido en otros países, como Austria y Hungría, donde la población había delatado a sus propios vecinos por ser judíos, a pesar de ser comunidades que llevaban siglos conviviendo.

—Aunque ¿quién puede afirmar que eso solo sucedió con los británicos? —dijo Mark—. Los americanos también apostaron por engañar a los alemanes justo antes del Día D. Es posible que también estuvieran implicados de algún modo en todo este juego de las radios. Lo más probable es que nunca lleguemos a saberlo.

A lo mejor sí, reflexionó Grace. Si Raquel pudiese conseguirles de nuevo acceso a los archivos del Pentágono... Pero intentó descartar la idea.

—¿Por qué la verdad no salió a relucir después de la guerra?

—Porque nadie quería pensar en el pasado. La guerra lo ha cambiado todo, ya sabes, tanto los actores como los bandos. De pronto, los rusos quedaron bajo el gobierno soviético. Los científicos alemanes, que colaboraron en la matanza de millones de personas, fueron trasladados a los Estados Unidos en vez de ser juzgados, para trabajar en la bomba atómica. El gobierno británico enterró encantado todo este asunto.

—Pero Eleanor no. Eleanor nunca quiso olvidarlo. Esa gente siguió practicando su juego con la radio intencionadamente, destrozando lo que ella había construido... Eleanor quería que el mundo entero lo supiese.

—¿Qué pasó después de tu encuentro con Marie?

—Cuando comprendimos la verdad sobre lo que había pasado y la inocencia de Eleanor en todo ese asunto, supe que teníamos que acabar el trabajo que ella estaba desarrollando: se trataba de poner esa historia en las manos adecuadas. Ayudé a Marie a preparar un testimonio sobre lo sucedido en la guerra. Frankie se sirvió de uno de sus contactos para poder hablar con el embajador británico en Washington y conseguir que la declaración de Marie llegara al Parlamento.

En su momento, Grace se había preguntado si sería necesario que Marie viajara a Londres para testificar. No sabía si la pobre mujer tendría fuerzas suficientes para regresar al país que había dejado atrás. Por suerte, les habían informado de que con la declaración escrita bastaría. Pero no sabían si serviría para algo.

Y hacía unos días, Frankie había tenido noticias. El estatus de las chicas había cambiado y había pasado de «desaparecida, presuntamente fallecida» a «muerta en combate». Tres palabras que significaban mucho.

—Van a nominar a Josie para la Cruz de San Jorge.

—¿Y Eleanor? —preguntó Mark.

Grace hizo un gesto de decepción. Seguiría siendo una nota a pie de página en aquella historia, un personaje desconocido excepto para unos pocos. Aunque, por supuesto, eso era lo que ella siempre había querido.

Gran parte de la verdad había muerto junto con Eleanor y jamás saldría a la luz. Y había muchísimas cosas que nunca se sabrían. ¿Quién estaba al corriente entre los británicos? ¿Fue el MI6 el que tomó la decisión calculada de sacrificar a los agentes o fue el SOE el que traicionó directamente a los suyos?

Pero al menos parte de la verdad había salido a la luz, y aquello ya era un principio.

—Dos copas de champán, por favor —le dijo Mark al camarero una vez sentados en la Stiles' Tavern, un local sencillo y sin

pretensiones cerca de Grand Central—. Esto hay que celebrarlo.

—¿Estás en Nueva York por algún caso? —preguntó Grace cuando les sirvieron las bebidas, levantando su copa.

—No exactamente. Me han ofrecido un puesto en el Tribunal de Crímenes de Guerra. No en Núremberg, sino en una de sus delegaciones.

—¡Oh, Mark, es estupendo!

—Y quiero darte las gracias. Trabajar contigo para averiguar la verdad sobre Eleanor y las chicas me hizo darme cuenta de lo mucho que echaba de menos este tipo de trabajo. He decidido volver a intentarlo.

Grace levantó de nuevo la copa.

—Por tu nuevo puesto —dijo.

—Por las segundas oportunidades —dijo Mark incorporando un tono más profundo a sus palabras. Brindaron—. Quería verte.

Verla, pensó Grace, antes de marcharse. No depositó la copa en la mesa. Mark volvía a Europa para quedarse. Bebió un poco de champán y las burbujas le cosquillearon la nariz. No tenía derecho a tomárselo mal. Habían compartido unos momentos fugaces juntos y no podía esperar más. Pero se había acostumbrado a tenerlo y la idea de que se fuera la entristecía mucho más de lo que cabía esperar.

—Estaba preguntándome... —Mark titubeó—. Estaba preguntándote si te gustaría venir conmigo.

—¿Qué?

Creyó haberlo oído mal. Ir a Washington era una cosa, pero dar un vuelco radical a su vida para irse a vivir a Europa con él...

—Podría buscarte un puesto en el tribunal. Con tus dotes para la investigación, serías un activo importante.

Grace se lo planteó por un instante.

—Podrías incluso realizar un seguimiento de todo este tema del SOE y las otras chicas.

Mark estaba presentándole la promesa de continuar el viaje de Eleanor. Y en parte, Grace deseaba aceptar la propuesta, seguirlo a Europa y acabar el trabajo que Eleanor había empezado. Pero sabía que no sería más que una huida hacia delante.

—Gracie, entre tú y yo hay algo especial. —Grace contuvo la respiración. Mark estaba reconociendo en voz alta lo que ambos sentían, lo que ninguno de los dos se había atrevido a reconocer hasta aquel momento—. Lo he sentido desde el momento en que volvimos a encontrarnos hace unas semanas. Y tú también, ¿verdad?

—Sí.

Grace también lo sentía y no podía negarlo por mucho que quisiera.

—La vida es demasiado corta para dejar pasar de largo las cosas —dijo Mark presionando—. ¿Por qué no brindarnos una oportunidad?

Estaba ofreciéndole no solo un trabajo, sino una vida juntos. La idea de hacer las maletas y trasladarse a Europa con Mark era extravagante, casi una locura. Pero aun así, una parte muy importante de ella deseaba decirle que sí. Había terminado la historia de Eleanor y las chicas. En realidad, nada la retenía allí.

Excepto que había llegado el momento de escribir su propia historia.

—Mark, me honra que me hagas esta propuesta y no hay nada que pudiera gustarme más que esto. —El rostro de Mark se llenó de esperanza y Grace se estremeció por dentro antes de armarse de valor para seguir hablando—. Pero aquí hay cosas de las que tengo que ocuparme. —La oficina tenía cada día más clientes. Y Frankie, con parte de su tiempo consagrado a Sammy y su adaptación a la escuela, la necesitaba más que nunca—. No estoy diciendo que no, pero no en este momento. Tal vez en unos meses, cuando todo esté más asentado.

Pero nadie podía permitirse el lujo de prometerse un futuro, y eso ambos lo sabían. Mark se retiró un poco de la mesa, en un gesto de aceptación.

—Y una última cosa —dijo Grace cuando salieron del bar—. Me gustaría pagar el funeral de Eleanor. Es decir, si es que aún es posible.

Eleanor se merecía una tumba de verdad, con su nombre, para que el mundo pudiera recordarla, algo que a las chicas se les había

negado. Grace sacó del bolso el cheque que le había hecho llegar el abogado de Tom y lo firmó para entregárselo a Mark.

Mark lo miró y soltó un silbido.

—Esto daría para un funeral de primera.

—Si pudieras enviarle lo que sobre a Marie para que lo destine a su hija, te estaría muy agradecida.

A pesar de que Marie se había alegrado de que Grace hubiera hecho todo lo posible para restaurar la historia de Eleanor y las chicas, notaba que deseaba librarse del pasado. Grace había tomado la decisión de no molestarla más y dejar que continuara adelante con su vida.

—Me encargaré de hacerlo. Adiós, Grace —dijo fijando sus ojos de color avellana en los de ella.

La besó una vez, con dulzura y durante el tiempo necesario.

Grace contuvo el deseo de acercarse una vez más a él para volver a besarlo, consciente de que si no lo dejaba marchar ahora, nunca lo haría.

—Buena suerte, Mark.

Cruzó la avenida en dirección a Grand Central, libre de responsabilidades y sin miedo, y entró en la estación, rumbo hacia la vida que tenía por delante.

Nota de la autora

HACE unos años, cuando estaba investigando temas para mi próximo libro, descubrí la asombrosa historia de Vera Atkins y las mujeres que trabajaron bajo su liderazgo para el Ejecutivo de Operaciones Especiales (SOE) del Reino Unido durante la Segunda Guerra Mundial. Quedé cautivada al instante por las heroicas hazañas de aquellas mujeres valientes, perdidas en el olvido hasta muchos años después de acabada la guerra. Me chocó también el hecho de que muchas de aquellas mujeres nunca volvieran a casa con vida.

Como autora de ficción histórica, me veo obligada a navegar constantemente en busca del delicado equilibrio entre las necesidades del relato y la obligación de mantener la integridad histórica. Y a pesar de que algunos personajes y sucesos de *Las chicas desaparecidas de París* están basados en hechos reales, la novela es ante todo una obra de ficción. Resulta imposible capturar adecuadamente el heroísmo de las muchas mujeres que trabajaron para el SOE, y por eso, inspirándome en ellas, creé una amalgama en el personaje de Marie y en los de las demás agentes que aparecen en el libro. Eleanor Trigg, el coronel Winslow y todos los demás personajes del libro son ficticios. Me he tomado grandes libertades en lo concerniente a la formación y el despliegue sobre el terreno de aquellas mujeres. Los lugares en los que operan y las misiones que llevan a cabo se crearon exclusivamente para esta novela. Y sin querer hablar demasiado y revelar con ello la trama a aquellos que deciden leer antes que nada la «Nota de la autora», quiero dejar constancia de que la explicación de lo que les sucedió a las chicas, a pesar de estar inspirada en diversas teorías que se han ido desarrollando, es también un producto de ficción.

Para todo aquel que esté interesado en leer más sobre las mujeres del SOE, recomiendo *A Life in Secrets: Vera Atkins and the Missing Agents of World War Two*, de Sarah Helm y *Spymistress: The True Story of the Greatest Female Secret Agent of World War Two*, de William Stevenson.

Agradecimientos

PARA la creación de *Las chicas desaparecidas de París*, tuve que investigar y escribir la historia de tres mujeres en tres momentos temporales y en cinco países. Fue la tarea más gratificante y a la vez más difícil que he llevado a cabo como escritora, y nunca habría sido posible sin la ayuda de mi editora, Erika Imranyi. Trabajar con Erika es como recibir una clase magistral diaria (normalmente por correo electrónico a las cinco de la mañana) de redacción literaria, y considero que el tiempo que me ha dedicado, su talento y la paciencia que ha demostrado conmigo es una de las mayores bendiciones que he tenido en mi vida. Erika es la capitana del *dream team* de Park Row/Harlequin/HarperCollins, que después de una década no hace más que mejorar. Estoy especialmente en deuda con mi publicista, Emer Flounders, por su trabajo incansable. Y quiero dar las gracias también a Craig, Lorian, Brent, Margaret, Dianne, Susan, Shara, Amy, Heather, Randy, Merjane y Natalie.

Le estaré eternamente agradecida a la auténtica fuerza motriz de mi universo editorial, mi agente, Susan Ginsburg. Susan, su asistente, Stacey, y su equipo de Writers House aportan a diario energía, perspectiva y consejos a mi carrera como escritora. La visión de Susan y la fe que ha depositado en mí han logrado hacer realidad todos mis sueños y la verdad es que no sé dónde estaría sin ella.

Escribir un libro puede ser una tarea muy solitaria. Me siento afortunada por formar parte de una comunidad que valora y apoya los libros. Y en esta comunidad se incluyen mis librerías: Julie, de Inkwood Books en Haddonfield, Nueva Jersey, y Rita, de BookTowne en Manasquan, Nueva Jersey (representantes de las muchas y maravillosas librerías independientes repartidas por todo el país), así como las muchas bibliotecarias de las bibliotecas de Cherry Hill y Camden County. Me gustaría destacar asimismo el gran empujón que está viviendo el mundo del libro gracias a Internet y las redes sociales. Quiero expresar todo mi agradecimiento a mis colegas de profesión, a los lectores amigos y a los generosos

blogueros especializados, así como a las páginas web consagradas al mundo de la lectura. Me temo que si empezara a dar nombres, acabaría olvidándome de alguno. Todo mi amor para mi caja de resonancia, Andrea Katz de Great Thoughts.

Mi más profundo agradecimiento también a la comunidad en la que vivo. Después de pasar una década dando vueltas por todo el mundo, tengo la suerte de estar viviendo a poco más de un kilómetro del lugar donde me crie y de poder ver a diario a personas que conozco de toda la vida. Un agradecimiento muy especial a mis colegas de la Rutgers School of Law por su apoyo constante, a los profesores, administrativos y a las familias de la escuela de enseñanza primaria, y a los compañeros del JCC que vienen a preguntarme por mi nuevo libro cuando ando medio desnuda por el vestuario.

En el pasado decía que para escribir un libro se necesitaba un pueblo entero. Y con el paso del tiempo he llegado a la conclusión de que más bien se necesita un ejército. Quiero dar las gracias a mi marido, Phillip, que comparte conmigo la primera línea del frente; a mi madre, Marsha, y a mi hermano, Jay, que están en el servicio activo y ayudan a que nuestras vidas sean cada día mejores; a mis cuñados, Ann y Wayne, que constituyen una fuerza en la reserva tremendamente valiosa; y a mis amigos de toda la vida de las trincheras, Steph y Joanne (¡por suerte mis recuerdos son mayores que los vuestros!).

Y, finalmente, a las tres pequeñas musas que comparten tan a regañadientes mi mundo como escritora, quizás sin comprender por qué tienen que hacerlo, pero confiando en mí siempre cuando les digo que es lo mejor para todos. Sin ellas, nada de todo esto sería posible, ni valdría la pena.

La verdadera historia de *Las chicas desaparecidas de París*

LOS QUE conocen mis anteriores libros sabrán que se centran en torno a dos temas: en primer lugar, siento una profunda conexión con el periodo de la Segunda Guerra Mundial como resultado de los años que pasé en Europa trabajando para el Departamento de Estado en temas relacionados con el Holocausto. Considero que mis libros son historias de amor dedicadas a las personas que vivieron durante aquellos momentos tan trascendentales de la historia. En segundo lugar, me gusta escribir sobre personas normales (habitualmente mujeres) que en circunstancias ordinarias tendrían que haber recorrido un camino sin contratiempos pero que, como consecuencia de sucesos mundiales de carácter extraordinario, se ven puestas a prueba y su vida y su personalidad cambian para tomar derroteros que jamás se habrían imaginado. Es maravilloso ver cómo esas personas responden a las circunstancias y crecen. De modo que cuando leí la verdadera historia de las mujeres que trabajaron para el Ejecutivo de Operaciones Especiales (SOE) del Reino Unido durante la Segunda Guerra Mundial, encontré la inspiración para mi siguiente libro.

Tras la caída de Francia y después de que el servicio de inteligencia británico cometiera una serie de errores garrafales, Winston Churchill, frustrado ante aquellos hechos, creó el Ejecutivo de Operaciones Especiales. La misión principal del organismo era sabotear y provocar la subversión detrás de las líneas enemigas o, en palabras de Churchill, «prender fuego a Europa». Pero en el SOE no tardaron en descubrir que los agentes masculinos desplegados entre la población civil eran fácilmente reconocidos y hechos prisioneros. De modo que empezaron a reclutar mujeres para formarlas como agentes.

Mujeres británicas de todo tipo fueron reclutadas y entrenadas para ser luego desplegadas en la Europa ocupada y llevar a cabo misiones peligrosas trabajando como operadoras de radio, mensajeras y saboteadoras. Establecieron contacto con partisanos y

demás simpatizantes de la causa, armaron a la resistencia y sabotearon municiones, transportes y operaciones militares de los alemanes. Las mujeres se convirtieron en agentes muy capaces y se ganaron la admiración de sus colegas masculinos, muchos de los cuales se habían mostrado de entrada escépticos ante la posibilidad de que las mujeres pudieran desarrollar aquel trabajo.

La mujer responsable de las agentes femeninas fue Vera Atkins, rumana de ascendencia judía que había emigrado a Gran Bretaña a finales de la década de 1930. Atkins se incorporó al SOE como secretaria y ascendió hasta el puesto de oficial de inteligencia de la Sección F (Francia). A pesar de ser una candidata muy improbable, Atkins poseía una memoria de elefante y un amor por el detalle que hicieron de ella la líder y representante ideal de las chicas.

Pero las operaciones del SOE fueron víctimas de su propio éxito. Cuando las redes de agentes fueron creciendo, los protocolos de inteligencia se vieron comprometidos. Y a medida que las operaciones del SOE cobraron envergadura y agresividad, fueron apareciendo de forma destacada en el radar de los alemanes, que empezaron a concentrarse en capturar a los agentes del SOE practicando un peligroso juego del gato y el ratón. Como resultado de traiciones y de errores tremendos de inteligencia, muchos agentes del SOE fueron hechos prisioneros, incluyendo gran parte de las chicas de Vera.

Al final de la guerra, una docena de mujeres seguía desaparecida. Vera viajó a Europa para buscarlas (y buscar asimismo a los agentes que no habían regresado), y en sus pesquisas descubrió que en su mayoría habían desaparecido como resultado del programa alemán *Nacht und Nebel* (Noche y Niebla), creado por Hitler para que los prisioneros de alto rango desaparecieran sin dejar rastro. Gracias a su trabajo, Vera logró descubrir qué había sido de las chicas, varias de las cuales fueron ejecutadas por fusilamiento o inyecciones letales en los campos de concentración. Vera sacó asimismo a la luz el heroísmo de aquellas chicas y consiguió darles con carácter póstumo el reconocimiento que les había sido negado en vida por su falta de estatus oficial.

Se han escrito numerosos libros sobre el SOE, así como sobre las agentes femeninas (para aquellos que estén interesados en el tema, recomiendo *A Life in Secrets: Vera Atkins and the Missing Agents of World War Two*, de Sarah Helm y *Spymistress: The True Story of the Greatest Female Secret Agent of World War Two*, de William Stevenson). A veces, entre tantos recursos, me sentí en peligro de acabar perdiéndome en la típica «madriguera de la investigación», como suelen llamar a esta circunstancia los autores de ficción histórica. Pero a pesar de toda la documentación existente, hay una gran parte que sigue siendo desconocida, sobre todo en lo concerniente a la caída de la red de Prosper (el círculo real que fue la inspiración del de Vesper que aparece en mi libro). ¿Delató a los agentes un agente doble o un enamorado celoso? ¿Fue alguien de los cuarteles generales o quizás incluso alguien del gobierno quién traicionó a los suyos?

Las hazañas y el heroísmo de las mujeres del SOE fueron tan grandes y tan variadas que habría sido imposible elegir solo a una sobre la que escribir. De modo que creé un compendio de muchas de estas mujeres tan remarcables en el personaje de Marie Roux, una madre soltera que toma la inconmensurable decisión de abandonar a su hija y servir a su país en busca de un futuro mejor para ambas. La historia de Marie podría haber constituido el libro entero. Pero había otra mujer tremendamente atractiva cuya historia me llamaba. Inspirada en Vera, Eleanor Trigg es la mujer enigmática sobre la que recae la responsabilidad de reclutar y desplegar sobre el terreno a las agentes femeninas del SOE. Uniendo estas dos narrativas, aparece el personaje de Grace Healey, una viuda que vive sola en Nueva York en 1946, ayudando a los refugiados de guerra e intentando comprender qué le deparará la vida. A pesar de que se trata de un personaje totalmente ficticio, creé a Grace para explorar el tema del dolor y el sentimiento de culpa a través de su vida y el misterio de las chicas desaparecidas.

Combinar las tres historias de estas mujeres tan fuertes en un espacio de cinco ciudades y dos continentes fue un desafío y una alegría, como tejer un delicado tapiz a partir de tres hebras distintas. Aprendí muchas cosas de todas ellas. Y fue una aventura tanto personal, por el hecho de ir conociéndolas, como global, en el

sentido de que el argumento del libro tiene su eco en el mundo actual. Al final, *Las chicas desaparecidas de París* es un libro sobre la verdad y la valentía humanas, y también sobre el poder que tienen la amistad y el amor para sacar de nuestro interior lo mejor de todos nosotros.

notes

Notas a pie de página

¹ El Ejecutivo de Operaciones Especiales, o *Special Operations Executive* (SOE) fue, efectivamente, una organización de operaciones secretas creada por el primer ministro británico Winston Churchill, con el objetivo de «incendiar» la retaguardia enemiga. Se utilizarán sus siglas en inglés por ser con ellas con las que el equipo es conocido en publicaciones y entornos de lengua castellana. (*N. de la T.*).

² *Women's Army Corps* o WAC, Cuerpo de Mujeres del Ejército. (*N. de la T.*).

³ *First Aid Nursing Yeomanry* o FANY, Cuerpo de Enfermería de Primeros Auxilios para la Caballería. (*N. de la T.*).

⁴ El *Racket* era el nombre que utilizaban los miembros del SOE para referirse entre ellos al grupo para el que trabajaban. Entre sus diversas acepciones, podría traducirse como banda criminal dedicada a fines fraudulentos. (*N. de la T.*).

⁵ WAAF es el acrónimo de la *Women's Auxiliary Air Force*, o Fuerza Aérea Auxiliar Femenina. (*N. de la T.*).

⁶ JAG, acrónimo de *Judge Advocate General's Corps* (Cuerpo de la Abogacía General), es el brazo legal del Ejército de los Estados Unidos, integrado por oficiales con carrera judicial y que ofrece servicios legales a los miembros de la institución. (*N. de la T.*).